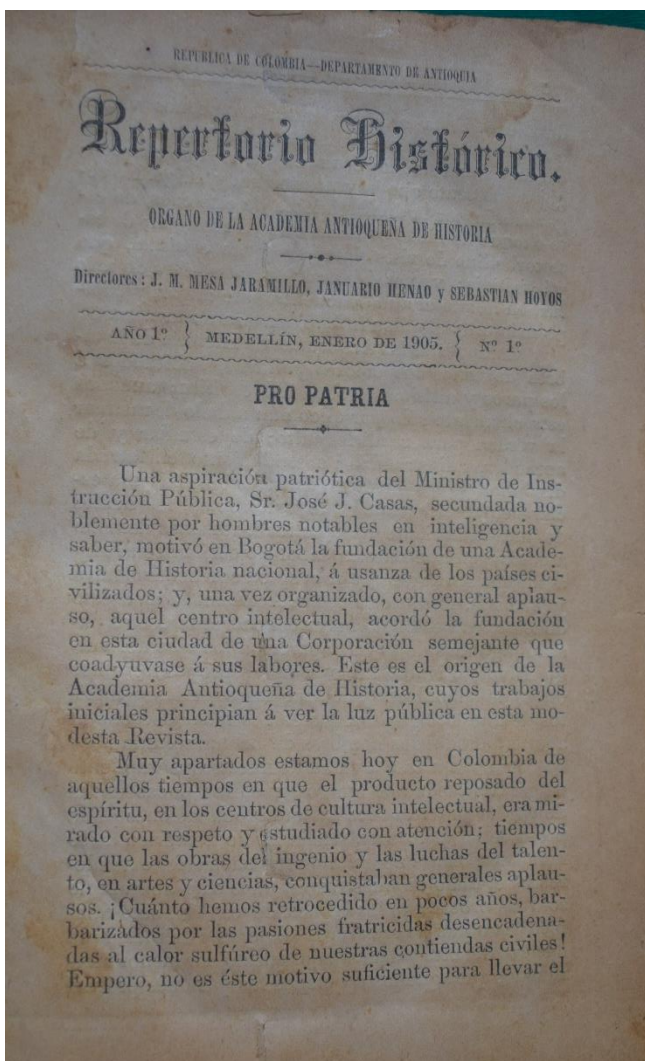




Repertorio Histórico

de la Academia Antioqueña de Historia
N. 201 – 2021



Caratula Repertorio Historico Vol. 1 Nº1 (1905).



ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Fundada el 3 de diciembre de 1903

Cra. 43 53-37 – Medellín, Colombia – Tel: 6044078182 – Cel: (+57) 3012003182
www.academiaantioquenadehistoria.org – E-mail: acadehistoria1903@gmail.com

Junta Directiva 2019-2021

Presidente

Don Orestes Zuluaga Salazar

Vicepresidente

Don Alonso Palacios Botero

Secretario General

Don Ricardo Alonso Vera Pabón

Tesorero

Don Luis Fernando Múnera López

Secretario de Actas

Don Luis Efraín Mosquera Ruales

Editor del Repertorio

Academia Antioqueña de Historia

Comité de Publicaciones

Don Alonso Palacios Botero

Doña Nayive Henao Zuleta

Don José Alvear Sanín

Don Gustavo Bustamante Morato

Corrector de Estilo

Don Ricardo Alonso Vera Pabón

Apoyo Editorial

Sandra Pineda Tavera

Julián Valderrama Castaño

Diagramación

Julián Valderrama

Impresión:

Esta publicación ha sido patrocinada por la Academia Antioqueña de Historia, con aportes de la Gobernación de Antioquia por intermedio del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia.

Las opiniones expresadas en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia son responsabilidad exclusiva de sus respectivos autores.

Portada: Caratula Repertorio Histórico Vol. 1 N°1 (1905).

TABLA DE CONTENIDO

EDITORIAL.....	7
Orestes Zuluaga Salazar	
PRESENTACIÓN.....	9
PRIMERA PARTE - ARTÍCULOS	11
Discurso pronunciado por d. Tulio Ospina, presidente de la academia antioqueña de historia, el día de la inauguración de ella 13	
Tulio Ospina	
Civilización Katia precolombina	23
Gustavo White Uribe	
Nordeste colombiano encrucijada étnica.....	43
Graciliano Arcila Vélez	
Población indígena.....	53
Manuel Uribe Ángel.	
El oidor Mon y Velarde Regenerador de Antioquia.....	69
Estanislao Gómez Barrientos	
De cómo el capitán Jorge Robledo descubrió la provincia de arma, y asentó el real en el pueblo del principal señor, llamado Maytama, y de algunas cosas notables que pasaron.....	93
Pedro de Cieza de León	
Nota de la Villa de Santa Fe de Antioquia a Don Felipe Segundo ..	99
Antonio Gómez Campillo	
Proclama de don Juan del Corral	101
Juan del Corral	

La Batalla de Chorros Blancos	103
Humberto Barrera Orrego	
James Tyrrel Moore	111
Guillermo Echavarría Misas	
Minas y mineros de Antioquia	125
Gabriel Poveda Ramos	
Medellín hacia 1884.....	137
Baldomero Sanín Cano	
Movimiento antiesclavista en Antioquia	145
Eduardo Zuleta	
En la diestra de Dios Padre	153
Tomás Carrasquilla	
Alma del hogar tradicional de Antioquia.....	171
Jaime Sanín Echeverri	
El pensador Rafael Uribe Uribe	179
Otto Morales Benítez	
Abajo los antioqueños.....	203
Rafael Uribe Uribe	
Hacia un país sin memoria histórica	207
Socorro Inés Restrepo Restrepo	
El lenguaje como expresión de la historia de Antioquía.....	213
Belisario Betancur Cuartas	
Participación de la mujer en la política	245
Elvira Berrio de Jaramillo	

SEGUNDA PARTE : VIDA DE LA ACADEMIA.....254

Biografía de la Academia Antioqueña de Historia Quinta entrega.....255

Orlando Montoya Moreno

Vida gráfica de la Academia.....316

El Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, su órgano oficial de difusión, acaba de llegar a los 200 números.

Desde cuando se empezó a publicar en enero de 1905, ha alcanzado a más de 3100 escritos y desarrollado cerca de cuarenta diferentes tendencias historiográficas, donde la Historia de la Academia, como la biografía, han sido sus principales temas de interés. Importantes miembros de la cultura en Antioquia, así como muchos expresidentes de la República, exgobernadores, exalcaldes, académicos y profesionales de diferente orden han contribuido con sus investigaciones, escritos y trabajos históricos a mejorar el conocimiento del departamento y sus localidades.

Son muy escasas las publicaciones que se han mantenido constantes, durante más de cien años, a pesar de las grandes dificultades de tipo económico y las crisis coyunturales que una institución cultural como la de la Academia Antioqueña de Historia sufre de manera permanente en un medio donde la investigación histórica es poco atractiva por parte de las comunidades académicas, sin considerar que es un eje fundamental para su propio y adecuado desarrollo.

Es satisfactorio saber que el Repertorio viene cumpliendo una interesante labor en beneficio de la investigación histórica, la cual es uno de los elementos fundamentales para la educación de la población y un pilar para mantener el orgullo regional.

El objetivo prioritario del Repertorio Histórico, ha sido atender con calidad las necesidades de conocimiento de la historia de la región, sin abandonar la historia nacional, de tal manera que se permita identificar, cómo ha sido el proceso de desarrollo educativo y facilitar que las futuras generaciones tengan un conocimiento fehaciente de donde provienen, porque su situación actual y cuáles pueden ser las alternativas para tener una comarca y un país en mejores condiciones de equidad cultural, económica y social. La Academia Antioqueña de Historia al llegar a cumplir esta importante meta de producción cultural, tiene un reto, y es avanzar de manera decidida en el mejoramiento de sus compromisos en lo relativo a la utilización de muy buena bibliografía, y la aplicación de técnicas de investigación histórica a través del uso de conceptos,

metodologías y teorías modernas, que le lleven a estadios serios en el conocimiento e investigación histórica.

Pero no puede el Repertorio Histórico, dormirse en los laureles, atendiendo y cumpliendo con rigurosidad las normas anteriores, debe adicionalmente ampliar su campo de distribución, de tal manera que sea una revista no solamente conocida por parte de los miembros de la Academia Antioqueña de Historia, sino que llegue de manera sencilla y expedita a los diferentes centros de historia regional, a las academias de historia de Colombia y estar abierta a ser conocida de manera internacional por diferentes actores paralelos.

Adicionalmente es necesaria la participación de todos los miembros de la Academia Antioqueña de Historia para que, a través de este importante medio cultural, presenten sus investigaciones, mejorando el conocimiento de la región, de las localidades, de los diferentes miembros de la sociedad antioqueña, de sus procesos económicos, sociales, culturales y religiosos, que le permitan entender la importancia de las pesquisas para el beneficio general.

Si se ha llegado a los 200 números, algo muy importante en una revista cultural, pocas son las entidades de este orden alcanzan a esa cantidad de publicaciones, pero es fundamental que esta cifra no se quede ahí en un simple número, es fundamental, avanzar hacia otros 200 números mejorando día a día el conocimiento en investigación histórica. Es un gran reto llegar hasta aquí, es el momento de la reflexión, de mirar hacia el futuro, de continuar permitiendo que las nuevas tecnologías se integren al Repertorio, para beneficio de la Academia Antioqueña de Historia.

No debe olvidarse que luego de la Academia Colombiana de Historia, es la Academia Antioqueña de Historia, la institución más antigua bajo esta área del conocimiento y en ese sentido, es el Repertorio Histórico, la segunda revista creada en Colombia, para desarrollar la investigación sobre esta temática, lo que nos obliga a mantenerla contra viento y marea, atendiendo su lema que le indica: *“Magna est veritas et praevalabit”*.

Por lo tanto, deseamos buen viento y buena mar para el futuro de nuestra publicación.

ORESTES ZULUAGA SALAZAR

Presidente

La Academia Antioqueña de Historia celebrando que nuestro órgano de difusión científica, acaba de llegar a la importante cifra de 200 números, ha decidido, que los próximos dos Repertorios el 201 y el 201, estén dedicados a recordar algunos de los más importantes textos publicados desde que empezó a entregarse al público en 1905.

En estos dos nuevos números de la revista la Academia quiere presentarle a la comunidad una muestra de lo que ha sido esta publicación a lo largo de estos 115 años corridos desde su inicio, tanto en su contenido como en las personas que han colaborado en ella.

La selección de los artículos se ha hecho con el criterio, que en su conjunto la publicación dé una visión comprehensiva, si bien no exhaustiva, de la historia de Antioquia. Con ese propósito se han incluido artículos sobre las tribus aborígenes que han habitado su territorio, los procesos de conquista e independencia, el desarrollo económico, la estructura social, el pensamiento, la política, el lenguaje y la literatura, el urbanismo y personajes representativos, entre otros aspectos.

Para la selección de los autores se ha procurado escoger figuras cimeras de la cultura local, que hayan sido miembros de la Academia Antioqueña de Historia, que hayan fallecido o que ya no estén vinculados a ella por retiro voluntario. Se han incluido nombres tan valiosos y representativos como Manuel Uribe Ángel, Tulio Ospina, Juan del Corral, Tomás Carrasquilla, Baldomero Sanín Cano, Rafael Uribe Uribe, Marco Fidel Suárez, Belisario Betancur Cuartas, Otto Morales Benítez, Gabriel Poveda Ramos, Elvira Berrío de Jaramillo y Socorro Inés Restrepo Restrepo, entre otros.

Obviamente, las restricciones de espacio no permiten extender la muestra seleccionada para cubrir todas las posibilidades, por ello la necesidad de hacer este gran recordatorio en dos entregas. Sin embargo, la colección completa del Repertorio se encuentra disponible en la página digital de la Academia, a disposición de los estudiosos, los investigadores o los simples lectores interesados.

En la selección de los artículos que se incluyen en estos dos números conmemorativos del Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia han participado los académicos Luis Efraín Mosquera Ruales, Ricardo Zuluaga Gil, Orlando Montoya Moreno y Luis Fernando Múnera López, así como el bibliotecario de la entidad, Julián Valderrama Castaño

Son muy escasas las publicaciones que se han mantenido constantes, durante más de cien años, a pesar de las grandes dificultades de tipo económico y las constantes crisis coyunturales que una institución cultural como la de la Academia Antioqueña de Historia sufre de manera permanente en un medio donde la investigación histórica es poco atractiva por parte de las comunidades académicas, sin considerar que es un eje fundamental para su propio y adecuado desarrollo.

Es una gran alegría conocer que el Repertorio Histórico viene cumpliendo una maravillosa labor en beneficio de la investigación histórica, la cual es uno de los elementos fundamentales para la educación de la población y un pilar para mantener el orgullo regional de su territorio

El objetivo prioritario del Repertorio Histórico, ha sido atender con calidad las necesidades de conocimiento de la historia regional, sin abandonar la historia nacional, de tal manera que se permita identificar, cómo ha sido el proceso de desarrollo educativo y facilitar que las futuras generaciones tengan un conocimiento certero de donde provienen, porqué su situación actual y cuáles pueden ser las alternativas para tener una región y un país en mejores condiciones de equidad cultural, económica y social.

La Academia Antioqueña de Historia al llegar a cumplir esta importante meta de producción cultural, tiene un impórtate reto, y es avanzar de manera decidida en el mejoramiento de sus compromisos en lo relativo a la utilización de muy buena bibliografía, y la aplicación de técnicas de investigación histórica a través del uso de conceptos, metodologías y teorías modernas, que le lleven a estadios serios en el conocimiento e investigación histórica.

Pero no puede el Repertorio Histórico, dormirse en los laureles, atendiendo y cumpliendo con rigurosidad, las normas anteriores, debe adicionalmente ampliar su campo de distribución, de tal manera que sea una revista no solamente conocida por parte de los miembros de la Academia Antioqueña de Historia, sino que llegue de manera sencilla y expedita a los diferentes Centros de Historia regional, a las Academias de

Historia de Colombia y estar abierta a ser conocida de manera internacional por diferentes actores paralelos.

Adicionalmente es necesaria la participación de todos los miembros de la Academia Antioqueña de Historia para que, a través de este importante medio cultural, presenten sus investigaciones, mejorando el conocimiento de las regiones, de las localidades, de los diferentes miembros de la sociedad antioqueña, de sus procesos económicos, sociales, culturales, religiosos, que le permitan entender la importancia de las pesquisas para el beneficio general.

Si se ha llegado a los 200 números, número importante en una revista cultural, muy pocas entidades de este orden llegan a esa cantidad, pero es fundamental que esta cifra no se quede ahí en un simple número, es fundamental, avanzar hacia otros 200 números mejorando día a día el conocimiento en investigación histórica.

Es un gran reto llegar a esta cantidad, es el momento de la reflexión, de mira hacia el futuro, permitiendo que las nuevas tecnologías se integren al Repertorio, para beneficio de la Academia Antioqueña de Historia.

No debe olvidarse que luego de la Academia Colombiana de Historia, es la Academia Antioqueña de Historia, la institución más antigua bajo esta área del conocimiento y en ese sentido, es el Repertorio Histórico, la segunda revista creada en Colombia, para desarrollar la investigación sobre esta temática, lo que obliga a mantenerse contra viento y marea.

Esperamos que disfruten estos dos nuevos números, con lo más representativo de nuestra historia local y regional, en estos 115 años de continuado trabajo en la investigación histórica.

Academia Antioqueña de Historia



PRIMERA PARTE

Artículos

DISCURSO PRONUNCIADO POR D. TULIO OSPINA,
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA,
EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DE ELLA¹

Speech delivered by d. Tulio Ospina, president of the Antioqueña
Academy of History, on the day of its inauguration

Tulio Ospina Vásquez²

Señores:

Jamás se habría levantado mi atrevimiento hasta dirigiros la palabra en ocasión tan solemne como la presente, si vuestra benevolencia no me hubiese obligado a ello, dispensándome el honor de colocarme en este sillón presidencial, vacante y enlutado por la muerte de nuestro primer presidente, el Dr. Manuel Uribe Ángel, quien, al agregar honra a este puesto, con su ciencia y sus virtudes, lo hizo más comprometedor.

Inaugurase hoy, solemnemente, la Academia Antioqueña 1 de Historia, honrando con este acto uno de los días gloriosos de la Patria. Feliz idea, porque ella nos sugiere que en las labores que emprendemos debemos inspirarnos en los sentimientos de honor, de patriotismo, de imparcialidad y de verdad que hicieron grandes a nuestros próceres. Sin esas virtudes, la obra del historiador, lejos de ser útil y fecunda, será falsa y corruptora.

Como nuestra Academia inicia apenas sus trabajos, no podré ceñirme a la práctica que señala, como tema principal de este género de discursos, la reseña de la obra ejecutada; y habré de adoptar, como el más adecuado, el delineamiento, a grandes rasgos, del campo que se abre a vuestra actividad, señalando aquellos claros y errores que de preferencia reclaman atención en la historia de esta sección de la República que, por

¹ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 1 Núm. 1 (1905). [Gramática y estilo tomada del texto original].

² Ingeniero de minas químico, matemático y filólogo. Rector de la Universidad de Antioquia y de su Escuela de Minas, de la cual fue el fundador. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia siendo el primer titular del sillón N° 8.

la naturaleza misma de las cosas, tendrá que ser objeto principal de nuestros estudios.

A primera vista parecerá que la historia de una Provincia pequeña, que apenas cuenta cuatro siglos y medio de vida civilizada, pasados cuatro quintos de ellos en la apatía del régimen colonial, con una población pobre y reducida, no ha de dar pábulo suficiente a las investigaciones de una Academia de Historia; pero ningún pueblo es demasiado insignificante para que no sea digno de estudio su desenvolvimiento, si desde el principio exhibe la energía, la elevación de carácter, y el vigor físico e intelectual que algún día puedan conquistarse un puesto distinguido entre las naciones civilizadas. La familia caldea que, celosa de sus creencias, hace cuarenta siglos alzó su tolda de Ur y se trasladó a Canaán; y el puñado de aventureros congregados 1,300 años más tarde en la ribera del Tíber, y que, andando el tiempo se convirtieron, aquélla, en el pueblo escogido, cuya influencia religiosa experimentará el mundo hasta el fin de los tiempos; y éste en la nación que más ha contribuido a la civilización del globo, no fueron en sus comienzos ni más importantes, ni más respetables que la pequeña colonia, fundada por Jorge Robledo, a mediados del siglo XVI, en el corazón de estas montañas, y que fue el principio de lo que hoy llamamos con orgullo el Departamento de Antioquia.

Tomada en toda su extensión, desde la época en que por vez primera la planta humana holló nuestras selvas centiseculares, la historia de Antioquia principia tan atrás como la de los más viejos pueblos de la Europa.

Permitidme que presente esta atrevida afirmación, primicia de un estudio de varios años, como tributo de gratitud y de respeto a nuestra naciente Academia, mientras que la publicación de su órgano impreso me hace factible el dar a luz un trabajo completo sobre el particular.

El hombre cuaternario, el salvaje primitivo, contemporáneo de los extinguidos mastodonte y caballo curvirdente, cuyos restos he reconocido en los terrenos cuaternarios de Betuna y Manizales; el recio y audaz cazador que habitó el continente europeo cuando había allí más fieras que hombres, y antes de que las vetustas civilizaciones de China y el Egipto tuviesen sus albores, existió también en Antioquia, en época tan remota, que un lago cubría el suelo del recinto en que nos hallamos reunidos, y se podía navegar por encima de los ricos aluviones auríferos de Santa Rosa y de San Pedro.

Un canaleta o remo de madera incorruptible, que sirvió al hombre cuaternario, ha sido hallado a siete metros de profundidad, en los suburbios de la última población; y yo he reconocido las huellas de sus habitaciones lacustres, y sus bizarros objetos cerámicos en las capas de arcilla de La Zúñiga y El Guamal, de donde se alimenta nuestra industria, alfarera; he recogido sus instrumentos característicos de piedra, tallados a golpes y no pulimentados, en los cascajos y arenas del río Aburrá, y en las colinas que circundan este valle, desde la confluencia del Riogrande hasta la cordillera del Cardal; en fin, en esta última localidad, he explorado dos tumbas sui géneris, cubiertas por una capa de humus que sólo en el curso de decenas de siglos ha podido acumularse.

Ved, pues, que la existencia del hombre en Antioquia no es demasiado reciente para merecer nuestras investigaciones como historiógrafos, como anticuarios, o como etnógrafos; porque las tres ciencias de donde se derivan estos nombres arrancan de un punto de partida común.

Y no se crea que entre aquel punto inicial de nuestra historia y la época en que los acontecimientos conocidos se suceden sin interrupción, existe un vacío inllenable. Pero al llegar aquí, permitidme que extienda mis investigaciones a todo el continente americano. Mientras que por su extremo norte penetraban invasiones sucesivas de los pueblos asiáticos primitivos, esbeltos y espigados, en que predominaban el tipo turco o judío, con su cráneo dolicocefalo, su cara larga, nariz recta o aguileña y mandíbula inferior fuerte y saliente, tan notables aún entre los indios de Méjico y los Estados Unidos, en la América del Sur desembarcaba, traída acaso allí por las corrientes y los vientos, una colonia de la misma casta que pobló la China y el Japón, y de cuyo desembarque, en el paraje que más tarde se llamó Puertoviejo, se conservaba la más clara tradición entre los quechuas. Mezclándose estos hombres, ya relativamente civilizados, con los autóctonos cuaternarios, dieron origen a otra raza, rechoncha, pequeña, prognata, de cráneo braquicefalo, cara redonda, nariz chata y ojos oblicuos. Estos dos grandes grupos que por los dos extremos emprendían la colonización de nuestro continente, más aún que en el físico diferían en el espíritu de sus lenguas, en la forma de sus casas y de los artefactos de cerámica, y en algunas de las armas que manejaban, porque los meridionales ignoraban el uso de la flecha, y empleaban la estólica, desconocida de los septentrionales. Y no eran menos diversas las creencias, el carácter y las costumbres de unos y otros: mientras que los del Sur eran sabeístas o idólatras, abyectos, pusilánimes y respetuosos de la vida humana, los del Norte aparecen, con raras excepciones, chamanistas, valerosos, independientes, dados a los sacrificios humanos y, con frecuencia también, al canibalismo.

Ambas invasiones alcanzaron a pasar del uno al otro hemisferio, aunque la septentrional avanzó más que la meridional, llegando hasta Chile por las vastas llanuras que forman la vertiente occidental de los Andes; y envolviendo el grupo principal de la segunda, que se extendía desde Boyacá, por Cundinamarca, los extinguidos Andaquíes, Pasto y el Ecuador, hasta los confines del Perú.

Ahora bien, como Antioquia ocupa la gran Cordillera, que permite cruzar por tierra sana y enjuta hasta la depresión y angostura que constituye el Istmo del Darién y Panamá, fue el camino obligado de muchas de estas grandes avenidas humanas que, dondequiera que se encontraban, ya se confundían pacíficamente, ya, con más frecuencia, se disputaban a vida o muerte el territorio, y al tiempo de la conquista española se hallaban aquí representadas, en tribus diversas, ambas razas y el fruto natural de su cruzamiento. Fue esta circunstancia feliz la que, poniendo a mi vista tan gran diversidad de tipos y de costumbres y despertando mi curiosidad investigadora, me ha llevado, de sorpresa en sorpresa a las conclusiones que acabo de exponer.

Confieso que éstas ideas sobre los pobladores primitivos del continente americano difieren en mucho de las generalmente aceptadas; pero, cuando pueda presentáros las con el lujo de argumentos y de pruebas que las abonan, no vacilaré en someterlas a vuestra sana e ilustrada crítica.

Todo lo relativo a los aborígenes que a grandes rasgos acabo de bosquejar, constituye uno de los mayores vacíos y la más copiosa fuente de errores en nuestra historia local; porque nuestros historiadores, ya confundiendo a los indígenas en un grupo uniforme, los han calificado sumariamente caníbales bestiales, sumidos en el más hondo salvajismo, o ya, repitiendo servilmente la absurda clasificación de Pedro Simón, los dividen, sin distinguirlos ni definirlos, en los tres grandes grupos que aquél llamó Catiós, Nutabes y Tahamíes.

Por eso vemos a un historiador de nombre colocar en una misma agrupación a los Caramantas y los Ebéjicos, tan distintos entre sí como los españoles y los rusos; y a los Nutabes y Chachamíes, que por un error ridículo se ha dado en llamar Sopetranes, atribuyendo a un cacique imaginario el nombre de la advocación, conocidísima en España, de la imagen de la virgen que, al poblarlos, se les dio por patrona. Y por eso el mismo historiador enrolla con los Nutabes a los Itagüies, Niquías y Aburráes, antiguos habitantes de este valle, y respetos desgraciados de la raza meridional que los mismos Nutabes habían extinguido y devorado, casi totalmente, en las mesetas de Rionegro y Concepción.

Y para apoyar el cargo general de salvajismo, se afirma, sin prueba alguna, que todos andaban desnudos, porque ignoraban el arte de hilar y de tejer; cuando basta leer los expedientes de las primeras visitas residenciales practicadas en la Provincia, para cerciorarse de que no sólo pagaban los indios sus tributos a sus encomenderos en ovillos de hilo y en unas telas de algodón que éstos llamaban lienzo de horcón, sino que esos artefactos servían de moneda a los colonos. Pero hay más, el mismo Jorge Robledo, en una relación original, que parece haber desconocido cuántos de historia han escrito entre nosotros, describió minuciosamente los vestidos de algodón de casi todas las tribus que conquistó en este territorio; y Fernandez de Oviedo, que recibió sus datos directamente de Badillo, en el capítulo 3, Libro XLV de su Historia general y natural de las Indias, al hablar de los indios de Antioquia, dice así: “todas las gentes de estas provincias traen mantas, como las de Nicaragua, e las mujeres lo mesmo”. Véase, pues, que la afirmación de que nuestros indios hilaban, tejían y se vestían, no reposa, como lo dice el escritor a quien vengo refiriéndome, en la sola autoridad de Cieza de León, cuyo testimonio es también concluyente e intachable. Y no cito a Simón, Castellanos y Gomara porque pudiera argüirse que copiaron de Cieza.

Si a la Historia no se escribe para distracción de los ociosos, sino para sacar de ella conclusiones útiles e instructivas, el conocimiento exacto del carácter de nuestros aborígenes y su actitud para la civilización es punto de la mayor importancia; porque favorecido el cruzamiento de conquistadores y conquistados por el aforismo que aceptó la Heráldica española desde el siglo XVII, de que la sangre india ni quita, ni da nobleza, este elemento étnico de todas las colonias, que ha venido a decidir del carácter de las nacionalidades que de ellas se originaron; de aquí el que observemos, en los chilenos la constancia, el orgullo y la ferocidad de los araucanos; en los peruanos, la debilidad moral de los quechuas; en los ecuatorianos, la apatía y la abyección de los quitos; y en los mejicanos, el patriotismo y la progresividad de los aztecas. Entre nosotros mismos hay gran diferencia de carácter entre el cundinamarqués y el boyacense, que ocupan el territorio de los chibchas, de casa peruana y los altivos habitantes de Antioquia y el Cauca, principalmente poblados al tiempo de la conquista por indios de origen septentrional.

Al pasar al periodo de la conquista es penoso encontrar los mismos errores y deficiencias que en la época que la precedió. Los itinerarios de los conquistadores son, por lo general, incompletos e ininteligibles, y ninguno de nuestros historiadores da cuenta de la expedición de Robledo hasta las márgenes del Nechí, al norte de Anorí, después de la conquista

y colonización del Este y Nordeste de Antioquia, realizadas por D. Francisco Martínez de Ospina, aunque ellos existen en los archivos coloniales.

Pero, ¿qué mucho que esto suceda, si hay quién ignore la verdadera situación de la primitiva Antioquia, principio de toda la conquista, sacándola del valle de Nore, junto al pueblo de Frontino, para colocarla indistintamente, ya al pie del cerro de Buriticá, ya en el asiento de Cañasgordas? ¿si hay quién escriba que Robledo fue herido por las Armas, y sitúe la loma de los Pozos, en donde realmente tuvo lugar aquel acontecimiento, en la ciudad de Salamina, cuando la famosa loma, con las huellas del pueblo indígena, la ha señalado la tradición auténtica de generación en generación, al Sudoeste de Pácora? ¿si hay quién haga morir al desdichado Valdivia y a sus compañeros en el valle de ese nombre, siendo así que Herrera Campuzano, en la relación de su primer viaje, y cuando aún vivían varios de los actores en aquella carnicería, le asigna como teatro el paraje conocido, hoy mismo, con el nombre de La Matanza, a orillas del río San Andrés?

Pero dejemos la vena de estos errores veniales, en cuanto no ejercerán influencia en las aplicaciones trascendentales de la Historia, para considerar uno que sí las afecta en grado notable. El mismo historiador cuyos conceptos, hube de rectificar antes, contradice siempre sin pruebas ni citación de documentos, mi aserto, hecho en otra ocasión, de que los encomenderos contribuyeron con sus crueldades a la destrucción de los indios. Bien me guardaré de fastidiaros con la relación de todos los hechos en que fundé mi afirmación, y que constan en expedientes archivados en la capital; pues para justificarme, uno sólo me bastará, curioso en sus detalles y concluyente en su autoridad, porque se trata nada menos que del hijo del más notable y benévolo de nuestros conquistadores, conquistado él mismo, el general D. Alonso de Rodas Carvajal, hijo de D. Gaspar, y que por ser mestizo y llevar en sus venas sangre americana, debe suponersele excepcionalmente benigno para con sus encomendados. Pues bien, este alto personaje, después de consumir casi totalmente sus encomiendas de San Jerónimo del Monte y los Yamesíes, en las mortíferas minas de Zaragoza, trajo los restos a unirlos con la que tenía en su hato del Guayabal, al sudeste de Belén, en el antiguo pueblo de los Aburráes. Allí les hacía trabajar, sin darles el sustento necesario, y si alguno se resistía le azotaba hasta desollarle; y luego, para aumentar su tormento, le ungía con una tintura de sal y ají. Estas fechorías le valieron al General el ser condenado en 1621 a 7 años de destierro, más una multa de 300 castellanos para la Real Cámara y una indemnización de 3500 a favor de sus indios vivos y muertos, aplicable

respecto a los últimos en minas y responsos. Decidid vosotros mismos si tales procedimientos, repetidos por casi todos los encomenderos, contribuirían o no a la destrucción de los indígenas.

Y ya que tocamos la Historia antigua de este risueño valle, permitidme que rectifique algunos de los errores que respecto a ella andan por allí en letras de molde. La primera fundación española que hubo aquí, el Hato del Ancón, de D. Gaspar de Rodas, no fue en Copacabana, sino en el paraje que por esa razón se ha llamado hasta el día Hatoviejo; la primera población con calles y plaza, fundada por Herrera Campuzano, con más de trescientos indios traídos de Ebéjico y Nore en 1615, y en el paraje que conserva el nombre de “El Poblado”; y no en 1640 y en el lugar que ocupa Medellín. El documento en que se relatan estos hechos y describe la pintoresca procesión de indios y caballeros de golilla que trajo desde Antioquia la imagen del Santo Patrono, visible aún en el templo de San José, es de los más curiosos de nuestra historia antigua.

Perdonad, señores, si ocupo vuestra atención con estas pequeñeces del período colonial, en cuyo análisis hemos entrado ya, porque creo que a nadie dejan de interesar hasta los más nimios detalles, si ellos se refieren a su casa y su terruño. Período es éste de los más dignos de estudio, por el admirable desarrollo de la vida municipal; y debido a que fue entonces cuando se formó el carácter de nuestra raza, tan generalmente apreciada por aquellas buenas cualidades que yá, por desgracia empiezan a menguar; porque ningún pueblo podrá desarrollar sus tendencias naturales, si sus legisladores y sus gobernantes se inspiran en un centro extraño y, aun quizá opuesto, en ideales y aspiraciones.

No por su excepcional importancia está más libre de errores esta época de nuestra historia. Haciendo a un lado los de menor entidad, me limitaré a citar dos de los que considero más trascendentales, no sin hacer constar que ha habido escritor que, al abordar esta parte de la Historia, declare indignos de fe a todos los documentos públicos emanados de las autoridades coloniales durante los siglos XVII y XVIII, para poder discurrir a su antojo sobre el desarrollo económico y social de la provincia; y que para suponer una riqueza pública, que no existió, establezca, como un hecho inconcluso, que todos los antioqueños defraudaban el Erario; esto sin perjuicio de contradecirse luego, haciendo grandes elogios de la honradez y respeto a la autoridad que distinguían a los colonos.

Probablemente con el propósito de desconocer la influencia del Clero y de la Religión católica en la formación de nuestro pueblo, se ha escrito que la gran mayoría de los antioqueños permaneció, por largo tiempo,

aislada en medio de las selvas, con sus mujeres e hijos; y que todos los sacerdotes de la Provincia, durante el siglo XVII, desempeñaba su ministerio en la ciudad de Antioquia. Esto revela una crasa ignorancia de las leyes que hacían obligatorio el sostenimiento de un capellán doctrinero dondequiera que existía un establecimiento industrial dotado de cuadrilla de esclavos o encomienda de indios, como lo estaban casi todos los de la época; leyes que se cumplían escrupulosamente, porque las pocas infracciones que ocurrían eran castigadas con la mayor severidad.

También se ha afirmado, para desvirtuar el verdadero carácter de nuestro Gobierno colonial, que todas las autoridades de aquel tiempo eran extranjeras, siendo un hecho demostrable que no lo fueron ni la quinta parte de ellas.

Y, ¿qué pensar de la audaz afirmación de que el Oidor Mon y Velarde, padre y regenerador de Antioquia, fue un monstruo de tiranía y de crueldad, que organizó entre nosotros la sala del tormento? ¿dónde existió tal sala? Que el Oidor torturó a un empleado concusionario, para que entregara los fondos públicos que ocultaba; que estableció los azotes como pena correccional! Pero, señores si la tortura y los azotes eran canon de las leyes españolas de aquel tiempo, y se aplicaban para casos semejantes en todos los dominios de la Corona, desde Madrid hasta el Cabo de Hornos!

¿Y qué lógica es ésta? ¡El Oidor Mon era un cruel tirano, porque mandaba a azotar a los ladrones; y los encomenderos, que fustigaban hasta desarrollar a los indios inocentes, fueron benignos e inofensivos!

Hemos llegado ya a la época de la independencia que ofrece a nuestra consideración un cúmulo de sorprendentes revelaciones. La provincia más recóndita y atrasada del Virreinato se convierte en cuna de sabios y de héroes, como Zea y los Restrepos, Córdoba, Girardot y Mejía. El clero más timorato del país abraza, casi sin excepción, la causa de la independencia. El pueblo, que tanto amó antes y después del gobierno autónomo, armónico con su carácter y fuente de su prosperidad, constituido ya en Estado federal, sacrifica sus intereses al bien común, y propone al Gobierno Nacional que centralice las ramas de Guerra y Hacienda, para dar estabilidad a las instituciones finalmente, allí aparecen los que más necesitaban de los esclavos, por la dureza de las faenas mientras, y el rigor de los climas donde generalmente se ejecutan, suprimiendo los primeros, la esclavitud.

¡Qué fenómenos éstos tan dignos de vuestro estudio!

Escrita la historia de nuestra participación en la epopeya nacional por el decano de los historiadores, colombianos, oriundo de estas montañas, ella está más libre que ningún otro período, de errores y omisiones; sin embargo, no puedo menos de denunciar algún rigor, explicable por cierto, respecto a los jefes españoles; a nuestro Gobernador Sánchez de Lima se le increpan sus vicios y su ligereza; pero no se le pone en cuenta lo que hizo por la provincia, estableciendo colegios, favoreciendo las mejoras materiales y resistiendo las órdenes para perseguir a los patriotas, lo que le hizo caer en desgracia de la corte santafereña.

Al abordar la historia de nuestra vida republicana, semillero inagotable de errores, no tanto en los hechos cuanto en las apreciaciones torcidas por las pasiones insanas que han ensangrentado y arruinado a la Patria, me abstengo de continuar este análisis que por otra parte, va haciéndose tedioso por lo extremo, Muéveme a ello el temor de que no ser suficientemente imparcial al juzgar acontecimientos en los que han figurado en primera línea personas que me son demasiado caras y allegadas; porque considero sacrilegio a quien, sin sentirse exento de toda pasión o prevención, penetra en el templo de la Historia: a su entrada, como a la puerta de las mezquitas musulmanas debe el hombre purificarse.

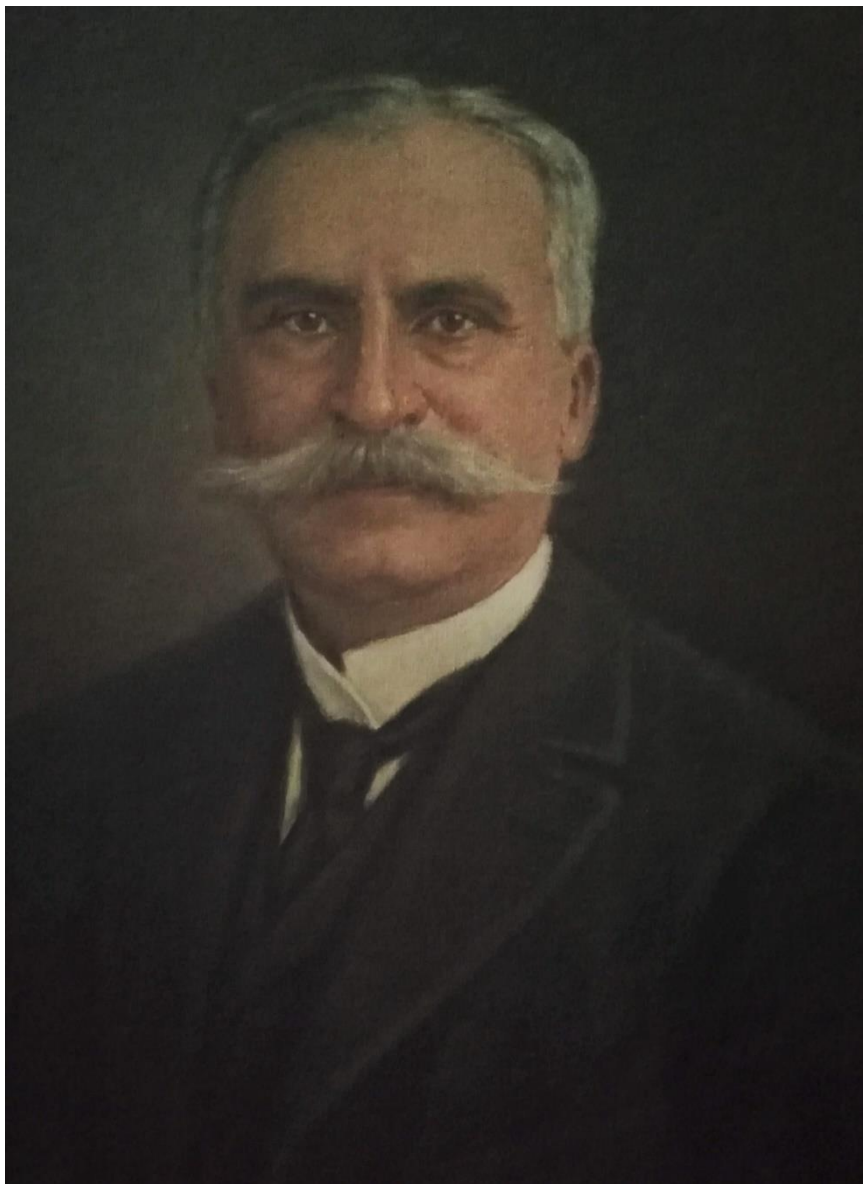
El desprecio de esta verdad, unido a la falta de estudio y al prurito de abonar ideas preconcebidas con argumentaciones casuísticas, han contribuido a acumular los errores que os he puesto de presente. Por lo mucho que he dicho y por lo más que callo, y que vosotros no ignoráis, juzgaréis la magnitud de la obra de rectificación que el país tiene derecho a esperar de vosotros.

Pero no olvidéis que los hechos comprobados son el único material que es permitido emplear en la construcción del monumento secular de la Historia; y una crítica sana e imparcial, la sola argamasa con que es lícito ligarlos.

Escribir historia bajo otras condiciones es, cuando menos, perder el tiempo y hacerlo perder a los lectores; y si el asunto atañe a la honra de hombres y partidos, es hacer lo que un caballero y un cristiano no hacen jamás, es calumniar, con carácter permanente y a mansalva, y con el propósito deliberado de torcer el criterio de la juventud estudiosa; esperanza perpetua de la Patria.

He dicho.

Discurso pronunciado por d. Tulio Ospina, presidente de la Academia Antioqueña de Historia, el día de la inauguración de ella



Tulio Ospina Vásquez

CIVILIZACIÓN KATIA PRECOLOMBINA³

Pre-columbian Katia civilization

Gustavo White Uribe⁴

Medellín, 20 de enero de 1953.

Señor presidente y Honorables Miembros de la ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA. Ciudad. Al presentar a esa Honorable Corporación el ligero estudio sobre la Civilización Katia Precolombina, no solamente deseo demostrar mi gratitud por el honor que se me hizo hace varios meses nombrándome miembro de tan importante Institución, sino a la vez participar en el concurso sobre trabajos históricos. Lamento que la carencia de recursos pecuniarios y la poca atención que los gobiernos han prestado a nuestra historia precolombina, no me permitan presentar un trabajo más extenso e interesante... Espero, que mi trabajo sea la iniciación de un estudio sobre la raza que hace siglos fue capaz y poderosa, dueña de un vasto territorio que por la razón del más fuerte le fue arrebatado (Con alta consideración y aprecio me suscribo de ustedes muy atentamente, GUSTAVO WHITE URIBE.

La historia de la conquista del nuevo mundo no es solamente la narración de la ocupación de un continente o de un territorio ajeno, sino que es la historia más sangrienta, más cruel y más inicua y torpe que hayan registrado los anales de la barbaridad humana. Las guerras fenicias, las romanas, las griegas, las que los hunos, etc. etc., también fueron guerras de conquista, pero llevadas a efecto con enemigos o dueños de acciones o tierras similarmente armados, y por lo tanto la lucha no era tan cruelmente desigual como la efectuada por los españoles contra los indígenas pobremente armados y con muchos menos elementos de transporte para defender sus familias y sus tierras de los crueles invasores. Pero las huestes españolas en lugar de atraer religiosa o cristianamente y educar a los indígenas para el trabajo, sólo actuaban en

³ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 19 Núm. 175-176-177 (1953). [Gramática y estilo tomada del texto original]

⁴ Alcalde de Medellín (1937-1939). Miembro correspondiente de la Academia Antioqueña de Historia.

una incalculable sed de conquista, una ambición de lucro y un deseo de avasallar a los débiles. Si las carabelas que trajeron a los peninsulares a nuestro suelo no hubieran venido repletas de aventureros sin educación y sin religión; fanáticos de un credo .que aún no han podido comprender; si los conquistadores hubieran sido más cristianos, si hubieran sido en general -como lo fueron unos pocos, entre ellos Vasco Núñez de Balboa, no sería tan difícil conocer hoy la historia de nuestros aborígenes y no tendríamos que recurrir , a la etnología, a la arqueología, a la petrografía y otras ciencias para definir el estado de civilización en que 'se hallaban los indígenas de' América, y en nuestro caso los Katíos de Colombia, raza inteligente y laboriosa que se extendía desde Costa Rica hasta el límite con el Ecuador, ocupando todo el territorio que demora al Occidente de la cordillera Occidental hasta -el Océano Pacífico, como también gran parte de los Flancos Orientales de dicha cordillera, lo cual podemos demostrar etnológicamente en r el Sinú, en el valle del río San Jorge, en el bajo Cauca, en los Departamentos de Caldas, el Valle del Cauca, el Chocó y Nariño. Es fácil demostrar el inmenso territorio que ocupaba la raza Katía por su idioma, por los nombres que aún conservan ríos, valles y lugares.

Cito como ejemplo el nombre de Jurado, unión de dos palabras que significan "río de las vueltas", nombre que hallamos en Costa Rica, Panamá, el Chocó y Nariño. (Jurá es vuelta, y Dó es río en el idioma Katío). Encontramos también el nombre de "urá" (colmena), y los nombres de lo cual significa "río de la colmena". Uno de los afluentes del río San Jorge se llama Mutatá, y tiene el mismo nombre de otro de los afluentes del Río Sucio, a más de 100 kilómetros al oeste del primero. Con aquel nombre fundó el suscrito la población de MUTATA, a orillas del río del mismo nombre, el cual significa "Valle de las piedras" en el idioma Katío. También tenemos en el municipio de Dabeiba el nombre del río Nendó, nombre que hallamos en el Departamento del Chocó, en el río San Juan y en el río Micay del Departamento del Cauca. Este nombre, compuesto de dos palabras como "Juradó", significa "Río del oro". "Ne" es oro y "dó" es río, como anotamos antes. En estas palabras, como en Choromandó, Jiguamiandó, etc., el español intercaló una "ene" para mayor facilidad en la pronunciación de nuestro idioma, pues para nosotros requiere menos esfuerzo bucal decir Nendó que Nedó. Como trataremos de demostrar más adelante, los Katíos no sólo tenían sistema aritmético, que se diferenciaba del nuestro en aquellos tiempos de la conquista, cuando todavía se hablaba en decenas; los Katíos hablaban en quintuples, sistema que aún usan hoy diciendo un cinco, dos cincos, cinco cincos. Ejemplos: "Avirá ornea (dos lunas), "Avir ómpea" (tres lunas), "Avirá quimané" (cuatro lunas), "Avirá juatsoma" (cinco lunas), o sean

cinco meses lunares, etc. Este sistema aritmético se halla en numerosos petroglifos, como veremos luego. Los conocimientos agronómicos de los Katíos son dignos de admiración, pues no sólo cultivaban las planicies sino los flancos de las cordilleras, como pudieron observar los españoles y se juzga hoy por las terrazas que hacían sobre las colinas. En cuanto al sistema de construcciones, bástanos saber que para hacer las casas de techo pajizo todavía usamos nosotros el sistema de los Katíos. Las tumbas hechas con baldosas de cemento calcáreo, de lo que hay abundantes ejemplos vestigios, es otra demostración de la civilización de los Katíos.

CONOCIMIENTOS HIGIENICOS Y MEDICOS DE LOS KATIOS

El solo sistema de construcción de sus hogares nos indica la sabiduría de los Katíos en materias higiénicas. Las hacían a varios metros sobre el suelo, para mayor y mejor limpieza y ventilación, con lo cual evitaban a la vez el peligro de los ofidios, insectos y fieras. El baño aun hoy día es limpieza diariamente practicada, no una sino varias veces, sobre todo después del trabajo o en las diarias cacerías o pesquerías.

Bien sabido es que los Katíos aplicaban la botánica a la medicina. Y lo que es más lamentable para nosotros, todavía no sabemos, qué clase de veneno ponían estos indios en sus lanzas, dardos y virotes mortíferos, cuya acción intoxicante desaparecía en el hervor. Tampoco indagaron los españoles cuándo y cómo habían descubierto los Katíos el "curadiante" y sus grandes propiedades contra las caries y la piorrea, etc. Gran descubrimiento se haría para la salud pública si se hallara la manera de que no se ennegrecieran los dientes y le conservaran sus propiedades preservativas y curativas. Tampoco supieron los españoles, ni hemos sabido nosotros, cuándo descubrieron los Katíos el "vejucó" (trepadora) que aun hoy día usan para asfixiar los cangrejos alimenticios dentro de sus cuevas. Otra cosa que ignoramos aún es con qué preparaban el "Sahgre" descrito (otra trepadora) para limpiar úlceras o curar infecciones. Si nada hicieron los españoles ni hemos hecho nosotros para asimilar y registrar esta sabiduría, ¿cuánta ciencia fue tronchada por la espada criminal de los conquistadores y cuánta sabiduría se ha perdido por la negligencia de nuestros gobernantes? Los filtros y pebeteros que se han hallado en sepulcros y laboratorios, nos indican que los Katíos no sólo preparaban y usaban perfumes extraídos de vegetales, sino que eran grandes preparadores y consumidores no sólo de perfumes sino de tinturas y colorantes. "

II

De acuerdo con los hallazgos efectuados en el fondo de los mares en algunas partes de nuestro Continente, no es posible dudar de la existencia

de la Atlántida, y por consiguiente, si este primer Continente existió y fue el primer lugar de la tierra habitado por el hombre, entonces no debemos, de preocuparnos tanto por averiguar de dónde y por dónde vinieron los europeos u otras razas a poblar las Américas, sino por dónde y cuándo fueron los Atlántidas, los Mayas, los Incas, los Aztecas y los Katíos u otras razas anteriores o precolombinas, a poblar a Europa y otros continentes existentes en esa época. La civilización de los Mayas, seguramente varios siglos anterior a la de los egipcios, no era inferior a la de éstos, como puede comprobarse por sus conocimientos en astronomía, en matemáticas, en arquitectura, en mecánica, en administración industrial, etc. Lo mismo podemos decir de las razas anteriores a los Incas, a los Aztecas, a los Chibchas y a los Katíos; los monumentos de San Agustín y Tierradentro, de los Mayas; las obras de cemento de los Katíos, etc., nos revelan un estado de civilización igual al de los tiempos de las pirámides. En la "Historia de Colombia", por el doctor Julio César García, se exhibe una de las estatuas que hoy reposan en el Museo Nacional. Esta estatua es un monumento al trabajo. La figura presenta en cada mano los instrumentos de labranza, y toda la escultura representa, en su bello conjunto, la fortaleza de una raza desaparecida por motivos que ignoramos. El peinado y la ornamentación de esta interesante estatua están mejor esculpidos que cualquiera estatua de los tiempos faraónicos. Es verdaderamente lamentable que nuestro gobierno, que ha tenido, para derrochar en la IX Conferencia Panamericana y sostener un pie de fuerza armada que no lo tienen países con el triple de población que el nuestro, no gaste dinero estudiando la civilización de los primeros habitantes de Colombia. Y es, también lamentable que los sabios que han venido a estudiar nuestra civilización precolombina, no hayan dedicado más dinero y tiempo al estudio de nuestra arqueología. En San Agustín como en Dabeiba, Frontino, el Sinú y otros lugares, los arqueólogos -con honrosas excepciones-se han dedicado a la "guaquería" y han destruido los más valiosos monumentos precolombinos.

Pocos estudios se han hecho acerca de los grabados existentes en los petroglifos hallados en diversos lugares del país. Por esta razón someto a la benemérita Academia de la Historia, y al público en general, una breve descripción de algunos de los grabados que he podido copiar, y que he visto en Antioquia y en otros lugares del país. La figura N^o 1, que reproducimos en otro lugar, corresponde a una piedra hallada por el suscrito en la finca "El Pital", en

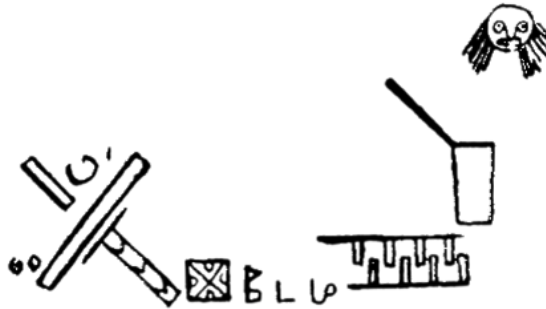


Fig. N° 1
METALURGICA KATIA

Dabeiba, hace muchos años, pero no le fue posible adquirirla sino en el año de 1934. Durante mucho tiempo este interesante petroglifo fue utilizado en los muros y zócalos de una casa, desapareciendo con estos servicios algunos de los signos importantes que tenía, y haciéndose así más difícil su traducción. Este interesante petroglifo representa el sistema metalúrgico de los Katíos. Allí vemos el sol representando el calor, y el crisol con su tubo para el viento. (Antes de ser usada la piedra para menesteres caseros, el crisol tenía dos tubos, uno al fondo y otro arriba; a no ser que la piedra hallada en 1926 sea otra que la conseguida en 1934, lo cual bien puede ocurrir, puesto que aquella región era densamente poblada por los Katíos). Bajo el crisol está el horno; al lado izquierdo del horno está el signo que representa el N° 6, o sea "jutsoma avade" (cinco uno). Después está el N° 2, y luego el 20. La figura cuadrilátera es indescifrable. Más a la izquierda tenemos un signo. muy parecido al 2 de los babilonios 3.500 años A. .de C., y por último, aparecen los signos 6, 60 y uno (1), representados por el rectángulo, por la especie de "G" y por las rayas, en su orden. Los dos círculos a la izquierda de las últimas tres figuras, deben ser signos numéricos también, parte de los cuales fueron destruidos por el servicio que la ignorancia dio a este interesante petroglifo. Al sabio Profesor francés Paul Rivet le interesó vivamente este petroglifo, pero no halló mejor traducción que la ejecutada por el suscrito. Lo mismo ocurrió al Rvdo. Hermano Daniel, sabio Profesor del Colegio de los HH. CC.

La figura N° 2, grabado en bajo-relieve como la anterior, se halla en la finca que fue o es de Don Salustiano Estrada, en la quebrada La Caucana, cerca del río Porce y en la banda oriental de dicho río y quebrada. Los grabados se hallan en una enorme piedra de granito puro. Los bajos relieves son profundos y de gran tamaño, o sea de 1.80 metros de alto por

60 y por 80 centímetros de ancho. Estos grabados representan piezas de telares, balanzas y el esfuerzo requerido para el trabajo de hilar con artefactos de madera y piedra toscamente labrados. Este petroglifo debía ser conservado por el Gobierno, como tantos otros, es decir, cuidar de él, ya que es imposible transportar el enorme monolito.



Fig. N° 2
PIEZAS DE TELARES KATIOS

La figura N° 3 representa telares, crisoles, una báscula y otras figuras indescifrables. Esta figura se halla en la piedra de Pandí. Tienen en la parte superior el número 0 de los Chibchas y algunas figuras semejantes a las halladas en los templos de los Mayas, de Yucatán, en Chichen Itzá.



Fig. N° 3
PIERA DE PANDI
Telares, crisoles, etc.

Las figuras 4 y 5 representan piezas de telares, balanzas, básculas y otras figuras indescifrables semejantes a las de los Katíos de Dabeiba, Frontino y Cañasgordas, asemejándose a la vez a las figuras halladas en el Quindío. Obsérvese la similitud entre las figuras de la izquierda en los grabados 5 y 2, el primero en la hacienda de Sevilla, municipio del Colegio, y el otro en la Caucasia.



Fig. N° 4
KATIOS DE ANTIOQUIA
Telares, balanzas, etc.

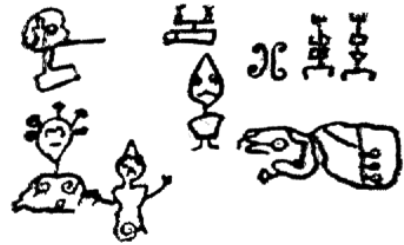


Fig. N° 5
HACIENDA DE SEVILLA
MUNICIPIO DE EL COLEGIO

La figura N° 6 representa también piezas de telares, y UNA LECCION DE ARITMÉTICA en la parte inferior de esta reliquia arqueológica de Facatativá. Me permito llamar la atención sobre la similitud de estos signos con los de los Mayas para resaltar su semejanza. Las figuras 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 10 y 11 de nuestros aborígenes, son sorprendentes similares a los de los Mayas. (Véase fig. 18, reproducción de un grabado hallado en los muros de los templos de Chichen Itzá, construidos por los indios que habitaron a Yucatán y otras regiones de la América Central). De la misma manera hallamos en la figura N° 8 grabados de gran importancia, semejantes a los de los Mayas en sus observatorios astronómicos y en sus templos religiosos. También hallamos signos semejantes a los de la figura N° 9, de los Katíos de Dabeiba. La aritmética de los Mayas (véase figura N° 15), también es similar a la de los Katíos. Compárense las figuras 10 y 15. Las figuras que aun a los arqueólogos que han estudiado los signos de los observatorios y templos de Yucatán, han parecido indescifrables, son las mismas piezas de telares que vemos en la Pintada y otros lugares de Colombia. (Figuras Nros. 11 y 18).



Fig. N° 6
FACATATIVA TELARES
Abajo: lectura de aritmética

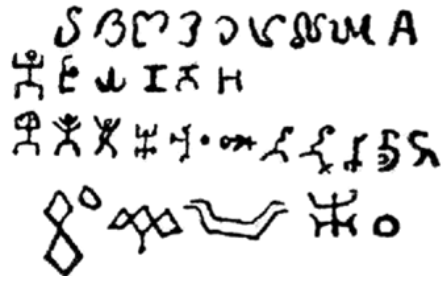


Fig. N° 7
SERREZUELA
Telares, balanzas y signos no traducidos aún.

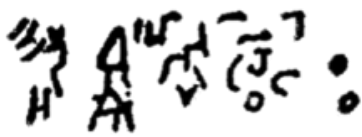


Fig. N° 8
EL ROSARIO DUITAMA
Telares, y piezas para los mismos

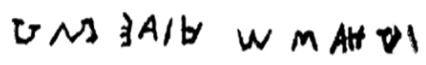


Fig. N° 9
SIGNOS DE LOS KATIOS



Fig. N° 10
SOACHA
Aritmética, balanzas, crisoles y dibujos para telas



Fig. N° 11
PIEDRA EN LA PINTADA EN (ANTIOQUIA)

La figura N° 12 nos muestra piezas de telares hallados recientemente en Dabeiba; piezas que los siglos han deteriorado, pero seguramente fueron simétricas cuando las hicieron. La pieza inferior de este grabado es muy semejante a la que tiene la figura N° 13 al pie del telar. La figura ° 13 nos muestra una de las más hermosas alhajas de oro de los Katíos. El molde quizás no grabó bien la imagen que se quiso reproducir, y de allí que le falten algunos detalles, pero el telar está claro y aun la figura del "genio" que lo ideó. Esta pieza está también reproducida en la HISTORIA DE ANTIOQUIA, por el doctor Manuel Uribe Ángel. La figura N° 14 también representa otra alhaja de oro de los Katíos, extraída en el paraje de La Ciénaga, en el municipio de Dabeiba, hermosa pieza que nada tiene que envidiar en su composición a ninguna reliquia de los Mayas o de los Egipcios. Mucho se ha discutido acerca de los métodos empleados por los indígenas para fundir el oro. No era con hierbas, como lo han creído algunos, que ablandaban el oro, sino que lo fundían en crisoles, de los cuales se han hallado muchos, como también moldes de yeso y de barro. Para fundir sus objetos de oro, los Katíos hacían primero un molde de yeso, de arcilla o de piedra calcárea. Este molde era cubierto con una capa de cera delgada, y luego lo encerraban en dos tapas de arcilla arenosa, molde al cual dejaban sendos orificios necesarios, de manera que, al verter el oro fundido por el orificio superior, el metal tomaba el espacio ocupado por la cera, y ésta y el sobrante del oro eran desalojados por el orificio inferior. El oro que se desprendía por este orificio es el que los guaqueiros llaman "granalla", o sean pepitas de oro que se hallan en los laboratorios indígenas, llamados "patios de indio" por los nativos, En estos patios se han hallado alambres redondos y cuadrados, como también láminas de oro puro y mezclado, gruesas y delgadas hasta pocos milésimos de centímetro, todo lo cual nos dice del adelanto de los Katíos como orfebres. La figura N° 15, sobre la numeración o aritmética, la trataremos luego en capítulo aparte.

La figura N° 16 es un grabado a bajo-relieve. Es una piedra de Titiribí, representa uno de los malacates usados por los indios. Como no tenían metal para ejes horizontales, los hacían verticales para mayor duración y mayor resistencia de la madera al esfuerzo. La palanca hacía girar el malacate, y éste envolvía la cuerda del mismo. Esta palanca, naturalmente, también era usada para levantar pesos. El hecho de que esta figura se halle en una gran piedra nos indica a la vez que es la representación de un esfuerzo mecánico, del cual nada nos dicen los historiadores españoles. La figura de la derecha, en la misma piedra, representa los frenos del malacate y muy posiblemente la cuerda que utilizaban. Fíg. N°, 5 HACIENDA DE SEVILLA MUNICIPIO DE EL COLEGIO Balanzas. •La figura N° 17 nos indica el mayor adelanto

mecánico de los Katíos. El cuadrilátero de la izquierda es una urna simétrica bien labrada en puro granito, la cual sería difícil hacerla hoy con taladros mecánicos y sierras de acero finísimo. La figura de la derecha es quizás en su sencillez la mejor demostración de la capacidad mecánica de estos indígenas. La piedra perforada es un pedazo de cuarzo finísimo, no sólo bien labrado en forma de barril, sino perforado perfectamente al centro, con un orificio que apenas permite pasar un alambre calibre 22. Con estas piedras componían collares y quizás zarcillos. Ambas figuras nos muestran que los Katíos tenían medios mecánicos muy avanzados, que tenían herramientas finas y durables, pues de lo contrario sería casi imposible labrar y perforar piedras finísimas como la demostrada en la figura N° 17. De las pepas o zarcillos de esta figura se han hallado grandes cantidades en Dabeiba y otros lugares del Occidente antioqueño, hechas tanto de oro como de piedra. En un sepulcro en el valle del río Mutatá, municipio de Pavarandocito en el tiempo del hallazgo y hoy municipio de Mutatá, se halló una piedra de exquisito negro durísimo, semiredonda por la acción del acarreo de los ríos que la arrastraron. Esta piedra, de 7 centímetros de altura por 4 ó 5 de ancho, tiene siete perforaciones cuadriláteras al través. Concebimos fácilmente que los Katíos rompieran piedras circular-mente, como en la figura 17, pero que tales orificios se hicieran cuadrados, es cosa que hoy mismo sería imposible. ¿Cuáles eran las brocas que usaban los Katíos para estas perforaciones en tan duros minerales? En un sepulcro en el paraje llamado "El Bordo", en el municipio de Frontino se halló un metal durísimo laminado, cuya aleación no fue posible determinar en los laboratorios de Medellín. (año de 1905).

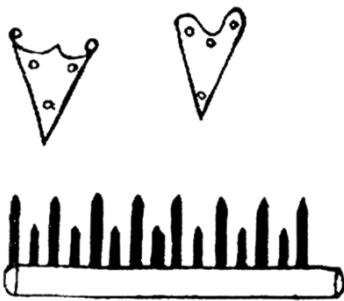


Fig. N° 12
KATIOS DE DABEIBA
Piezas de Telares



Fig. N° 13
HERMOSA ALHAJA DE
ORO KATIA
Que representa un taller y
quizás al "genio" que lo
ideó.

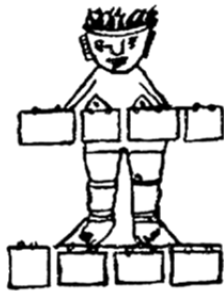


Fig. N° 14
ALHAJA DE ORO
Extraída en Dabeiba, de fundición

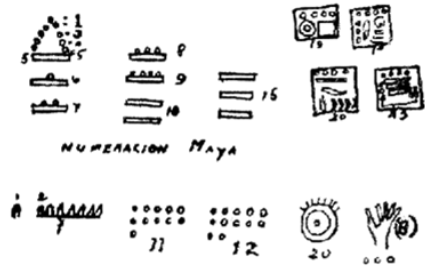


Fig. N° 15
NUMERACION AZTECA,
CHIBCHA Y KATIA.



Fig. N° 16
PIEDRA EN "LOS MICOS" TITIRIBI
Malacate y signos desconocidos

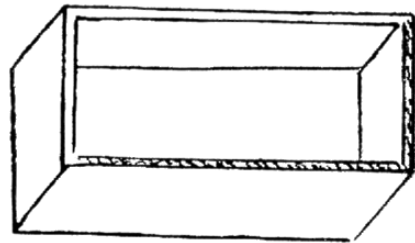


Fig. N° 17
NICHU DE PIEDRA LABRADA
Katios del Suroeste de Antioquia.



Fig. N° 17a
PIEDRA DE CUARZO
Perforada al centro Katios de Dabeiba.

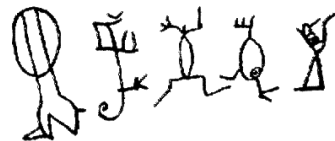


Fig. N° 18
SIGNOS BABILONICOS

Fig. N° 18
SIGNOS BABILONICOS

En. En la región occidental del río Sinú se han hallado templos encima y sobre los flancos de varias colinas, especialmente en el lugar llamado "Piedrecitas", templos a los cuales conducían caminos bien pavimentados con piedra semilabrada y cuya extensión mide varios kilómetros. En estos templos se han hallado serpientes de arcilla endurecidas, vasijas ornamentales, filtros y otros objetos de piedra y arcilla de gran valor arqueológico. Al hablar del Sinú necesariamente tornamos nuestro pensamiento a la historia de la conquista de Fray Pedro Simón y a las ricas ciudades de Finzenú, Zenú y Panzenú, o sea el territorio inmenso que mora entre las serranías de Abibe y San Jerónimo. Dentro de ese territorio está la balanza, y signos no traducidos aún.

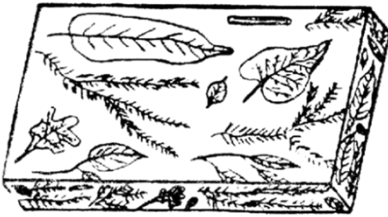


Fig. N° 19
BALDOSA DE CEMENTO
Con las impresiones del molde
Katios de Dabeiba



Fig. N° 20
TUMBAS HECHAS CON BALDOSAS
DE CEMENTO
Katios de Dabeiba

La hermosa ciénaga de Betancí y el lugar llamado Maracayo, donde se han hallado tan ricos tesoros y se han destruido tantas riquezas arqueológicas y tantos monumentos históricos. Maracayo tiene numerosos cementerios de más o menos 500 metros cuadrados, rodeados de murallas como para proteger los sepulcros de las inundaciones de la ciénaga de Betancí o de las aguas torrenciales. De varios de estos cementerios o templos salen caminos empedrados que conducen a la ciénaga. Para mejor ilustración, copio en seguida lo que al respecto dice el sabio Profesor Victoriano Valencia Villegas: "En Maracayo se han hallado centenares de ollas, imágenes de barro, hachas de piedra, terracotas, floreros, rodillos para imprimir". El mismo profesor Valencia describe así una hermosa y grande terracota que posee el señor Carlos Derex, de Montería, y la cual conoció el suscrito: "Tiene la forma de un cono truncado, de paredes laterales convexas, y cuatro figuras de relieve, que son cuatro mujeres primorosamente vestidas; todas cuatro

son de cabeza descubierta, a semejanza de las egipcias, con una especie de toca aplanada sobre la cabeza y un poco larga hacia la espalda. Las cuatro mujeres están de pie; tienen las manos sobre el vientre abultado y bajo los senos bien formados. Los adornos de los trajes son distintos en cada una de las mujeres, y representan triángulos, panecillos, zetas cruzadas semejando cruces gamadas, encajes y grecas; dibujos éstos que nos dan la impresión de objetos de los Mayas, como los de Chichen-Itzá".

El propio Victoriano Valencia tiene objetos de arte indígena, entre ellos un incensario o pebetero similar a los hallados por el suscrito en Necoclí, Dabeiba, etc. Estos pebeteros tienen sus filtros, son con peana circular y con tres o cuatro soportes bellamente adornados sosteniendo el depósito donde seguramente ponían los indios sus perfumes.

Maracayo, en el Sinú, es uno de los lugares que debía ser estudiado por una comisión arqueológica del Gobierno, con prohibición de "sacar guacas" de oro. Seguramente en este lugar fue Zenú, y los arqueólogos deben proceder a su estudio antes de que los "guaqueros" destruya toda la riqueza artística y arqueológica de este lugar. Los que conocen los monumentos Mayas, de Yucatán, le Uxmal y otros lugares de México, o los de los Incas, en Cuzco, en Sacsuaman y Tiahunaco, etc., en el Perú, y los nuestros en San Agustín, Tierradentro y Aguas Frías, tendrán que convenir con nosotros que los aborígenes colombianos no le iban en zaga a aquellos que se consideraron como razas precolombinas más civilizadas. Si aquellas obras de arte se han hallado en lugares centrales o intermedios como los de San Agustín, ¿por qué no suponer que los Katíos, los Chibchas y otras razas tuvieron antepasados civilizados, cuyos monumentos aún no han sido descubiertos?

Los telares de los Mayas y los de los Incas, eran iguales a los de los Katíos y los Chibchas. Como orfebres quizás eran superiores los Katíos a los Mayas, pues las alhajas extraídas de la Ciénaga de Betancí, en el Sinú, y las extraídas en la Ciénaga de Quiparádo, en Frontino, Urrao, etc., son más perfectas que cualesquiera otras. Don Gumersindo Montoya, el más científico "guaquero" de nuestros tiempos, extrajo en Betancí un águila con sus polluelos posando sobre una esfera de oro puro. Las plumas del águila y la lana de los polluelos, como también sus picos y patas, eran de un acabado perfecto. Esta bella alhaja, según me informan) fue a parar a los Estados Unidos. La colección de Mr. Harold B. Maynhan, la de don Federico Restrepo y la que el Banco de la República compró a la familia

de don Leocadio Arango, demuestran una perfección asombrosa en orfebrería.

Llamo la atención de la Academia Antioqueña de Historia, y de mis lectores, sobre la figura N° 20, la cual muestra una de las tumbas de los Katíos, en la Ciénaga, Dabeiba. Esta tumba, construida con baldosas de cemento, métricamente formada, nos muestra el hecho sorprendente de que los Katíos no sólo conocían el cemento, sino que poseían medios mecánicos para descender aquellas baldosas a profundidades de 14 metros que tenían los sepulcros de "La Ciénaga", donde fueron extraídas.

III

Volviendo a los primeros habitantes del planeta, tenemos que considerar las estatuas halladas en Chichen-Itzá, en San Agustín y Tierradentro, en Cuzco, etc., las cuales nada tienen que envidiar a las de MING, cerca de Peipin, en China, y a las de los antiguos egipcios. Y los arcos de mampostería de los Mayas y de los Incas, y los descubiertos en el Sinú, no tienen menor valor histórico y arquitectónico que la portada de Hamath (Hama), al través de la cual pasó Abraham. Y el templo del valle de Jezreel, construído por los Judíos para guardarse eje los árabes cerca del límite con Siria, no es más hermoso ni es mejor obra de arte y de ingeniería que el "TEMPLO DE LOS GUERREROS", en Chichen-Itzá, en la provincia de Yucatán. Y el palacio de Sayl, en el mismo Yucatán el cual tiene más de cien cámaras, nada tiene que envidiar a los palacios de Babilonia en los tiempos de Daniel y de Abraham, y donde el orgulloso Nabucodonosor construyó sus templos históricos antes de ser "convertido en bestia" para pastar con los asnos. Y los Perues (mogotes) de los Katíos, en Dabeiba, Frontino, Cañasgordas y otros lugares, son similares a las habitaciones de tierra construidas por los sirios en los tiempos de Senacarib, poco antes de que éstos hicieran el maravilloso invento de las tejas de barro curvas, con las cuales aún techamos nuestros edificios y habitaciones. Si los Mayas, los Incas y los Katíos tenían sistemas mecánicos para elevar y para descender sus enormes bloques de piedra y de cemento con los cuales construían sus templos y sepulcros a varias decenas de metros sobre el suelo, y si podían descender enormes bloques de concreto como los de las figuras 19 y 20, a catorce metros de profundidad, entonces tenemos qué convenir que los métodos mecánicos usados eran iguales o superiores a los de los egipcios, griegos, romanos y sirios. Y si eran astrónomos, como está bien comprobado, y si eran matemáticos, como no hay duda, entonces ¿por qué considerar los habitantes precolombinos inferiores a otras razas de su época, si en lo

único que se diferenciaban, era en el uso de los metales pobres? Surge, pues, el interrogante de si América fue poblada por aquéllos, o aquéllos fueron descendientes de éstos, o sea de los Atlántida, y en tal caso, ¿dónde fue el Paraíso Terrenal? Y para mayor ilustración de esta tesis del Paraíso, conviene saber que varios sabios ingleses desde hace muchos años han efectuado estudios arqueológicos y geológicos prolijos e intensos, y no pocas veces han sorprendido al mundo con la nueva teoría de que el Paraíso terrenal existió en la América del Sur. Como dejo dicho, esta tesis es muy antigua; y que el Rvdo. El Sacerdote Juan de Velasco, como los sabios ingleses, han tratado de probar que el Paraíso terrenal fue en Cuenca o en Ambato, República del Ecuador. El sacerdote aludido consideró que el Paraíso había sido en Cuenca, debido no sólo a los indicios científicos, sino a la hermosura del valle, a la fertilidad del suelo y a muchas otras circunstancias favorables a la existencia de nuestros primeros padres en tan privilegiado lugar. Después de haber desaparecido bajo las aguas del mar; el primer Continente habitado por el hombre, volvió a surgir de ellas y parte de ese Continente son hoy las Azores, las Filipinas, la América Central y parte de la del Norte y la América del Sur. Poco a poco va el hombre descifrando este enigma oculto entre las sombras de siglos innumerables, sobre cuya oscuridad van arrojando rayos de luz la arqueología, la geología y la etnología. Está bien claro que, como dijimos antes, los habitantes de Egipto, de Grecia, de Siria, etc., no eran superiores a los Mayas en aritmética y astronomía, y así como la historia de los primeros habitantes de Europa se ha hallado en las cavernas de Francia, de Inglaterra y de España, los arqueólogos están formando nuestra historia en los monumentos de Yucatán, Colombia y el Ecuador. En Colombia falta estudiar los templos de Sinú y las cavernas de Amalfi, de Choromandó en Dabeiba, de Nore en Frontino y de Pabón en Urrao, y muchos otros lugares donde se han hallado signos de civilización precolombina. En cuanto a matemáticas, sabemos que los Mayas calcularon el movimiento de los cuerpos celestes, el Sol, la Luna, Venus, y muchos otros planetas, con mayor exactitud que lo hicieron los antiguos egipcios y los Babilonios. Los Mayas, como los Katíos, inventaron una cronología á la altura de su época, tan exacta que su calendario se remontó hasta 374,400 años, es decir, tan perfecto como nuestro calendario gregoriano; bien conocido es que esta sabiduría la poseían los Mayas más de 2. 000 años antes de la conquista. Los Mayas se sirvieron del cero (0) muchos años antes que los egipcios, y nada sabemos de la perfección matemática de los Katíos, pues únicamente conocemos que a los Katíos actuales le queda la capacidad de contar hasta seis (6) pero sabemos también que los Katíos precolombinos tenían grandes conocimientos en esta rama del saber humano, pues no sólo medían el tiempo por las fases de la luna, sino que en sus petroglifos nos

dejaron indicios de que eran capaces de medir el tiempo por siglos y que a la vez poseían un idioma rico y una gramática más perfecta que la de la mayoría de los idiomas de la época, lo cual quedó comprobado con el estudio de la GRAMATICA KATIA, llevado a efecto por el muy ilustrado joven sacerdote Fray Pablo del Sagrado Corazón de Jesús, carmelita descalzo, a quien el suscrito ayudó a publicar tan interesante gramática en el año de 1934. Tenemos que convenir que los Mayas eran un poco más civilizados que los Katíos, y que aquéllos estaban muy avanzados en matemáticas y astronomía, lo cual está claramente demostrado en los calendarios de Chichen-Itzá, como también, 350 kilómetros más al Sur, por los calendarios y anotaciones cronológicas de Piedras Negras, cerca: del río Usaroancita, en Guatemala, cerca del límite con México, donde se ha hallado una de las poblaciones precolombinas más grandes de América sepulada bajo "detritus" acarreados por las aguas y los vientos durante muchos siglos. Ilustramos a continuación el sistema numérico que usaron los Katíos y que aún usan hoy, haciendo la debida comparación con las numeraciones árabe y romana: Naturalmente, como el origen de toda numeración humana fueron los dedos de las manos y los pies, vemos que "joasomá" (cinco), se deriva de "joshamé" (dedos de la mano) . Si nos parece raro decir OME JO ASOMA ABAD E, es decir, dos cincos y uno, recurrimos a los números romanos y decimos: décimo nono, "diez y uno". Los Katíos demostraban sus números en la forma expuesta, lo representaban con siete dedos; doce puntos; con ocho dedos, un círculo grande que es el número 10 y dos círculos más pequeños representativos del uno para terminar la suma. También usaban los Katíos una raya para representar el número 5; dos rayas para el número 10; tres rayas para el número 15; y cuatro rayas para el número 20; tal como lo hacían los mayas. (Véase figura N9 15). Y de esta manera los Katíos pudieron informar a los conquistadores sobre las últimas erupciones de los volcanes de El Paramillo y El León, sobre la Cordillera Occidental, frente a Dabeiba, volcanes extintos más de 500 años antes del arribo de los conquistadores a Colombia. La cifra 28, es decir, las fases de la luna, la representaban con un círculo grande que es 10, dos círculos pequeños que equivalen a 2, ocho dedos sobre el círculo grande, y a la derecha ponían una raya (5) y tres puntos (3) . También representaban las fases de la luna (véase figura N° 15), con el número 20, como queda explicado, la mano con cinco dedos y tres puntos debajo. ¿Cuántos dibujos como el de la figura que nos ocupa habrán visto los guaqueros sin prestarle la más mínima atención, o más bien destruyéndolos como cosas inútiles? De la sabiduría de los Mayas, la cual no soñaron los griegos ni los egipcios y que les permitía medir el tiempo hasta un número de siglos indefinido, no les quedó a los indígenas actuales ni siquiera vestigios de

aquel adelanto. ¿Y por qué no pensar que a nuestros Katíos les pasó lo mismo como a raza conquistada, robada y esclavizada?

IV

Volviendo al idioma de los Katíos, el cual es más objetivo y por eso vemos que los nombres de los lugares y de los ríos siempre significan alguna cosa, ya la particularidad vegetal, ora el clima, las particularidades de los ríos, etc., damos como ejemplo lo siguiente: Chigorodó, que significa Río de la Guadua; Juradó, que significa 'Río de las Vueltas; Choromandó, Río Grande; Ampurrumiadó, Río del Plátano; Tacido, Río del Zarro; Nedó, Río de Oro; Murindó, Río del Escalofrío (fiebre); Chichiridó, Río de las Golondrinas; Amparradó, Río del Zábalo; Chimiadó, Río del Gorgojo; Antadó, Río de la Tagua; Pavarandó, Río de las aguas tranquilas, etc. El idioma de los Katíos se parece al de los ingleses en cuanto posponen el sustantivo al adjetivo, como por ejemplo: Juradó, río de las vueltas, y Do Jurá, vuelta del río; Jurachoromá significa vuelta grande del río; Cordillera es Catumá; Catumachor omá, cordillera principal; Quebrada es Dosaqué, lo cual significa agua que va al río o en otras palabras, afluente. La expresión a donde va (samandago-che) significa hacia donde mueve los pies, muy semejante a la palabra inglesa "Where are you headingg to" (hacia donde cabecea usted).

OTROS ASPECTOS DE LA CIVILIZACION KATIA

Del estado de civilización de la raza Katía tenemos, además de los petroglifos anotados antes y de sus conocimientos aritméticos, la capacidad agrícola, administrativa y bélica. Lo primero se observa en la manera eficiente como cultivaban los campos en el Sinú, Dabeiba, Frontino, Cañasgordas, Urrao, etc., hasta el punto de que hoy para saber si es buena la tierra se buscan los vestigios de los indígenas. En cuanto a la capacidad administrativa, basta saber que eran súbditos de Nutibara infinidad de jefes de 'tribus o caciques, entre' los cuales se contaban Urabá, Ura-baibe, Anubaibe, Nabonuco, Toné, Nanqui, Carauta, Mufrí y muchos otros, quienes al llegar los españoles salieron en defensa de su jefe y de sus tierras con miles de soldados valerosos y aguerridos, aunque mal armados. En cuanto a la capacidad bélica vemos en las historias de la conquista cómo se defendieron los caciques Urabá, Nutibara y sobre todo Toné, quien, al fortificarse en el lugar, que seguramente hoy es Pabón, y al incendiar la fortificación los españoles, Toné subió a la cúspide de la empalizada y en el buen español que había aprendido en pocos meses, les gritó que "los felicitaba por esa inteligencia (la de incendiar la

empalizada) ya que no eran tan brutos como él los había imaginado". Pero esta arenga la hacía con el fin de distraer la atención de los españoles atacantes para que mientras tanto las mujeres y los niños y el resto del ejército huyeran, quedando Toné solo, quien al salir por una de las puertas, de la empalizada fue atacado por varios españoles, de los cuales el indio cogió uno de ellos por las piernas y lo arrastró por una falda abajo hasta darle muerte. Toné había tomado no solamente caballos sino espadas de los españoles, elemento que sabía usar tan bien como éstos, pero al fin los peninsulares lo vencieron y, amarrado y custodiado por dos españoles lo llevaban prisionero, más al llegar a un abrupto precipicio, Toné se lanzó al abismo agarrado de los españoles, quienes rodaron hasta el fondo, pero por buena suerte de los españoles, ninguno de los tres se mató en la caída. Toné, después de un consejo de guerra rápido como algunos de los que hoy se llevan a efecto, fue quemado vivo inmisericordemente.

En cuanto al genio militar de Nutibara, basta saber la manera como se fortificó contra los españoles sobre el punto que hoy se llama "El Revenidero", cerca de Dabeiba". Colocó su ejército más aguerrido en la parte plana del terreno, donde construyó una muralla de piedra para atajar los caballos, colocando el resto del ejército oblicuamente sobre los flancos de las vertientes al Riosucio. Una vez que Nutibara se dio cuenta, de la capacidad y bravura de los españoles, los esperó sobre una planicie pequeña que hoy puede contemplarse al lado derecho del Rio sucio, poco más arriba de Dabeiba. Nutibara sabía que los caballos de los españoles no servían sino en la llanura, y escogió ésta en medio de los flancos, donde se fortificó con murallas de piedra que aún existen y distribuyó su ejército oblicuamente hacía arriba. Al hablar de los Katíos necesariamente surgen a nuestra memoria las hazañas del Rey de estos indígenas, y reproducimos en seguida lo que escribimos en el año de 1928, cuando se cambió el nombre de Cerro de los Cadavides por Cerro de Nutibara: "A este héroe indígena debemos una estatua, y merece que un historiador escriba sus hazañas como gobernante, como estadista, como militar. y como hombre de progreso.

Por sus dominios inmensos brillaba la riqueza e imperaba la organización; las fuentes y los ríos que' aún riegan lo que fue su reino, besaban los plantíos de maíz y de algodón; las fuentes saladas de Drama, Uramita, Chontaduro, etc., se hallaban en próspera explotación; la red de vías públicas, cuya huella aún existe por centenares de kilómetros, sobre todo la que partía del Darién pasando por Frontino, Abriaquí y Urrao, y que sin duda conducía al Pacífico, por el Valle del Cauca, representa un

plan inteligente de ingeniería económica. Esta vía demuestra las relaciones cordiales que Nutibara sostenía con sus vecinos de Urabá y los de Urrao hacia el sur. Los dominios de Nutibara estaban tan poblados, y su organización militar tan avanzada, que en sólo tres días-dice la historia-pudo reunir un ejército de 21. 000 indio de pelea para enfrentarse a los conquistadores, con tan buen éxito, que los hizo retroceder, andando en 18 días la distancia que antes recorrieron en un año. Su genio militar está perfectamente definido en la escogencia del punto en donde esperó al capitán Francisco César y dio la batalla que lo inmortalizó. Allí, encima de lo que hoy llamamos "El Revenidero", más arriba de Dabeiba, aún se ven las trincheras en el pequeño llano donde se dio la batalla. Por este llano tenían que pasar los españoles con su caballería, y allí se atrincheró Nutibara con el grueso de su ejército; en los flancos de la montaña, encima del nano, desplegó una parte de sus hombres en dirección oblicua al Riosucio, ascendiendo hasta la cima, del monte, de tal manera que las rocas lanzadas por los indígenas no hirieron a sus compañeros que defendían la parte baja, y sí cayeran sobre los atacantes. Del llano hacia abajo colocó la otra parte del ejército, también en línea oblicua con el río y en escala descendiente hasta llegar a la orilla, quedando así defendido todo su frente y aprovechando el río por la izquierda, que era invadible para los conquistadores. Los valientes españoles, más valientes aún al ver el brillo de las andas tachonadas de oro sobre las cuales como un semidios Nutibara dirigía la batalla, se lanzaron contra aquella fortaleza, la cual, quizás por primera vez en la vida de la conquista, no cedió, y el capitán César hubo de regresar a Cartagena para engrosar su ejército, lo cual fue fácil dada la enorme cantidad de oro que pudieron llevar a pesar de la derrota. Los carautas, súbditos de Nutibara, derrotaron a los españoles y quemaron a Santa Cruz de Antioquia, fundada cinco veces en el valle de Nori, hoy frontino." Además de las vías públicas, el adelanto de la ingeniería en los dominios de Nutibara está bien demostrado en los grabados de las piedras en las grandes baldosas de cemento que se han hallado en los sepulcros. Decíamos en 1928 que "cuando la carretera al mar llegare a Dabeiba y se puedan transportar a nuestro museo aquellos grandes bloques, el público se admirará y quizás habrá lugar a penetrar mejor en la historia de nuestros aborígenes". Han pasado 26 años y tales bloques aún permanecen en el lugar llamado "La Ciénaga" uno, y en la confluencia de los ríos Sucio y Choromandó, los otros. Cuando entró por primera vez el capitán Francisco César a los territorios ocupados hoy por los municipios de Chigorodó, Pavarandocito, Frontino, Cañasgordas, Abriaquí, Urrao y Buriticá, halló una civilización superior a la que habían conocido antes los españoles. Halló campos cultivados, viviendas bien hechas, templos lujosos, aun cuando de "techo pajizo", como dice Fray Pedro Simón.

También hallaron los españoles un adelanto artístico superado solamente por los Mayas, y más aún, un gobierno militar bien organizado, contra el cual nada pudieron hacer los españoles en su primera incursión sobre estas tierras. Nutibara, el jefe supremo o Rey de los Katíos, tenía como aliados o súbditos un ejército de reyes indígenas, entre los cuales sobresalían Anubaibe, Toné, Nabonuco, Nancuú, Carauta, Tuatoqué y muchos otros. A este respecto conviene saber lo que dice Fray Pedro Simón en su Historia, Cap. II, página 85: "Comenzó a despuntar el cuarto día este ejército de Nutibara por la cumbre de una sierra, a donde les dieron vista nuestros soldados, que a no destemplan el gusto el verse tan pocos, lo fuera muy grande al ver el innumerable ejército de salvajes en tan completo orden militar, tan relumbrante y de brillantes joyas y patenas de fino oro a los rayos del sol, con tan levantados penachos de rica vistosa plumería, con que mostraban apariencia de acrecentada corpulencia sobre la mucha que tenían". Este ejército, dice más adelante el historiador, "era gobernado por Quinanchú, hermano de Nutibara y supremo jefe del ejército, porque del Nutibara sólo era presidir montado, como hemos dicho antes, en sus ricas andas tachonadas, en hombros de sus más principales". En la segunda entrada de los españoles, el capitán César logró matar a Quinanchú, hermano del Rey Katío y jefe del ejército. Los indios se retiraron llevando el cadáver de Quinanchú en las andas doradas de su hermano, quien acompañaba el cadáver a pie y derramando copioso llanto.' Una vez retirados los salvajes, los españoles se dedicaron a matar los heridos y a recoger el oro, del cual, dice el historiador, "recogieron enorme acopio en diademas, chagua-as, orejeras, caracuries, brazaletes y muchas capacetas, que por todo fue un gran pillaje".

Cuenta el historiador que una india anciana le mostró a César un sepulcro bien labrado y artístico, de donde se sacaron cien mil pesos de oro, "sin contar con lo que cada uno de los que entraron sacó escondido". "Otra india les contó a los españoles que un gran ejército indígena venía sobre ellos y optaron por regresar a Urabá, cargados de oro y de enfermedades, lo cual hicieron en 18 días, habiendo gastado nueve meses para venir hasta donde es hoy Dabeiba"

Aspectos Protohistóricos del Noroeste Colombiano.

Al sur del lago de Nicaragua y río San Juan de Centro América, es decir al sur de la Zona Chorotega y de los Nicaraos, se presenta el complejo de los Talamanca, Guaymies y Cuevas de Costa Rica y Panamá que en asocio del conjunto andino de Colombia, constituyen el complejo orfébrico más sobresaliente de la América Precolombina. Lothrop, en su estudio arqueológico de la Zona de Coclé, hace un juicioso análisis de ella y determina la proyección de esta cultura a través del Istmo de Panamá y hace llegar su reflejo hasta el Golfo de San Miguel, para luego dar un salto por mar hasta la Bahía de Tumaco, donde toma el camino por tierra hasta la costa norte del Perú. Es una especie de columpio étnico o cuerda del seno cóncavo que forma el Pacífico en las costas de Colombia.

En esos tiempos como en los que corren, el Darién fue en un gran lapso de la prehistoria un tapón de comunicaciones terrestres, entre el sur y el noroeste de Suramérica. Ni la Serranía del Darién desde el Cabo Tiburón hasta Cocalito y Ardita, ni los bajos del Atrato, ni las selvas tropicales del Baudó y el San Juan fueron obstáculo para que estas influencias tomarán la dispersión por tierra; otros fueron los factores, como adelante se verá.

⁵ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 25 Núm. 210 (1970). [Gramática y estilo tomada del texto original]

⁶Padre de la Antropología y la Arqueología en Antioquia, destacado profesor universitario en estas disciplinas. Doctor en Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Pedagógica de Tunja, fundador del Departamento de Antropología y de la Sección de Antropología del Museo de la Universidad de Antioquia, el que desde 1995 honra su nombre. Miembro correspondiente de la Academia Antioqueña de Historia.

La cerámica de Coclé y de Tumaco tienen una gran similitud, no solamente por los motivos realizados sino además por el estilo con que lo hacen y el acabado de las superficies o texturas. Esa fraternidad no se encuentra en la zona intermedia entre el Golfo de San Miguel y el Golfo de Buenaventura. Esta es una de las regiones más lluviosas del mundo, aunque este factor no fue la causa limitante para la expansión cultural, ya que en la actualidad grupos supérstites sobreviven en dichas zonas con posibilidades de mejorar cada vez más la sobrevivencia. En estas costas y tierras adyacentes, eternamente húmedas bajo el castigo de 10 metros de lluvia anual aproximadamente, el profesor Reichel Dolmatoff, ha investigado unos sitios cercanos a Bahía Solano y ha puesto de manifiesto que la cerámica allí rescatada revela un contenido técnico muy bajo, bien sea por la pobreza cultural de los pueblos que la elaboraron o porque se trate de un tardío en decadencia, de pueblos contemporáneos de los chibchas centroamericanos. Las tierras que rodean el Golfo de Urabá, desde el Cabo Tiburón a Punta Arboletes, en una longitud de 200 kilómetros, están intensamente salpicadas de la cultura antillana, de una raigambre taina, subcultura de los Arawak. Se caracteriza por los rasgos antropomorfos y zoomorfos, de decoración incisa y sin pulimento en la textura.

Las circunstancias de su hallazgo son la de una fragmentación generalizada en los bancos de basurales y rara vez se encuentra un espécimen completo. Al lado de esta manifestación estratigráfica se encuentran los entierros secundarios, en grandes urnas de barro que tienen la forma de un huevo con base cilíndrica. Otras tienen la forma de copas gigantescas con tapa en forma de campana. Pero en el Hinterland a 20 kilómetros más o menos de la costa, la cerámica se presenta en un sencillo ajuar de servicio doméstico, de muy escasa decoración incisa sin objetivos ceremoniales que hubieran estimulado su esmero decorativo.

Sin embargo, en la zona distante de la costa, cuenca del Alto Sinú, en las Serranías de Abibe y San Jerónimo, se encuentran manifestaciones de una cerámica perteneciente a una alta cultura llamada Sinoana, donde en nuestro concepto, ha tenido una alta cristalización la cultura antillana. Se caracteriza por una de las mejores orfebrerías de América y su cerámica votiva de un alto sentido religioso consta de ánforas globulares en su mayoría de doble pico con asa en arco y soportes tripodes mamiformes, decoración incisa y con un alto contenido artístico de motivos geográficos figurativos en ella.

Esta zona constituye un centro de irradiación cultural hacia el Sur, que se observa en Mutatá y los afluentes del Río León y del Río Sucio.

En Apartadó fue encontrada una cerámica extraordinaria que tiene apéndices mamiformes repartidos sobre el mayor diámetro en orientación estelar. Ya en la hoya del río Atrato, las manifestaciones culturales, al menos en el estado actual de nuestras investigaciones, se presentan muy esporádicamente y de una gran pobreza artística. La selva, entre este río y la costa pacífica, es aún casi desconocida, razón por la cual nuestra afirmación con carácter provisional, puede perder su valor cuando estas selvas aún impenetrables se descuajen para la economía y la ciencia.

La margen derecha del río Atrato es fluida casi en su totalidad por ríos que descienden de la cordillera occidental de Antioquia y del Caldas señorial. La cultura que aparece en esta vertiente representa los ya pálidos reflejos de la llamada cultura Quimbaya, con manifestaciones decadentes ya que las expresiones de forma y decoración se presentan deslucidas sin creatividad ni estilo, a excepción de la zona del alto Murri en Urrao, que aún conserva una variante típica de la cultura Quimbaya. Desde la cordillera del Citará y cuenca del río San Juan del Chocó hacia el sur, las manifestaciones culturales tienen líneas únicas definidas sin el abigarrado complejo de Urabá y Chocó que reciben influencias del Istmo y las Antillas así como de la zona Quimbaya.

En el corazón de Antioquia a la latitud de Yolombó y Guasabra, se presentan los últimos reflejos de la Cultura Quimbaya en su carácter artístico más típico que es el de la técnica a la cera perdida, para aparecer de nuevo, de una manera esporádica y atípica en la región de Mesoamérica en la zona Chorotega, tal vez como producto de intercambio comercial.

Hasta el centro de Antioquia y como una punta de lanza en el Valle de Aburrá o Medellín, se encuentran influencias de la cultura antillana, representada muy típicamente en la decoración sigmática en los volantes de huso. En una sola sepultura excavada en una de las colinas que rodean la ciudad de Medellín, encontramos entre otros elementos doscientos cincuenta volantes de huso que fueron utilizados por las hilanderas prehistóricas del Valle de Aburrá. El 98% de estos volantes tenían decoración sigmática y el resto eran posiblemente producto de intercambio con la cultura Quimbaya.

En el Valle de Aburrá entre las poblaciones de Caldas y Barbosa, en una extensión de 70 kilómetros, parece que se hubieran dado cita pueblos de diferentes culturas: los Quimbaya, pueblos antillanos, así como la expresión de una técnica paleolítica, propia de la prehistoria de América. Puesto que, en relación con esta última, se encontró en ciudad Niquía, en Bello, a 10 metros de profundidad, una punta de pedernal elaborada por lascamiento, al estilo de las puntas del Paleolítico Superior. Estas puntas, como las encontradas en el Tolima por el doctor Juan de la Cruz Posada, las encontradas en Momil por Reichel Dolmatoff, las encontradas por el doctor Gonzalo Correal, en la Sabana de Bogotá, plantean al arqueólogo colombiano uno de los problemas cronológicos más interesantes en la evaluación de la prehistoria Americana.

En día no lejano, con la intensificación investigativa, cuando las zonas intermedias de la geografía del noroeste sean cabalmente estudiadas a la luz de la estratigrafía, de los datos del Carbón 14 y de la Termoluminiscencia, se podrán esclarecer los fenómenos cronológicos de la cultura en completa secuencia para dar al mundo científico la verdadera cronología del poblamiento de los territorios del noroeste de Suramérica.

De una manera provisional y a partir de un dato estratigráfico y más que todo de carácter mortuorio, podemos aducir que el desplazamiento de la cultura antillana hacia Urabá, estaba ocurriendo en los albores de preconquista, que persistió hasta muy entrados los tiempos post-colombinos. En la excavación practicada en las inmediaciones de Punta de Piedra, Costa oriental del Golfo de Urabá, en la cual se encontró cerámica indígena que comúnmente se clasifica como de preconquista, se encontró igualmente una buena cantidad de cuentas de chaquiras de vidrio, las que indudablemente son tenidas como elementos decorativos de los tiempos de post-conquista.

Sin embargo, aún quedan por evaluar los cancheros cercanos a la costa que en lenguaje vernáculo, son llamados Caracuchas, por estar formados de pequeñas conchas blancas de mar.

Quiero aludir aquí, al hallazgo de un mastodonte fósil que ha sido avistado por exploradores nativos de las selvas del Atrato, al sur de Sautatá. Según las noticias es de proporciones gigantes, pero que aún no ha sido rescatado por la ciencia. En el noroeste al sur de la Serranía del

Darién, hasta el río San Juan en las montañas de Antioquia y Caldas, se encuentra un abigarrado complejo arqueológico si se tiene en cuenta el estado actual de las investigaciones. Estos denuncian un pasado cultural de pueblos que en la prehistoria cruzaron de norte a sur y de sur a norte, por ésta región noroeste del territorio colombiano.

Quedaría trunca la secuencia humana en su evolución cultural, si no advirtiéramos un empalme secuencial entre los pueblos desaparecidos que denuncia la arqueología y aquellos que han sobrevivido, con su herencia racial y cultural.

Podemos comenzar el empalme humano con la observación de los fenómenos que hemos llamado protohistóricos. La protohistoria del noroeste colombiano es fecunda en hechos, en los momentos de la Conquista española. Allí el complejo cultural y el palpitante hábitat, atrajo la codicia del conquistador y las miradas llameantes de poder de los gobiernos europeos.

Cuando Cristóbal Colón, en 1502, durante su cuarto viaje, tocó el Cabo Tiburón y viró hacia el noroeste, no se dio cuenta que dejaba hacia el sur la verdadera solución de sus dudas que después le atormentaron hasta su muerte, creyendo que la América era una continuación de Asia. Que Colón hubiera pernoctado algunos días en esas costas panameñas, los indios Cunas del cacique Comagre, le hubieran dicho, como más tarde se lo dijeron a Balboa, que unas leguas más al sur, existía un Océano e islas con perlas, y de esta manera Colón hubiera llevado en su mente que dicho Océano determinaba un Continente Nuevo, que no era el Asia. Hoy la ciencia quiere darle al mundo occidental y en parte lo ha realizado, el paso que Colón buscaba hacia el país de las especias, con la apertura del Canal Interoceánico, aprovechando en parte el río Atrato.

Cuando la hija del Cacique Comagre en su fuga enamorada, llevó a Balboa hacia las islas de las perlas, le abrió a este Conquistador el camino de la fama y de la horca; a Américo Vespucio, la nominación de un mundo para el que se pretendió una paternidad contrabandeada y a la civilización americana, le abrió la conquista de pasos interoceánicos.

El primero que navegó las aguas del Océano de Urabá, fue Rodrigo de Bastidas en 1501, pero ya desde 1500, éste en compañía de Juan de la Cosa, habían llegado hasta las bocas del Atrato. Alonso de Ojeda, fundó a San Sebastián de Buena Vista, en 1509, al norte de lo que hoy es Necoclí. A fines de este mismo año y a comienzos de 1510, Martín Fernández de Enciso, fundó a Santa María de la Antigua del Darién, en cuya expedición

iba Vasco Núñez de Balboa. Dice Pedro Simón, que fue Balboa el fundador de esta ciudad. En 1513, Balboa descubre el Mar del Sur a partir de la Aldea de Acla en las Antillas, más o menos donde hoy queda Obaldía, al oeste del Cabo Tiburón. En 1514, llega a Santa María, Pedrarias de Avila, con 1.000 españoles de ambos sexos, y entre ellos venía el futuro cronista de Indios Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Igualmente con Pedrarias, llegó a Santa María el Obispo Quevedo, y se funda el primer Obispado de Tierra firme y con ello la primera ciudad de América Continental. Según la Real Cédula de Fernando VII del 10 de julio de 1515. En ese mismo año explora Balboa la Bahía de Colombia al fondo de la cual hoy queda Turbo.

En 1516, Morales y Pizarro salen de Santa María del Darién siguiendo el camino de Acla, toman el camino del mar del Sur y abren rutas para el descubrimiento del Perú, Entre 1510 y 1524, la vida de la ciudad de Santa María de la Antigua del Darién, es la de un lugar de paso de las Antillas hacia las lejanas tierras que bordean el mar del sur. Por eso es un lugar de intrigas, de ambiciones y de actos heroicos que preludiaban las futuras conquistas. Allí vivió Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, que fue nombrado cronista oficial de la Corona. Funcionaba la ciudad como un núcleo centrífugo y centrípeto de actividad humana entre las Antillas y Suramérica. Después de 1524, no quedaba ni una sola casa en Santa María, puesto que fue abandonada por Pedrarias para irse a fundar a Panamá y los pocos españoles que quedaron fueron asesinados por los indios y quemadas sus viviendas. Después un silencio de cuatro siglos ha cubierto las selvas del río Tanela a 8 kilómetros de su desembocadura, para convertirse hoy en objetivo de nuestras preocupaciones arqueológicas y étnicas.

El río Atrato en la Prehistoria fue la calle real de los Chibchas en sus migraciones hacia el país de los Quimbayas. Más tarde fue una pista guerrera de las hordas caribes en su afán de conquistar el reino de los chibchas. Fue un camino estratégico de los primeros Descubridores para el dominio de las rutas al interior del Continente. En la Colonia fue igualmente una ruta estratégica de merodeadores y bandidos, escondite paradisíaco de piratas como Drake y camino expedito de contrabandistas durante la Colonia, por donde el comercio ilícito se hacía a través del Chamí por el Departamento de Caldas hasta Honda. Por eso este río, o gran río del Darién, fue llamado el río Atrato o río de los Contrabandistas que comerciaban con las tierras del reino contra las disposiciones de control establecidas por Fernando VII. De aquí que la Palabra Atrato no

es un topónimo aborígen, como pretenden algunos historiadores, es la suma de dos palabras españolas de la época colonial: A y Trato, o sea el río del comercio a Trato. Dice Antonio de Arévalo en sus documentos inéditos de la Colonia: "Por el gran río del Darién se hacía el comercio a trato a espaldas de la Corona". Se llamaban tratantes a los contrabandistas, porque detractaban las leyes de Indias para llevar oro del Chocó y penetrar en el reino por el interior, esquivando la ruta del río Magdalena que hasta hace 25 años era el camino real de Colombia. Por este camino llegó a Bogotá la primera imprenta y los primeros libros de contrabando inclusive los Derechos del Hombre, que Nariño tradujo e hizo imprimir en Bogotá.

Para el conocimiento protohistórico de esta región que nos ocupa, nos suministran datos originales Martín Fernández de Enciso, en "*La suma protográfica*", y el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en los cinco tomos de la Historia de Indias.

No podemos pasar adelante sin detenernos a decir unas palabras de este cronista, el mejor de las Indias. Es el mejor relator de los acontecimientos ocurridos en la protohistoria en esta región del noroeste colombiano. Venido a América con Pedrarias Dávila por primera vez; siete veces viajero por el Océano Atlántico como mensajero de la Corona Española. Soldado aventurero y perspicaz observador de la naturaleza. Fue un empírico observador de plantas y fenómeno Mi casa era la mejor de Santa María, de madera en dos pisos y de buena clavazón", y agrega que estaba rodeada de huertos de frutales, especialmente de naranjos con bejucos, inclusive el rancho que hacía de catedral donde debía officiar el Obispo Quevedo.

El nombre de ciudad dado a Santa María fue un concepto de dignidad concedido por el Rey a la fundación, que convertía a estas tierras del Darién en un centro de dispersión conquistadora y posiblemente núcleos de colonización.

Este fue el lugar de la primera sede episcopal de Tierra firme, cuyo primer obispo fue Quevedo, quien fue reemplazado en 1515 por Fray Vicente de Pedraza. De este año en adelante Santa María empezó a decaer, primeramente por las rivalidades entre Pedrarias y Balboa, de una parte, y por otra la desavenencia de aquél con el Cronista Fernández de Oviedo y Diego del Corral. Pedrarias orgulloso y contumaz, tenía celos de

prestigio y de poder, frente a la valerosa actitud de Balboa y sus partidarios para la empresa conquistadora.

Demás el clima de Santa María y las incursiones de los indios, decidieron que Pedrarias fundara a Panamá, sobre la costa del mar del Pacífico, de donde las comunicaciones con el sur del Continente era más factible. En 1524, no quedaba de Santa María nada que recordara la ciudad. Las casas fueron quemadas, **siendo Diego de Rivero, su mujer y su hijo, los últimos en ser** asesinados.

En la región del Darién dice Paul Rivet, citando a Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Angheria se encontraron pruebas de la raza negra en la América precolombina. Aduce Rivet que cronológicamente fueron los melanesios la cuarta migración de pueblos oceánicos hacia América a través de la Polinesia, hace cerca de 3.000 años. Los cronistas avistaron en California y Darién aborígenes de piel más oscura que los demás nativos. Oleadas melánicas se fusionaron con pueblos preestablecidos en América. El hábitat y la mezcla sanguínea hicieron que las mutaciones a través de tres milenios prohicieran en ciertos lugares del continente, una morfología y pigmentación más atenuadas que las de los grupos melánicos de origen.

Actualmente podemos constatar entre los cunas de San Blas Norte del Darién, un rasgo genético recesivo que prueba la existencia prehistórica de negros en el noroeste de Sur América, y que consiste en un intenso albinismo entre los cunas. Las experiencias hechas en el terreno de la antropología física han establecido que el albinismo, gene recesivo, que impide la pigmentación es más frecuente en las razas negras. En las islas de San Blas se encuentran 200 albinos, entre 30.000 indígenas. No podemos confundir el problema histórico del negro americano incluyendo los actuales del Chocó, **que son venidos a América** recientemente después de la conquista y que pertenecen a una de las razas primarias del África llamados los negros de la selva, en tanto que el problema melánico que nos preocupa pertenece a razas arcaicas de **hace 5.000 años.**

En época del cronista Oviedo aún no se conocía el fenómeno del albinismo, y por eso aquél ingenuamente escribe al conocer los albinos del Darién, que en esta zona se encontraron por primera vez blancos en América.

Esta ha sido zona de intercambios y contactos culturales y raciales entre pueblos antillanos preestablecidos y pueblos oceánicos llegados posteriormente. No tenemos muy clara la cronología de los contactos interamericanos en la prehistoria. Solo un detenido estudio arqueológico, en sus inicios, aún en esta zona del Istmo y del Darién, nos informaría de los mecanismos de los pueblos migrantes y la superposición de las culturas en su tránsito. Actualmente, en Urabá aumenta la marea de esta encrucijada que parece moverse en secuencia tomando como base los fenómenos pretéritos. El Canal Interoceánico que se proyecta realizar en la zona del Chocó, denuncia claramente la culminación científica de los tiempos modernos que supera las elementales ambiciones de los pueblos que en el pasado contactaron en esta región del Continente.

Fueron las tierras del Darién y en su extensión hasta la Serranía de Abibe, las tierras de peregrinación de pueblos de Centro y Suramérica, donde acudían a impetrar en el Alto Sinú los favores de la diosa de las tormentas Dobaiba. Estas fueron las tierras del Dabeibe, o el señorío de Güaca, región en donde un lugar innominado, eran los dominios de la Diosa Dobaiba. Esta meca de peregrinaciones fueron el incentivo que atrajo a los Heredia, a Jorge Robledo y Andagoya que pretendían confluir a este centro de movimientos étnicos.

A nadie se oculta la fiebre del oro que encendió la mente de los Conquistadores, al descubrirse las ricas sepulturas del Sinú. Fue muy común el eslogan de la época entre los Conquistadores: "*Desdichado es el Perú si se descubre el Sinú*".

Hernán Thriborn, en su estudio: "Dobaiba diosa de las tormentas" y en "Señorío y barbarie en el Valle del Cauca", trata exhaustivamente las conmociones de pueblos en esta región del Continente.

En la actualidad el Canal Interoceánico, la voladura del célebre Tapón del Darién y el desarrollo económico de Urabá, con el banano y la palma africana, crean un nuevo incentivo de atracción, no solamente para los colombianos, sino también para los países de América ya que en la viabilidad de este paso por el Noroeste de Sur América, hay una solución de encrucijada para el desarrollo, no solamente de los países limítrofes pero también para la conveniencia de los países Americanos.



Graciliano Arcila Vélez

Pobladores. —Tres grupos de indígenas, formando familias, tribus, parcialidades y naciones, viviendo a veces sobre la copa de los árboles, en ocasiones debajo de las selvas, ya en chozas miserables aisladas, o bien en poblaciones de más o menos importancia, poblaban 10 que constituye hoy el territorio del Estado de Antioquia. Estos tres grupos de indígenas, o sean naciones, como se las llamó entonces, estaban separados por fronteras naturales en casi toda su extensión, y tenían entre sí los rasgos distintivos de la raza americana, aunque con caracteres bastante salientes, comparados los unos con los otros, para que podamos aceptar tres grandes familias distintas y reconocerlas con sus nombres antiguos.

Catíos. —La nación Catía ocupaba el territorio comprendido entre la margen occidental del Cauca antioqueño, el curso del Atrato, la costa Atlántica y la serranía de Abibe.

Nutabes. —La nación nutabe vivía en la parte comprendida entre el Cauca y el Porce.

⁷ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 38 Núm. 251 (1988). [Gramática y estilo tomada del texto original]

⁸ Médico, botánico, humanista, historiador, geógrafo, literato y sabio. Fue director del Hospital San Juan de Dios, de los primeros profesores de la recién fundada Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia (1871) en donde impartió las cátedras de medicina legal, anatomía topográfica y clínica terapéutica. Fundador y primer presidente de la Academia de Medicina de Medellín.162 Fundador de la Biblioteca y del Museo de Zea (hoy Museo de Antioquia), y de la Academia Antioqueña de Historia. De esta última, cuando ya se encontraba ciego y enfermo, por lo cual las primeras reuniones se llevaron a cabo en su propia residencia. De ambas academias fue su primer presidente. Como hombre público fue diputado, senador, presidente de la Convención Constituyente de Antioquia (1877), presidente del Estado Soberano de Antioquia (1877) y designado presidencial (1881).

Tahamíes. —Los tahamíes ocupaban los lugares medianeros al Porce y al Magdalena, es decir, la parte oriental del Estado, debiendo advertirse para mayor claridad, que esta nación tenía un apéndice de territorio hacia la parte del sur, entre el Cauca y la cordillera central.

Si convenimos en la veracidad de lo que afirman los viejos escritos de la Conquista, deberemos creer que los pueblos en que existían estas diversas gentes eran numerosísimos; más, por desgracia, la mayor parte de los nombres de ellos no han sido conservados por la historia. Ponemos en una de nuestras cartas lo que se salvó del naufragio producido por aquellas guerras, y lo que quedó fundado por españoles hasta el año de 1583.

La nación catía poseía algunas tribus nómades que habitaban los desiertos anegados y cercanos al golfo de Urabá. Esas tribus no tenían ni pueblos ni casas; vivían sobre zarzos que construían en el ramaje de los árboles. En los valles próximos a la cordillera de Abibe, sobre la misma cordillera, en la ramificación occidental, en sus faldas del ocaso y en las pendientes orientales que dan al Cauca, tenían muchas poblaciones conocidas con los nombres de Carauta, Cuísco, Guazuseco, Guacá, Teco, Buriticá, Ituango, Curumé y algunos otros cuya serie se aumenta con las fundaciones hechas por conquistadores, y conocidas entonces por los nombres de Muritúe, San Jerónimo del Monte; Antioquia, Caramanta, San Juan de Rodas, etc., etc.

En resumen, y para mayor facilidad en la comprensión de lo que seguirá, agregaremos que había escasos habitantes en las partes bajas cercanas al mar; que abundaban un poco más en las márgenes de los ríos Arquía, Murri, Sucio, León, Sinú y San Jorge; que crecían en número en los sitios de clima frío sobre la cordillera occidental, desde el Chamí hasta los nacimientos del Sinú, y que eran numerosísimos en uno y otro lado del río Cauca y en las faldas respectivas de las montañas que encajonan a éste, desde la desembocadura del Chinchiná hasta su confluencia con el Nechí.

No parece muy cierto, como dicen algunos escritores, que el número de los habitantes indígenas de la región antioqueña fuese sumamente reducido, pues sin hacer cuenta de las poblaciones ya dichas, las había también en las faldas orientales de Herveo, en los valles de Sonsón, la Ceja, Retiro, Rionegro, San Vicente, y en las partes bajas inclinadas sobre el Magdalena, como en San Carlos, donde se fundó, según creemos, la primera ciudad de Remedios. Además, la referencia de los hechos

militares acaecidos durante la guerra de la Conquista, demostrará perentoriamente que a pesar de todas las causas contrarias a la multiplicación de la especie humana en estos parajes, los españoles tuvieron que habérselas con un enjambre de naturales.

Costumbres. —Los miembros de la nación catía, habitantes de las selvas bajas del Chocó, eran feroces y dotados únicamente de los instintos brutales que se derivan del influjo de la carnalidad. Las pasiones hijas de un estado social adelantado les eran totalmente desconocidas. Vivían en los bosques, y se sustentaban con el producto de la caza y de la pesca. Muchos de ellos andaban completamente desnudos, o a lo más se cubrían con una ligera pampanilla que ellos llamaban guayuco, vestidura miserable que de ordinario fabricaban con un pedazo de la corteza de un árbol conocido con el nombre de damajagua.

Los catíos que habitaban las vertientes de uno y otro lado de los Andes antioqueños hasta el río Cauca, tenían poco más o menos el mismo espíritu guerrero que sus hermanos ya descritos; pero les llevaban ventaja por haber dado ya algunos pasos, aunque lentos, en la carrera de la civilización. Tenían algunas mantas y vestían con ellas, poseían armas un poco mejor fabricadas, eran dueños de numerosas poblaciones, y aunque sin liga general o mancomunidad entre sí, comenzaban a dar ligeras señales de querer definir y aceptar un verdadero pacto social.

Los indios nutabes participaban en gran manera de las calidades generales de sus vecinos los catíos; más como sea que por aquellos tiempos el Cauca formase una barrera casi insuperable que impedía Los indios nutabes participaban en gran manera de las calidades generales de sus vecinos los catíos; más como sea que por aquellos tiempos el Cauca formase una barrera casi insuperable que impedía, en cierto modo la promiscuidad de tales habitantes, resultó siempre que entre una y otra nación hubo caracteres distintivos bien notables.

Los nutabes, pues, que habitaban la parte central del Estado, eran bravos y esforzados en la pelea, ágiles, esbeltos y formidables para la lucha. Usaban también el veneno, aunque no tan generalmente como los primeros, y vivían de los mismos productos naturales de que hemos hablado ya, y además del rendimiento de una escasa agricultura. El arte de los tejidos les era más familiar que a sus vecinos; y fue ésta quizás la sola parte en que los conquistadores hallaron en Antioquía indios que

llevasen una vestidura talar casi completa. Esos tejidos eran fabricados de algodón.

Los tahamíes eran indios más suaves y mansos de carácter, menos guerreros, más dispuestos a entrar en la vida social, propios para la servidumbre, aventajados en los ejercicios gimnásticos, corredores sueltos y veloces, luchadores insignes; pero menguados en sus facultades morales, y sin energía individual.

Razas. —Lo dicho deslinda aproximadamente los rasgos distintivos de las tres naciones que hemos convenido en reconocer históricamente como pobladoras de estas montañas; más, como se ve, estos rasgos no impiden de ningún modo el que asignemos a los primeros pobladores el tipo distintivo y constante de la raza americana. Todos nuestros antecesores, desde el estrecho de Béhring hasta la Tierra del Fuego, y desde la punta de Paria hasta el golfo de Guayaquil, a pesar de sus variantes físicas y morales, nacidas de la localidad, presentaron y presentan la estampa uniforme y eterna de un origen homogéneo.

Ya hemos dicho cuáles eran los puntos más poblados del territorio; ahora agregamos que los pobladores estaban dotados, absolutamente hablando, de una organización harto más sólida, robusta y resistente que la de los muiscas y otros habitantes de las comarcas circunvecinas.

El origen probable y casi históricamente conocido de los indígenas antioqueños, es el caribe. Bien sabido es por todos que esa crudelísima nación, raíz de algunas de las islas. Antillas, deslizaba periódicamente, mucho antes de la Conquista, sus piraguas atrevidas sobre la Tierra Firme; y por allí comenzaron sus tribus a asentar el pie, a ganar terreno y a erigir poblaciones, desde el golfo del Darién hasta más allá de las Guayanas, y aun bastante en el interior de la parte respectiva del Continente. Las facciones propias de esta gente se han conservado íntegras en algunos puntos, tanto en lo material como en lo moral, y en la época a que nos referimos los pueblos antioqueños eran de sangre pura, a este respecto. Así, el hombre primitivo de estas montañas era de color moreno cobrizo, de pelo negro y lacio, de frente ligeramente achatada, de ojos pequeños, rasgados y negros, de nariz regular, de huesos salientes, especialmente en los pómulos y juanetes, de talón prolongado hacia atrás, de fibra muscular tensa y dura, de cuerpo suelto y ligero, más bien delgado que obeso; arrogante, duro, áspero y decidido en la expresión.

Lo anterior en cuanto a su conformación orgánica, pues en cuanto a su situación intelectual el asunto requiere pormenores.

Como la mayor parte de los naturales de América, eran amigos de teñirse ciertas partes del cuerpo con el jugo del achiote y con otras materias, así como también de ennegrecerse los dientes, para preservarlos de las caries, con el zumo de un bejuco que goza de esta propiedad.

Estado civil.

Los aborígenes antioqueños, tomados en grupo y considerados en su manera de ser social, dan muestras de haber ocupado un lugar ínfimo en la escala relativa de la civilización, puesto que en su mayoría eran antropófagos o comedores de carne humana, hacían prisioneros en sus combates parciales, los devoraban con ansia espantosa en sus festines, y —cosa más extravagante aún— los engordaban a veces como cerdos y los sacrificaban luego para saciar su imponderable apetito. Es conveniente notar que, de ordinario, las víctimas de esta inhumana costumbre recibían con frialdad, y aun con gusto, el golpe de gracia que las privaba de la existencia, pensando acaso que obedecían, buena, simple y sencillamente, a una trivial exigencia de la fatalidad. Muchos de estos hombres convertidos en bestias, eran escogidos no sólo de entre los prisioneros, sino también de entre los individuos pertenecientes a la parcialidad que los devoraba.

Para engordar estos hombres, construían en varias partes corrales formados de gruesos maderos, y allí los alimentaban con abundancia y esmero; y para el sacrificio, que según parece tenía un ligero carácter religioso, los sacaban al campo, y con la cara vuelta al naciente y el cuello ligeramente encorvado, descargaban una enorme maza con fuerza descomunal sobre la nuca, y el asunto quedaba concluido.

La antropofagia en el Continente americano al tiempo de la Conquista, no era de un uso exclusivamente peculiar a los naturales antioqueños; existía en otros muchos lugares, aunque sí es verdad que la gran mayoría de los indios había salido ya de este error abominable. Nosotros nos atrevemos a pensar que en estas comarcas el canibalismo se mantuvo en una vigencia cruda y horrible, debido en parte no sólo a la ceguera de un estado casi primitivo y de naturaleza, sino también a la índole un poco estéril de un terreno casi completamente impropio para abastecer de víveres a hombres que ignoraban las ciencias y las artes, especialmente la agricultura, y que por tanto se hallaban siempre hambrientos y necesitados.

Lenguaje.

Por lo poco que se nos alcanza sobre algunos vocablos de su idioma, comprendemos que éste se hallaba todavía en completa penuria y escasez de voces. Tenían muchos nombres compuestos, la mayor parte con significación apenas material, había falta completa o casi absoluta de palabras de sentido moral y metafísico, abundaban las interjecciones, las imágenes y alegorías, las figuras groseras alusivas a las ideas, los gritos, las gesticulaciones, los movimientos para la expresión de sus situaciones de ánimo, y los demás giros de construcción gramatical que en su conjunto revelan el atraso de un lenguaje.

Religión.

En religión poseían las siguientes nociones: creían en un ser equivalente a Dios, autor único del Universo, que arreglaba y ordenaba el movimiento y manera de ser de todas las cosas creadas. A este ser apellidaban los catíos Abirá, que en su idioma quiere decir sumamente bueno, y a los primeros españoles Airá, que significa hijo de las entrañas de Dios.

Reconocían también un ser ideal, antagonista en sus calidades y carácter del Abirá. A este otro lo llamaban Canicubá, que significa enteramente lo contrario, es decir, sumamente malo.

Reverenciaban un poco el principio del bien, simbolizado por su Dios tal como ellos lo comprendían; temían al diablo o Canicubá, pero no lo hacían propicio con sacrificios sangrientos como en otras partes de América.

El culto tributado a Dios era menguado, y reducía sus prácticas religiosas a poquísimo, puesto que no tenemos tradición alguna sobre sus templos, y los pocos ídolos encontrados en los santuarios, parecen haber sido más bien objetos de veneración doméstica, que de adoración pública.

Después de su primera y notable creencia en su Ser Supremo, adornado con altos atributos de poder, venía también para ellos la idea de tributar algún respeto religioso al sol, la luna y las estrellas, lo que prueba que un pequeño rudimento de sabeísmo entraba por algo en sus atrasadas teogonías.

El fetichismo no era extraño a la imaginación y entendimiento de aquellas pobres gentes, al menos si hemos de juzgar por la significación probable de las figuras de algunos ídolos encontrados en sus sepulcros.

Había en los naturales una idea vaga y confusa sobre la anterior existencia de un diluvio universal; y hasta se reconoció algo en sus tradiciones habladas, que hacía alusión al modo como se preservó el género humano y el resto de los animales de la anegación total, por recurso de una grande arca, cosa no muy extraña si se reflexiona que diversas tribus del Orinoco, sumidas en una barbarie más profunda que éstas, conservaban una tradición semejante.

Condecoraciones militares y armas.

De la rana sacaban, y sacaban aún, un licor venenoso que usaban y usan en la caza y en el combate. La estampa de este animal se halla bastante bien grabada en varios de sus muebles, y especialmente en algunas láminas circulares de oro fino, que por su forma y otras circunstancias parecen haber sido tenidas por ellos, no tanto como imágenes sagradas, sino más bien en calidad de condecoraciones militares (1). En todo caso, las estampas parecen revelar la gran importancia de que estos animalitos gozaban entre los indios.

Usaban en los combates la armadura común de los indios americanos: macana, maza, carcax, flecha, honda y piedra. Empleaban también como venenos los jugos de algunas plantas, como el curare, y un aceite resinoso sacado de la corteza de un árbol que nos parece pertenecer a la tribu de las uráceas, más enérgico en sus propiedades que el ajuapa.

1. *En un libro de valor inapreciable por su mérito, publicado el año de 1881 por el Sr. Liborio Cerda, en Bogotá, hemos visto que el autor dice que la rana era tenida en gran veneración por los muisecas, porque la consideraban como anunciadora de la venida de las aguas para el arreglo de sus sementeras y cosechas.*

Sin disentir de la respetable opinión de nuestro compatriota y amigo, y pensando que tal era entre los chibchas la representación simbólica de ese animal, creemos que entre los indígenas de Antioquia no sucedía lo mismo, y que la rana era simplemente la representación de la caza y de la guerra.

Los indios guerreros, y sobre todo para los días de combate, acostumbraban llevar coronas de plumas sobre la cabeza, y además cubrían con las mismas plumas la parte alta de los brazos, la cintura y los muslos. Esas plumas eran escogidas de entre las más bellas, brillantes y lucidas que quitaban a las lindas aves de sus florestas; las disponían ingeniosamente unas con otras, de donde resultaba un tejido abigarrado, vistoso y por todo extremo galano para ellos. Cuando esos mismos indios, pertenecientes a la jerarquía militar, eran ricos, agregaban a los arreos de su persona, es decir, a los colores diversos con que se teñían, a su pampanilla, a sus armas y a sus adornos de pluma, algunas piezas de oro bruñido, lo que realzaba no poco el lujo y magnificencia de su apostura bélica.

Superstición.

Sospechaban, y aun entendían algo, acerca del curso de los astros y de sus movimientos.

Creían en brujos, mohanes, hechiceros, jaimanaes, etc., pero tenían gran aversión a los individuos que se entregaban a estas prácticas, para ellos diabólicas, y llegaban en ocasiones a dar muerte a los pretendidos adivinos.

Creían en una vida eterna, posterior a la terrenal, para su cuerpo y para su espíritu, pero pensaban que la resurrección se haría en alma y en materia; y por esto, la mayor parte se hacían sepultar con armas, muebles, tesoros y aun alimentos, creyendo hacer uso ulterior de todos sus haberes. Hay razones para creer que algunos se hacían enterrar con sus mujeres y con sus siervos; y pudo suceder así, porque la esclavitud absoluta estaba en práctica entre ellos.

Vida doméstica.

La poligamia era moneda corriente entre estos naturales, y tantas mujeres propias podía tener un solo indio, cuantas fuera hábil y suficiente para mantener.

Los matrimonios se hacían con un ceremonial enteramente particular. Era negocio casi exclusivamente doméstico; los padres los arreglaban a su antojo; había testigos, festividades, y cosa rara, tocaba a la hembra la función de cortejar y dirigir al varón.

Mitología.

Los indios catíos decían que sus antecesores habían tenido la fortuna de vivir con una mujer providencial, llena de atributos celestiales; que esta mujer se llamaba Dabeiba; que era joven, bellísima y llena de sabiduría; que este genio benéfico les había enseñado a labrar los terrenos, a construir habitaciones y pueblos, a fabricar tejidos, a mantener económicamente el hogar; y que cuando la obra de la civilización estuvo ya iniciada y propia para ser continuada por el hombre, aquel ser tutelar había subido a lo más empinado del Cerro León, en donde despidiéndose de la tierra se había elevado airoosamente al cielo y desaparecido; pero que aun así no los abandonaba con su protección y ayuda. Agregaban que era ella la que con su inmenso poder presidía al cumplimiento de los grandes fenómenos naturales como la lluvia, el granizo, el trueno, el rayo, los huracanes, las borrascas y los terremotos.

El rasgo mitológico que antecede, parece demostrar que estos incultos pueblos mecían ya un poco su imaginación en los senos fantásticos de la fábula y de la alegoría, para dar solución a cuestiones indescifrables para ellos, visto el atraso en que se encontraban. Un denso velo encubre el origen de esta raza americana.

Gobierno.

Los diversos pueblos colocados sobre todo el territorio antioqueño, reconocían jefes directores de familias y aun de parcialidades, que bien pudieran llamarse caciques como en otras partes; pero las tres naciones de que hemos hablado, vistas en conjunto o separadas, no conocían nada que pudiera llamarse jefe supremo, gobernador, presidente o rey, a cuyo mandamiento autocrático estuviesen sometidos. Había sólo entre ellos jefes de tribu, padres de familia con poca jurisdicción, lo que en nuestro sentir equivale a demostrar que su gobierno en lo doméstico, en lo civil, en lo político, en lo religioso y en lo militar, apenas había alcanzado las condiciones de la magistratura patriarcal. Empero, en ocasiones solemnes, como en las ocurrencias en que los pueblos se hacían guerra los unos a los otros, las parcialidades, las familias, y aun los individuos entraban en liga, se entendían, nombraban un caudillo y se sujetaban a sus órdenes con estricta y severa disciplina.

No tenían lo que pudiera llamarse un código especial de leyes, por lo mismo que las corporaciones parciales estaban casi completamente desunidas y con poca conexión civil; pero como el tipo general de su

carácter fuese idéntico, así como también muy grande la similitud de sus diferentes prácticas de vida, se puede decir que sus costumbres eran sus leyes.

Industria. —Había muchas tribus nómades, pero gran parte de la población era entrada ya en vida civil de asociación, o por lo menos en los primeros rudimentos de ella, pues tenían agrupadas sus habitaciones, formados sus caseríos y reconocidos como pueblos. Sus casas eran de mezquina construcción, escuetas en su mayor parte, pajizas, estrechas y reducidas en sus dimensiones.

Cultivaban el maíz, las yucas, las arracachas, los ajíes, el palmacristi y una especie de albahaca enteramente semejante a la europea. Tenían también pequeñísimos huertos de arboloco, borrachera, curubas, pepinos y unas pocas más de las plantas que viven naturalmente en el país, y que exigen por consiguiente poco esmero para su mantención. El plátano, el aguacate, y algunos árboles frutales más, eran tenidos en gran consideración por ellos.

Como la mayor parte de sus ríos no eran navegables, estaban muy atrasados en el arte de construir embarcaciones, pero en compensación eran nadadores insignes.

Minería y joyería.

No conocían el uso del hierro, ni de otro metal de los que se aplican generalmente en auxilio de la industria, a no ser quizá la mezcla con que ejecutaban la soldadura de sus piezas de oro y de tumbaga.

Buscaban, recogían y explotaban el oro con algún cuidado, y lo trabajaban para sus joyas y adornos con una perfección relativa. Conocían la liga propia para soldarlo, lo fundían, lo forjaban, y por medio de instrumentos de pedernal que imitan bruñidores, cinceles, buriles, martillos, etc., lo modelaban en piezas propias para su recreo y ornamentación. Los brazaletes, jarras, botellas, chagualas, pulseras, cintillos, collares, diamantes, arillos, argollas, ídolos, vasos, cinturones, petos, anzuelos, juguetes diversos y figuras de animales, fabricado todo con este metal, ya fino, ya en liga para formar tumbaga, prueban con evidencia el grado de adelanto a que habían llegado en esta materia. Hay algunas de estas piezas de un mérito verdaderamente indisputable.

Cerámica.

La cerámica, o arte de modelar la tierra, era bastante conocida por nuestros antepasados.

De tierra fabricaban muchos utensilios para los usos domésticos, gran número de figuras extrañas, y juguetes que anuncian en cierto modo la noción de algunos fenómenos de física experimental, sobre todo en asuntos de hidráulica y de acústica. El anticuario sacaría gran provecho del estudio detenido de todos los objetos que en este género se presentan diariamente a nuestra contemplación.

Eran muy adictos a representar en sus vasijas, muebles y joyas, figuras de ranas, águilas, caimanes, lagartos, etc.; y se nota que en todos sus artefactos se halla no poca similitud con objetos del mismo género manufacturado por los antiguos egipcios, tales cuales se ven en los museos de arqueología.

Escritura.

Parece que no conocían el arte de la escritura, cosa que sin embargo no puede afirmarse absolutamente, pues los sepultureros han extraído de las guacas planchas de oro y tabletas de tierra con varios caracteres enigmáticos, que acaso tuvieron entre ellos alguna significación convencional.

Carácter.

En sus tratos y contratos eran francos, abiertos, veraces y muy cumplidores de su palabra. En sus maneras y acciones eran altivos, orgullosos y fanfarrones: se tenían personalmente en mucho, y hacían alarde de menospreciar las facultades físicas de los españoles, creyéndose, aunque sin razón, muy superiores a ellos en los combates.

Los hombres eran un poco ásperos de genio, robustos y sufridos; las mujeres aseadas, hacendosas, sumisas, y en general bastante bellas.

Los esposos amaban tiernamente a sus consortes; pero, por una anomalía difícil de explicar, la carga ruda y pesada de las faenas del hogar abrumaba de preferencia al bello sexo.

El parto, que la civilización moderna ha ido elevando progresivamente, con el refinamiento de las costumbres, a la penosa categoría de enfermedad, era para las indias una función fácil, sencilla, trivial, enteramente fisiológica. La mujer padecía un poco, es verdad; pero

padeecía como cumple al desempeño de este acto naturalmente doloroso, mientras que, por un contraste raro, el marido disfrutaba de la parte ventajosa de la situación, guardando un poco de dieta y comiendo los mejores manjares.

El adulterio, por común acuerdo, era mirado con horror por estos bárbaros; los hombres eran celosos de su honra; las mujeres generalmente honestas; pero como quiera que a pesar de esto se deslizasen de vez en cuando algunos desacatos conyugales, el esposo quedaba autorizado de hecho para tomar venganza adecuada al ultraje recibido. Para los demás delitos, la sanción moral era sobradamente floja y tolerante.

La situación social de la mujer formaba otro punto de contradicciones y anomalías, porque tratada en parte como bestia de carga, en cuanto al desempeño de ciertos oficios, alcanzaba bajo otros respectos consideraciones de estimación harto distinguidas. Aunque fieros, audaces y temerarios por carácter, las circunstancias especiales que acompañaron la invasión española, aniquilaron de tal manera su energía, que muchas tribus, en vez de lidiar como valientes, preferían ahorcarse con sus propias mantas por temor del enemigo.

Patios de indio.

Para el trabajo de muebles y adornos de oro, tenían obradores especiales, conocidos hoy con el nombre de patios de indio, en donde suele encontrarse, para comprobación de su destino, mucho oro en granalla, tejos fundidos, joyas empezadas a trabajar, cinceles, regatones, restos de crisoles, tiestos y trazas de carbón.

Fuera de los instrumentos y útiles ya mencionados hechos de piedra, tenían también cajas, lápices y algunos otros objetos que parecen haber servido para su escasa agricultura y para su imperfecta minería.

Tal era en compendio la situación del pueblo indígena de Antioquia a principios del siglo XVI, época precisa en que los primeros viajeros españoles comenzaron a tener noticia cierta de su existencia, y en que los primeros buques que cruzaban en distintas direcciones el mar de las Antillas, registrando los rincones del nuevo mundo, comenzaron a tirar el ancla en las aguas del golfo del Darién, punto que debía servir de paso a los conquistadores de Antioquia.

Vida actual de los indígenas. —Lo dicho hasta aquí se refiere un poco a la historia primitiva de los aborígenes antioqueños. Después que la raza conquistadora hubo civilizado un tanto los restos que sobrevivieron a la matanza en algunas parcialidades indígenas, éstas, aunque en cortísimo número, quedaron naturalmente divididas en semisalvajes y en completamente bárbaras; mas no tanto que por el forzoso contacto con los invasores, colonos o individuos de la misma raza, no hayan venido alterando sus viejas costumbres, hasta presentar hoy una especie de mezcla singular de lo que han conservado de sus hábitos y lo que han adquirido de los de sus vecinos.

Como todo lo que se refiere a estas tribus va desapareciendo rápidamente, pensamos que si no por grande utilidad, sí por ser asunto curioso, debemos presentar un cuadro sucinto sobre las últimas prácticas de estos infelices moradores de la tierra.

Los restos a que nos referimos viven hoy en Caramanta, Muní, Chontaduro, Juntas, Musinga, Uramá-grande, Uramita, Pital, Rioverde y Monos, la mayor parte de ellos hacia el noroeste del Estado y en los distritos de Urrao, Frontino y Cañasgordas.

Son estos naturales poco o nada inclinados al trabajo; viven de la caza, de la pesca y de reducidas sementeras de maíz, caña y plátano. Por ser cazadores y pescadores cuidan un poco sus bosques para tener siempre en ellos pájaros y otros animales.

Con el poco maíz que cosechan, ligeramente tostado y molido para imitar lo que en el Ecuador y el Perú llaman maisca, se mantienen en sus correrías, pues todos ellos son nómades, y cambian constantemente el sitio de sus habitaciones. Ese maíz reducido a un polvo impalpable lo disuelven en agua, y así convertido en una especie de caldo, lo toman con placer para restaurar sus fuerzas.

Con el mismo grano molido y fermentado, hacen el vino de su tierra, llamado como en otras partes chicha, y a sus repetidas y abusivas libaciones se entregan con muchísima frecuencia, hasta quedar completamente embriagados. Tienen también señalada afición a los licores introducidos de otras partes; mas no tanto como a la chicha, que es su delicia. Este hábito de la embriaguez parece haber tomado cuerpo entre ellos después de la Conquista, y lo pensamos así porque siendo de origen catío, sabemos por la tradición que aquella gente no se daba a las borracheras.

Las habitaciones en que viven estos indios son pajizas y de techo cónico, lo que propiamente se ha llamado por los historiadores bohío. Para armar éste, lo levantan sobre fuertes estacas de madera, poniéndole un zarzo a uno y medio o dos metros de altura, entablado con troncos de palmas u otras maderas propias. Algunas de estas casas son escuetas, y por tanto penetradas por el viento en todas direcciones. A otras las resguardan con débiles cancelos enramados o cubiertos con hojas de bihao o de palmera. Dividen algunas en dos piezas, una para oficios diarios y otra para dormitorio. El sitio de estas habitaciones es completamente transitorio, con especialidad cuando muere alguno de la familia, caso en el cual entierran el cadáver debajo del zarzo, y mudan de puesto, por tenerle gran miedo a la muerte.

Siempre eligen para alojarse lugar cercano a un río, tanto con el objeto de poder pescar en él, cuanto para verificar sus habituales abluciones, en las cuales son constantes y aun abusivos. Antes de amanecer se dan un baño, y en el curso del día, tantos cuantos pueden.

La dentadura de estos indios es permanente, y para preservarla la ennegrecen con el jugo de un bejuco o corteza que mascan con frecuencia. La cara, los brazos y las piernas van teñidos de un color amarillo oscuro, extraído de cierta planta que denominan bijua, sobre el cual ejecutan dibujos simétricos, con líneas de una tinta de color negro azulado producida por una fruta que denominan iagua. Esta fruta es pequeña y semejante al caimito morado, con la diferencia de que tiene la pulpa enteramente negra.

El único vestido que llevan los indios es una faja llamada antea, para cubrir con ella las partes naturales. Está hecha con la corteza de un árbol llamado darnahagua o mahagua. Esta faja parte del vientre y va sujeta atrás con un cordón que siempre llevan ceñido a la cintura. Usan además un manto de lienzo a manera de capa. Algunos de ellos, cuando son ricos, traen sobre esta faja otra de chaquiras, que, a manera de faldellín, cae desde la cintura hasta la mitad de los muslos.

Las indias se visten con un faldellín o delantal también de lienzo y de la misma tela, y llevan un pequeño manto, más angosto que la capa del indio, en forma de chal'

Tanto los indios como las indias, se adornan el cuello con sartas de cuentas, ya en manojos tejidos en forma de collares, ya en hilos aislados. Gastan además un espejo pequeño, pedazos de corteza del árbol llamado

bálsamo, vainillas preparadas, y ramos de albahaca, a la cual llaman yerba del buen querer.

Como del licor, gustan del tabaco; y en cuanto a su comercio común compran lienzo ordinario, liencillo fino, chaquiras, escopetas, anzuelos, perros y, en general, todo lo que puede servir para la caza y para la pesca.

Los trabajos domésticos están desigual y bárbaramente distribuidos entre los hombres y las mujeres. Sin hablar del parto, función forzosa, fácil y natural para ellas, están obligadas a preparar los alimentos, cosechar los frutos, cargar los niños y conducir los fardos en los viajes. Los varones talan el bosque para las siembras, riegan el maíz, llevan la cerbatana o la escopeta, pescan, cazan y duermen a la bartola el resto del tiempo.

Las indias son en general tímidas y taciturnas; pocas veces se dejan mirar de frente, hablan poco, y por lo regular están colocadas a espaldas de los indios, circunstancias que parecen debidas a que los varones son extremadamente celosos y enemigos de que las hembras traten con los civilizados, sin que en esto les falte alguna razón. Los indios son al parecer de carácter débil y comunicativo, más, estudiándolos un poco, es fácil descubrir en ellos cierto espíritu de desconfianza y malicia. Por lo general son muy ingratos, cosa que, unida a las ya dichas, puede ser explicada satisfactoriamente por el mal tratamiento que han recibido de sus huéspedes, por la tiranía que ha pesado sobre ellos y por los fatídicos recuerdos de las crueldades practicadas en tiempo de la conquista y después de terminada. Por estas mismas razones es sin duda por lo que aman la soledad de los bosques y por lo que temen la vida civilizada. Un indio de esos de que tratamos, en presencia de los hombres civilizados, libres o vestidos, como los llaman, revela siempre mucha inquietud; tiene el ojo listo y vagaroso, errante la mirada, y el ademán temeroso. Son por lo general vivaces, y algunos, aunque pocos, manifiestan ligera inteligencia para las letras.

El matrimonio tiene, como todo lo anterior, el tipo de mezcla entre las viejas y las nuevas costumbres que hemos asignado a las precedentes. Las hembras viven rigurosamente sometidas a la autoridad paterna, y aun se les prohíbe tener amor hasta la época de su emancipación, ceremonia que celebran hoy con el nombre de bautismo. Para practicarlo reúnen en una de las casas o tambos de la familia, a todos los indios de las comarcas vecinas. La casa, edificada como hemos dicho, se prepara de antemano para la fiesta, adornándola con hojas de palmera y flores silvestres. Un

cuartito independiente del salón en que se halla la lumbre, se destina para guardar el sueño de la joven, en las últimas horas de la fiesta.

Reunidos todos los convidados, vestidos y pintados tan lujosamente como les es posible, empieza la función. Los invitados forman una rueda a la cual sirve de centro la indiecita que quieren bautizar, y tomándose de las manos danzan y cantan en rededor de ella, la cual también danza y canta al compás de un tamboril. En este baile, y bebiendo sin cesar, permanecen hasta que la india está completamente embriagada, y es entonces cuando la llevan a dormir. Duerme hasta la aurora del siguiente día, para salir al campo en ejercicio de la libertad que por esto adquiere, y se une en ese instante al primer indiecito que le sale al paso.

Con los varones se hace una fiesta semejante aunque con naturales diferencias, consistentes en tirar maíz a lo alto para que salga buen sembrador, ejercitarse en el manejo de la cerbatana para que cace bien, etc. etc.

Sus pocos artefactos están reducidos a la fabricación de canastos, trastos de barro, y tejidos hechos con chaquiras. Las indias desempeñan todas estas faenas.

Esos pocos indios no practican hoy ningún culto religioso; tienen vaga idea de Dios y del Cielo, y llaman al primero Calagaví y al segundo Pajá. Carecen de ídolos, creen en el diablo, a quien denominan Antomiá, y lo temen, no por el mal eterno, sino por el daño temporal que pueda causarles.

Respecto al Gobierno, no tienen sino uno, rudimentario, propio de ellos en parte, y propio del establecido por los españoles y por la República por otro lado. Consiste este simulacro de Gobierno en la institución de un mandatario a quien llaman Gobernador y de algunos subalternos a quienes llaman capitanes o jueces. Ninguna regla formal que pueda parecerse a ley, impera entre ellos. La voluntad de sus jefes obra de una manera despótica. Las únicas penas correccionales que existen entre ellos, son multas o prisión transitoria, aplicadas sin juicio anterior.

EL OIDOR MON Y VELARDER REGENERADOR DE ANTIOQUIA⁹

The Oidor Mon y Velarder: regenerator of Antioquia

Estanislao Gómez Barrientos¹⁰

La más noble, a la vez que la más útil de las curiosidades humanas, es el deseo de conocer el pasado tal como fue.

La aspiración al progreso es el instinto de la propia conservación de los pueblos, y aquellos que no hacen esfuerzos colectivos por mejorar su condición y engrandecerse, dan con ello muestras de una alarmante degeneración. Esto es lo que ocurre actualmente en Colombia, donde parece que todos juzgamos a nuestra patria como incapaz de progresar, y hemos olvidado hasta los medios empleados por otras naciones para alcanzar este fin.

Muchos son los elementos que concurren al desarrollo de un pueblo, pero todos dependen, directa o indirectamente, de una buena administración pública. Ningún ejemplo es tan interesante a este respecto como el que existe en nuestro propio suelo, donde, gracias al impulso atinado de un gobernante sabio y previsor, el pueblo más pobre, atrasado e ignorante de todo el país, como lo era el antioqueño a fines del siglo pasado, entró de lleno por el camino del progreso y se ha convertido en una entidad culta, viril, y relativamente rica y poderosa. Ese hombre, cuya acción civilizadora permanece olvidada, es el Oidor D. Juan Antonio Mon y Velarde Cienfuegos y Valladares de Antioquia, que desde 1785 hasta 1789

⁹ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 2 Núm. 9-11 (1918). [Gramática y estilo tomada del texto original].

¹⁰ Humanista, comerciante, periodista e historiador destacado en el campo de las biografías. Como hombre público fue diputado a la Asamblea, secretario de Hacienda, director general de Caminos, administrador del Tesoro, director de la Biblioteca y Museo de Zea, cofundador del Colegio de La Presentación, de Medellín (de los Hermanos Cristianos). Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia siendo el primer titular del sillón N° 6.

inclusive, gobernó como Visitador lo que entonces se llamaba la Provincia de Antioquia.

Si el estudio que vamos a hacer de su gobierno no contribuye a recordar a todos los colombianos los medios de conquistar la prosperidad nacional, sí será parte de mostrar a los antioqueños, poniéndoles de presente lo que han hecho en un siglo, partiendo de la más depresiva condición, a cuánto pueden aspirar con los elementos de que hoy disponen, si perseveran en el camino que la experiencia les ha trazado.

Muchos se sorprenderán de que en momentos en que sólo se habla en el país de degeneración y decadencia, pensemos nosotros en el engrandecimiento de Colombia, o cuando menos de Antioquia; pero ¿hubo jamás pueblo alguno demasiado decaído para aspirar no a la prosperidad relativa que nosotros pretendemos, sino incluso al predominio absoluto, si sabe perseguir sus ideales con firmeza y acierto? Para contestar negativamente esta pregunta basta consultar la historia y ver por qué períodos de depresión han pasado las naciones hoy más civilizadas. Ese pueblo inglés, que, a fuerza de orden y previsión, de perseverancia y unidad de propósitos, se ha hecho bastante poderoso para imponerse al orbe, en tiempo de César, era tan pobre, tan ruin y miserable que este caudillo lo juzgó indigno de conquista; y así permaneció hasta hace algunos siglos. Pero no debemos olvidar que ni los pueblos ni los individuos alcanzarán su propio engrandecimiento si no lo buscan de propósito.

Decadencia de Antioquia en los siglos XVII y XVIII

Desde mediados del siglo XVI quedaron establecidas en las hoyas hidrográficas del Cauca y el Nechí las ciudades de Antioquia, Arma, Cáceres, Zaragoza y Remedios, de donde debía derivarse el que hoy se llama pueblo antioqueño. Una población indígena de más de seiscientas mil almas, equivalentes a ciento veinte mil indios de trabajo (de macana y de mina, como entonces decían), fue entregada en sus términos a los crueles encomenderos, que teniéndola en menos que a sus caballos y sus perros, se dieron a convertirla en oro, haciendo trabajar a los indios en las minas hasta morir de las enfermedades inherentes a los malos climas donde éstas se encontraban, reagravadas por el exceso de instiga y una alimentación deficiente, y sin permitirles subvenir a las necesidades de sus familias.

El oro se hallaba casi al sol en aventaderos y criaderos, y los indios lo sacaban sin más remuneración que un almud de maíz por semana,

arrebatado por sus amos a los inhábiles para aquellos trabajos. Se improvisaron fortunas, pero el consistir éstas en materia de tan fácil transporte como el oro, y el hallarse las poblaciones antioqueñas en valles ardientes y malsanos, fueron parte a que sus dueños pasasen a gozar de aquellas en España y el Nuevo Reino, que así se llamaba la zona oriental del virreinato, donde se disfrutaba de clima benigno y de todas las comodidades de la vida. La tierra que tales riquezas producía, iba quedando cada día más pobre y desolada.

Los conquistadores, con su codicia imprevisora, mataron la gallina de los huevos de oro, y al fin no encontraron naturales para reemplazar los que morían en las minas, ni cazándolos con galgos en los montes.

Al cabo de cincuenta años, de los ciento veinte mil indios de labor quedaban sólo mil quinientos, y como sus familias, llamadas con insultante desprecio la chusma en los documentos oficiales, privadas de apoyo y de sustento, parecían en la misma proporción, víctimas de las viruelas y otras enfermedades desconocidas hasta entonces, hay que reconocer con horror que en ese medio siglo fueron sacrificadas, por la sordidez más odiosa, medio millón de personas en esta sola provincia .

Los mineros ya enriquecidos abandonaron el campo; y aquéllos cuya ambición no había sido satisfecha emplearon todos sus recursos en traer de Cartagena, emporio del comercio negrero, de tres a cuatro mil negros esclavos, que, aunque resistían mejor el clima de los valles ardientes, no estaban del todo exentos de los ataques del paludismo.

Entretanto iban escaseando las minas de fácil laboreo cercanas a las poblaciones, y fue preciso buscarlas en lugares remotos, donde era muy costosa la provisión de víveres. Como estas circunstancias exigían mayor número de brazos, porque ya no había a quién quitar el sustento para alimentar las cuadrillas, la introducción de esclavos fue insuficiente para poner valla a la creciente decadencia de la Provincia, y se estableció un círculo vicioso: las minas no producían por falta de esclavos y se carecía de esclavos porque las minas no daban para comprarlos.

En el transcurso de un siglo fue aumentando la, población criolla, aclimatada y obligada por la necesidad a trabajar; pero difícilmente encontraba en qué emplearse, porque ya para entonces estaban agotados los veneros fácilmente elaborables y esas nuevas generaciones habían perdido hasta la tradición de las grandes explotaciones: no había para éstas ni capitales, ni empresarios de industria, ni conocimientos suficientes.

Las circunstancias cambiaron, y el escollo vino a ser la falta de empleo para los brazos ociosos. Desde 1663, decía en informe oficial el General D. Gonzalo Rodríguez de Monroy: "En Antioquia se han agotado las minas importantes, y solo quedan algunas quebradas muy cargadas, a veinte y treinta leguas de los centros de población. Los indios de labor se hallan reducidos a sesenta en toda la provincia; y con motivo de cuatro niños de escasez, han muerto de hambre muchos esclavos " Y esta decadencia iba en aumento constante: el oficio que el Gobernador D. Antonio Manso Maldonado dirige al Virrey en 1729, pidiendo auxilios para poner las minas en labor, termina con estas angustiosas palabras: "Hágalo V. M. así para bien de esta Provincia, :ya en los últimos términos de aniquilarse"; y el Gobernador Silvestre, cincuenta y cuatro años más tarde, se expresa en términos más aflictivos, si es posible: "Es la Provincia, se advierte", decía" con lastimera compasión a el que la ve y conoce, casi en las últimas agonías de su ruina."

A semejante situación contribuían, además de las constancias apuntadas, un sistema pésimo de administración, y una organización social defectuosísima.

De los pechos, tributos y alcabalas, diezmos, quintos y novenos, derechos de fundición, de bulas y de indultos, monopolios, sisas y averías, con que se gravaba inconsideradamente a las personas y a todo lo que se importaba, producía o consumía en la Provincia, poco se gastaba en beneficio de ésta. Los cargos municipales y concejales, así como muchos de los fiscales, en lugar de ser remunerados, se vendían en subastas públicas, y quienes los adquirían tenían que considerarlos como una fuente de ingresos indebidos. Si eran forasteros que habían venido en busca de fortuna, debían considerarlos como tal; y si eran ingenuos criollos, como un medio para satisfacer la vanidad pueril de aquellos tiempos, exigiendo de sus compatriotas reverencias y adulaciones, y presentándose ostentosamente con bordados y adornos en las solemnidades públicas.

Durante mucho tiempo, las ciudades no tenían más recursos que los que derivaban de sus propios ejidos, y apenas alcanzaban para las fiestas de los santos, cronos y otros regocijos con los que celebraban todos los bautizos, matrimonios y cumpleaños de la familia. Eran el deber y el objetivo primordial, en el sentido quijotesco de aquellos tiempos, de todas las autoridades e instituciones públicas. Un vano culto externo y una pomposa adoración al Rey era todo lo que se exigía de un "leal vasallo y cristiano viejo", lo que hoy se traduciría como "un buen ciudadano".

La ciencia, la filosofía, Piedad ilustrada, espíritu público, genio industria, aspiración al progreso, eran para nuestros abuelos palabras vanas, por no decir desconocidas. Preciso es confesar que las cosas no andaban del mismo modo en todas las colonias hispanoamericanas; y así se explica el progreso relativo de muchas otras secciones.

Situación de Antioquia 1784

Esta es la historia del aniquilamiento de Antioquia en los dos primeros siglos de la colonia. Tratemos ahora de formar un concepto exacto de su situación en el año de 1784, cuando el Gobernador Silvestre, desesperado por las dificultades que hallaba en su administración, y principalmente por los desmanes y calumnias de los Oficiales Reales de Antioquia, pidió a la Audiencia un Visitador; y ésta envió a D. Juan Antonio Mon y Velarde, decano de sus Oidores y Doctor en ambos Derechos, cuyas dotes se habían hecho patentes en los cargos de Director General de Obras Públicas en la Nueva España y de Inspector de las Salinas de Zipaquirá y del Real Colegio de Nuestra Señora del Rosario en Santafé. Entre los datos que al efecto aduciremos, tomados de documentos auténticos y la mayor parte inéditos, no omitiremos algunos al parecer insignificantes, porque tratándose de una época tan desconocida de nuestra historia social, hasta los hechos más pequeños adquieren interés.

Las poblaciones primitivas, cuya opulencia fue famosa en toda las Américas, estaban poco menos que destruidas: "Remedios se hallaba en el último término de miseria y pobreza, pues apenas había un vecino honrado que pudiera contar con lo preciso para manutención y decencia", y sólo una de sus minas se trabajaba con cuadrilla; Zaragoza constaba de cuarenta y cinco ranchos y sus pocos habitantes vivían dispersos por los montes; Cáceres sólo tenía treinta vecinos, de ellos cinco blancos. Hasta la capital, antes tan floreciente, reconocía la primacía a Medellín, villa de reciente fundación. "*De Arma sólo quedaba el nombre*".

Pero no era solo pobreza y atraso lo que había en la Provincia: el hambre, la más negra de las calamidades, se había vuelto crónica en ella. Como ninguno de los conquistadores y pobladores se había dedicado formalmente a la agricultura, cuyos resultados tardíos habrían sido insignificantes en una tierra tan ingrata, no se introdujo ninguna mejora en los sistemas de cultivo de los aborígenes. Durante mucho tiempo se continuó arando con herramientas de madera, como si el hierro no existiera. Esto, junto con el hecho de que los caminos eran como los que tenían los indios en el momento de la conquista, había dado lugar a una

escasez crónica de alimentos y a que varias hambrunas diezmaran la población.

Para juzgar mejor el estado incipiente en que se encontraba la agricultura y las privaciones que la población indigente tenía que sufrir, basta con mencionar que en la época a la que nos referimos, una fanega de maíz valía en la capital de la Provincia diez castellanos de oro; una arroba de arroz, tres; y una libra de cacao, dos tomines.

Las otras industrias iban a la par con la agrícola y su atraso era mayor que antes de la conquista. Ya ni siquiera se tejía el lienzo de horcón, con el que los aborígenes se vestían. No había ni siquiera una industria textil adecuada, lo que implicaba que un cuero crudo que valía casi 20 reales, cuando se importaba de Santafé, costaba dos pesos. De ahí la relativa carestía del calzado y la costumbre, que aún subsiste en las poblaciones rurales, de andar descalzos, incluso las personas más pudientes. *"La desnudez de los vecinos era casi general y deplorable"*.

La población total de la provincia, dividida en siete pueblos y veinticinco municipios, apenas alcanzaba los 40,456 habitantes, de los cuales una décima parte eran esclavos. La mayoría eran tan pobres que rara vez comían carne, ya que el precio de dos pesos por arroba parecía exorbitante. Como resultado, se mataba muy poco ganado y el sebo no era suficiente para cubrir la escasa iluminación de los habitantes, muchos de los cuales nunca encendían una vela en sus hogares y se iluminaban con granos de higuera ensartados en varillas de caña. Muchas personas, sin ocupación, trabajaban gustosamente a cambio de alimentos.

En 1778, la riqueza de toda la gobernación se estimaba en \$2,700,000, y consistía principalmente en esclavos, ya que las minas, haciendas, casas y otros bienes inmuebles eran improductivos y valían casi nada. La mejor casa de la plaza de Medellín se vendía por \$2,000, y las inmensas tierras de Don Antonio de Quintana, que abarcaban casi todos los distritos actuales de Carolina y Angostura, así como gran parte de los de Yarumal y Santa Rosa, se valoraron en 1770 en \$327. En resumen, "esta provincia, debido a su despoblación, miseria y falta de cultura, solo se comparaba con las de África"

Causas de la corrupción administrativa.

No se necesita gran perspicacia para vislumbrar en el fondo de semejante situación una administración pública desgreñada y corrompida. En efecto, desde que la provincia dejó de ser productiva para las Cajas Reales

y las rentas eclesiásticas, se la relegó al olvido, como cosa perdida; y cuando el Sr. Mon vino a gobernarla, hacía ciento setenta años que, contraviniendo las saludables disposiciones de las Leyes de Indias, se habían suspendido en ella las residencias y visitas trienales, y habían corrido cuarenta y tres sin que los Obispos de Popayán se dignaran visitar esta parte de su diócesis. De este modo quedaban sin sanción ni correctivo los vicios de las dos clases dominantes de la sociedad.

Existía ya la costumbre de enviar de la capital a las provincias funcionarios ineptos, satélites de los que allá gobernaban, que se preocupaban muy poco del bienestar de las secciones, a las cuales ningún lazo los ligaba, y que no traían otras miras que las de sacar el vientre de mal año. Casi no hubo un empleado de manejo, forasteros todos ellos, para honor de nuestro pueblo), a quien no tuviera que remover el Sr. Mon. El Oficial Mayor de Hacienda, D. Francisco Visadías, y el Tesorero D. Toribio Pardo, ambos peninsulares, defraudaban escandalosamente las rentas públicas; y no les iba en zaga el administrador de éstas en Rionegro, D. Pedro Biturro, quien resultó complicado en el escamoteo y robo de la alhaja de D. Ignacio Moyana. El de Medellín, un mocito español del séquito del Virrey La Cerda, se había robado \$10,000 de los fondos que manejaba. Igual cosa sucedía en las otras poblaciones, y los recaudadores de Hacienda de Yolombó y Zaragoza fueron convictos de malversación; mientras que el de Remedios hubo de huir para librarse del castigo por el mismo delito.

Los Cabildos, que en aquel tiempo eran las entidades más importantes, carecían de Ordenanzas que determinasen sus funciones y limitasen su poder. "Por más de un siglo", dice Mon y Velarde, "ha permanecido Yana sin más Ordenanzas para su gobierno que el vago y arbitrario capricho de los que la han gobernado". Lo propio sucedía en Antioquia y en otros lugares importantes. En una palabra, la arbitrariedad, el desamparo y el desorden reinaban dondequiera; la justicia se vendía al mejor postor.

Todos aquellos delitos permanecían impunes, pues apenas se iniciaban los sumarios, desaparecían de los juzgados, ya por interés particular de los Jueces y sus defensores, ya por soborno de los Escribanos; porque, como lo dice el mismo Sr. Mon, "pocos hombres de bien habían servido estos ministerios en la Provincia".

El desgobierno engendra siempre la rebelión, y Antioquia no era por cierto la excepción de esta regla.

Desde agosto de 1781 hasta bien entrado el año 1782, los cultivadores de tabaco agitaron la provincia, irritados por la manera injusta y violenta en que se había establecido el monopolio. Llegaron incluso a intentar poner fuego a Rionegro y saquear las Cajas Reales de Antioquia. Poco tiempo antes, movimientos tumultuarios semejantes, por su causa y tendencias, a los de los comuneros del Socorro y promovidos por la influyente familia de Jaramillo, tuvieron lugar en los minerales de La Mosca, donde llegaron a juntarse hasta cuatrocientos amotinados. Además, los esclavos de toda la gobernación, encabezados desde Antioquia por el negro Zamarra, fraguaron un complot para alzarse y repartirse los bienes de sus amos. Hasta los indios Chocoes habían llevado sus depredaciones hasta tres leguas de distancia de la capital.

El Sr. Mon rehabilitó la administración civil y eclesiástica.

Lo primero que hizo el Visitador al encargarse del gobierno fue restablecer el orden público y depurar la administración, de acuerdo con las siguientes máximas políticas, que son de su docta pluma: "La buena administración es uno de los mayores bienes que pueden gozar los pueblos, haciéndolos felices. De este principio nace la quietud pública, por el respeto a los superiores y el amor a los soberanos. Mientras cada cual cumpla con los deberes propios de su obligación, guardará a sus conciudadanos el respeto y las consideraciones que a cada uno corresponden". Fiel a tales principios, al mismo tiempo que sometió a juicio a veintidós de los cabecillas de motines, desplegó la mayor energía en el castigo de los concusionarios y malversadores. Algunos podrían considerar excesivos los castigos que a éstos les impuso, como si pudiera haber exceso de rigor con los funcionarios perjuros y desleales que violan los derechos y defraudan los caudales de los pueblos que los han honrado con la guarda de su honor, de su libertad y de su hacienda.

El peso de su brazo justiciero cayó también sobre los malos ciudadanos, y en la capital de la provincia inició y sentenció más de cincuenta sumarios por delitos graves que permanecían impunes, mientras que en otras poblaciones, las Justicias, movidas por su ejemplo y sus apremios, procedían con igual rigor. Como hábil político que era el Sr. Montoya, antes de llevar a cabo reformas fundamentales de carácter legislativo, quiso oír la opinión pública y al efecto consultó a los Cabildos respecto a las medidas y disposiciones que exigía la grave situación de la Provincia. Enterado de lo que los pueblos pedían y necesitaban, el 8 de marzo de 1785 promulgó, en Antioquia, su Auto de Buen Gobierno, dechado de prudencia y buen sentido. Se consagró en seguida a elaborar las

Ordenanzas, conforme a las cuales debían los Cabildos gobernar a los pueblos; las de Medellín constaron de doscientos artículos.

Organizó desde el principio las tres rentas que hoy constituyen la substancia de nuestro sistema tributario, el mejor del país, a saber: las de aguardiente, degüello y tabaco; y lo hizo con tal acierto que la primera, que antes de su advenimiento apenas producía \$5,000 anuales, se elevó a más de \$100,000 en 1786; el ingreso total a las arcas reales, que difícilmente llegaba a \$50,000 anuales en tiempo de su antecesor, ascendió a \$200,000 en 1789. Lo que más contribuyó a este satisfactorio resultado fue el haber extirpado el vicio, que en nuestros días se ha tratado de revivir, de amañar las rentas en Bogotá, para favorecer con ellas a los agiotistas y mercenarios políticos.

Todo lo había invadido la corrupción y el desorden; y entre los tropiezos que embarazaban la administración no era el menor la intrusión de una parte del clero, cuyos miembros eran las personas más ricas de la Provincia, en asuntos que no les incumbían, ya interviniendo en causas que no eran de su fuero, o desautorizando a los funcionarios civiles que no se les mostraban complacientes; ya impidiendo el establecimiento de los estancos de aguardiente y de tabaco, para seguir explotando exclusivamente esos ramos. Al mismo tiempo eran frecuentes los fraudes por parte de los párrocos a las rentas eclesiásticas, y el cobro de obvenciones indebidas. El Visitador, en su carácter de Agente del Patronato Local, puso término a tales abusos, y promovió, como remedio eficaz de los males que en lo eclesiástico afligían a la Provincia, la creación de la Diócesis de Antioquia, que aunque muy posterior a su gobierno, se debió en gran parte a sus esfuerzos. Pero no se crea, por su rigor con los malos sacerdotes, que el Sr. Mon y Velarde era enemigo del Clero o indiferente en materia de religión. He aquí lo que a ese respecto escribía el Dr. José Jerónimo de la Calle, Jefe de las misiones promovidas por él: "Era cosa de alabar a Dios ver que el tal Visitador, luego que se desocupaba de los asuntos de la visita, mientras los clérigos confesaban dentro de la iglesia, sentado en un poyo del altozano enseñaba la doctrina a aquellas pobres gentes".

El Sr. Mon complementó su labor no solo en lo político y administrativo, sino también organizando el trabajo en las Oficinas públicas, que de ordinario solo se abrían unas pocas horas diariamente y solían permanecer cerradas meses enteros, y recogiendo y catalogando los archivos para los cuales, lo mismo que para las escribanías, hizo construir edificios especiales.

El fomento de la minería fue también una prioridad para el Sr. Mon, quien encontró esta industria en una triste condición, al extremo de no trabajarse ya ni una mina de veta y de no haber entre las de aluvión una, siquiera capaz de producir \$2,000 anuales. La principal causa de la decadencia de esta industria era la falta de legislación sobre la materia, ya que las Ordenanzas promulgadas por D. Gaspar de Rodas en 1571 estaban ya obsoletas. Para hacer frente a esta situación, el Visitador se trasladó en agosto de 1786 a las minas de San Pedro, donde estudió prácticamente la cuestión. Esta lección fue preciosa para nuestros legisladores, que suelen inmiscuirse en asuntos que ignoran, con detrimento de los intereses públicos, como lo demuestra nuestra maltrecha y remendada legislación minera.

Las nuevas Ordenanzas, elogiadas por Mutis y Delúyar, remediaron dos grandes rémoras de la industria minera: la facilidad con que algunas personas se apropiaban de vastos territorios minerales que no alcanzaban a explotar y el sistema de avíos, que era muy perjudicial para los mineros. Con las nuevas disposiciones se procuraba la explotación racional de las minas y se daba a los mineros las garantías necesarias para la explotación de las mismas y el estar sometidos los asuntos de minas a las autoridades comunes legales en la materia.

Regenera el Sr. Mon la agricultura y crea el espíritu de inmigración.

La agricultura fue el ramo al que más atención prestó el Sr. Mon y Velarde, y ninguno, como hemos demostrado, la reclamaba con más urgencia. En Rionegro, Medellín y Antioquia organizó las Juntas de Agricultura, compuestas de los más altos funcionarios públicos y un Diputado (que debía ser agricultor) por cada uno de los partidos rurales. Estas Juntas se reunían mensualmente y tenían por objeto propender al mejoramiento de la industria agrícola en general, fomentar el uso del arado, introducir semillas nuevas y discernir premios por los progresos alcanzados en este ramo.

Introdujo a su costa y repartió el Sr. Visitador las primeras semillas de anís, estableciendo un premio anual de su peculio para la persona que lo cultivara en mayor escala; y al mismo tiempo decretó gratificaciones de 25 y 12 pesos, respectivamente, por la siembra y cultivo de cada centenar de cacao y algodóneros. Desde entonces data el cultivo en grande del cacao en la Annona, capital de la Provincia y sus alrededores, fuente de grandes fortunas, hasta que un parásito destruyó las plantaciones a mediados del presente siglo.

Con el fin de prevenir los estragos de la hambruna, ordenó la fundación de graneros públicos en lugares adecuados, donde se almacenaba el sobrante de las cosechas en los años de abundancia.

A pesar de su importancia indiscutible, no fueron estas medidas las más fecundas en beneficio de la agricultura. Comprendiendo la necesidad de cultivar tierras superiores a las ya agotadas que rodeaban las viejas poblaciones, ordenó la fundación de los pueblos agrícolas de San Luis de Góngora (hoy Yarumal), Carolina, San Antonio del Infante (hoy Don Matías), San Pedro y Amagá, e hizo reunir en caseríos a los vecinos dispersos de San Pedro y Santa Bárbara. Con esto se proponía, a la vez que desarrollar los recursos agrícolas de la Provincia, dar ocupación a los brazos ociosos y acabar con la mendicidad y la vagancia.

En consecuencia, envió a las nuevas poblaciones a todos los mendigos hábiles, dotándolos de tierras y herramientas, ordenó que los vagos que no tomaran el mismo camino salieran de la Provincia en el término de ocho días. La fundación de colonias agrícolas abrió el camino de la prosperidad al pueblo antioqueño. Hasta aquella época, sólo se habían fundado mezquinas colonias en territorios mineros estériles por naturaleza, donde la escasez de los víveres consumía el producto de las minas. El minero no se apega a la tierra ni le hace mejoras permanentes, está siempre de paso, porque teme que los veneros se agoten o se empobrezcan; por eso nuestros pueblos mineros han sido y son todavía los más pobres y desaliñados. Lo contrario sucede en los pueblos agricultores.

Cuando los antioqueños vieron que la agricultura, gracias a las mejoras introducidas, era una industria lucrativa y que los mendigos y vagos con quienes se fundaron en su mayor parte las nuevas poblaciones pelechaban y se enriquecían, comenzó esa larga peregrinación de familias desvalidas que han hecho surgir de entre las selvas desiertas explotaciones mineras e industriales, ricas haciendas, pueblos florecientes y opulentas ciudades; y que en un lapso relativamente corto han descuajado más de dos millones de fanegadas de bosques vírgenes, traspasando los límites de nuestro territorio y creando con sus esfuerzos una riqueza enorme.

No se ocultaba al regenerador de Antioquia la trascendencia, a la vez que las dificultades, de esta parte importantísima de su labor. Como muestra de su previsión y de su estilo claro y profundo, transcribiremos algunos párrafos del informe antes citado, referentes a este asunto:

“Si procurar la buena educación de los antioqueños dentro de sus mismas casas presentaba tantos obstáculos, ¿cuántos no se ofrecerían para excitar su desidia y abandono a fin de que en los montes incultos y despoblados procurasen su sustento a costa de fatigas, de sudor y trabajo? De aquí se podría inferir que esas nuevas colonias han sido la redención de Antioquia, conseguir su establecimiento fue obra superior a mis débiles fuerzas...”

Que gentes bizarras y amantes de la euforia, atraídas por la novedad y la esperanza de mejorar su fortuna, dejaran su domicilio abandonándose en brazos de la suerte, nada tendría de nuevo o particular si unos hombres, sin costumbre de ello y acostumbrados a su pobreza y desdicha, adormecidos en el regazo de la ociosidad, criados en un país donde todo se imita y donde se desprecia todo lo que tiene visos de novedad, hubieran querido hacer casas, arrancar montes, experimentar nuevos climas y vivir como los más industriosos. Pero lograrlo, es una empresa que incluso después de realizada, parece fabulosa.

Solo fue posible facilitarla mediante la viva impresión que hice en todos los términos, desde los más grandes hasta los más pequeños, de que todos habíamos nacido para el trabajo y que había que mirar como delincuente en la sociedad humana al que era inútil para su Patria y no empleaba sus fuerzas y talentos en procurarse por sí mismo la subsistencia. Afortunadamente, esta idea inspiró a los habitantes y los sacó de su letargo. Como quien despierta de un profundo sueño, empezaron a pretender terrenos para fundar nuevas poblaciones.

Crea el Oidor Mon la Instrucción Pública y la urbanización de las poblaciones.

La comparación entre el carácter que las líneas transcritas asignan a los antioqueños y el que hoy se les reconoce dentro y fuera del país, demuestra que hasta dónde se puede modificar la índole y las tendencias de un pueblo con buenas instituciones y una serie rara vez interrumpida de administraciones patriotas, previsoras y honradas.

En realidad, ninguno de los datos relativos al atraso de Antioquia en la época que venimos estudiando es tan sorprendente, para quien conoce su condición actual, como los que se refieren al estado moral e intelectual de sus habitantes. Ya hemos visto que los oficiales reales comparaban la falta de cultura de su pueblo antioqueño a la de las provincias africanas. El Sr. Mon y Velarde llegó hasta calificarlo de idiota: “es necesario reconocer” decía, “*la índole de estos habitantes y el idiotismo y preocupaciones de*

que se hallan todos poseídos: pues en éste, como en los demás puntos que pueden adoptarse para la felicidad de esta provincia, es preciso luchar con la ignorancia y total falta de instrucción que se observan en todas estas gentes, aun en aquellas que debieran ser más cultas."

Mas ¿qué mucho que esto sucediera, si Medellín y Antioquia, las ciudades más florecientes, carecían de Escuelas de primeras letras? Difícil sería creerlo si no lo hayamos consignado en documentos oficiales. Cuando el Visitador terminó sus labores en la capital, los Regidores de la Villa de Medellín, unidos al Cura Párroco, D. Juan Salvador de Villa, pidieron al Virrey que le permitiese a aquél permanecer entre ellos siquiera seis meses, para que regenerara la administración municipal; en su solicitud se expresan en estos términos: "*Proviene de este profundo letargo en que se hallan sepultados (los vecinos de Medellín), el que carezca esta República de casas de cárcel competentes, de enseñanza, en que se instruya, la juventud, de hospital en que se ejerza la caridad con los enfermos, de divorcio donde se encierran las petulantes y vagabundas."* . En cuanto a la ciudad de Antioquia, el Gobernador Silvestre, en el informe antes citado, dice lo siguiente, al hablar de la conveniencia de fundar en ella un 'Seminario Conciliar: "*No hay actualmente Maestros de latinidad, como tampoco de primeras letras, por la escasez de rentas de la ciudad."*

Todos los males que lamentaban los buenos Regidores de Medellín, hallaron el remedio apetecido. Mon y Velarde estableció, tanto en Medellín como en Antioquia, escuelas públicas, que dotó de rentas por medio de suscripciones voluntarias; fomentó la fundación de nuestro Hospital de San Juan de Dios, modelo de los que hoy existen en casi todas las poblaciones antioqueñas.

Razón sobrada tuvo el Sr. Oidor' para emitir tales conceptos, a ser cierta la siguiente anécdota que la tradición conserva. En su primera visita a cierta población, entonces pequeña aldea, famosa hasta nuestros días por la candidez de sus vecinos, se alojó en una casucha compuesta de dos piezas que unía una puerta sin batientes.

Instalóse el Visitador en la segunda pieza, y colgó, a guisa de cortina una colcha en el hueco de la puerta. Poco después vinieron las Justicias del lugar a besar la mano de su Excelencia, pero ante aquella inusitada cerradura, que no les permitía golpear discretamente, quedaron perplejos, sin atreverse a cometer el desacato de levantar la colgadura.

En esto volvió de la calle un hermoso perro que acompañaba siempre al Oidor, y sin fórmula ninguna se coló por debajo de la colcha; aleccionados

con esto los Honorables Concejales, fueron penetrando a gatas en la alcoba, como lo había hecho el can.

En 1787 se principió la construcción de este Hospital, bajo la dirección del Dr. D. Jerónimo de la Calle, y se abrió al servicio del público el 4 de abril de 1797, e instituyó la "*Casa de Misericordia*" de Medellín, para las mujeres disolutas.

Algo más alcanzó esta. ciudad con la venida del Visitador: de aquella época datan la pulcritud y galanura de que tanto alardea, pues antes "*se hallaba enteramente desatendido lo que era el aseo, la hermosura y el decoro de la población*", entonces se construyeron por primera vez los desagües subterráneos; se puso agua limpia a la ciudad, que se proveía de ella en pequeñas fuentes salobres y malsanas, se enumeraron las casas y se dio nombre a las calles. En aquella misma ocasión se dispuso la construcción del primer puente sobre el río Aburrá, se estableció el matadero público y se organizaron los gremios de artesanos, imponiendo castigos a los incumplidos y señalando solares para premio de los que más se distinguieran. Entonces, finalmente, se construyó la Casa Capitular, que la actual generación alcanzó a conocer sirviendo de Gobernación.

Ya el Sr. Visitador había hecho construir la de Antioquia, anticipando \$2,000 de su peculio y prestando sus propias bestias para cargar los materiales. A aquella ciudad la dotó de las mismas mejoras que a Medellín, más un bellissimo paseo llamado "La Glorieta", que se conserva en parte, y la espléndida alameda que sombrea el camino del puerto del Cauca.

¡Sorprende la actividad y previsión de aquel hombre extraordinario! Mientras que se ocupaba en los pequeños detalles que acabamos de mencionar; hizo buscar en la Provincia minerales de hierro, adivinando que 1 metal llegaría a ser el factor más importante del progreso de los pueblos, y los envió al Virrey, en 1788. Este le contestó que los minerales eran buenos; pero que se guardara de fomentar el desarrollo de la mina,

Informe del Sr. Mon y Velarde.

Se encargó de poner el agua en una fuente construida en la plaza principal, Don. Antonio Monzón, que había venido a dirigir la Real Palaren de Aguardientes; y como muchos de los vecinos de la Villa en su crasa ignorancia, dudaban de que el agua pudiera subir a la columna de la pila, se suscitaron tales disputas sobre el particular, que el Honorable Cabildo después de largas discusiones.

Considerandos, resolvió que el día de la inauguración de la fuente negro que desempeñaba el cargo de verdugo, armado de un embargo, mantuviese despejadas las cercanías de la fuente, Locales ocupados hoy por el Edificio Ángel López hacia la casa del Dr. Andrés Posada Arango, calle de Boyacá, porque "*a Su Majestad no le convenía el incremento de esta clase de industrias en las Indias.*"

Fomento del comercio y las vías de comunicación

Demasiado se prolonga ya este ensayo, pero no lo terminaremos sin hacer una reseña del estado de nuestro comercio en aquella época, y de los beneficios que recibió del Sr. Món y Velarde. El de importación se hallaba concentrado casi exclusivamente en Medellín y consistía en géneros de España, del Nuevo Reino y de Quito. En 1755 ascendió la importación a Medellín a ciento ochenta y seis cargas de mercancía, y en 1757 se redujo a cincuenta.

Calculando otro tanto para Antioquia, Remedios y Zaragoza, y concediendo mucho al contrabando, se estimaba oficialmente todo nuestro comercio de importación en trescientas cincuenta cargas anuales, que a \$80 unas con otras, valían \$28,000. Todavía en 1784 la entrada a toda la Provincia, inclusive quinientas cargas de tabaco y otro tanto de anís, cacao y harina, apenas alcanzaba a dos mil cargas anuales.

El comercio de exportación consistía en el poco oro que sobraba después de deducir de \$ 260,000 que se fundían anualmente en las Cajas Reales, los derechos de quinto, fundición, y marca, la cantidad necesaria para desempeñar las veces de moneda, la parte de las contribuciones que se remitió a España, lo que se enviaba al Obispo de Popayán por diezmos y cuartos, y la renta de varios propietarios de minas que vivían fuera de la Provincia.

Lastimosa es aquella estadística; pero no podía ser de otro modo, dadas las condiciones en que se hallaba el comercio. El flete de una carga de Honda o Mompós a Medellín montaba a \$ 40, debido a que el río Magdalena se navegaba en champanes y el camino de tierra intransitable por cierto, era dilatadísimo, dando la, vuelta por Nare, Juntas y Yolombó; el transporte de una carga desde Popayán solía valer más que la mula en que se hacía; no había otro correo regular que el de Santafé; la remisión de fondos a España costaba el 18 por 100, pagadero la mayor parte al Fisco; en fin, no se conocía la moneda acuñada, y las transacciones consistían en permutas por otros frutos y por oro en polvo, como entre los pueblos primitivos.

El Sr. Mon y Velarde instituyó la Diputación de Comercio, que tenía por objeto fomentar éste y servir de tribunal para los asuntos mercantiles; introdujo el uso de la moneda acuñada, que facilitó extraordinariamente las transacciones; mandó abrir el camino recto a Juntas por San Carlos y Balseadero, y los que debían unir a Cáceres con el centro de la Provincia, y a Yolombó con Isalitas; estableció bodegas en este puerto y el de Espiritusanto; organizó Juntas de Caminos en todas las cabeceras de partido; y fue el primero que empleó en la conservación de las vías públicas a los presos y presidiarios. Finalmente, envió a su costa sendas expediciones a explorar los caminos que pudieran unir a esta Provincia con las del Chocó y Mariquita.

Aprovechamos la ocasión para, hacer constar que no fueron ésta y las otras que hemos apuntado las únicas erogaciones que de su peculio hizo el Visitador en favor de esta tierra, pues antes de separarse de la Gobernación dejó en poder del Sr. Baraya, que vino a reemplazarle, la suma necesaria para traer dos familias de tejedores que enseñasen esta industria a los antioqueños.

Efectos de la obra del Oidor Mon.

Grandes fueron los desvelos y sacrificios del padre y Fundador de nuestra actual prosperidad, pero hemos de reconocer que no predicaba en desierto. En medio de la corrupción oficial, de la ignorancia y la miseria; que tenían aniquilada a Antioquia, algo bueno se conservaba, y esto era el carácter de sus habitantes. En él fundaba sin duda sus esperanzas el Sr. Mon y Velarde cuando en su último informe al Virrey le manifestaba, mostrando una vez más su maravillosa perspicacia, que "*aquella Provincia, la más atrasada del Reino, llegaría a ser algún día la más opulenta*". Su pronóstico se cumplió plenamente.

En aquellos rústicos miserables, la mayor parte descendientes de campesinos vascongados y de las montañas de Burgos, se hallaban latentes la ambición y el genio comercial de los euskaros; y el haber tenido que disputar con ímprobo trabajo a las selvas el terreno, que pisaban y a los torrentes pedregosos y caudalosos ríos el oro que les procuraba el sustento, había fortalecido sus facultades morales, robusteciendo a la vez su constitución física. La vida aislada y semi bárbara que llevaban contribuyó a reforzar en ellos, el espíritu digno e independiente que caracteriza a todos los montañeses, realizado por el cruzamiento con los aborígenes que pertenecían, en todo o en parte, a la indomable raza caribe; mientras que su extrema pobreza les había impuesto hábitos de economía, de orden y de frugalidad, elementos indispensables para el enriquecimiento de un pueblo. Y como suma de

todas estas circunstancias felices, la familia, ese sancta, sanctorum de las sociedades, se había conservado entre ellos sana, digna y respetada.

Una comunidad que ha sabido conservar semejantes condiciones de carácter, por atrasada que se halle, es materia disponible para hacer de ella un pueblo culto y civilizado. Por eso las diligentes labores del Sr. Mon y Velarde bastaron para poner la base de todas las prácticas, instituciones y costumbres que levantaron de la postración y caracterizan hoy al pueblo antioqueño. De revoltoso que era éste, se hizo proverbial en él el respeto a las autoridades fundado en la rectitud y eficacia de éstas; la cortedad y el apocamiento dejaron el campo a la altivez y dignidad de los ciudadanos, fruto del respeto nunca desmentido a sus derechos; en los que antes eran inertes y rutineros, brotaron el espíritu colonizador y el amor al trabajo, que se había hecho remunerador con el estímulo dado a las industrias; y la moralización del Clero, levantando el espíritu religioso, libre de fanatismo, fue prenda segura . de sanas y arregladas costumbres.

Luego vinieron, como consecuencia natural de esta regeneración moral, el espíritu público en todas sus manifestaciones; el amor al estudio, el aseo y el decoro.

Sólo así se comprende cómo un puñado de mendigos, calificados, hace apenas un siglo, de idiotas, incapaces de apreciar sus propios intereses, pudo dar a la

Una curiosa selección hizo aclimatarse de preferencia y predominar, en esta tierra montañosa, las familias de aquella procedencia; y hoy casi no hay antioqueño blanco que no tenga más de la mitad de su sangre de origen éuscaro.

La República, ya por los tiempos de la Independencia, su más distinguido diplomático, su mejor historiador, su guerrero más brillante, su más digno magistrado. Y que de entonces para acá, los médicos, los jurisconsultos, los poetas, los publicistas, los magistrados y los industriales y artesanos antioqueños se hayan contado siempre entre los más notables del. País.

El progreso y desarrollo de este pueblo han sido extraordinarios en todas sus fases: su población, insignificante a fines :del siglo pasado, se ha venido duplicando cada 28 años, es decir, con mayor rapidez que la de los Estados Unidos, si en el aumento de ésta no se incluye la inmigración, que en nuestro caso ha sido nula aquel comercio incipiente es hoy el más próspero y acreditado del País; donde antes se carecía de industrias se han alzado centenares de bocartes para la trituración de los minerales, grandes establecimientos metalúrgicos, vastos ingenios para el beneficio

de la caña de azúcar y el café, talleres mecánicos de todo género ferreterías y fábricas de loza, de cristal, de bujías esteáricas, de maquinaria, de ácido sulfúrico y de tejidos;- aquellos dos millones y medio a que ascendía la riqueza pública se han casi centuplicado.

Se estima la población actual del Departamento en más de 600.000 almas; y los colonos antioqueños del Cauca y del Tolima, excedan de 160,000.(Esto se escribió en 1900).

Hace 5 años formamos el siguiente cuadro de la riqueza pública en Antioquia, basado en los mejores datos que pudimos obtener y reducidos los valores a moneda de plata de 0.835. Al total que arroja es preciso agregar \$22.000,000 a que asciende aproximadamente la riqueza de las colonias antioqueñas del Cauca y del Tolima.

Minas y Establecimientos metalúrgicos.....	\$ 24.000,000
Propiedad urbana, mobiliario, etc.....	36.500,000
Mercancías.....	9.500,000
Monedas circulantes y joyas.....	8.500,000
Industrias varias.....	5.200,000
Salinas.....	3.500,000
Caminos, puentes, ferrocarriles etc.....	8.500,000
Cosechas recolectadas y en vía de madurez (frutos de consumo)	7.000,000
Frutos de exportación recolectados.....	3.000,000
Ganados de todo género.....	22.500,000
Propiedad rural.....	82.000,000
Riqueza total de Antioquia.....	\$ 211.000,000

Los buenos caminos de herradura se cruzan por todas partes; la locomotora penetra ya hasta el corazón de nuestras montañas, y centenares de millas de nuestros ríos antes ignotos y desiertos se navegan hoy por vapor. En materia de administración y de instrucción públicas Antioquia va a la vanguardia de las otras secciones del País.

En cuanto al desarrollo que han alcanzado las facultades intelectuales y morales del pueblo antioqueño, y al papel que parece corresponderle en el porvenir, creemos decoroso dejar la palabra a una persona extraña, tan competente como imparcial, el Profesor Roethlisberger, traído expresamente de Suiza por el Gobierno de Colombia para desempeñar varias asignaturas en la Universidad Nacional. "El Estado de Antioquia", dice en su libro titulado El Dorado, "*que cuenta cerca de medio millón de habitantes, posee en Colombia la raza más vigorosa, más perseverante y hermosa; la cual por leyes sociológicas, ejercerá con el tiempo una especie de hegemonía sobre las otras ramas, en virtud de ser también la más fuerte de cuerpo y de espíritu y la de mejores costumbres Lo que distingue al antioqueño es su aversión a ser pobre, su amor a la propiedad; por eso suelen no mostrarse belicoso sino neutral en las contiendas políticas; mas no por cobardía como algunos se lo increpan: sabe batirse con valor llegado el caso .. Como la ciencia le ayuda a adelantar materialmente, va con gusto a la Escuela y como es inteligente, su cultura mental sobrepasa la de la mayor parte de los habitantes de otros Estados: en la Universidad Nacional casi todos los mejores talentos procedían de esta raza. El antioqueño es laborioso y frugal por añadidura... Es el yankee de estas comarcas. Viaja continuamente; y uno encuentra familias enteras que andan buscándose, a pie, un nuevo círculo para su actividad. Los hay en toda la Unión y muchos en el extranjero La vida de familia es allí ejemplar: las mujeres muy virtuosas, viven retraídas como monjas, trabajan recio y sin tregua En sus casas todo es limpio, si bien muy sencillo."*

Todos los otros viajeros que han publicado sus opiniones respecto a los antioqueños les reconocen en lo general, las mismas "condiciones de carácter". Recordemos por lo pronto a los Sres. André y Gossmann entre los extranjeros, y a D. Enrique Cortés, D. Jorge Isaac, D. Salvador Camacho · Roldán y el General Rafael Reyes, entre los nacionales.

Este cuadro halagüeño completa el bosquejo que nos proponemos hacer de la obra del Oidor Mon y Velarde.

Sea esta la oportunidad de recordar a los antioqueños que la fuente de su prosperidad se halla en su carácter, y no, como se cree fuera de Antioquia, en las minas de oro, que rara vez remuneran el trabajo y el capital que en ellas se invierten. Si queremos que aquélla siga creciendo como hasta hoy es necesario que todos cuidemos de que la tiranía y la corrupción política, que nos vienen de fuera, y que nunca serán fruto espontáneo de esta tierra; que el lujo y el alcoholismo, que crecen entre nosotros como un

cáncer amenazador, no consigan embotar la energía, y destruir las virtudes públicas y privadas de nuestro pueblo.

Los enemigos del Sr. Mon y el fin trágico de éste.

Bien se comprenderá que a innovador tan enérgico como lo fue el Sr. Mon y Velarde no podían faltarle émulos y enemigos. Desde luego lo fueron los funcionarios públicos que había destituido y castigado, encabezados por un D. Carlos de Piedrahita, a quien tenía enjuiciado por calumnia y colusión. Sus quejas llegaron hasta el Ministro de Indias, Marqués de la Sonora, quien envió, en 1787, como Juez secreto de residencia, a D. Estanislao Andino, Fiscal de la Audiencia de Santafé. El triunfo de los enemigos de Mon parecía inminente, porque éste había tenido con Andino, siendo ambos Oidores en Guadalajara, un desacuerdo serio sobre asuntos del servicio, que lo había movido a separarse de aquel puesto; pero la justicia, era demasiado clara, y el acusado quedó absuelto de todos los cargos, en tanto que Piedrahita hubo de salir de Antioquia, desterrado por cuatro años como calumniador.

El profesor Dr. Fritz Regel, Enviado oficial del Gobierno alemán en su novísima publicación "Colombia" (Biblioteca Geográfica, Tomos VI y VII), se expresa así: *"Una buena semilla germina en estos colombianos particularmente en los hábiles y pertinaces hijos de las espléndidas montañas de Antioquia, ide tantas y tan buenas cualidades adornados! Desenvuélvase y crezca, y hágase más y más sólido su progreso....."* *"Puede asegurarse, como ya antes lo manifestamos, en Antioquia ocupa indudablemente el primer puesto en Colombia. Debido al espíritu emprendedor de sus habitantes, y al rápido crecimiento de su población."*

El resultado de esta residencia llevada a cabo por un enemigo, y en época en que las multas a que se condenaba a los residenciados se partían por mitad entre el Fisco y el Juez, es el timbre más glorioso del ilustre Visitador. Cambiarlo todo, intervenir en todos los asuntos administrativos y sociales, sin la más pequeña trasgresión de las leyes, es cosa que apenas se comprende en estos tiempos en que Magistrados que han desatendido en absoluto sus deberes respecto a la administración pública no alcanzarían a pagar en el resto de su vida sus violaciones a la ley, si hubiera de castigárseles por ellas.

El Gobierno español supo apreciar los méritos y servicios del Sr. Mon y Velarde y le promovió a la Presidencia de la Audiencia de Quito, donde entre otras grandes obras construyó el famoso camino de Malbucho, que une a Ibarra con el Pacífico; y luego al honrosísimo cargo de Ministro del

Supremo Consejo de Indias, desde donde su acción benéfica se habría hecho sentir en todas las colonias americanas, si no hubiera muerto en Cádiz, desgraciadamente, a los quince días de su regreso a la patria, por un accidente desgraciado.

En Cádiz se esperaba con ansia la armada de Indias que debía conducir a la metrópoli a varios personajes, entre ellos al Sr. Mon, nombrado Ministro del Supremo Consejo de Indias; y como se la avistara cierto día, se preparó un gran banquete para obsequiar a los viajeros; pero un chubasco inesperado retrasó el desembarque hasta el día siguiente, en que se sirvió el banquete preparado la víspera, más como los manjares habían sido conservados en vasijas de cobre, se produjo el envenenamiento de nueve de los recién venidos inclusive el benemérito Oidor.

Lecciones que se desprenden de la actuación del Sr. Mon.

Después de leer la anterior exposición se podrá juzgar si pecamos de ilusos al anticipar el concepto de que Colombia entraría por la vía del progreso si sus gobernantes tuvieran la energía, la actividad, la honradez, el desprendimiento y, más que todo, la conciencia de lo que es el cumplimiento del deber, que adornaron a nuestro insigne Magistrado. Esto parece aún más evidente si se considera que los males que afligen a Colombia son los mismos que asolaron a Antioquia durante el siglo XVIII: corrupción política, desgreño administrativo vergonzoso peculado, falta de moneda adecuada para las transacciones, y abandono de las mejoras materiales, de la instrucción pública y de todas las industrias, que lejos de fomentarse se gravan en injusta e inconsideradamente.

Nadie, a lo menos, se atreverá a negar que Antioquia debe su bienestar y prosperidad al Magistrado que regeneró sus costumbres y su administración y trazó el camino que han seguido casi todos sus gobernantes de entonces para acá. Nosotros hacemos votos que este humilde panegírico no sea el único monumento que se alce como muestra de la gratitud que por ello le debemos; y porque quede reivindicado para él el título de Regenerador de Antioquia; porque no es con nuevas leyes, mal avenidas con las costumbres viciosas y arraigadas, ni con efímeras combinaciones políticas, como se regenera a los pueblos; sino modificando esas costumbres, moralizando todas las clases sociales y abriendo las fuentes de la riqueza pública, que lo son también del orden y del saber; y todo esto sin confiar la fuerza y estabilidad del gobierno al

rigor de las instituciones, sino al apoyo que su rectitud y acierto sepan captarle de parte de los asociados.

Anécdotas relativas al carácter del Oidor Mon.

Quedaría incompleto este trabajo si no consignáramos aquí lo poco que sabemos del carácter y aspecto físico del Sr. Mon y Velarde.

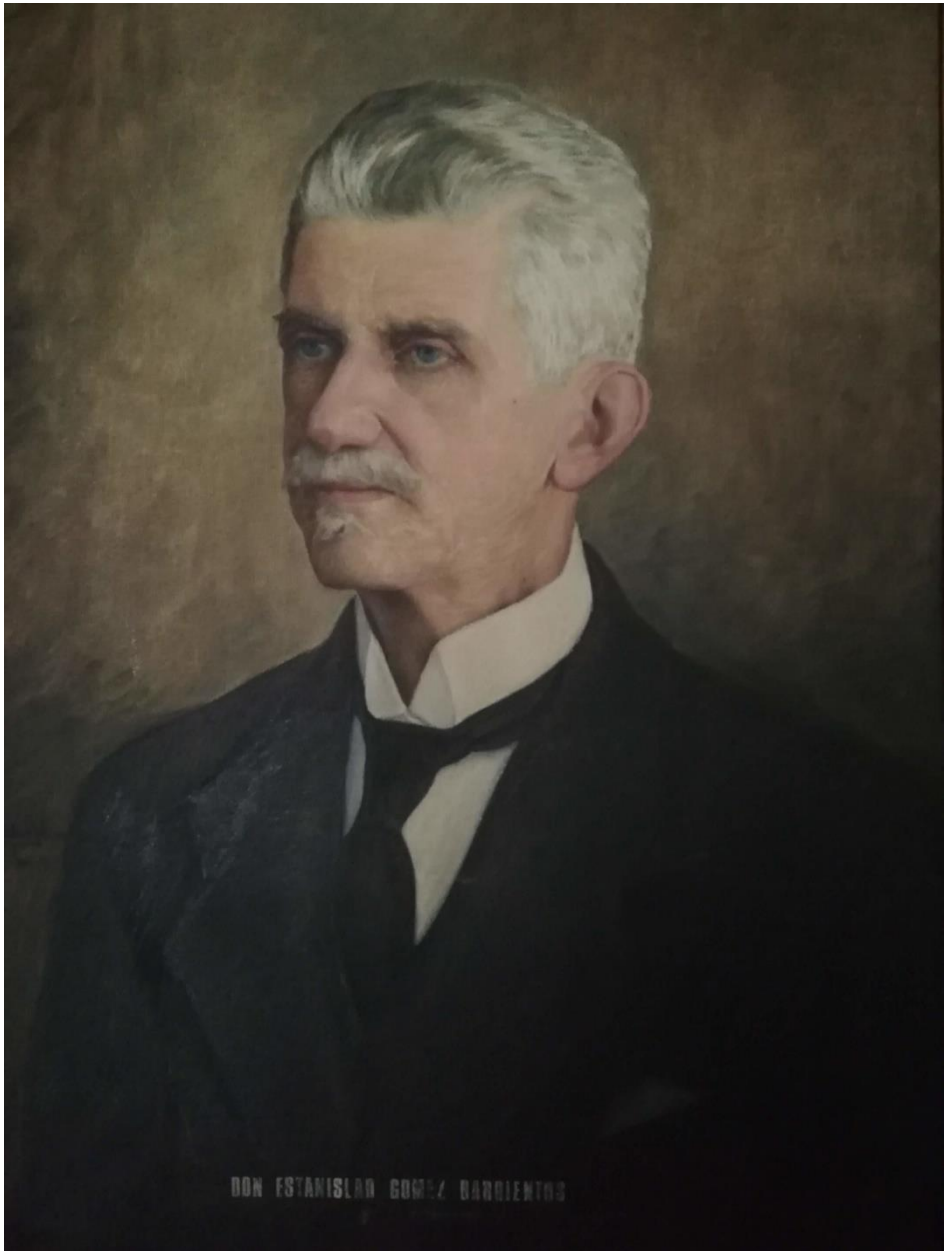
Según la tradición, fue hombre generoso y desprendido; altivo y digno en el trato con los poderosos, más con sus inferiores, afable y paternal. Se expresaba con gran facilidad y en la conversación familiar era agudo y donairoso. A este propósito citaremos una anécdota que se refiere de él.

Contábale un su amigo que cierto personaje de escaso caletre, que había venido a visitarle atraído por la fama de su ingenio, se quejaba de que ninguno hubiese revelado en la conversación. “Vamos”, ese necio que la yesca arranque chispas al eslabón?”

Era el Sr. Mon de mediana estatura; y sus facciones, aunque francas y regulares, no eran hermosas. Tenía en la cara dos verrugas que le hacían antipático a las personas que le miraban sin tratarle.

Se conserva entre nosotros un retrato de este personaje cuyo origen es digno de referirse, tanto por su originalidad, como porque se relaciona con la energía de carácter de aquél.

Cuando partió para Quito, los vecinos de Antioquia le encargaron un Apostolado de bulto para su iglesia mayor. Tan pronto como llegó, con su proverbial acuciosidad, encargó la obra a cierto artífice, que exigió el pago anticipado. Mas resultó que el tal era un insigne pelafustán, y que pasaban los días sin que entregase las estatuas. ¡Bueno para el Oidor para semejantes burlas; sin pararse en pelillos, hizo encerrar en la Cárcel al maula del escultor, con los materiales y utensilios necesarios para cumplir su compromiso; y tan pronto como supo que estaban concluidas las estatuas las mandó remitir a los vecinos de Antioquia, quienes, al desempacarlas reconocieron con sorpresa en el Judas del Apostolado a su buen amigo el Oidor.



Estanislao Gómez Barrientos

**DE CÓMO EL CAPITÁN JORGE
ROBLEDO DESCUBRIÓ LA PROVINCIA DE ARMA, Y
ASENTÓ EL REAL EN EL PUEBLO DEL PRINCIPAL SEÑOR,
LLAMADO MAYTAMA, Y DE ALGUNAS COSAS NOTABLES
QUE PASARON ¹¹**

How Captain Jorge Robledo discovered the province of Arma,
and established the royal settlement in the village of the main
lord, named Maytama, and some remarkable events that
occurred

Pedro de Cieza de Leon¹²

Ganado lo alto a los indios, como hemos contado, los españoles los fueron siguiendo y mataron algunos de ellos, y vimos que estaban adornados de muy hermosas piezas de oro, y que tenían banderas de ese metal, y plumajes y coronas de grandes patenas, y aún se vieron algunos indios que estaban armados de oro de los pies a la cabeza; y, cierto, era hermosa cosa de ver algunas piezas que se tomaron, y desde entonces se llamó aquella sierra la loma de los "armados". Y en dos casas que en ella estaban nos aposentamos, muy alegres de ver que Dios, nuestro señor, era servido de depararnos tierra tan rica e bien poblada, para que, siendo por nosotros descubierta, fuera su nombre adorado y el santo evangelio predicado.

Luego, al día siguiente, partimos de allí e vimos que la provincia era muy grande e llena de pueblos, sembrada de maizales y grandes juncales, y que había arboledas de frutas y grandes palmares de los pixibays. Los pueblos

¹¹ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 45 Núm. 258 (1998); del Capítulo XI del Libro de la GUERRA DE CHUPAS, segundo libro de LAS GUERRAS DEL PERU, Tomo 11 de OBRAS COMPLETAS (4 tomos) de PEDRO DE CIEZA DE LEON, edición crítica, Notas, comentarios e índices, Estudios y documentos adicionales por CARMELO SAENZ DE SANTA MARIA. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". MADRID, 1985. [Gramática y estilo tomada del texto original].

¹² Conquistador y explorador español, destacado por su labor como cronista e historiador del mundo andino.

tenían por las laderas y altos de las lomas las casas redondas, tan grandes que vivían en ellas quince e veinte moradores; otras muchas cosas que hay que decir de esta provincia tengo escrito en mi libro "Fundaciones", a donde el lector lo habrá visto.

Yendo a salir a un valle oímos mayor ruido en lo alto de otra sierra, adonde iba a salir el camino que llevábamos, e, dándonos prisa a andar, allegamos al principio de la subida, y vimos que el paso era dificultoso, porque, además de ser áspero, para llegar a lo alto de la sierra había unas peñas y barrancas que para pasarlas los caballos era menester ir despacio, sin llevar ninguna prisa. El capitán los llamaba a la paz, requiriéndoles que diesen obediencia al emperador, donde no, que les haría la guerra cruel. Ellos, riéndose de estos requerimientos, nos respondían que para qué veníamos a robar e a conquistar lo que no era nuestro, que nos volviésemos a nuestras tierras, que ellos en la suya estaban quietos e pacíficos; y diciendo estas palabras y otras arrojaban muchos tiros de piedra y dardos, mostrando que habían de defender la entrada de su pueblo.

Viendo el capitán que los bárbaros querían defender el paso, y que ya entraba el calor del sol, dio prisa a los españoles de a pie para que, con las rodela, ballestas y perros fuesen contra los indios a ganar el paso, para que los caballos pudiesen subir, y así lo procuraron; y algunos de a caballo buscando trechos por una y por otra parte de la sierra, hallaron por donde pudiesen, a pesar de los indios, y no sin trabajo de sus personas, subir a lo alto, a donde ya los soldados de a pie habían llegado; y entonces la grito fue mayor en aquel punto, porque los indios, no osando aguardar a los que venían que se mostraban tan valientes, ni queriendo oír el bufido de los caballos, volviendo las espaldas comenzaron a huir dejando las armas, los cobardes; los de a caballo los fueron siguiendo e alanceando a algunos de ellos, e se tomó en ello cantidad de oro, en las joyas que he dicho que ellos tienen. Y subidos a lo alto todos los españoles que quedaban atrás, nos fuimos a aposentar a la loma que llaman de "los caballos", en la cual se halló poco maíz por estar en berza.

Los caciques y señores de aquellos pueblos, espantado de haber visto la majestad de los españoles y su mucho esfuerzo, temiendo de no indignarles más, acordaron de ir en paz adonde estaba el capitán. E así vinieron a nuestro aposento con redes llenas de joyas de finísimo oro, y allí, con grande humildad, rogaron al capitán que los quisiese perdonar,

por haber sido locos e no haber con tiempo dejado las armas; el capitán los recibió muy bien y asentó con ellos la paz. Y como los moradores de aquellos pueblos fuesen tan ricos hacían presentes de oro a los españoles que veían; cuando traían agua para los caballos, echaban joyas de oro dentro muy grandes y hermosas, e tan fino, que pesaba de veinte e un quilates.

Aquella noche mandó el capitán al comendador Hernán Rodríguez de Sosa, que con la gente necesaria fuese al pueblo de Maytama, que es el principal señor de la provincia, y procurase de prenderlo y constreñirle a que diese la obediencia a su majestad. El comendador se partió a la primera vigilia de la noche, y anduvo hasta que llegó a la loma de Maytama, y halló los indios a punto de guerra; e dando en ellos, hasta que era de día los hicieron huir, y prendieron un hermano de Maytama, e vieron sacar muchas cargas de oro a indios e indias. Tomóse poco de ellos, porque la espesura de los maizales era tan grande que se perdía en ella; y por esta causa escaparon los indios todo el oro, que si se recogiera fuera gran cantidad, no obstante que los españoles y criados suyos tomaron alguna.

El capitán, con todo el real, vino allí otro día y, como por toda la comarca se supiese que estaba aposentado en los aposentos de Maytama, le enviaron mensajeros ofreciéndose por sus amigos y haciéndole grandes presentes de oro, lo cual traían de esta manera: Venían con grande grita los indios y traían unas varas largas de unos hombros en los otros, y a éstas, con cordeles, venían asidas aquellas patenas, coronas, brazales e plumajes, que tenían de oro, y allegados a donde estaba el capitán se lo ponían delante; y así de toda la provincia vinieron embajadores con los presentes que digo. Y el cacique que estaba preso envió una mujer vieja que allí tenía a traer oro, la cual, trajo otro día como unos dos mil pesos, de lo cual nos espantamos, y, diciendo que tenía más oro enterrado y que quería ir a sacarlo, rogó al capitán que le diese algunos españoles que fuesen con él, lo cual hacía con intensión de huir si pudiese; el capitán mandó a ciertos soldados que fuesen con él, e llegando a unos riscos muy grandes, aborreciendo el vivir con estar en poder de los españoles, determinó de matarse, e así, con ánimo de bárbaro e gentil, se arrojó por aquellos riscos abajo y fue dejando los sesos por las piedras, de manera que cuando llegó a los bajo ya su *Ánima* estaba en el infierno. Los españoles se volvieron al capitán e le contaron de la manera que había sido la muerte del cacique preso.

Cada día entraban en el real principales con presentes de oro, y el capitán, como viese que ya había descubierto tierra en la cual se podía fundar una ciudad, determinó enviar el río grande abajo a descubrir al comendador Hernán Rodríguez de Sosa y él aguardar allí; y así le mandó que con cuarenta españoles de pie e de a caballo se partiese. El comendador lo hizo así, e fue a un pueblo grande, el cual porque tuvo allí la pascua, se nombra el pueblo "de la Pascua"; y andando más adelante descubrió el pueblo Blanco, en el cual tuvo alguna resistencia. Saliendo de él, yendo hacia el Norte, descubrió el pueblo de Cenufara y provincia que llaman de "la loma del maíz", y anduvo hasta llegar a un pueblo que ha por nombre Pobres, que está enfrente de Buriticá, desde donde dio la vuelta a la provincia de Arma, porque supo, por la noticia que tuvo, que no había más poblado hasta muy lejos de allí.

En este tiempo, los naturales de la provincia de Arma habían cobrado tanto odio a los españoles, que generalmente determinaron de darles guerra, y así lo pusieron por obra, porque no iban a nuestro real como solían, ni nos proveían de bastimento, y a los indios nuestros criados, y a los negros que podían haber a sus manos los mataban; y el capitán tuvo aviso de esta liga e conjuración, y mandó a los españoles que estuviesen apercebidos, porque los indios no entrasen de súbito en el real; y como todos estuviesen ya determinados de venir a dar con nosotros, por algunas causas o reyertas que entre ellos hubo lo dejaron de hacer, y vímoslos volver bien llenos de joyas.

Y llegado el comendador, el capitán determinó de salirse de la provincia, dejándola tan en guerra como al principio que en ella entramos; y como nos quisiésemos partir, vinieron alguna cantidad de indios y se pusieron en lo alto de nuestro real, lo cual visto por nuestro capitán, con las lenguas lo llamó de paz, y ellos, creyendo que se pudieran volver sin recibir daño alguno, abajaron, y a todos los que vinieron el capitán los mandó meter dentro de los bohíos o casas, y allí mandaba a los españoles que les diesen heridas y les cortasen las manos, y así se acuchillaron más de treinta, y murieron otros tantos, y los enviaron a sus pueblos tan lastimados como he dicho. Y luego el capitán salió de la provincia de Arma y tuvo pensamiento de dejar en ella su alférez Suer de Nava poblando una ciudad; y pareciéndole que convenía descubrir la provincia de Quimbaya, no tuvo efecto esto que quería hacer, y saliendo de Arma, volviendo por el camino que había venido, llegó a la provincia de Paucura, desde donde

se partió para la de Pozo, y prendiendo en ella ciertos principales se partió a la de Carrapa, después de haber quemado uno por causa harto liviana...

ESTATUILLAS INDIGENAS

"En las guacas de los antiguos habitantes de Antioquia se han encontrado objetos arqueológicos muy importantes acompañando las momias en los túmulos y adoratorios. La casualidad hizo descubrir una extensa gruta que era adoratorio de los indios, en la cual se hallaron entre otros objetos unas estatuillas que el coronel Codazzi menciona como dioses de la guerra, la borrachera, la pesca, el baile, la música, la agricultura y las artes; pero no las describió ni publicó sus diseños.

Las siete figuras que presentamos ahora son estas estatuillas de 17 centímetros de altura fabricadas en oro fundido, huecas y muy bien soldadas."

Don Liborio Zerda, autor de los artículos sobre El Dorado en el Papel Periódico Ilustrado, en 1882 publicó los dibujos que mostramos y que a su juicio fueron mal interpretadas por Codazzi, que con juiciosas reflexiones el autor le puso los títulos que allí se ven. Hoy las presentamos como un homenaje a nuestros antepasados indígenas.

¿Dónde irían a parar tan lindas estatuillas?





Pedro de Cieza de Leon

**NOTA DE LA VILLA DE SANTA FE DE ANTIOQUIA A DON
FELIPE SEGUNDO¹³.**

Letter from the Town of Santa Fe de Antioquia to king philip.

Antonio Gómez Campillo¹⁴

La villa de Sancta fe de Antiochia, de la Provincia de Popayan, de las Yndias, besa los Reales pies y manos de V. Mag. y dice que habra quatro años fue V. Mag. servdo. encomendar la Governacion de Antiochia a Andres de Baldivia con limitación que no entrase en tierra poblada ni descubierta por otro, y excediendo desta capitulación que V. Mag. mandó tomar con él se metio .en esta Villa. Luego como vino y fue en ella recevido por razones aparentes que dio de incluirse en su gobierno conforme a V. Real intención y diose crédito como a criado de V. Mag. y que acababa de llegar de V. Real provincia y para más cumplida satisfacción dello se tomaron ynformaciones y convenía a V. Real servicio quedase su Gobernación como mas propinqua della que de la Provincia de Popayán y se enviaron a V. Real Audiencia del nuevo reyno de Granada donde se proveyó estuviese neutral de amb.as gobernaciones hasta que V. Mag. Real otra cosa mandase. Pero como por la dilación y mudanza del tiempo subceden nueva's causas assí ha convenido a V. Real servicio y a la tranquilidad de los pobladores y, conservación de los naturales ynformar a V. Magtd. de nuevo cómo vtro. Gobernador Andres de Valdivia ha

¹³ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 14 Núm. 145 (1940). [Gramática y estilo tomada del texto original].

¹⁴ Abogado, escritor, colaborador asiduo de los periódicos La Defensa y El Colombiano. Magistrado del Tribunal Superior, miembro de la Asamblea Constituyente de 1910, administrador general de Correos, diputado. Miembro del Centro de Historia de Santa Fe de Antioquia y correspondiente de la Academia Colombiana de Historia. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia siendo el cuarto titular del sillón N° 7.

engañado notablemente la buena esperanza que del se tuvo al principio de su entrada en estas partes, porque toda su ocupación ha sido sin cumplir cosa alguna de su capitulación, despoblar pueblos, causar muertes de españoles y yndios, tan ynconsiderada y perniciosísimamente que como hombre evidentemente perdido nos ynquieta cada día con sus desatinos en grave perjuicio y detrimento de la República y porque esta Villa más larga y particularmente se ofrece a probar suplica humildemente a V. M. sea servido usando del remedio de V. Real Justicia mandarle tomar cuenta primero que alguna merced se le haga. Porque esto es lo que de presente conviene al servicio de Dios y de V. Magtd y bien universal desta tierra y naturales della para que permanezcan y no se acabe de perder C. R.M. Ntro. Señor la vida y imperial Persona de V. C. M. guarde y a su sancto servicio conserve por muchos y felicísimos tiempos con acrecentamiento de mayores Reynos y Señorios y aumento de Ntra Sancta fe catolica.

La Villa de Sancta fe.

C. R. Magd.

Besanos los Reales Pies y manos de V. M. sus humildes y leales vasallos.

FRANCO. DE CASTAÑEDA-JUANES DE ZAVALA-JUAN DE URBINA-JUAN DE ALDANA-. ANTONIO MACHADO-JHOAN TABORDA-BARTOLOME SANCHEZ.

Por mandado de la Supa.

Ruy Diaz de Tamayo

Notario ppo. y de Cabildo.

Por la copia, **Antonio Gómez Campillo.**

PROCLAMA DE DON JUAN DEL CORRAL¹⁵

Proclamation by don Juan del Corral

Juan del Corral¹⁶

Pueblos de Antioquia:

Vuestros Representantes conocieron los grandes peligros que de todas partes amenazan al Estado, y han ocurrido al único remedio que la experiencia de todos los siglos ha enseñado que debe adoptarse en medio de aquéllos: Tal es la concentración del Poder en un hombre, cuya voluntad sea la ley, o lo que es lo mismo, la creación de un Dictador. Al hablaros con este carácter con que se me ha revestido, yo no os diré otra cosa sino que he renovado solemnemente el propósito que siempre tuve de sacrificarme todo entero por la salud de la Patria. No creáis, ciudadanos, que ésta sea una expresión estéril de mis labios; mis operaciones y mi conducta, a la cual apelo, os lo dirán mejor, y en todo tiempo responderán de la verdad de mis sentimientos. El cielo es testigo de que mi corazón no abriga uno solo que no sea dirigido al bien común, por el cual os vuelvo a asegurar, ciudadanos de Antioquia, que no omitiré sacrificio alguno por doloroso y terrible que me fuera.

Antioquia, Agosto 2 de 1813.

JUAN DEL CORRAL.

José Ma, Hortiz, Secretario interino.

¹⁵ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 1 Núm. 5-8 (1913).

¹⁶ Presidente dictador del Estado Libre de Antioquia.



Juan del Corral

LA BATALLA DE CHORROS BLANCOS ¹⁷

The Battle of Chorros Blancos

Humberto Barrera Orrego¹⁸

A menos de diez kilómetros de Yarumal, por la vía que lleva a Campamento, se encuentra la vereda de Chorros Blancos. Casas blancas, como de pesebre, rodeada de cafetales, plataneras y cañaduzales, salpican las laderas que resbalan hacia el río Nechí. Allí se encuentra el hermoso fenómeno natural denominado Puenteepiedra: a lo largo de unos 600 metros, las aguas del río se pierden literalmente bajo un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos, igual al que relumbra en la primera página de "Cien años de Soledad". En el lugar donde desaparece, tragado por las troneras que las aguas mismas han labrado durante los milenios, el Nechí parece un jaguar iracundo que ruge y da zarpazos antes de ser engullido por la inmensa anaconda de piedra que serpentea por entre cañaverales, bejucos y peñascos coronados de orquídeas silvestres. Corre tan hondo que hay lugares donde ni siquiera se alcanza a sentir su furor subterráneo. Siguiendo su curso hasta la margen opuesta de la quebrada de Chorros Blancos, hay unas lomas que barre el viento, sembradas de espigas de rabo-de-zorro, de guayabos caturros, de tirsos de diminutas orquídeas bermejas, de torpes esponjas de roca volcánica, de vasos desechables y latas de gaseosa. Bajo franjas de cielo de tarjeta postal, libélulas, saltamontes, escarabajos y mariposas exponen al sol sus broches de pedrería. Sobre una eminencia del terreno

¹⁷ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 91 Núm. 258 (1998).

¹⁸ Licenciado en Filosofía y Letras, profesor universitario, colaborador de el dominical, traductor de Marguerite Yourcenar, literato de prosa exquisita y castiza, uno de los más consagrados historiadores del general de Ayacucho José María Córdova. Sus investigaciones sobre Chorros Blancos arrojan novedosos datos que contribuyen a un nuevo examen de esta acción militar. Miembro fundador de la Fundación Cordovista de los Andes. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia siendo el cuarto titular del sillón N° 26.

se levanta el obelisco desvaído que evoca la batalla librada hace casi 180 años en el cerro más alto de estos parajes ociosos y codiciosos que le arrancaron las cadenas de hierro y los bronce conmemorativos, sigue en pie al sol y al agua como un centinela insobornable.

ANTECEDENTES

A mediados de agosto de 1819, en algún lugar del camino entre Santafé y Honda, se cruzaron dos correos de posta con cartas que se ocupaban del mismo asunto: el teniente coronel José María Córdova, que había ido al puerto sobre el Magdalena con el estado mayor patriota en persecución del virrey Sámano, solicitaba de Bolívar la gracia de libertar su Antioquia nativa. El general Carlos Soublotte, por su parte, le escribía a Córdova: "Su Excelencia (El Libertador) destina a usted a libertar la provincia de Antioquia" (subrayado por mí). Córdova salió al mando de 168 hombres por el río Magdalena, pasó por Nare, Marinilla y Rionegro, y llegó a Medellín el primero de septiembre a posesionarse como gobernador militar de la Provincia. Pocos días antes, el gobernador español Carlos Tolrá había huido de la capital por la ruta de Yolombó. El nuevo gobernador, que apenas tenía veinte años de edad, emprendió de inmediato la organización de la administración pública, las finanzas y las fuerzas militares.

Durante la celebración de las fiestas de los Santos Inocentes en Rionegro, el caballo de Córdova se encabritó con el estallido de los voladores y triquitraques y lanzó a su jinete por las orejas. El joven gobernador se golpeó la cabeza, perdió el conocimiento y pasó muchos días con fiebre alta y delirios. Llegó a temerse que moriría o quedaría loco. A mediados de enero fue recuperando poco a poco el sentido, aunque todavía no podía levantarse de la cama

A finales de noviembre, el ex virrey Juan Sámano había dispuesto en Cartagena "una expedición para restaurar la provincia de Antioquia". El coronel Francisco de Paula Warleta marchó al frente de unos 500 veteranos del regimiento "León", entró por los ríos Cauca y Nechí y se acuarteló en Zaragoza, para continuar con el grueso de sus tropas hacia Cáceres. Remontó las ásperas vertientes de la Cordillera Central, y después de varios días de marcha plantó sus toldas en Yarumal el primero de febrero de 1820 con 125 fusileros. Mientras llegaba el resto de sus hombres envió una avanzada a situarse en Cañaveral (hoy Campamento)

y un destacamento a ocupar el cruce del río Pajarito con el camino que va de Angostura a Cañaveral.

Pocos días antes, el coronel español Sebastián de la Calzada había tomado por sorpresa la ciudad de Popayán. Los realistas intentaban trazar una línea de fuego entre Quito y Cartagena para dominar los ríos Magdalena, Cauca y Atrato y los puertos del Caribe y el Pacífico: querían apoderarse de la mitad occidental de la Nueva Granada para recuperar la otra mitad, perdida en la batalla del 7 de agosto anterior.

Córdova ya había enviado el subteniente Polo Jaramillo a Yarumal para que espiera los movimientos del enemigo. Días más tarde comisionó al capitán de ingenieros Juan Antonio Gómez para que detallara los puntos militares que encontrara en cercanías del camino de Cáceres.

Córdova salió de su cuartel general de Barbosa el jueves 3 de febrero con destino a Santa Rosa de Osos, "En silla de manos, sin ver bien", como dice él mismo en carta al general Santander.

Comandaba una división compuesta por el segundo batallón de cazadores de Antioquia, llamado "Girardot" (cuatro compañías de cien hombres cada una), 200 voluntarios y 25 jinetes llaneros. Los oficiales vestían chupa azul con cuello, puños y vueltas rojos, pantalón blanco ajustado, botas altas, chacó de vaqueta, todo con adornos amarillos. Los soldados, chaqueta de paño azul con cuello y puños rojos, pantalón de lona blanca y chacó como el de los oficiales. Estuvo en Santa Rosa entre el 4 y el 10 de febrero.

Este día envió 100 soldados voluntarios a Cuivá para despistar a los realistas, y él marchó con el batallón y los voluntarios restantes hacia Angostura. Pernoctaron en el paraje de La Culebra.

El viernes 11 de febrero, la segunda compañía se separó de la división y se internó por una trocha para batir la retaguardia de una fuerza de unos ochenta hombres (en realidad eran muchos menos) que ocupaban a Angostura. El grueso de la división patriota los desalojó, y ellos fueron a unirse a la partida que acampaba a orillas del río Pajarito. Los veinticinco componentes fueron batidos y aniquilados por la segunda compañía. Sólo logró escapar Benito Urdaneta, el oficial que los mandaba. En el alto de Cañaveral hubo un segundo enfrentamiento, en el cual murió el sargento venezolano Osos, de las fuerzas patriotas, y cinco soldados resultaron heridos. En aquel punto pernoctó la división.

LA BATALLA

Al amanecer del sábado 12 de febrero, Córdova salió de Cañaveral al frente de dos compañías, con la intención de cortarle el paso al enemigo. Pero Francisco Misas, el baquiano que los guiaba, extravió el camino.

A eso de las dos de la tarde, los efectivos de la segunda compañía patriota, que iban por otro camino, avistaron a unos 100 hombres de Warleta, atrincherados en el cerro más alto de Chorros Blancos. Apoyada por los 25 jinetes de los Llanos de Apure, la segunda compañía formó la vanguardia y rompió el fuego, haciendo retroceder al enemigo desde la mitad de la ladera hasta la cumbre. Los realistas se rehicieron de inmediato y rechazaron a los republicanos hasta el pie del cerro. En ese momento se presentó Córdova con el resto de la fuerza y ordenó que dos compañías cargaran de frente, a la bayoneta, por la derecha y el centro de las casi inexpugnables posiciones enemigas. Obraron con tal intrepidez que algunos de los oficiales del rey no tuvieron tiempo ni de montar sus cabalgaduras para huir. Entre tanto, una partida salía a cortarles la retirada.

El primero en conquistar la altura fue el subteniente Pedro Carrasquilla, ayudante segundo de la comandancia. El combate duró apenas una hora. Cuatro oficiales españoles y cerca de treinta soldados venezolanos con sus fusiles cayeron en poder de los patriotas. Estos pernoctaron en el lugar de la acción, mientras el enemigo se replegaba en el paraje de El Mortiñal y huía en dirección de Cáceres.

El domingo 13 de febrero llegó la división a Yarumal, de donde marchó la segunda compañía al mando del capitán José Aguilar en persecución del enemigo (durante dos días nada más, pues se temía una invasión por el sur del país). Los patriotas lograron capturar doce efectivos realistas. Entre tanto, los voluntarios que habían quedado en Cuivá se reunieron en Yarumal con el grueso de la división.

CONSECUENCIAS

Las montañas antioqueñas se interponían a manera de compuerta reguladora del flujo de recursos entre los puertos de la costa atlántica y el Perú, y viceversa; dominar a Antioquia era dominar la Nueva Granada. Con su agudeza habitual, Córdova y Bolívar así lo comprendieron. Una

vez dueños de Antioquia, lo demás era cuestión de desalojar a los españoles del bastión de Cartagena y barrerlos después de sus fuertes enclaves de los Andes peruanos. Lo primero se logró con la campaña de la costa atlántica. Lo segundo tuvo una brillante culminación, casi cinco años después de Chorros Blancos, en la batalla de Ayacucho. Por un capricho de la fortuna, Córdova tuvo el privilegio singular de participar como protagonista de primer orden en estos tres acontecimientos decisivos.

Chorros Blancos constituye, pues, para la región de las cordilleras Central y Occidental, lo equivalente de la batalla de Boyacá. Si Córdova hubiera sido derrotado en Yarumal, no sólo Antioquia sino todo el territorio de la América tropical andina, de Bolívar a Venezuela, habría caído sin remedio en poder de los peninsulares. Esta verdad elemental cayó en el olvido durante muchos años. Es preciso recuperarla y darle realce para que en adelante la memoria de Chorros Blancos sea honrada y exaltada con la solemnidad que le corresponde.

TRADICIONES Y VESTIGIOS.

En Yarumal se siente palpar esa memoria. Una tradición quiere que Warleta haya dejado, durante su fugaz permanencia en la población, un hijo ilegítimo, Javier de Porras, que llegaría a ser tronco de una familia notable. Se dice también que el subteniente Salvador Córdova, abanderado del batallón "Girardot, se batió con tal denuedo que una bala llegó a romperle el asta de la bandera. Las "Genealogías de Antioquia y Caldas" refieren, a su vez, que Córdova hizo fusilar a don Manuel Rada por el delito de ser español". (El abogado Andrés Rivera Tamayo llama José Miguel de la Rada al mismo señor y lo titula alcalde chapetón"). Don José Giraldo Bernal, yarumaleño de viejo cuño, señala que la ejecución tuvo lugar ante una enorme peña que había en un rincón del parque principal, diagonal a la antigua casa cural: hubo necesidad de dinamitar dicha peña para darle lugar al andén de la escuela "Rosenda Torres". Hacia 1987, un campesino que labraba una sementera en la vereda de Chorros Blancos sintió que su azadón daba contra algo metálico: resultaron ser dos o tres guarniciones de sable, ultrajadas por la tierra y el tiempo, las mismas que fueron a parar por cualquier miseria a manos de un coleccionista de Medellín.

Se han encontrado así mismo viejas piezas de artillería y algunas bayonetas enmohecidas en cercanías del lugar del combate. Don Germán Rivera Bulles dice que el comandante Córdova se alojó en casa de don José Rivera Escobar, uno de los primeros pobladores de Yarumal, pues la mujer de éste, doña Isabel Villegas Piedrahíta, era oriunda de Rionegro y pariente lejana del Héroe. La casa del matrimonio Rivera Villegas probablemente quedaba en la calle 21 entre carreras 18 y 19, conocida hace tiempos como la Calle de los Riveras. La losa sepulcral de doña Isabel, quien alcanzó la edad de noventa y ocho años, reposa en el Museo Tradicional "Monseñor Rueda" de Yarumal.

FALTA UN MONUMENTO DIGNO

En discursos pronunciados en el campo de Chorros Blancos con ocasión de los 175 años de la batalla, el doctor Orlando Montoya Moreno, de la Academia Antioqueña de Historia, dijo ante el gobernador del Departamento y diferentes personalidades de la cultura, la historia y la política, que Chorros Blancos era un altar de la patria como Boyacá, y sin embargo carecía de monumentos conmemorativos, -aunque valdría la pena tenerlos". El 23 de marzo siguiente, la Asamblea Departamental, mediante la Ordenanza 11, consideró deber de todos los antioqueños rendir testimonio de admiración y gratitud a José María Córdova, "el héroe símbolo de la raza antioqueña, ejemplo de patriotismo y entrega por la causa de nuestra independencia"; dispuso que en memoria de la batalla en referencia, "el Gobierno Departamental construirá en el sitio de Chorros Blancos un parque ecológico y erigirá un gran monumento que destaque no sólo el suceso, sino la figura de nuestro más preclaro héroe, el general José María Córdova", y declaró de interés público la adquisición de los terrenos necesarios para la construcción de dicho parque, además de facultar al Gobernador del Departamento para contratar los empréstitos, abrir los créditos adicionales y efectuar los traslados presupuestales necesarios para el cumplimiento de la Ordenanza, cuya vigencia es de cinco años contados a partir del 15 de marzo de 1995, fecha de su sanción. Hay un proyecto notable, elaborado hace unos quince años por el Maestro Rodrigo Arenas Betancourt para la Academia Militar de Cadetes "José María Córdova", de Bogotá. Hay unos terrenos bien habidos que pueden albergar el parque y el monumento que contempla la Ordenanza. Hay una gran expectativa de todos los antioqueños por la proximidad del segundo centenario del natalicio del

general José María Córdoba. Tan sólo falta que el señor Gobernador diga "Cúmplase". Y entonces el general José María Córdoba tendrá en Chorros Blancos, como los tiene en Concepción, en Rionegro y en el parque Boston de Medellín, un monumento digno de su gloria y del empuje del pueblo antioqueño.

Fuentes:

Botero Saldarriaga, Roberto. "General José María Córdoba". Medellín, Bedout 1970 Forero, Manuel José. "Narraciones Históricas Curiosas". Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1972

Moreno de Angel, Pilar. "Correspondencia y documentos del general José María Córdoba". Vols. 1-IV. Bogotá, Kelly, 1974

Piedrahíta Echeverri, Javier, Pbro. "Monografía de Chorros Blancos". Medellín, Imprenta Departamental de Antioquia, 1972

Posada, Eduardo. "Biografía de Córdoba". Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1914 Restrepo Sáenz, José María. "Gobernadores de Antioquia. Vols. 1-11, Bogotá, Imprenta Nacional, 1931, Lumen Christi, 1970



Humberto Barrera Orrego

JAMES TYRREL MOORE¹⁹

James Tyrrel Moore

Guillermo Echavarría Misas²⁰

Nació este varón ejemplar en el año de 1803 en la ciudad de Londres, en el hogar formado por el señor James Moore y Mary Stewart; hizo sus estudios en Inglaterra, Suiza y Alemania y se especializó en matemáticas, mecánica y otras ciencias. En el año de 1829 vino a Colombia en calidad de ingeniero para las minas de Marmato, en donde prestó grandes servicios.

En 1830 se radicó en Medellín distinguiéndose por sus conocimientos en la mecánica y la explotación de minas. Poco después de su venida a Antioquia y cumplidos sus compromisos en Marmato, resolvió trasladarse al norte del departamento inducido por su inclinación a la industria de la minería escogiendo a Santa Rosa de Osos como centro de sus actividades donde se hospedó en casa de los cónyuges Don Manuel Barrientos y doña Mercedes Zuláibar, prestantes personalidades de la región, quienes observaron la distinción del señor Moore, no sólo por su fina conducta, su figura, los modales nobles y caballerescos, a más de su espíritu religioso y la observancia de los deberes para con la iglesia Episcopal Anglicana, no vacilaron en brindarle hospedaje permanente; allí contrajo amistad con el caballero don Julián Vásquez Calle, yerno de los esposos Barrientos Zuláibar, quien era uno de los accionistas de la

¹⁹ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 36B Núm. 244 (1984). [Gramática y estilo tomada del texto original].

²⁰ Comerciante, fundador del Club Rotario de Medellín, pionero de la aviación comercial al crear en 1919 la primera compañía de navegación aérea comercial en América. Presidente de la Sociedad de Mejoras Públicas en 1919, 1920 y 1959. Fundó también el zoológico Santa Fe. Integró la Junta Directiva del Hospital San Vicente de Paúl, desde 1928 hasta la fecha de su deceso. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia siendo el cuarto titular del sillón N° 6.

mina “La Constancia” situada en Anorí, empresa que fue notable por su riqueza.

En la mina “San Francisco”, en Santa Rosa, construyó el primer bocarte (máquina que consiste en un número de pisones, generalmente cuatro, accionados por una gran rueda de madera movida por un chorro de agua); este bocarte o molino, tritura el mineral el cual se lava en los canalones donde se deposita el oro que es más pesado que la arena. Esta máquina fue fabricada con toda la técnica y sirvió a los antioqueños para reemplazar sus primitivos sistemas en la molienda del mineral. De un relato del señor Tulio Ospina Vásquez en 1913, copiamos lo siguiente: “El uso de los bocartes o molinos de pisones que se había ensayado en el siglo anterior en las minas de veta y de aluvión de Buriticá y a la de El ingenio, cerca de San Pedro, se había relegado por completo; de suerte que el material aurífero era triturado por entonces a mano por mujeres, en piedras, semejantes a las que se usan para moler el maíz; el polvo así obtenido se lavaba en bateas”.

“Con poquísimas excepciones, no se explotaban las vetas por medio de socavones, sino a tajo abierto por un sistema llamado de bombear, y que consistía en cavar con barras y hierro los respaldos del filón, para soltar luego un estanque de agua que con grande estrago y estrépito arrastraba la tierra removida en el supuesto de que el mineral debía de quedar en su lugar pero se comprende bien que gran parte de éste era arrastrado por el agua”.

“En los aluviones auríferos no se empleaba ningún género de maquinaria. Aquéllos en que el cascajo aurífero se hallaba superior a las aguas vecinas se explotaban por el sistema llamado de “choca”, que consistía en conducir una corriente de agua a la parte superior del aluvión para disgregar éste con el auxilio de peones provistos de barras. Los detritus corrían por una zanja, llamada canalón, donde se quedaban el oro y las piedras más pesadas, mientras que la tierra y la arena eran arrastradas por la corriente”.

“Cuando se presentaban grandes piedras o había necesidad de romper alguno de los peñascos que dificultaban el desagüe natural de una mina, rarísima vez usaban el taladro o la pólvora; y lo más común era alimentar durante días enteros una grande hoguera sobre la piedra o el peñasco para arrojar luego agua fría sobre ellos, lo cual daba por resultado que se fracturaban”

Ya se deja ver que por estos métodos la explotación resultaba costosísima y la mayor parte del oro se perdía.

Tuvo la ocasión el suscrito de observar accidentalmente en el barrio “La Colina” de esta ciudad, que empleaban llantas viejas de automóviles, las cuales prendían y dejaban arder por varias horas para derramar luego agua fría sobre la piedra y de esta manera reventarla.

En la década de 1830 al 40 fue muy intensa la actividad minera en Anorí, por lo cual acudieron a la región muchos individuos de la capital y prestancia, entre ellos el Sr. Moore, don Julián Vásquez, don José María Lalinde, don Carlos Segismundo de Greiff, don Dionisio Bravo, etc. Posteriormente se contribuyó al mejoramiento para la explotación con el establecimiento de los primeros arrastres o molienda de amalgama y el uso de las máquinas hidráulicas para la seca de las minas y para trabajos subterráneos. También fue el señor Moore quien descubrió la existencia en abundancia de plata en la mina de El Zancudo en Titiribí y la consiguiente explotación científica. Esta explotación fue una verdadera riqueza para el departamento en aquellos tiempos y su fama es todavía notoria. En dicha mina tuvo muchas acciones la señora Lorenza Uribe de Amador, esposa del ciudadano Carlos Coroliano Amador de origen cartagenero, quien fue un hombre de muchos lujos y de finas maneras que supo aprovechar esta riqueza para su bienestar personal y el de su familia y por ende para el progreso de Medellín. Fue Amador efectivamente, quien trajo a esta ciudad y posiblemente a Colombia el primer automóvil en la última década del siglo pasado para cuyo manejo contrató un chofer francés; este vehículo funcionó muy poco tiempo debido a nuestras pésimas calles que entonces eran empedradas, muy disparejas y con muchos huecos, amén de otros como la falta de toda clase de recursos y conocimientos mecánicos. Igualmente introdujo un lujosísimo billar de caoba con incrustaciones de marfil, comprado en la exposición de París del año 89. Importó mármoles, arañas de baccarat y un rico mobiliario para la decoración de su casa, llamada “El palacio Amador”, situado en el cruce de Palacé con Ayacucho (hoy carrera 50 con calle 49 donde actualmente está situada el edificio Telecom) era ésta por esa época la casa más lujosa de Medellín. Dicen las crónicas que trajo a Medellín el primer fonógrafo cuyo sonido se reproducía por cilindros y no por discos. Es de anotar que muchos de aquellos elementos el señor Amador introdujo fueron transportados desde la estación de Pavas del Ferrocarril de Antioquia, entonces en sus comienzos, a torno de mula y

en "turegas", sistema este último que consistía en colocar la mercancía demasiado pesada en una camilla de palos o tablas entre dos mulas adelante la una de la otra. Su hijo Carlos construyó la lujosa Casa-Quinta en la Avenida la Playa, la cual posteriormente perteneció al Arzobispo, hoy derribada para la construcción del gran edificio de propiedad horizontal de propiedad de la Cervecería Unión, y también una bellísima casa Campestre en Miraflores al oriente de la ciudad; don Carlos Coriolano construyó en 1894 la plaza de mercado de Guayaquil que prestó servicio durante más de 60 años.

El matrimonio Amador dejó una numerosa y distinguida descendencia integrada por las familias: Uribe Amador y Posada Amador.

Nota: Allí últimamente se construyó un edificio del Banco Comercial Antioqueño.

Volvamos al señor Moore; tal fue su consagración al estudio y perfeccionamiento de los sistemas de minería que logró construir en Sitio Viejo, región de Titiribí, por el sistema Alemán aprendido en Broyberg, los primeros grandes hornos de fundición en Antioquia. De Alemania trajo ingenieros y obreros prácticos en las operaciones mineras entre ellos al señor Carlos Greiffenstein, los cuales contribuyeron con su ingenio y trabajo al progreso de nuestra minería. Introdujo también gran acopio de instrumentos y herramientas hasta entonces desconocidas en Antioquia. Tenemos, pues, que el señor Moore fue el principal promotor de la industrialización de la minería en Antioquia.

Cuando llegó a Medellín la comisión corográfica de Codazzi en 1852 tuvo un valioso auxilio en los estudios realizados por el señor Moore: "Durante mis diez años de labores corográficas para Venezuela y casi tres para Nueva Granada, escribió el señor Codazzi, en ninguna parte he hallado tanto conocimiento del País como aquí, donde las antiguas observaciones geográficas comparadas con mis nuevas operaciones practicadas de prisa, concuerdan de tal modo que merece fe. Los habitantes de esta región tienen mucho que agradecer al ingeniero inglés Tyrrel Moore quien ha residido entre ellos varios años, no sólo por haber introducido máquinas y aparatos para labores de minas, sino especialmente por su esfuerzo de cuatro años para presentar un mapa exacto del país; él ha fijado por triangulación más de doscientos puntos, cada uno por la apreciable de veinte triángulos; a mi llegada aquí, Moore, de quien había oído hablar, se apresuró a visitarme amigablemente; le supliqué permitiera comparar

sus mapas con los míos, lo que hizo en presencia de varias personas entendidas, por ejemplo el doctor Jervis. Cuán grande fue mi sorpresa y cuánto el placer de ambos al resultar en completo acuerdo".

El señor Moore sugirió al entonces gobernador Alejandro Vélez Barrientos, el nombre de Fredonia para el Municipio erigido en 1850, nombre que proviene de la traducción libre de las palabras inglesas "Free o Freedom"; equivalente a "Libertad" o también "tierra de Libres". De su propio peculio reparó el camino que conduce de Anorí a Campamento, en este último montó un establecimiento de caña de azúcar con su trapiche movido por una rueda hidráulica, que creemos fué el primero de esta especie que se construyó en Antioquia.

Inició la creación de una colonia agrícola en la región de Valdivia con sus amigos señores Pedro y Julián Vásquez, con el objeto de sembrar caña, cacao y pasto, especialmente guinea (en aquella época no se conocían otros pastos artificiales de gran poder alimenticio como el paró, el yaraguá, la pangola, angletón etc.) para esta empresa aprovechó el hecho de que el Cauca en esta parte empieza a ser navegable para hacer subir canoas y champanes, esto ocurrió en 1839 y así buscó establecer relaciones comerciales con las sabanas de Ayapel y además con el objeto de traer ganado vacuno y de cerda, abrió un camino de 35 leguas a través de la montaña virgen, camino que se llamó "Padrero" por haber colaborado en su construcción muy decididamente el párroco de Ayapel presbítero Miranda. Es de notar que por este camino ya muy abandonado le tocó viajar al suscrito de principios de la segunda década del presente siglo en adelante en dirección al Sinú, en donde fundó varias haciendas a la vez que utilizó la navegación desde Puerto Valdivia hasta Caucasia por el Cauca, cosa que hacían también por entonces los señores Don Marcos Salazar, Puerta, Don Pedro Nel y Don Bernardo Ospina, pioneros de la ganadería en el Bajo cauca y en el antes departamento de Bolívar del cual se desprendió posteriormente el de Córdoba.

Tyrrel Moore trabajó con el señor Enrique Hausler en la construcción de puentes y contribuyó a la edificación de la iglesia de Anorí, utilizando un nuevo sistema en la armada del techo, no conocido por entonces en el país. Donó el reloj que adorna el frontis de la iglesia de la Candelaria. Adquirió un extenso terreno en el norte de la ciudad en asocio del señor Julián Vásquez Calle, en donde trazó una plaza que denominó de Bolívar, la cual donó a la ciudad con el terreno para la catedral hoy Basílica Metropolitana, no obstante pertenecer su donante a la religión Anglicana,

la donación del terreno para la iglesia puede comprobarse por carta que a continuación reproducimos:

Señor Marcelino Restrepo Medellín Mi distinguido amigo:

Quedando perfectamente satisfecho de que el solar, en la plaza de Bolívar que en mayo 9 de 1857 doné a los vecinos de Medellín para un templo cristiano será aplicado al uso estipulado; pues que, por cesión del H.C. de aquella ciudad, dicho solar es en el día propiedad del digno Jefe de la Iglesia antioqueña, confiero a usted por esta carta amplio poder para que en mi nombre dé al Ilustrísimo Señor Obispo de Medellín y de Antioquia la posesión legal de dicho terreno que me había reservado por la primera condición de la donación.

Al tiempo de la entrega sírvase usted presentar a su Señoría mis expresiones más respetuosas y para que la construcción se verifique con plenitud y felicidad.

Cuento con su amistad para que me haga este servicio. Su afectísimo amigo,

TYRREL MOORE

La Medellín de la época del 60 al 62 estaba muy lejos del estado de desarrollo y prosperidad que ha alcanzado en tiempos más recientes.

Para esta comparación por somera que fuere la revista, bastaría apuntar algunos hechos que muestran a las claras lo reducido del recinto de la parte poblada de la entonces capital del Estado de Antioquia.

Veámoslo: por el oriente consideraban que el paseo de la Playa (en el camino que por Bocaná conducía al Valle de Rionegro), terminaba en los Naranjitos sitio que estaba a unos cien metros arriba del cruce de la calle Córdoba. De allí hacia el Oriente, hasta "La Toma", seguía un arrabal de casas pajizas rodeada de zarzales y arbustos, moradas de gente pobre con sus dependencias de cerdos y gallinas. En todo ese trayecto abundaban los baños en el entonces cristalino arroyo de Santa Elena y a través de éste solo existía, en esa sección, el puente de la Toma, de madera y el de Miguel Gómez, de unas vigas con una baranda cimbradora compuesta por una caña movediza, sostenida por dos barrotes y desde él hacia el occidente no había sino el puente de Junín que era de piso entablado y con techo de caña brava y tejas, puente que fue construido a iniciativa de don Gabriel Echeverri primer ciudadano verdaderamente

cívico que existió en Medellín y de quien se asegura que plantó las famosas ceibas de la Avenida la Playa y seguramente las del Parque de Bolívar. El de Palace, muy angosto y fabricado de madera redonda y tembladora, propio únicamente para transeúntes a pie, así como el de "Las Pizas" y el de Arco (Carrera de Bolívar) empezado por el sabio Caldas y terminado en 1921, bajo la dirección de Don Alejandro Vélez.

Por el oriente estaba la calle de Ayacucho, sin continuar, desde la plaza de la Universidad. La continuación hacia Buenos Aires se puso en obra en tiempos de la Administración Berrio y la prolongación de ese camino hasta Santa Elena, a través de los terrenos de la señora Lorenza Uribe Amador (Miraflores, Los Caunces, etc.) se ejecutó bajo la administración del Dr. Recaredo de Villa (1873-76) de la cual fue agente eficaz el Secretario de Fomento Dr. Marco Aurelio Arango, así como el ingeniero Dr. Uladislao Vásquez Jaramillo.

La carrera de Girardot (en el trayecto de la banda izquierda del arroyo Santa Elena a la calle Pichincha) fue obra del Dr. Wenceslao Barrientos.

En tiempos del Señor Moore no había sino una que otra casa de tapias y tejas en el barrio Bolívar, posteriormente llamado Villa Nueva, entre ellas la que edificó el mismo señor en la esquina de Junín frente al Parque de Bolívar, la cual fue posteriormente de propiedad de la familia Zea del Corral y más tarde de Don Patricio Pardo y la quinta de Don Ambrosio Mejía posteriormente de la familia Escalante Echeverri (hoy Club Unión). Podríamos suponer que los trazos de la plaza de Bolívar y calles adyacentes constituyeron lo que pudiéramos llamar la ciudad nueva o ensanche de Medellín.

EMPRESARIOS MINEROS: Entre los más sobresalientes de aquel tiempo en Medellín, se contaban los señores Pedro y Julián Vásquez y Juan Pablo Sañudo (socios del Sr. Moore en el establecimiento de fundición y ensayo de Sitioviejo en Titiribí); Dr. José María Uribe Restrepo, que era uno de los patricios de la antigua Antioquia más insignes por la honradez y delicadeza de su proceder en la vida pública, como la privada, sujeto poseedor de extensos terrenos particularmente entre el camellón Carabobo y el río, hoy urbanizados (allí la plaza de mercado, la plaza de Cisneros y el grandioso edificio del Ferrocarril de Antioquia). Era Don José María en su aspecto semejante al soñador Romano de los tiempos de Cincinato, según el Dr. Mariano Ospina Rodríguez. No podía olvidarse a Don Marceliano Restrepo, hombre de

mucha versación en asuntos de comercio, de mucha serenidad y espíritu reflexivo para buscar los medios correctos y suaves en la manera de orillar dificultades, prudente en la vida de familia y además como lo fue su padre D. Vicente, muy aficionado a la minería, supo asimismo dar impulso a varios establecimientos de la comarca de Concepción y otras regiones del Nordeste.

Cuando el Sr. Moore se ausentó definitivamente del Estado de Antioquia, le sucedió en la dirección del Establecimiento de Sitioviejo, un caballero francés de distinguida familia del Morbihán, el Sr. Conde Adolfo de Bourmont, hombre de notables condiciones de inteligencia y carácter elevado y digno, que fue víctima de las vicisitudes de la fortuna y de quien se trazó un recuerdo en la obra titulada "*Veinticinco años a través del Estado de Antioquia*".

Por mayo de 1857 emprendió el Sr. Moore su postrer viaje a través del Atlántico, para visitar a su familia residente en Inglaterra y despachar asuntos relacionados con sus empresas industriales. Ya por entonces estaba casado con la Sra. Nepomucena Mejía y Lorenzana, dama de buena presencia, morena de alta y gallarda estatura y maneras cultas, procedente de la ciudad de Rionegro y sobrina del prócer Liborio Mejía.

Ella lo acompañó en el viaje, así como los dos jóvenes entre sí primos hermanos y amigos íntimos que contaban 16 y 15 años de edad respectivamente, los señores Santiago Ospina Barrientos y Miguel Vásquez Barrientos, quienes iban bajo la tutela del ilustrado inglés para continuar su educación en Alemania. Acompañábalos también el señor Alejandro Johnson obrero inglés, hábil oficial de carpintería. La señora llevaba por compañera una joven irlandesa, que había venido a Medellín con la señora Carolina Tracy, esposa del joven Uladislao Vásquez; las señoras llevaban como ayudante para el paso por la larga y penosa ruta de Medellín a Nare, a un sujeto muy experimentado en asuntos de viajes por caminos arriesgados y muy conocido del Jefe, el Sr. Mariano García, correísta de Titiribí.

El camino de Nare cruzaba por Rionegro, Marinilla, El Peñol, San Carlos, y Canoas, para lo cual había que descender por ríos y arroyos profundos y trepar a las cimas y contrafuertes de las cordilleras, exponerse a peligros en los canalones y precipicios estrechos, dormir en posadas incómodas y desprovistas de lo necesario y exponerse al ambiente del clima cálido y a

veces malsano y a las picaduras de la chinche y el pito, los cuales causan dolores muy acerbos, llegando a "Remolino"

bodega situada en una estrechura de la cuenca del Rionegro o Nare, río que va precipitado y correntoso, muy encajonado en las rocas, no pocas de ellas de mármoles de bellísimos y variados colores hoy ya en explotación rudimentaria. La bajada del río se hacía en Champán, hasta llegar a la confluencia del Nus, que le cae al Nare por la Izquierda, en el sitio de la antigua Bodega de San Cristóbal, más adelante y por la derecha vieron la desembocadura del caudaloso y violento Samaná, que recoge multitud de ríos de la región oriental de Antioquia (Cocorná, Santo Domingo, Rioverde, Caldera, San Matías, San Carlos, Guatapé o Balseadero etc.). Al fin se llega a la población denominada "La Punta del Nare" confinante con el Nare, por la izquierda (occidente), y con el Magdalena, por el oriente. En aquella época consistía el pueblo en una calle a cuyos lados había casas pajizas de pobres bogas y acarreadores de las mercancías destinadas al interior del Estado de Antioquia... Algunas de esas casuchas era la de los señores Salazar y Alviar, agentes de los comerciantes antioqueños para recibir y despachar la carga de mercaderías que dejaban allí los buques de vapor o los champanes empleados en la navegación del Magdalena. Después de dos o tres días de demora en aquel sitio, tan poco confortable para los viajeros delicados de otros climas más benignos y tan expuestos al contagio de las fiebres perniciosas o palúdicas, vieron que en una vuelta del caudaloso Magdalena asomaba el vapor "Cauca" que los condujo a Mompós y luego a Barranquilla. En aquella nave, que a los dos jóvenes medellinenses les pareció maravillosa, bajaban dos personajes de importancia con quienes el caballeroso Sr. Moore pareció muy complacido, el Sr. Delegado Apostólico Monseñor Lorenzo Barilli y D. Justo Arosemena, miembro del Congreso Nacional, como representante del Istmo de Panamá su tierra natal, posteriormente Presidente de la Nueva República de Panamá.

El señor Moore que no desperdiciaba ocasión de enseñar algo útil a los dos jóvenes pupilos que le habían sido recomendados por su amigo D. Julián Vásquez, se propuso irlos acostumbrando a las mudanzas de la naturaleza, a la observación de los paisajes, de los hombres y de los hechos y al trato con la gente educada y culta.

Fue para los jóvenes medellinenses muy sublime el espectáculo de las grandiosas selvas seculares que poblaban las vastas soledades que se extienden a un lado y al otro del río Magdalena, la gran arteria fluvial del

País. Después de arribar a la ciudad de Mompós a la cual se llegaba por un brazo del río obstruido, desembocaron posteriormente a Barranquilla. De allí cruzaron por tierra a Cartagena. Atravesando aquella región calurosa, pernoctaron en casa de un sujeto de raza mezclada de sangre africana, a quien el Sr. Moore le presentó una carta de recomendación y por la mañana, habiendo pedido la cuenta de sus servicios, en la creencia de que aquella era una posada, fue no poca la admiración del jefe al oír esta respuesta, rasgo notable del carácter de los costeños y de muchos otros granadinos:

"No señor, usted nada me debe.

—Pero, ¿cómo es esto? si yo he pedido diferentes cosas en el concepto de que estaba en una fonda?

—No señor. ¿Cómo había yo de cobrarle cuando vino a mi casa recomendado por un amigo? le repito que le he servido con mucho gusto y que ésta es su casa".

Después de haber salido de Turbaco, al fin llegaron a Cartagena, donde tomaron el trasatlántico que los llevó a Inglaterra y después de alguna demora en Londres, el Sr. Moore condujo a los recomendados a Alemania, a través de Bélgica, a la ciudad de Dresde, capital del reino de Sajonia, donde fueron colocados en el colegio de segunda enseñanza que dirigía el Sr. Krause, con el objeto de prepararse bien para cursar luego Mineralogía y Metalurgia en la Academia y establecimiento mineralógico de Freyberg.

Desgraciadamente el joven Santiago Ospina enfermó gravemente poco después de entrar al colegio, enfermedad de la cual murió; tenía entonces 19 años. Según don Julio Arboleda era un joven de gran capacidad, juicioso, con rectitud de criterio y nobleza de carácter, muy estimado por sus maestros y muy querido de sus condiscípulos. El Director del Colegio Dr. Krause decía en carta al padre de Santiago que entre el crecido número de alumnos que había tenido en su establecimiento ninguno había sobresalido tanto por su extraordinario talento y bella índole como el joven Ospina. De parte de don Julio Arboleda fue tal el aprecio que le dedicó unos cuartetos que encontramos en el Repertorio Histórico No. 9 año VI de septiembre de 1924 los cuales no reproducimos por no alargarnos demasiado.

En una de las páginas de la carta escrita desde París al padre de Santiago decía: "Este querido Ospina habría sido una gran bendición para este mundo. Él sabía tan bien lo que era justo y tenía siempre la fuerza de voluntad para ejecutarlo... Dios sabe cómo nos prueba".

En 1823, estando el Sr. Moore en vísperas de alejarse de Antioquia, para radicarse en Cundinamarca, la Asamblea Legislativa del Estado consideró de su deber dar a este importante extranjero un testimonio público de reconocimiento por sus servicios al país, como lo reza el decreto siguiente:

La Asamblea Legislativa del Estado Soberano de Antioquia.

10. Que el Sr. Tyrrel Moore, súbdito de su Majestad Británica y residente en Antioquia, ha prestado por más de treinta años utilísimos servicios a las artes, a las ciencias y a la industria en general, aplicando con incansable constancia sus conocimientos prácticos y teóricos en Mecánica, Mineralogía, Geodesia, Arquitectura, Trigonometría y otros ramos.

20. Que a él se debe en gran parte el progreso de la industria minera por haber introducido y puesto en uso máquinas y sistemas sencillos y utilísimos para extraer la riqueza abundante que contiene el suelo antioqueño; y por haber destruido así la rutina antigua con que las minas eran explotadas.

30. Que al Sr. Moore se debe haber llevado a cabo el primer establecimiento de Fundición conocido en Antioquia para extraer el metal precioso que contienen las riquísimas piritas del Estado, sacrificando en esta empresa las utilidades pecuniarias a la gloria de montar un establecimiento que sirviera de modelo.

DECRETA:

Art. 10. El Señor Tyrrel Moore merece bien de Antioquia y se ha hecho acreedor a la gratitud de este Estado.

Art. 20. La Asamblea Legislativa siente la pérdida que el estado hace al ausentarse el Sr. Moore de su territorio.

Art. 30. El Presidente del Estado hará fabricar una medalla de oro, que en su anverso tenga esta inscripción: "*La Asamblea Legislativa de Antioquia a Tyrrel Moore*" y en su reverso está: "*Homenaje al Mérito*".

El presupuesto de gastos asignará la cantidad correspondiente para llevar a cabo lo expresado.

Art. 40. Sancionado este Decreto, el Presidente de la Asamblea hará poner en manos del Sr. Moore un ejemplar de él y construida la medalla, el Jefe del poder Ejecutivo dispondrá lo conveniente a fin de que sea entregada al expresado señor.

Dado en Medellín, a 3 de junio de 1863

El Presidente, JORGE GUTIÉRREZ LARA

El Diputado Secretario ANDRÉS LARA

Presidencia del Estado Soberano de Antioquia.

Medellín, 5 de julio de 1863

Publíquese y ejecútese.

El Presidente

PASCUAL BRAVO (L.S.)

El Secretario de Hacienda,

"LUCRECIO GÓMEZ"

En el oficio dirigido al Sr. Moore, por el Dr. Gutiérrez Lara, Presidente de la Asamblea y enviado por conducto de los diputados Nicolás Florencio Villa y José Froilán Gómez, se le dijo: "Permitidme que me congratule con vos, como hijo de Antioquia y como vuestro amigo particular, por haberme tocado en suerte ser el órgano de los representantes del pueblo Antioqueño para presentaros este acto de cumplida justicia".

El Señor Moore expresó la vida satisfacción y sentimientos de profunda gratitud que le había causado esta insigne señal de aprobación y un honor tan inesperado; que ese decreto y la medalla de honor, al lado de un retrato suyo que le obsequió el gran Humboldt, pasarían a un hijo suyo Anglo-Colombiano llamado Plantagenet, si Dios en su misericordia se lo conservaba, como una herencia muy valiosa.

La Sociedad de Mejoras Públicas colocó el año pasado (1969) una bellísima placa de bronce en el Parque de Bolívar en conmemoración de tan insigne ciudadano.

Tanto el "Deber" de Bogotá No. 47, dirigido por el Dr. José María Samper como el "Diario" de Cundinamarca No. 2948 del 2 de marzo de 1881 cuyo director era el doctor Florentino Vega, se deshacen en elogios al señor Moore.

Fueron sus hijos los señores:

Plantagenet Moore Mejía (fallecido) Frank Moore Mejía (fallecido).

Son sus nietos los siguientes:

Josefita Moore de Mendoza de Rubin, esposa de Adolfo Rubin.

Ana Moore de Mendoza de Gutiérrez, esposa de Alberto Gutiérrez (fallecido).

Margarita Moore de Mendoza de Pérez, esposa de Carlos Pérez.

Jaime Moore de Mendoza, esposo de Margarita Uribe, hija del doctor Antonio José Uribe, intelectual esclarecido y cuyo centenario se celebrará en los próximos días según decreto reciente de la Gobernación de Antioquia.

Fernando Moore de Mendoza, esposo de Sofía Tamayo y un gran número de bisnietos y tataranietos.

Nota: Referencias principales: "Estanislao Gómez Barrientos".



Guillermo Echavarría Misas

Esta no es una historia propiamente dicha. Quizás ni siquiera en el sentido de una historia económica de una región colombiana. Más bien conviene leerla como una descripción cronológica del surgimiento y de la declinación de la minería antioqueña durante casi cinco siglos, desde cuando llegaron los españoles hasta hoy.

Desde 1979, la fundación antioqueña para los estudios sociales y humanos, Faes, convocó un simposio sobre el conocimiento histórico de Antioquia y pidió al autor de estas líneas que hiciera una exposición de lo que varios tratadistas han escrito sobre la minería de esta región... Y encontró numerosas lagunas... Así fue como surgió el propósito de escribir este documento que, con un carácter monográfico, sirviera a quienes se interesen en Antioquia y en su pasado, para informarse de la

²¹ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 36B Núm. 244 (1984). [Gramática y estilo tomada del texto original].

²² Ingeniero químico, eléctrico y electrónico. Especialista en Matemáticas y Economía, catedrático, representante ante juntas directivas de importantes empresas públicas y privadas. Miembro de número de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas. Pertenece también, en Colombia, a la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; a la Sociedad de Cálculo Electrónico e Investigación; a la Sociedad Colombiana de Matemáticas, Sociedad Antioqueña de Ingenieros, Sociedad de Ingenieros Químicos de la Universidad de Antioquia, a la Mathematical Association of America y correspondiente de la Academia Colombiana de Historia. La Universidad Pontificia Bolivariana le confirió el título de Doctor Honoris Causa en Ingeniería; en 1998 la Asociación Colombiana de Ingenieros, el Premio Nacional de Ingeniería. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia siendo el tercer titular del sillón N° 27.

manera como se hizo su minería, cuando ésta fue su más importante actividad económica.

Fundación de aldeas.

Después de fundar un puñado de aldeas, los españoles se dedicaron a buscar yacimientos y aluviones de oro, y a explotarlos. Es seguro que desde el primer momento tuvieron mucho éxito, si se tiene en cuenta lo que escribió Fray Simón sobre la provincia, donde “parecía que la tierra estaba rebosando de oro y que no lo podía ya sufrir en sus entrañas”

Apenas comenzaba la Conquista, la Corona Española advirtió la enorme riqueza en oro que encerraba la América Hispana. Por eso en 1504 el monarca Fernando de Aragón expidió en Medina de Campo la primera Real Cédula sobre la materia, en la cual abrió la búsqueda del oro a todos sus súbditos..., así se instituyó el Quinto Real en Oro, como recurso fiscal de la Corona, y se estimuló a los conquistadores a venir al nuevo reino.

A finales del siglo XVI, el laboreo de minas era ya la actividad económica más importante para los pocos pobladores antioqueños que eran unos 8.000 blancos y unos 15.000 indígenas, según el Oidor don Francisco de Herrera y Campuzano. En vista de ello, el gobernador don Juan de Rodas promulgó las primeras Ordenanzas de Minas en 1584, las cuales serían la raíz del derecho minero antioqueño.

Cuando la crueldad de los blancos, el rapto de las mujeres nativas, el desplazamiento hacia regiones insalubres e inhóspitas, y la sífilis, terminaron con la población indígena, entonces los españoles trajeron los esclavos negros. Se puede estimar que entre 1600 y 1650, vinieron a la provincia, desde Cartagena, un poco de menos de mil esclavos, importados sin duda por colonos blancos acaudalados que ya empezaban a surgir en Santa Fé de Antioquia, Zaragoza, Arma y otras aldeas.

Los barequeros, mazamorreros y zambullidores, no tenían concesiones territoriales, ni cuadrillas de esclavos. Eran hombres trashumantes; y sus pocas herramientas eran simplistas y costaban muy poco.

Miserables bañados en oro.

Álvaro López y Estanislao Zuleta, han insinuado que fueron los mazamorreros los que le dieron a la minería cierto carácter de actividad popular e igualitaria, y que, por esa razón su papel en el desarrollo de la

economía de Antioquia y en las características de nuestro pueblo habría de ser decisivo.

Cuando llegó a Antioquia el gobernador Francisco de Silvestre en 1776, se quedó impresionado por la pobreza de la provincia. Pocos después el padre Joaquín Finestrand (1783) corroboró esa apreciación diciendo de ella que si bien “toda está lastrada en oro, es la más pobre y miserable de todas las de Nueva Granada”.

Uno de los fenómenos claves como se manifestó el deterioro del sector minero en Antioquia en la segunda mitad del siglo XVIII, fue la declinación de la minería en cuadrillas. (la minera esclava).

El mazamorrero libre reemplazó en forma rápida y muy eficaz al esclavo, porque el primero era más eficiente, más activo y más móvil. Hacia 1805, donde José Manuel Restrepo, estimó que el 85% del oro de Antioquia lo producían los mazamorreros, en esa época.

En los mismos años en que Mon y Velarde reorganizaba la minería antioqueña, Carlos III, uno de los más progresistas borbones, envió al país a ocho ingenieros de minas alemanes dentro de su ambicioso proyecto de inventariar y desarrollar las riquezas naturales del Nuevo Mundo.

Florecimiento de Medellín.

La creciente actividad comercial de Medellín había llevado a algunos ciudadanos a pedir al gobierno provincial y virreinal, en 1778, que se instalara en esta ciudad una casa de fundición. La solicitud despertó la viva oposición. Después de muchas vacilaciones, el gobierno ordenó por fin la apertura del establecimiento. Comenzó operaciones en 1807, bajo la dirección del señor Francisco Gonzáles como fundidor. Esa primera fundición de Medellín se cerró al irse los gobernantes hispánicos en 1810.

En 1820, al término de la guerra en la Nueva Granada, al reabrirse los puertos y restaurarse las exportaciones de oro, se despertó un gran interés por la minería de veta entre los capitalistas de Medellín, quienes procedieron a formar las primeras sociedades de minas de la primera República. Una de ellas, la sociedad de Minas de Antioquia.

Este interés, nuevo pero muy vivaz, de los antioqueños por la minería de filón, aguzó la capacidad inventiva de empresarios y operarios. Una

demostración particularmente interesante fue la invención autóctona del primer molino de pisones, construido en madera por el señor Gregorio Baena, en 1824 en Anorí. Nótese que ello sucedió varios años antes de la llegada de Moore, a quien hoy se atribuye, erróneamente, la primacía en la implantación de la importante innovación tecnológica, la que, sin exagerar, revolucionó la minería de oro.

El “*molino antioqueño*” de Baena fue pues muy anterior al “*Cornish mil*”, traído por Moore en 1830, y al pesado molino californiano introducido por los norteamericanos en 1890.

La voracidad imperialista

Como político sagaz y buen comerciante que era, Francisco Antonio Zea, se dio cuenta, desde antes de terminar las guerras de liberación, que sería necesario abrir la minería a la inversión extranjera, como única manera de atraer capital e interés diplomático y político hacia nuestro país.

Pero en todo caso, si no hubieran existido los yacimientos auríferos de Marmato, Zaragoza y Remedios, que provocaban el apetito colonialista de las compañías inglesas, es seguro que no se hubiera obtenido préstamo alguno, ni bueno ni malo y Colombia habría iniciado su vida republicana en una situación económica más miserable aún que la que le rodeó en aquellos años.

La paupérrima y naciente república hubo de aceptar las más onerosas condiciones en esta operación, a través de la cual el pujante y agresivo imperialismo británico se proponía adueñarse de las legendarias riquezas auríferas del antiguo virreinato de la Nueva Granada.

Un hecho que merece registrarse expresamente, porque constituyó una demostración fehaciente de las posibilidades que abría la introducción de la moderna tecnología europea, fue la producción en Medellín de los primeros lingotes de hierro obtenidos en el país.

Cuando Moore terminó sus compromisos con la compañía inglesa en Marmato, en 1830, pasó a trabajar primero en Titiribí y posteriormente en Santa Rosa, contratado por la Sociedad de Minas de Antioquia, ya mencionada, precisamente en una mina cercana a Santa Rosa, Moore hizo construir en 1831 varios molinos Cornish, para enseñar su fabricación y su manejo a los mineros locales.

Uno de los grandes servicios que prestó Moore en Antioquia fue el de congregar y formar un magnífico grupo de ingenieros y de técnicos que continuaron sirviendo a la región y al país.

A mediados del siglo, Antioquia había alcanzado ya cierto volumen de población (unos de 270.000 habitantes en 1855); un grado satisfactorio de producción agrícola; un nivel de ingreso mejor para sus habitantes que los del resto del país; y una acumulación de capital desconocida en otras partes de la República. El gobierno del Estado vio la necesidad de dar estímulo legal a la actividad minera, y fue así como promulgó el Código de Minas del estado de Antioquia, en 1854, que posteriormente fue adoptado como norma para todo el país por la reforma de Núñez.

El aumento de la producción minera, la introducción de métodos más refinados en la comercialización del oro, la necesidad de cotizar el metal según su pureza, la elevación del nivel técnico de la producción y la necesidad de hacer inversiones más fuertes en las minas, plantearon la urgencia de establecer en Antioquia, laboratorios químicos, mineralógicos y metalúrgicos. Los primeros en hacerlos fueron los hermanos Vicente y Pastor Restrepo, en Medellín, en 1858.

El 28 de mayo de 1862, el entonces gobernador del Estado de Antioquia, doctor Marceliano Vélez, dictó el decreto por el cual estableció la casa de Moneda en Medellín, la cual comenzó a trabajar ese mismo año. Esa fue una nueva fuerza económica-política que favoreció a Antioquia en su desarrollo rápido durante el último tercio del siglo pasado.

Los pisones livianos, de 5 o 6 arrobas, que hasta entonces operaban, tan sólo podían moler unos 750 kilos de mineral por día, en opinión de Cisneros. Esta es justamente una de las razones que el gran ingeniero cubano aducía para que se construyera el ferrocarril. Fue precisamente en esos años cuando se empezaron a traer al país las primeras turbinas tipo Pelton, que el ingeniero inglés de este nombre había diseñado y construido por primera vez en las minas de oro de California, en 1870.

El entusiasmo minero ya había producido un aumento considerable de producción desde el año 70. Si la exportación en este año había sido de 1.667.000 pesos fuertes, ya en 1880 había subido a 2.029.515. Fue ello lo que llevó a que entonces se establecieran los nuevos laboratorios de fundición y ensayos en esa época. Así lo hizo en 1880 don Jenaro Gutiérrez, en 1881 los hermanos Pedro Nel y Tulio Ospina Vásquez, que acaban de regresar de Berkeley, en California.

Es importante mostrar cómo, a lo largo de las tres primeras cuartas partes del siglo diecinueve, la producción aurífera total de la Nueva Granada había ido creciendo, más que todo, gracias al empuje de la minería antioqueña.

No sin razón don Manuel Uribe Angel: “la explotación de minas de oro y plata es la principal industria del antioqueño, y por tanto a ella debe su relativa comodidad y holgura”.

A pesar de la penetración colonialista de ingleses, franceses y norteamericanos (seguramente acompañada de muchas presiones externas) buena parte de la minería antioqueña, especialmente la de aluviones, seguía siendo operada por empresarios y mineros nacionales.

Efecto de las guerras

Ya para el 1883 el empleo minero iba en franca declinación, tanto en números absolutos como en números relativos, después de haber llegado a un máximo de unas 15.500 personas ocupadas en aquel sector, y que se alcanzaron hacia 1875, momento en el cual las personas atareadas en minas eran más del 10% de la población económicamente activa del departamento. Ello se debía a dos razones básicas: a la sustitución de brazos por máquinas, en minas de veta; y a la disminución de los mazamorreros, debido al agotamiento gradual de aluviones trabajables para ellos.

El efecto de las guerras civiles para la minería de Antioquia era muy dañino, aunque la lucha no se combatiera en su territorio. Los mineros se iban a la guerra por su voluntad o reclutados; los cargamentos se perdían o se exponían a ser robados; las mulas para transporte eran requisadas para misiones militares, y aun hubo ingenieros famosos quienes se fueron a hacer trincheras o a pelear en ellas.

Después de su derrota militar y política en la guerra del 76, Antioquia se replegó sobre sí misma, interesada únicamente en su propio desarrollo económico. Algunos de sus gobernantes de entonces atraieron con gajes e incentivos generosos al capital extranjero que explotara minas, y en buena parte lo lograron.

Adelantos tecnológicos

No se sabe exactamente en donde se originó el uso del “monitor”. Es probable que fuera en California, en los años ochocientos cuarenta, durante la época de la famosa “fiebre del oro”. A Colombia se trajo por primera vez en 1870, a la mina de plata de Malpaso.

Después de los franceses, otras empresas extranjeras como la Pato Mines y otras, trajeron otras dragas, con las cuales se han escarbado profunda y asoladoramente el cauce y las orillas del Río Nechí y del Cauca, durante noventa años y han extraído enormes cantidades de oro y de plata, para gran beneficio de tesoros, de erarios y bancos extranjeros.

Sin duda las más importantes innovaciones técnicas en la minería aurífera, en el siglo pasado fueron: el molino de pisones (Baena 1825; Moore 1828; los franceses 1835); las técnicas de fundición (Moore, 1851; Passhke, 1861); el monitor hidráulico (los hermanos Gouzy, 1887) y la draga flotante (White, 1888).

Grandes líderes mineros

Al terminar el siglo diecinueve, Antioquia había pasado, decididamente, a ser la gran región aurífera de Colombia, superando entonces al Cauca, con mucha ventaja. Vista en la perspectiva de todos los siglos de explotación de oro desde la llegada de los españoles era la que más oro había entregado durante todos esos siglos.

Dos tipos de hombres y una institución, fueron absolutamente esenciales para el desarrollo de la minería en esta región, en el siglo pasado. Los primeros fueron los técnicos extranjeros que vinieron a las minas, por una parte; y los empresarios antioqueños, por la otra. La institución fue la Escuela de Minas.

Aquellos empresarios mineros eran una versión autóctona y auténtica de lo que en la literatura económica contemporánea se denomina empresarios schumpeterianos: tenaces, diligentes, frugales e innovadores. Son innumerables, pero, para la época del siglo pasado, es inevitable recordar a algunos, por sus indiscutibles méritos: tales como Francisco Montoya, Eduardo Vásquez, Vicente Restrepo, Pastor Restrepo, Carlos Coroliano Amador, Agapito Uribe, Jenaro Gutiérrez y Mario Escobar.

Con la introducción del enorme molino californiano a las minas de los franceses de Zaragoza en 1890; y con la instalación en Medellín y en sus

alrededores de varios talleres de fundición y mecánica, ocupados en construir partes de máquinas, se cierra el panorama económico y tecnológico de la minería antioqueña en el siglo XIX. En ese momento, unas 10 mil personas, de las 600 mil de la población total, trabajaban como mineros.

A comienzos de este siglo.

Al comenzar el siglo XX, los mineros antioqueños habían arrancado a sus tierras unas 640 toneladas, más del 40% del oro que había producido la Nueva Granada y Colombia, desde que vinieron los españoles: unas 1600 toneladas. De esa manera habían contribuido decisivamente a que nuestro país fuera uno de los más grandes productores del mundo durante esos cuatro siglos y en el curso de ellos, entregara (sin casi ningún beneficio para sí), casi el 10% de lo producido en todo el mundo.

Los primeros lustros del siglo veinte presenciaron una vigorosa reactivación del proceso de introducción de recursos y nuevos equipos a la minería de Antioquia. En 1901 el ingeniero John O'Brien, de la Pato Mines, instaló en el Río Porce el primer elevador hidráulico.

Fue en 1914 cuando la Pato Mining importó y puso en operación las primeras grandes dragas flotantes modernas que venían al departamento. Con ellas intensificaba aún más la explotación arrasadora que durante más de medio siglo de vida, hizo esa empresa en las playas, el lecho y las vegas del Porce, el Nechí y el Cauca.

Los yacimientos de carbón en la región de Amagá eran conocidos desde el siglo pasado. Es sabido que hacia 1880 don Jorge Isaacs estuvo en este departamento tratando de iniciar su explotación, pero fracasó, sin duda por no existir aún una demanda adecuada. Solo en 1915 se abrió un mercado para el carbón, cuando el ferrocarril de Antioquia comenzó a comprarlo como combustible para sus locomotoras, en vez de leña, cada vez más escasa. Fue así como prácticamente se inició la minería del carbón en Antioquia.

Durante los primeros 30 años de este siglo, los empresarios mineros antioqueños, fueron los únicos colombianos que crearon, manejaron y desarrollaron empresas organizadas de minería en el país. En las toras regiones auríferas, Cauca, Chocó y Nariño, casi la totalidad del negocio minero era monopolio de las poderosas y omnipresentes empresas

norteamericanas. Estas estaban también en Antioquia y seguramente extraían la mayor parte del oro del departamento.

Por iniciativa de los empresarios colombianos se fundó en el año de 1932, la Asociación Colombiana de Mineros, en Medellín. A lo largo de su vida, ella ha prestado un enorme servicio a este renglón de la economía nacional.

En aquellos años había probablemente en Antioquia unas 2.500 minas en explotación. Agregando numerosos pequeños aluviones que trabajan en forma no registrada, se calculan más de 2500.

El comportamiento de la producción aurífera por la época de la gran crisis, fue el único indicador favorable de la economía colombiana en ese período sombrío, que se extendió desde 1929 hasta 1934. En esos años el departamento contribuía con cuotas entre el 50 y el 60% de la producción nacional.

Fue precisamente en esos años cuando se registraron las últimas innovaciones tecnológicas importantes de la minería aurífera del departamento. Dos ejemplos fueron la adopción de las bombas centrífugas con motor eléctrico en 1930; y la introducción de la primera draga en el río Nus, en minas de empresas colombianas.

Un hecho importante para la minería de Antioquia, fue la creación, por una ley de 1935, de la Planta metalúrgica Nacional, la cual comenzó a operar en 1935, y emprendió de inmediato, la realización del primer estudio geológico-minero de todo el departamento, y de un metódico censo de sus minas. Uno de los resultados fue la elaboración del primer mapa geológico y minero de Antioquia.

El clímax y el declive.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial provoca una inmediata congelación del mercado internacional del oro. En el año de 1940 se alcanzó la más alta producción en toda la historia pasada y futura del oro en Antioquia: 417.072 onzas troy, dentro de las 631.927 de todo el país.

La declinación prolongada que se inició en 1941 en la minería del oro, en Colombia, y en Antioquia, se extendió durante tres decenios. La producción departamental descendió año tras año, hasta 128.914 onzas

troy en 1971. La producción del país que llegó al clímax histórico de 656.019 onzas, disminuyó también año tras año hasta 189.550 onzas.

Evidentemente el meollo del fenómeno se concentró y se concentra en Antioquia, porque en este departamento, a lo largo de estos decenios, ha producido siempre mucho más de la mitad del oro colombiano: como el 60% en los primeros años cuarenta, cerca del 70% hacia 1970 y el 82% en 1978.

Si en 1940 había 60 municipios productores, en 1955 sólo quedaban 52 y en 1970 tan sólo 48. Cada uno de los que ha subsistido, han visto mermar su producción, en ritmo más o menos rápido.

Al abrirse para el país la etapa histórica de la industrialización fabril, especialmente activa en Antioquia en los años de la segunda Guerra Mundial, los inversionistas encontraron en ella un campo de inversión sumamente atractivo, donde había oportunidades buenas para grandes y pequeños inversionistas; casi exento del riesgo de que el negocio se esfumara de un momento a otro, lo cual ocurría con las vetas de oro en las rocas o con las pepitas dispersas en las arenas de los ríos.

Al proceso anterior contribuyó sustancialmente el desinterés que el ministerio de Minas y Petróleos dio siempre al sector minero.

Hoy, tan solo un recuerdo

El año de 1937 es digno de recordarse en la minería antioqueña porque entonces se estableció la primera fábrica de cemento en territorio antioqueño, en Nare. La explotación de las calizas fue histórica y económicamente, el tercer renglón de importancia en la minería antioqueña, sobrepasado solamente por el carbón y los metales preciosos. Hoy, después de haberse expandido en amplias proporciones, es el renglón, más importante en la extracción de minerales no metálicos, muy por encima del carbón, y tal vez cercana en importancia económica a la actual minería de oro.

La calidad docente y científica de la Escuela de Minas, el amplio campo de experiencias ofrecido por la minería aurífera y su prestigio profesional, hicieron de los ingenieros de Minas de Antioquia los prospectadores de todo el territorio colombiano que contribuyeron a descubrir su geología y a identificar sus reservas mineras.

Una obra de beneficio de toda la nación, inspirada y dirigida desde sus comienzos por ingenieros de minas antioqueños, ha sido el anterior Inventario Minero Nacional, hoy convertido en el instituto Colombiano de Investigaciones Geológicas y Mineras, Ingeominas.

La empresa Colombiana de Carbones, Carbocol, es otra magnífica idea y exitosa realización de ingenieros y empresarios de Antioquia, desarrollada en 1975.

Hoy en día, la gran tradición auro-minera de Antioquia es poco más que un recuerdo del pasado. Aunque es cierto que el departamento sigue siendo el más aurífero de Colombia. En 1978 entregó el 82% del oro extraído en el país y el 90% de la plata.

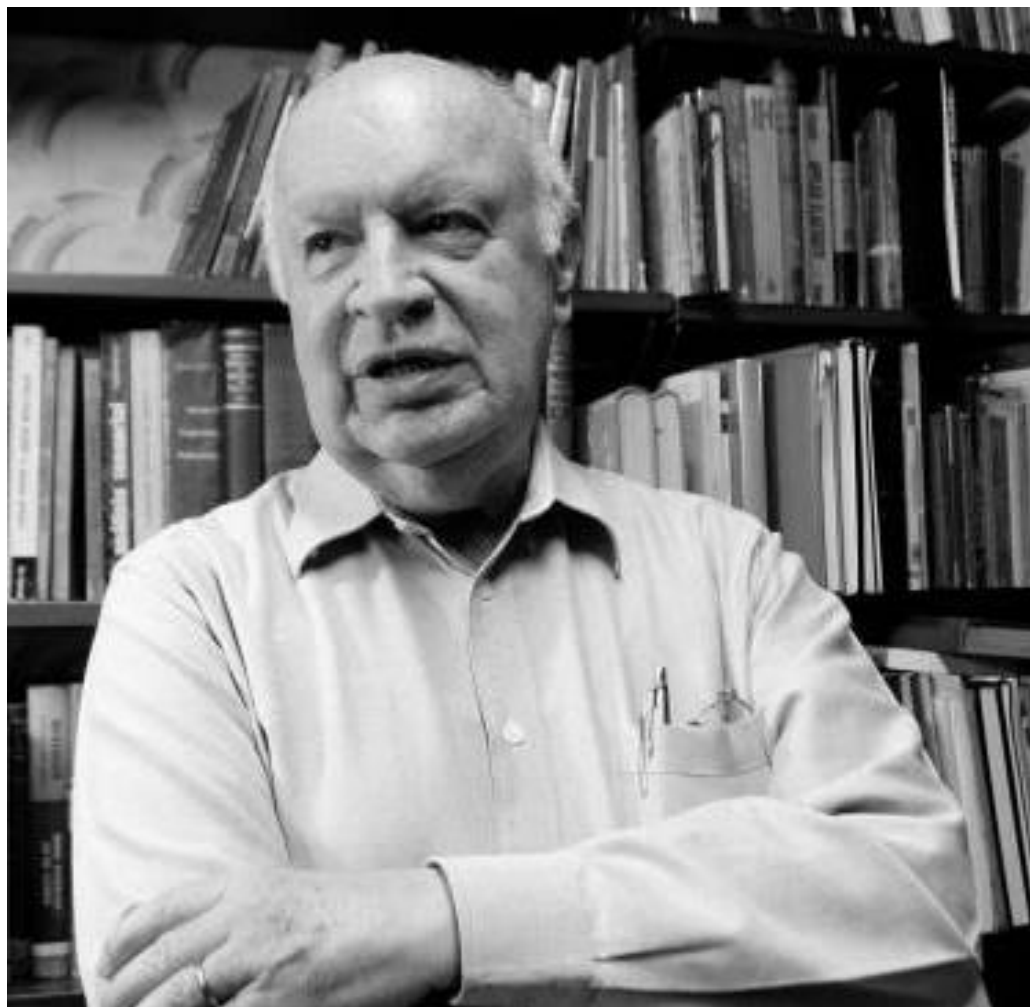
El renglón minero que ocupa el segundo lugar es el carbón, que hoy se obtiene así todo en la cuenca de Amagá y sus alrededores. Unas 700 mil toneladas anuales, que equivalen a un 15% más o menos, de los 4.5 millones de toneladas de hulla que se extraen en un año en todo Colombia.

El resto de la minería antioqueña no alcanza la menor importancia. Tal vez lo más importante en este campo es la extracción de calizas que en más de 90% se dedican a producir cemento, y el resto para producir cal. Los demás minerales son: yeso, para el cemento, dolomita y cuarzo para vidrios, caolín y feldespato para locería, arcillas para construcción. El asbesto, el cobre y el manganeso que hay en condiciones explotables, aún no han sido aprovechados.

La minería ya no representa para la economía de Antioquia ni siquiera el 2% como aportadora al producto bruto territorial del departamento.

La minería significa para Antioquia un pasado legendario de esfuerzo tenaz, enriquecimiento, no pocas frustraciones, expansión demográfica, desarrollo industrial, defensa de los recursos colombianos, conflictos humanos y desarrollo económico. A pesar de la condición relegada en que se encuentra dicho sector en todo el país, desde el punto de vista económico e institucional, la minería sigue siendo para este departamento fuente importante de empleo y riqueza que encierra promisorias perspectivas.

La minería es una gran expectativa para Antioquia



Gabriel Poveda Ramos.

Medellín a round 1884

Baldomero Sanín Cano²⁴

Recuerdo con placer los cuatro años de mi permanencia en Medellín. En la dirección de la escuela primaria a la que me condenó el gobierno, con una severidad que excedía sin duda las proporciones del error cometido por mí al adoptar como profesión la enseñanza, usaba ocho horas cada día impartiendo nociones elementales a chicos ya desasnados en otros establecimientos. Sabían leer y hacer las letras. Era un grupo de niños pertenecientes a las clases obreras de la ciudad. Desde el primer momento experimenté ante esas criaturas la sensación de que no tenía con ellas nexos de ninguna especie. En Titiribí mis alumnos eran mis amigos. Algunos de ellos tenían mi edad y dos o tres habían nacido antes que yo. La enseñanza había sido allí una práctica agradable, principalmente porque los alumnos en su mayor parte manifestaban grande interés en adquirir conocimientos. En sus preguntas y vacilaciones había yo descubierto con sumo placer los vacíos mayúsculos de mis conocimientos en las materias que debía enseñar y aprendía con ellos mientras imaginaba enseñarles. Éramos camaradas. En la escuela elemental de Medellín no había nexos de este género entre maestros y discípulos. Ellos escuchaban o no escuchaban, aprendían o no, esperaban con impaciencia la hora en qué distraerse de las explicaciones que oían y se precipitaban a la puerta de salida con señales ingenuas de alegría. Yo me retiraba en busca de mis libros y del contacto con espíritus para los cuales no era ni un estorbo ni una amenaza. Estudiaba por entonces italiano, y el bibliotecario de la universidad, Juan Bautista Posada, mi amigo de la niñez, me daba a leer obras del Tasso, de Pellico, los Promessi Sposi de Manzoni y otros bellos libros en este idioma que tenía a su

²³ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 33 Núm. 234 (1980). [Gramática y estilo tomada del texto original].

²⁴ Escritor, ensayista, periodista y diplomático colombiano del siglo XX.

cuidado. Recuerdo que la novela de Manzoni fue acaso el primer libre de imaginación que me causara una viva emoción de realidad humana y de belleza literaria. Hasta entonces Julio Verne había logrado apoderarse de mi curiosidad, no de mis sentimientos.

Frecuentaba por entonces la redacción de la *Consigna*, periódico semanal dirigido y escrito en su mayor parte por Fidel Cano, a quien había conocido ocho o diez años antes, en Rionegro, donde su padre, don Joaquín, tío de mi madre, dirigía un negocio industrial. Fidel, poseído de una poderosa inclinación literaria, tenía su pequeña imprenta y en ella publicaba una revista titulada *La idea*, en cuya preparación trabaja como cajista, impresor, corrector y escritor. Nos acogía con inteligente condescendencia a los estudiantes de la normal y aun llegó a permitirnos publicar en su imprenta un periodiquín que a falta de nombre más volátil intitulamos *El Éter*. En él dimos a conocer, con audaces tendencias reformadoras, nuestras fallas en asuntos gramaticales y nuestro poco respeto por la lógica y la ortografía. Fidel sonreía, con esa bondad-serena y acogedora de que dio muestras en todas las épocas de su vida

En la *consigna* se reunían las gentes de preocupaciones literarias y de nexos con la política un tanto agitada en la época. A mí me llevaban mi amistad con Fidel, mi deseo de enterarme y mi gran capacidad admirativa. Entre los más asiduos figuraba Luis Eduardo Villegas, colaborador del semanario y personaje eminente en la política y la administración del Estado soberano. Alto, robusto, de buen parecer, serio en su aspecto y muy cortés de maneras. Luis Eduardo entraba contoneándose un tanto, siempre con alguna noticia grave sobre la política del momento, o con alguna idea trascendental o curiosa cazada en las lecturas de la noche. Correctísimo en el hablar, se apoderaba rápida y fácilmente de la atención del auditorio, por más numeroso y respetable que fuera. En sus ideas, en sus actitudes, en su aspecto parecía gozar de la vida y no estar muy descontento de sí mismo. A más del derecho, que era su profesión, le inspiraban grande interés los estudios gramaticales, en que llegó a merecer el aplauso de Rufino J. Cuervo. Era profesor de lengua española en el instituto donde yo figuraba como subdirector y nos entretenía a los demás catedráticos la lectura de sus notas de clase. Escribía por ejemplo: el alumno Molina “marró” dos veces; Aguirre “hizo novillos”, Pérez “anda por los cerros de Ubeda”. Leía los clásicos tenazmente, no sé si por inclinación o en busca de flores literarias y modelos de estilos. Su modo de expresarse por escrito era correctísimo,

galano en verdad, no escaso de meollo, pero dejaba a menudo la impresión de la erudición y el artificio. Admiraba sinceramente a Fidel y proclamaba en su ausencia la diamantina calidad y la gracia comunicativa en el estilo de su amigo. Colaboraba también, menos asiduamente, en La Consigna, Benjamín Palacio, notabilidad política un tanto expansiva, perteneciente también a la administración. Era compacta su apariencia y un tanto bullicioso su modo de presentarse y de hablar. Vestía siempre de levita y llevaba la chistera con aire de importancia. Por lo demás era campechano su estilo y contaba regocijadamente anécdotas de subido color. Vino a menos al caer el partido radical. Fue padre de Benjamín Palacio Uribe, de fama periodística un poco estragada y sinuosa, que murió prematuramente en el ejercicio de su profesión, en horas de amarga agitación política en la capital de la nación.

El doctor Francisco Uribe Mejía, el doctor Pachito, como le decía unánimemente una población agradecida y llena de admiración por sus claras virtudes ciudadanas y privadas, solía pasar también por La Consigna, a veces con algún escrito debajo del brazo. Sonreía siempre entre angelical y burlesco, aunque era la bondad personificada. Cubría su calva desolada y reverenda con la chistera indispensable. Vestía siempre de negro y marchaba de suyo inclinado hacia adelante. Era cargado de hombros y pulcro como un armiño. Los que no le querían, le adoraban. Sin tener negocio de librería, importaba por curiosidad y los vendía, libros franceses de ciencia y literatura.

Entiendo que llegó a una edad muy avanzada, cerca de los cien años, sin sorpresa de quienes le consideraban destinado a vivir para siempre. Fue médico risueño y catedrático sin convicciones.

Por La Consigna solía pasar el doctor Manuel Uribe Ángel, a quien la gratitud de sus contemporáneos llamó el doctor Manuelito. El doctor Uribe Ángel escribía sobre cosas científicas. Recuerdo sus artículos sobre la amenaza inminente de la erosión. Hace setenta años Antioquia estaba en peligro cercano de perder su capa vegetal. Han pasado tres generaciones y el valle del Río Negro, que he vuelto a visitar ha pocos años, está tan lozano y fructuoso, tan hermosamente verde como en 1885. Solo que se ha descubierto no ser pecuniariamente provechoso el cultivo del maíz, su mayor empeño en varios siglos. Hoy cultiva flores y legumbres, porque habiéndose acercado a Medellín, casi a una hora de distancia, cuánto cultiva en estos productos lo transporta a la capital del departamento y lo vende con facilidad. La producción del maíz debía ser

codiciosamente abundante. En 1930 una tonelada de maíz valía en Buenos Aires 18 dólares, y en Medellín en el mismo año, 46 dólares. Sin embargo, en Medellín y en las comarcas vecinas se abandona el cultivo del maíz. En tanto las predicciones sobre la esterilidad de los terrenos por causa de la erosión, aunque fundadas en la observación, no se cumplen o se cumplen a larga fecha. Otro tema del doctor Uribe Ángel, en que le acompañaban Palacio y otros concurrentes a La Consigna era el de la inminente desaparición de la gente antioqueña por el abuso de licores alcohólicos. No era posible que un pueblo en el cual la mayoría de los varones de dieciséis años tomará tres copas, a lo menos, de aguardiente todos los días, antes del almuerzo, soportara las pruebas de la existencia durante muchas generaciones. Se pasaban por alto en esta manera de considerar el problema algunos factores indudablemente. En los días a que me refiero Antioquia, el Estado, se componía de la mayor parte de lo que hoy forma ese departamento y el de Caldas. A los sesenta años Antioquia, considerablemente reducido su espacio, cuenta con 1.400.000 habitantes; Caldas pasa de 1.000.000 y en los vecinos departamentos del Tolima y Valle y en la capital de la república del número de antioqueños residentes puede ascender fácilmente a medio millón. Estas cifras y la penosa consideración de que no hay señales de que el uso del alcohol haya disminuido en aquella comarca, justifican la creencia de que acaso esta perniciosa costumbre no influye en el decrecimiento de la población. En la gran Bretaña en 1.913 el presupuesto total de la isla era de 199.000.000 de libras esterlinas al año. En ese momento los venturosos habitantes de esa comarca gastaban anualmente cosa de cuatrocientos millones en el consumo de licores destilados y de otra clase. A consecuencia de la guerra de 1.914 los gobiernos, por razones de moral y de economía, trataron por medio de leyes y decretos, de aminorar el consumo de licores en el territorio. Parece que lo han logrado con otras consecuencias. El doctor Uribe Ángel llevaba colaboración puramente literaria a La Consigna. Urgido una vez para escribir algo destinado a un suplemento literario, se sentó a llenar unas páginas y salió improvisadamente de su pluma un artículo titulado “El Recluta”, que muchos tuvieron por logro estupendo. Uribe Ángel fue y sigue siendo honor de su raza y modelo de su tiempo.

Solía mostrarse entre los concurrentes a dicha tertulia Leocadio Lotero, colaborador ocasional del periódico y amigo de todos los tertulianos. Era de pocas palabras. De cuando en cuando incrustaba en la conversación alguna anécdota de intención manifiesta, y callaba en seguida por horas enteras. Era hombre de ingenio, suministraba artículos de costumbres de

contenido humorístico y altamente significativo, en lenguaje terso, de sabor clásico y frase donosísima. Parecía en estado de neutralidad armada con la existencia. Entró a la burocracia consular que le arrebató el vagar y el hábito de complacerse en la observación lúcida del mundo circundante. Se aisló voluntariamente y cuando una administración insensible se privó de sus servicios, quedó como desprendido del mundo. No sé que se hayan publicado en libros algunas de sus ingeniosas páginas sobre las flaquezas de sus contemporáneos.

Rafael Uribe Uribe, Antonio José Restrepo, Camilo Botero Guerra, pasaban a veces por aquella tertulia. Uribe Uribe llegaba de Bogotá, donde había hecho sus estudios. Se ensayaba en las lides de la prensa, campo de acción hacia el cual se sentía atraído por fascinaciones irresistibles. Sin embargo, se notaba que fuera de Fidel Cano, cuyos dotes de escritor y de hombre le inspiraban grande y fundada admiración, por otros ejemplares del grupo no se sentía atraído ni dominado. Restrepo tampoco era muy asiduo. El aspiraba a poder algún día lanzar su periódico, y parece que no eran santos de su devoción algunos de los contertulianos. Camilo Botero Guerra, con el pseudónimo de “Don Juan del Martillo”, y en una sección titulada sentir picaresco sobre personas y sucesos de la villa de entonces. No carecía de chispa y usaba una lengua fácil, insuficientemente matizada. De anteojos, sombrero de copa alta y el porte altivo, con la mirada puesta hacia lejos, parecía en la superficie un Francisco de Quevedo escondido en los perfiles y modos de un Aiguals de Izco.

Era un momento aquel en que la literatura de Medellín sufría con intensidad la influencia y el contagio de las letras castellanas de momento: circulaban en el ambiente literario las obras de Pérez Galdós, Valera, Clarín, Pereda, Emilia Pardo, Palacio Valdés y otros menores. No era permitido ignorar el sentido y la intención de Doña Perfecta, Pepita Jiménez, las críticas de Clarín y los descubrimientos de la Pardo Bazán.

Tendría Medellín por los años de 1.880 a 1.884 unos treinta y cinco o cuarenta mil habitantes. Por su situación excepcional era como una isla en medio del territorio colombiano. Las montañas y las clases de caminos que las atravesaban por entonces aislaban a la capital de Antioquia de la capital de la república. Como apenas había cambio de productos entre Medellín y Bogotá, las relaciones con el régimen federal eran únicamente de protocolo. Venían jóvenes de Antioquia a estudiar a Bogotá y hombres de mente curiosa subían desde las ciudades y pueblos de Antioquia a la

altiplanicie a ver cómo era Bogotá. Los nexos entre la capital y la provincia tenían su base y fundamento en la Universidad principalmente, y en las necesidades del gobierno representativo. En el congreso se enteraban algunos de la situación y de la vida del estado de Antioquia.

Se señalaba en Medellín al respeto y a la curiosidad del medellinense los individuos que habían estado en Bogotá. La distancia entre las dos capitales, unos cuatrocientos kilómetros, era de once o doce días. Doce días empleaba el correo para cubrir el espacio entre las dos ciudades. Había dos rutas de la una a la otra. Por el oriente se viajaba hacia Nare, obra de cuatro o cinco días, para tomar allí el vapor hasta Honda. En esta villa emprendía el viajero a lomo de mula la ascensión al altiplano, que duraba tres días. Por el sur el viajero hacía rumbo hacia Manizales por un camino de herradura erizado y frágil: eran cinco días. De Manizales, por un camino que todavía existe y pasa muy cerca de la nieve perpetua, en las llanuras vecinas del extinto volcán del Ruiz, se llegaba a Honda. El camino de esta villa a Bogotá tenía, en sus duras alternativas, ascendiendo por la cordillera central a la sabana, el encanto de los panoramas cambiantes y majestuosos, desde la copa nevada del Tolima y la cordillera igualmente helada del Ruiz, hasta las profundidades del valle del Magdalena, visible como una cinta de oro en gran parte de su curso. Había un servicio de diligencia u ómnibus de Facatativá a Bogotá. Esta parte del trayecto se gozaba como un lapso de reposo después de doce días a lomo de mula. Este género de viajes hacía mayor la distancia entre las dos capitales. Un antioqueño del centro, del norte o del occidente de Antioquia que hubiera conocido a Bogotá, era notable por esa única hazaña de su vida.

Medellín estaba aislada del mundo. En 1883 eran de poco número y prominentes por eso las personas de quienes se decía habían estado en París. El nombre de esta ciudad concentraba en sí las maravillas, todas las amenidades y adelantos de la civilización a que nosotros nos lisonjábamos de pertenecer. Decir de una persona que había estado en Europa, era tanto como clasificarla en una especie privilegiada del mundo al que pertenecía. Sin embargo, era un error imaginar que ese u otros viajes pueden aumentar químicamente la inteligencia de quien los lleva a cabo. Gentes hay que viajan como sus maletas. Así vuelven en lo espiritual como salieron de la montaña donde crecieron y llegaron a formarse. Haciendo noche en un lugar veraneo en Colombia tuve, por ser grande la afluencia de pasajeros en la hospedería, que pasar una noche en una

misma pieza con un desconocido. Naturalmente hubimos de entrar en relaciones de conversación. El desconocido me dijo que regresaba en ese momento de Rusia, con lo cual adquirió su persona para mí una significación capital. Parecía un campesino de pocas letras, pero el hecho de haber pensado en ir a Rusia desde Colombia en 1884, era un imponente indicio de que a lo menos adolecía de una insaciable curiosidad intelectual. Me anticipé el placer de recibir de ese ente privilegiado interesantes y preciosas informaciones sobre un país que en ese momento tenía un ávido lector de Tolstoi, Dostoievski, Turgueniev, Gogol, fascinaciones de gruta encantada. Lo abrumé a preguntas tanta gente va a París, a Roma, a la tierra Santa, y de nadie supe ni oí decir que hubiera estado en San Petersburgo. Quise ir a visitarlo”. Insinué que habría conocido otras ciudades, Moscú, por ejemplo. Había estado en Moscú. Con excepción de las cúpulas y agujas de las iglesias, la ciudad le pareció como una de tantas que había visto en su camino. No sabía ruso, desde luego, y podía pedir dos o tres cosas en francés, transportado a la pronunciación española. Él mismo no sabía lo que le interesaba. Ni sabía, por ejemplo, que le interesaba mucho decir y demostrar cómo había estado en San Petersburgo. Trajo iconos, estampas, algunas fotografías. Que hubiese un alma rusa diferente de la nuestra y por eso mismo grandemente digna de estudio para los extranjeros, no cabía en la inteligencia de este curioso viajero. Pasó por aquel país lleno de enigmas, rico de historia y de enseñanza, grávido de un inquietante y poderoso futuro, como si hubiera recorrido una inmensa comarca desprovista de interés, habitada por sordomudos, a quienes movían secretamente impulsos inexplicables o desconocidos. Ni le llamó la atención su aspecto, ni echó de ver que hubiese diferencia entre su manera de vestir y la nuestra. Interrogado sobre alguna de las cosas más interesantes observadas por él en Moscú, dijo haber sido el espectáculo de la misa: “Los oficiantes vestían ornamentos como los que aquí llevan los clérigos que la dicen, pero son la rezan en latín, aunque las ceremonias son las mismas que aquí se acostumbran”. Esta fue la impresión más duradera y característica que un desprevenido y verídico viajero colombiano había extraído de su viaje a Rusia por los años de 1882 a 1884.

A Londres viajaban pocos antioqueños y si acaso visitaban esa metrópoli lo hacían de prisa y para decir que la habían conocido. Ejercía, sin embargo, fascinación sobre algunos espíritus refinados o dados a la investigación de costumbres o de negocios. Dámaso Zapata se aclimató allí de manera de no serle posible volver a vivir en su patria. Enrique

Cortés fundó allí una casa comercial, y, más tarde, Santiago Pérez Triana hizo de "la más populosa agrupación de filisteos", como repetía Cunnninghame Graham su hogar intelectual y el refugio final de una interesante y accidentada vida.

Pero Antioquia estaba, hasta la época de los transportes aéreos, no menos aislada en Colombia. En Rionegro, ciudad de mi nacimiento, entre sus doce o trece mil habitantes, habría a lo sumo diez personas de quienes se supiera que habían estado en la capital de la república. La prensa de la capital no era conocida sino de una o dos personas suscritas al Diario de Cundinamarca. Ejemplares de libros publicados en Bogotá solían llegar a personas favorecidas por el destino. Recuerdo que María de Isaacs, en un solo ejemplar, pasaba de casa en casa, bañado en las lágrimas del vecindario.

Eduardo Zuleta²⁶

El primer movimiento antiesclavista en Antioquia comenzó en 1781. Tocó a don Lorenzo de Agudelo el honor de ser el primero que proclamó la libertad de los esclavos en la ciudad de Antioquia. Y no sólo proclamó esa libertad como filósofo o revolucionario, si no que a 80 esclavos que tenía en sus minas de “Buenavista” los dió libres. Persiguieron los agentes del Gobierno, y reducido a prisión fue condenado a los presidios de Portobelo. Dice esto Manuel Briceño, en su obra “Los comuneros”.

Es posible que en los archivos de la ciudad de Antioquia existan documentos completos sobre acontecimiento tan notable en nuestra historia, pues lo que es en el archivo del departamento lo relativo a 1781 se reduce a tres o cuatro documentos destruidos por ila polilla! Es posible que en la Biblioteca Nacional exista el proceso contra Agudelo, pues parece que fue allí en donde el Sr. Briceño encontró los datos sobre este acontecimiento interesantísimo. ¿Murió en los presidios de Portobelo el precursor del antiesclavismo en Antioquia? ¿Era español o americano?

²⁵ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 1 Núm. 9-12 (1913). [Gramática y estilo tomada del texto original].

²⁶ Médico, novelista y hombre público. Egresado de la Universidad de Antioquia, con estudios de especialización en el exterior. Rector de la Escuela de Minas (1892- 1895) y de la Alma Mater (1896-1899). Tres veces rector de la Escuela de Agricultura y Veterinaria de Antioquia y primer director de la nueva Escuela Nacional Veterinaria de la Universidad Nacional (1921). Secretario general de la Legación Colombia en España, París y Bruselas (1907-1909), diputado a la Asamblea de Antioquia, representante a la Cámara, senador de la República, cónsul de Colombia en Venezuela. Miembro correspondiente de la Real Academia Española y miembro de número de la colombiana. En 1933 presidió la Academia Colombiana de Historia. Miembro fundador de la Academia de Medicina de Medellín, la que presidió entre 1901-1902. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia siendo el primer titular del sillón N° 21.

¿Algunos de los que llevan ese apellido entre nosotros son descendientes de ese grande hombre, orgullo legítimo de una raza? Desde luego, hay que creer que el Sr. Agudelo era persona principal en su tiempo, pues el hombre que tenía 80 esclavos debía ser rico, y desde que les dio la libertad se comprende que era de excepcionales condiciones intelectuales y morales. Acción tan noble y singular en 1781, hace pensar que quien la ejecutó era un espíritu selecto, un verdadero superhombre de su época.

Coincidió este hecho con la revolución de los comuneros del Socorro y con la de Guarne, La Mosca y Sopetrán, en la provincia de Antioquia. A propósito de la revolución antioqueña de 1781, encontramos en la vida de J.A Galán, escrita por don Angel M. Galán, la copia del escrito de los sublevados antioqueños, dirigido al capitán Anguerra, en el cual se quejan de estos términos:

“--- Que somos tiranizados sin orden de nuestro soberano--- pues el estanco de aguardiente se puso llanamente, y luego pasó a tener una medida para recibir las mieles y otra para vender el aguardiente, y ésta ha venido a tal estado, que con un tomín no hay para un leve remedio. El estanco del tabaco se estableció bajo el pie que no había novedad en el precio; pero hoy consta que el mazo que ahora nos venden (tango) es casi la mitad del mazo de antes, y esto con la circunstancia que el Sr. Dávila, estanquero de este Valle, sopla el oro (oro en polvo con que pagaban los compradores); y decimos lo sopla pues es oro el que sopla para dejarlo en su tienda; ¿y quién le replicará? Nadie, pues fuéramos severamente castigados. Quejarnos a la justicia no hay para qué, pues hasta estos entables aquí no había más que Dios y la Justicia, y hoy, señor Capitán, Dios y los Estanqueros. Hoy no hay respeto a la Real Justicia---“

Y después de quejarse de la multitud de impuestos que los afligía, agregan “...que ya más vale morir que aguantarlos, y así, señor, pues no hay respeto a la Justicia, pues si lo hubiera no hicieron lo que hacen los Estanqueros, y que son tan tiranos los soeces chapetones, y para esto no hay más remedio que morir de necesidad y desdicha, y tal vez impenitentes a manos de los guardas, y lo que es más, sin delito. Pues señor capitán, para no dar en qué sentir a la Justicia, nosotros nos ofrecemos a los cuchillos, y protestamos traer a nuestras familias y en la plaza pública cortarles las cabezas, para que sobre su sangre caigan nuestros cuerpos a manos de verdugos, que hoy puede nombrar de entre nosotros, y con el fin de nuestras vidas y familias se terminará todo, y

quede vacío el Valle para los guardas y forasteros: esto ha de ser si la piedad no quita tanto perjuicio...”

Sin desconocer en lo más mínimo los méritos verdaderamente extraordinarios del comunero J.A Galán, quien proclamó la libertad de los esclavos en Mariquita, hay que hacer notar que Agudelo, al mismo tiempo hacía igual cosa en Antioquia, comenzó por dar libertad a sus propios esclavos, pues Galán “pasó de Mariquita a las minas de “Malpazo” alzando a los esclavos de ella y dándoles libertad como si fuera su legítimo dueño, según reza el noveno cargo de los diez y seis porque se le juzgó y se le sentenció a ser arrastrado a la horca como reo de lesa majestad; a ser quemado el tronco de su cuerpo delante del patíbulo, y su cabeza conducida a Guaduas para fijarla en una escarpia; la mano derecha del mismo modo en la plaza del Socorro; a la izquierda el San Gil; el pie derecho en Charalá en su patria, y el izquierdo en Mogotes.

Esta sentencia la dictaron , entre otros, el célebre Mon y Velarde, a quien el Virrey y Caballero y Góngora envió a Antioquia a poner en pretina los vagos y a los propietarios tiranos con sus colonos de la misma manera que lo hizo don Antonio de la Torre en la provincia de Cartagena, según lo refiere el mismo Arzobispo Virrey en su relación de Mando, quien, después de relatar el espantoso desarreglo de costumbres en que se hallaban las Provincias del Nuevo Reino de Granada, dice que la población de éste es “un monstruo indomable que a todo lo bueno se resiste”.

Es probable que debido a los movimientos antiesclavistas se dictase la cédula Real de Aranjuez de 1789 o de 1791, según lo dice el Virrey Ezpeleta, documento en donde se dan órdenes humanitarias para con los esclavos en todo sentido, pues aunque dicha cédula era permisiva del libre comercio e introducción de negros, también lo que es ésta contiene disposiciones por las cuales se mejoraba en gran manera la triste condición anterior de los esclavos en los dominios del Rey.

En la Constitución del Estado de Antioquia, de 1812, nos hemos encontrado nada relativo a la libertad de esclavos. En cambio, en la Constitución política de la Monarquía Española, promulgada en Cádiz, en Marzo de 1812, y al tratar “De los ciudadanos Españoles”, después de señalar en varios artículos las condiciones que se requieren para ser ciudadano español, dice, en el artículo 22, lo siguiente:

“A los españoles que por cualquiera línea son habidos y reputados por originarios del África, queda abierta la puerta de la virtud y del merecimiento para ser ciudadanos; en su consecuencia las Cortes concederán carta de ciudadano a los que hicieren servicios calificados a la Patria, o a los que se distinguan por su talento, aplicación y conducta, con la condición de que sean hijos de legítimo matrimonio; de padres ingenuos; de que estén casados con mujer ingenua, y avecindados en los dominios de las Españas, y de que ejerzan alguna profesión, oficio o industria útil, con un capital propio.

Como se ve, por este medio abrían los constituyentes de Cádiz un camino racional para la abolición de la esclavitud, y aunque desde luego era lento, no deja de ser digno de tenerse en cuenta.

Pero este mismo año de 181, ocurrió en Antioquia un acontecimiento, no señalado hasta hoy por ningún historiador, y que da la clave de lo ocurrido después en 1814. El documento que a continuación parece indicar claramente que el movimiento antiesclavista comenzó de abajo para arriba en 1812.

Dice así:

“Núm. 28

“Nombramiento de comisión especial, para que el seguimiento de la Causa de los negros que tumultuosamente intentaron Libertad”.

Año de 1812

“Comando Del supremo Poder ejecutivo de Antioquia, sept 8 de 1812.”

“Habiendo recibido de la Presidencia del estado un oficio del Supremo Tribunal de Justicia, que intentó hacer un esclavo, reclamando la libertad, por sí, y a nombre de otros muchos, cuyas firmas protestó presentar, según todo se acredita de la certificación dada, por el escribano secretario, que en copia se acompaña; y teniendo además el gobierno posteriores en conformidad al mismo Tribunal con esta demanda en toda forma: ha tenido a bien esta Presidencia, encargada principalmente por la constitución del estado de velar sobre su tranquilidad, y sosiego interior, y en uso de las altas facultades de que se halla revestida por el acuerdo de las cámaras de fecha 30 de Junio último, nombrar una comisión especial, y competente autorizada, compuesta del Sr. D Josef Miguel de Restrepo, como Prefecto del senado y vicepresidente nato del estado, del Sr. Dr. Don Manuel Josef Bernal, ministro del tribunal de

justicia, y del Dr. Don. Josef María Hortiz, con la precisa concurrencia del Sr. Dr. Don. Josef Manuel de Restrepo, en la clase de consejero, que obtiene, para que reunida en la expresada villa de Medellín, tome conocimiento de un negocio de tanta gravedad, como trascendencia, con exclusión de toda otra autoridad, por considerarlo, fuera de los casos comunes, y sujeto sólo a las altas y omnímodas facultades de esta Presidencia, que al efecto delega todas las que sean necesarias en la expresada comisión, para el examen, y conclusión de la antedicha solicitud de los esclavos, y sus incidencias, con la calidad de dar la cuenta de todo para su conocimiento y aprobación. Y respecto a que ese mismo negocio, habrá merecido ya toda la atención del Serenísimo Colegio electoral, pásese copia autorizada del acuerdo de esta materia a la misma comisión, para el uso que corresponda: ofíciase a los cabildos, y Justicias mayores para su conocimiento y afín de que estén a la mira para impedir, que ninguno contrarie las paternales intenciones del Gobierno, ni los esclavos causen alborotos, ni excesos que serán mirados, y castigados en tal caso, como un verdadero motín, y levantamiento, y pásese orden al comandante general de las Armas, para que de inmediato proceda de acuerdo con el mayor General a poner listos, armados y municionados, quinientos hombres escogidos con sus respectivos oficiales, que deberán formar un cuerpo volante, pronto a marchar, a donde lo exijan las circunstancias peligrosas, en que se halla la Patria, que no desconociendo los derechos del último de los ciudadanos, desea, y quiere conciliarlos con la pasa y al interés general de estado. Comuníquese a quienes corresponda, con inserción del presente decreto- Josef Antonio Gomez, Presidente del estado- Angel Martínez, secretario suplente.”

“Es copia- Antioquia septiembre 8 de 1813.”

Ángel Martínez

Secretario suplente

Después de este acontecimiento surge, en 1813, un hombre notabilísimo- cuya biografía debemos al historiador Ramón Correa. Este hombre se llamaba el Dr. Jorge Ramón de Posada, hijo de Medellín, cura de Marinilla, varón de altas dotes y quien vino al mundo en 1756. En 1813 este hombre eminente uso en libertad los ochenta y tres esclavos que tenía en sus haciendas.

En 1814, culmina el movimiento antiesclavista con la célebre “ley de manumisión”, expedida por la Legislatura de Antioquia reunida en

Rionegro. Hemos dicho que la clave de este acto nobilísimo, que honra a los legisladores de Antioquia de ese año y que es quizá el más hermoso timbre de nuestra historia regional, venía preparándose desde 1781 con el ejemplo de Agudelo, en 1812 con la actitud de los esclavos y en 1813 con el acto del Dr. Jorge Ramón de Posada. Todo tiende a demostrar que lo hecho por el Dictador Corral, por la Legislatura y por el Dr. José Félix de Restrepo obedecía a causas muy hondas que tenían en su raíz el carácter del mismo pueblo de Antioquia. Fueron los hombres públicos de 1814 los exponentes inteligentes y justos de la voluntad popular. En el admirable mensaje del Dictador Corral a la Legislatura de 1814, encontramos las frases siguientes, que probablemente se refieren al movimiento de 1812.

“Mientras no desaparezca de entre nosotros hasta la sombra de la esclavitud, mientras no miremos a todas las clases por unos mismos principios en perpetuar la estabilidad de la República, no creáis ioh Representantes del pueblo! Que la libertad sea consolidada para siempre; no calculéis por la tranquilidad interior de que hoy disfruta la Patria, de la que ha de tener en los tiempos venideros, sino procuráis hacer extensivas las leyes inmutables de la justicia, sobre cierta clase de hombres desgraciados, que tascando el freno de la servidumbre, al fin de prorrumper en una insurrección sangrienta”

Parece evidente, por lo que dicen los historiadores y por los que nos referían nuestros abuelos que tuvieron esclavos, que los que habían en Antioquia eran muy bien tratados por sus amos, y lo eran tanto, que muchos de ellos después de la libertad absoluta del año de 1851, se quedaron viviendo con sus antiguos dueños y trabajaban después para ayudar al sustento de la familia de sus viejos amos, en épocas de adversa fortuna. Es dato que podemos dar con el conocimiento personal de este hecho, ocurrido en nuestra propia casa y en la de muchas otras familias antioqueñas, en donde sucedió igual cosa.

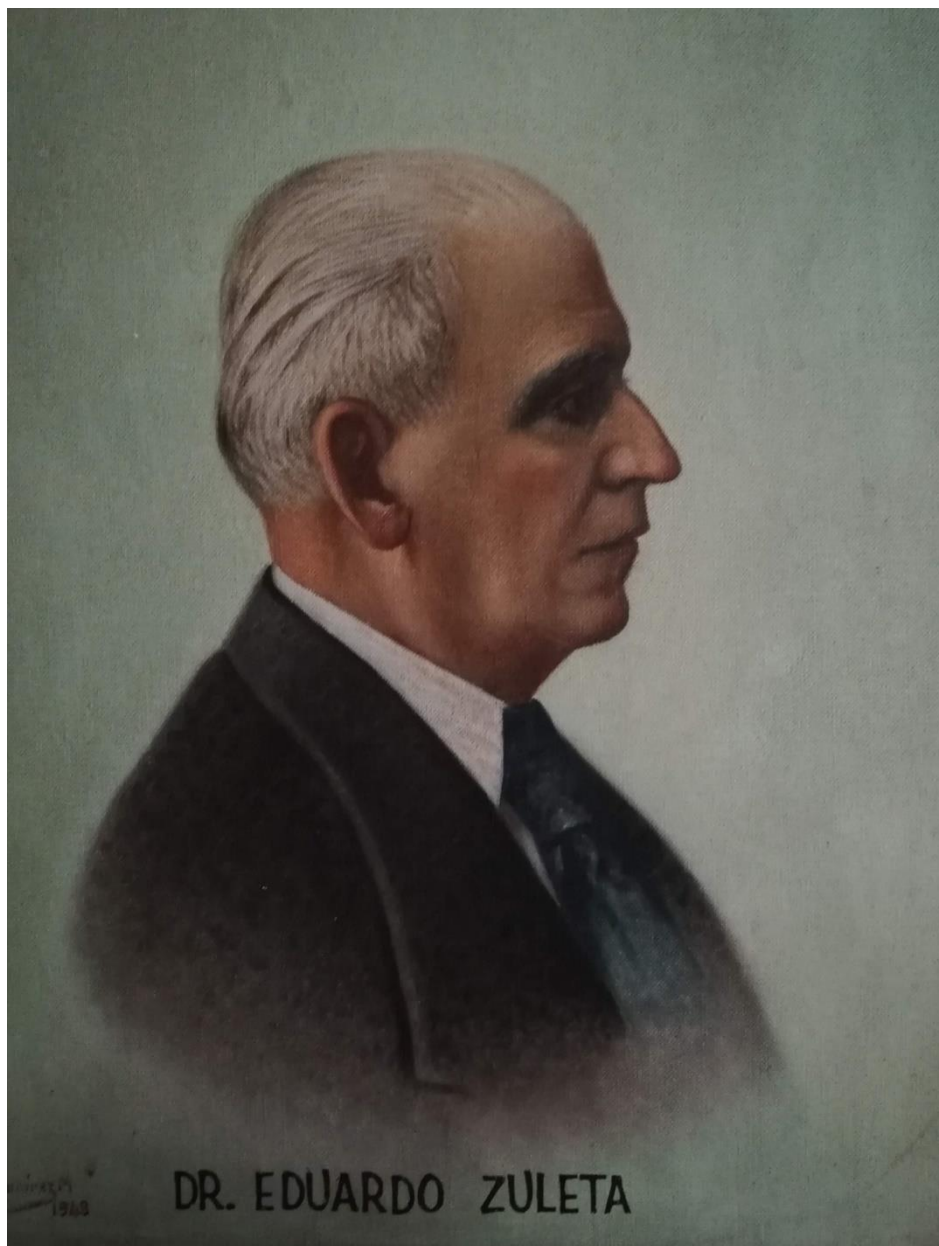
Y si esto era así ¿por qué los esclavos de Antioquia pidieron libertad en 1812, hecho que no ocurrió en otra parte de Nueva Granada, en donde no eran tan bien tratados como aquí?

Por la razón de que los esclavos antioqueños, que eran tratados casi en el mismo pie de libertades que sus amos mismos, pensaron que desde luego que si estos luchaban por la independencia y libertad, ellos debían trabajar también por ser libres en absoluto. Fue este un movimiento

natural, explicable y justo, que honra a los amos y a los esclavos igualmente.

Medellín, Febrero 10 de 1911

Eduardo Zuleta.



Eduardo Zuleta

Tomás Carrasquilla²⁸

Este dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarate muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita de un pueblo donde vivía el rey. No era cacao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrida.

No había en el pueblo quien no conociera a Peralta por sus muchas caridades: él lavaba los llaguietos, él asistía a los enfermos, él enterraba a los muertos, se quitaba el pan de la boca y los trapitos del cuerpo para dárselos a los pobres; y por eso era que estaba en la pura inopia; y a la hermana se la llevaba el diablo con todos los limosneros y leprosos que Peralta mantenía en la casa. ¿Qué te ganás, hombre de Dios, le decía la hermana, con trabajar como un macho, si todo lo que conseguís lo botás jartando y vistiendo a tanto perezoso y holgazán?

Casate, hombre, casate para que tengas hijos a quien mantener. Calle la boca, hermanita, y no diga disparates. Yo no necesito de hijos, ni de mujer, ni de nadie, porque tengo mi prójimo a quien servir. Mi familia son los prójimos. ¡Tus prójimos! Será por tanto que te lo agradecen; será por tanto que ti han dao. Ai te veo siempre más hilachento y más infeliz que los limosneros que socorrés. Bien podías comprarte una muda y comprármela a yo, que harto la necesitamos; o tan siquiera traer comida

²⁷ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Año 102 Núm. 14 Nueva etapa (2007). [Gramática y estilo tomada del texto original].

²⁸ Narrador colombiano cuya obra es una de las más importantes publicadas en su país en la primera mitad del siglo XX. Por su origen antioqueño y sus múltiples viajes por las localidades mineras, pudo novelar distintos aspectos de la historia, la cultura y la idiosincrasia de su región natal.

alguna vez pa que llenáramos, ya que pasamos tantos hambres. Pero vos no te afaná por lo tuyo; tenés sangre de gusano.

Esta era siempre la cantaleta de la hermana; pero como si predicara en desierto frío. Peralta seguía más pior; siempre hilachento y zarrapastroso, y el bolsico lámparo, lámparo; con el fogoncito encendido tal cual vez, la despensa en las puras tablas, y una pobrecía, señor, regada por aquella casa desde el chiquero hasta el corredor de afuera. Figúrese que no eran tan solamente los Peraltas, sino todos los lisiaos y leprosos que se habían apoderado de los cuartos y de los corredores de la casa, convidaos por el sangre de gusano, como decía la hermana.

Una oracioncita estaba Peralta muy fatigao de las afujias del día, cuando, a tiempo de largarse un aguacero, arriman dos peregrinos a los portales de la casa y piden posada. Con todo corazón se las doy, buenos señores, le dijo Peralta muy atencioso, pero lo van a pasar muy mal, porqu'en esta casa no hay ni un grano de sal ni una tabla de cacao con qué hacerles una comidita. Pero prosigan, que la buena voluntá es lo que vale.

Dentraron los peregrinos; trajo la hermana de Peralta el candil, y pudo desanimarlos a como quiso.

Parecían mismamente taita y el hijo. El uno era un viejito con los cachetes muy sumidos, ojitraste él, de barbitas rucias y cabecipelón. El otro era muchachón, muy buen mozo, medio mono, algo zarco y con una mata de pelo en cachumbos que le caían hasta media espalda. Le lucía mucho la saya y la capita de pelegrino. Todos dos tenían sombreritos de caña, y unos bordones muy gruesos, y albarcas. Se sentaron en una banca, muy cansaos, y se pusieron a hablar una jeringonza tan bonita, que los Peraltas, sin entender jota, no se cansaban di oírla. No sabían por qué sería, pero bien veían que el viejo respetaba más al muchacho que el muchacho al viejo; ni por qué sentían una alegría muy sabrosa por dentro; ni mucho menos de dónde salía un olor que trascendía toda la casa; aquello parecía de flores de naranjo, de albahaca y de romero de Castilla; parecía de incensio y del sahumero de alhucema que le echan a la ropita de los niños; era un olor que los Peraltas no habían sentido ni en el monte, ni en las jardineras, ni en el santo templo de Dios.

Manque estaba muy embelesao, le dijo Peralta a la herman: Hija, date una asomadita por la despensa, desculcá por la cocina a ver si hay alguito que darles a estos señores. Míralos qué cansaos están; se les ve la fatiga. La hermana, sin saberse cómo, salió muy cambiada de genio y se fue

derechito a la cocina. No halló más que media arepa tiesa y requemada, por allá en el asiento de una cuyabra. Confundida con la poquedá, determinó que alguna gallina forastera talvez si había colao por un güeco del bahareque y había puesto en algún zurrónviejo di una montonera que había en la despensa; que lo qu'era corotos y porquerías viejas sí había en la dichosa despensa hasta pa tirar pa lo alto, pero de comida, ni hebra. Abrió la puerta y se quedó beleña y paralela: en aquel despensón, por los aparadores, por la escusa, por el granero, por los zurrones, por el suelo, había de cuanto Dios crió pa que coman sus criaturas. Del palo largo colgaban los tasajos de solomo y de falta, el tocino y la empella; de los garabatos colgaban las costillas de vaca y de cochino; las longanizas y los chorizos se gulunguiaban y s'enroscaban que ni culebras; en la escusa había por docenas los quesitos, y las bolas de mantequilla, y las tutumadas de cacao molido con jamaica, y las hojaldras y las carisecas; los zurrones estaban rebosaos de frijol cargamento, de papas, y de revuelto di una y otra laya; cocos de güevos había por toítas partes; en un rincón había un cerro de capachos de sal de guaca; y por allá, junto al granero, había sobre una horqueta un bongo de arepas de arroz, tan blancas, tan esponjadas y tan bien asaditas, que no parecían hechas de manos de cocinera d'este mundo; y muy sí señor un tercio de dulce que parecía la mismita azúcar. Por fin le surtió a Peralta, pensó la hermana. Esto es mi Dios pa premiale sus buenas obras. ¡Hasta ay viver! Pues aprovechémonos.

Y dicho y hecho: trajo el cuchillo cocinero y echó a cortar por lo redondeo; trajo la batea grande y la colmó; y al momentito echó a chirriar la cazuela y a regarse por toda la casa aquella güelentina tan sabrosa. Como dios li ayudó les puso el comistraje. ¡Y nada desganao qu'era el viejo! El mozo sí no comió cosa. A Peralta ya no le quedó ni hebra de duda que aquello era un milagro patente; y con todito aquel contento que le bailaba en el cuerpo, sargentió por todas partes, y con lo menos roto y menos sucio de la casa, les arregló las camitas en las dos puntas de la tarima. Se dieron las buenas noches y cada cual si acostó.

Peralta se levantó oscuro, oscuro, y no topó ni rastros de los güéspedes; pero sí topó una muchila muy grande, requintada de onzas del rey, en la propia cabecera del mocito. Corrió muy asustao a contarle a la hermana, que al momento se levantó de muy buen humor a hacer harto cacao; corrió a contarle a los Ileguientos y a los tullidos, y los topó buenos y sanos, y caminando y andando, como si en su vida no hubieran tenido

achaque. Salió como loco en busca de los güéspedes pa entregarles la muchila di onzas del rey. Echó a andar y a andar, cuesta arriba, porque puallí dizque era qui habían cogido los peregrinos. Con tamaña lengua afuera se sentó un momentito a la sombra di un árbol, cuando los divisó por allá muy arriba, casi a punto de trastornar el alto. Casi no podía gañir el pobrecito de puro cansan qui estaba, pero al como pudo les gritó: ¡Hola, señores, espéremen, que les trae cuenta. Y alzaba la mochila pa que la vieran. Los peregrinos se contuvieron a las voces que les dio Peralta. Al ratico estuvo cerca d'ellos, y desde abajo les decía: Bueno, señores, aquí está su plata. Bajaron ellos al tope y se sentaron en un plancito, en una sombra muy fresca y muy sabrosa, y entonces Peralta les dijo: ¡Caramba qu'el pobre siempre hiede! Miren que dejar este oral por el afán de venirse de mi casa. Cuenten y verán que no les falta ni un medio.

El mocito lo voltió a ver con tan buen ojo, tan sumamente bueno, que Peralta, aunque estaba muy cansao, volvió a sentir por dentro la cosa sabrosa que había sentido por la noche; y el mocito le dijo: Sentante, amigo Peralta, en esa piedra, que tengo que hablarte. Y Peralta se sentó. Nosotros, dijo el mocito con una calma y una cosa allá muy preciosa, no somos tales peregrinos; no lo creás. Este, y señaló al viejo, es Pedro, mi discípulo, el que maneja las llaves del cielo; y yo soy Jesús de Nazareno. No hemos venido a la tierra más que a probarte, y en verdá te digo, Peralta, que te lucites en la prueba.

Otro, que no fuera tan cristiano como vos, se guarda las onzas y si había quedao muy orondo. Voy a premiarte: los dineros son tuyos, Ilevátelos; y voy a darte de encima las cinco cosas que me querás pedir. Con lo que pedí por esa boca.

Peralta, como era un hombre tan desentendido pa todas las cosas y tan parejo, no le dio mal ni se quedó pasmao, sino que, muy tranquilo, se pudo a pensar a ver qué pedía. Todos tres se quedaron callaos como en misa, y a un rato dice san Pedro: Hombre, Peralta, fíjate bien en lo que vas a pedir, no vas a salir con una buena bobada. En eso estoy pensando, su mercé, contesto Peralta sin nadito de susto. Es que si pedís una cosa mala, va y el Maestro te la concede; y una vez concedida, te amolaste, porque la palabra del Maestro no puede faltar. Déjeme pensar bien la cosa, su mercé, y seguía pensando, con la cara pa otro lao y metiéndole uña a una barranquita. San Pedro le tosía, le aclaraba, y el tal Peralta no le voltiaba a ver. A un ratísimo voltea a ver al señor, y le dice: Bueno, su divina majestá, lo primerito que le pido es que yo gane al juego siempre

que me dé la gana. Concedido, dijo el Señor. Lo segundo, siguió Peralta, es que cuando me vaya a morir me mande la muerte por delante y no a la traición. Concedido, dijo el señor. Peralta seguía haciendo la cuenta en los dedos, y a san Pedro se lo llevaba el Judas con las bobadas de ese hombre; él se rascaba la calva, él tosía, él le mataba el ojo, él alzaba el brazo y, con el dedito parao, le señalaba a Peralta el cielo; pero Peralta no se daba cuenta por notifiacao. Después de mucho pensar, dice Peralta: Pues bueno, su divina majestá, lo tercero que mi ha de conceder es que yo pueda detener al que quiera en el puesto que yo le señale y por el tiempo que a yo me parezca. Rara es tu petición, amigo Peralta, dice el Señor, poniendo en él aquellos ojos tan zarcos y tan lindos que parecía que limpiaban el alma de todo pecao mortal con solamente fijarlos en los cristianos. En verdá te digo que una petición como la tuya jamás había oído; pero que sea lo que vos querás. A esto dio un gruñido san Pedro, y acercándose a Peralta lo tiró con disimulo de la ruana, y le dijo al oído, muy sofocao: ¡El cielo, hombre! ¡Pedí el cielo! ¡No sia bestia! Ni aun por eso: Peralta no aflojó un pite; y el señor dijo: Concedido. La cuarta cosa, dijo Peralta sumamente fresco, es que su divina majestá me dé la virtud de achiquitarme a como a yo me dé la gana, hasta volverme tan chiringo como una hormiga. Dicen los ejemplos y el misal que el Señor no se rio ni una merita vez; pero aquí sí le agarró la risa, y le dijo a Peralta: Hombre, Peralta, otro como voz no nace, y si nace no se cría. Todos me piden grandor, y vos, con ser un recorte di hombre, me pedís pequeñez. Pues bueno (...) San Pedro le arrebató la palabra a su maestro, y le dijo en tonito bravo: ¿Pero no ve qu'esti hombre está loco? Pues no me arrepiento de lo pedido, dijo Peralta muy resuelto. dicho, dicho. Concedido, dijo el señor. San Pedro se rascaba la saya muslo arriba, se ventiaba con el sombrero, y veía chiquito a Peralta. No pudo contenerse y le dijo: Mirá, hombre, que no has pedido lo principal y no te falta sino una sola cosa. Por eso lo'stoy pensando, no se apure su mercé. Y se volvió a quedar callao otro rato. Por allá, a las mil y quinientas, salió Peralta con esto: Bueno, su divina majestá, antes de pedirlo lo último, le quiero preguntar una cosa, y usté me dispense, su divina majestá, por si fuera mal preguntao; pero eso sí me ha de dar una constesta bien clara y bien patente. ¡Loco de amarrar! Grito san Pedro, juntando las manos y volteando a ver al cielo como el que reza el bendito. Va a salir con un disparate gordo. ¡Padre mío, iluminalo! El Señor, que volvió a ponerse muy sereno, le dijo: Preguntá hijo, lo que querás, que todo te lo contestaré a tu gusto. Dios se lo pague, su divina majestá. Yo quería saber si el Patas es el que manda en el alma de los condenaos o es busté o el Padre Eterno. Yo, y mi Padre y el Espíritu

Santo, juntos y por separao, mandamos en todas partes; pero al diablo l'hemos largao el mando del infierno: él es amo de sus condenaos y manda en sus almas, como mandás vos en las onzas que te he dao. Pues bueno, su divina majestá, dijo Peralta muy contento, si asina es, voy a hacerle el último pido: yo quiero, últimamente, que su divina majestá me conceda la gracia de qu'el Patas no mi haga trampa en el juego. Concedido, dijo el señor. Y él y el viejito se volvieron humo en la región.

Peralta se quedó otro rato sentao en su piedra, sacó yesquero, encendió su tabaco y se puso a bombear muy satisfecho. ¡Valientes cosas las que iba a hacer con aquel platal! No iba a quedar pobre sin su mudita nueva, ni vieja hambrienta sin su buena pulserilla de chocolate de canela. Allá verían los del sitio quién era Peralta.

Se metió las onzas debajo del brazo, se cantió la ruanita, y echó falda abajo. Parecía mismamente un limosnero: tan chiquito y tan entumido; con aquella carita tan fea, sin pizca de barba, y con aquel ojo tan grande y aquellas pestañotas que parecían de ternero.

Al otro día se fue pal pueblo, y puso monte. ¡Cómo sería la angurria que se li abrió a tanto logrero cuando vieron en aquella mesa aquella montonera di onzas del rey! ¿Onde te sacates ese entierro, hombre, Peralta?, le decía uno. Este se robó el correo, decían otros en secreto, y Peralta se queda muy desentendido. Se pusieron a jugar. La noticia del platal corrió por todo el pueblo, y aquella sala se llenó de todo el ladroncio y todos los perdidos. Pero eso sí, no les quedó ni un chimbo partido por la mitá: por más trampas qui hacían, por más que cambiaban baraja, por más que le señalaban con la uña, les dio capote, con ser que enel juego estaban toditos los caimanes d'esos laos. Con esta no nos quedamos, dijo el más caliente. A nosotros no nos come este (...) (y ai mentó unas palabras muy feas). Voy a lidiar unas suertes, y mañana no le queda ni liendre a este sinvergüenza. Y ai salió del garito, echando por esa boca unos reniegos y unos dichos, qui aquello parecía una condena.

Al otro día, desde antes de almorzar, emprendieron el monte. Hubo cuchillo, hubo barbera, pero Peralta tampoco les dejó un medio. Como no era ningún bobo, se dejaba ganar en ocasiones pa empecinalos más. Determinaron jugar dao, y monte-dao, y bisbís, y cachimona, y roleta, a ver si con el cambio de juegos se caía Peralta; pero si se caía a raticos, era pa seguir más violento echando por lo negro y acertando en unos y en otros juegos.

Lo más particular era que Peralta, con tantísimo caudal como iba consiguiendo, no se daba nadita de importancia, ni en la ropita, ni en el comida, ni en nada: con su misma ruanita pastusa de listas azules, con sus mismitos calzones fundillirrotos se quedó el hombre, y con su mismita chácara de ratón de agua, pelado y hecha un cochambre. Pero eso sí: lo que era limosnas ni el rey las daba tan grandes. Su casa parecía siempre publicación de bulas, con toda la pobrecía y todos los lambisquiones del pueblo plañendo a toda hora; y no tan solamente los del pueblo, sino que también echó a venir cuanto avistrujo había en todos los pueblos de por ai y en otros del cabo mundo. ¡Hasta de Jamaica y de Jerusalén venían los pedigüeños! Pero Peralta no reparaba: a todos les metía su peseta en la mano; y la cocina era un fogueo parejo, y todo el día se lo pasaba repartiendo tutumadas de mazamorra, los plataos de frijol y las arepas de maíz sancochao. Y mantenía una maletada de plata, la mismita que vaciaba al día.

Siguió siempre lavando sus leprosos, asistiendo sus enfermos, y siempre con su sangre de gusano, como si fuera el más pobrecito y el más arrastrao de la tierra.

Pero lo que no cantó el carro lo canta la carreta: la Peraltona sí supo darse orgullo y meterse a señora de media y zapato. Con todo el platal que le sacó al hermano compró casa de balcón en el pueblo, y consiguió serviciala y compró ropa muy buena y de usos muy bonitos. Cada rato se ponía en el balcón, apenas veía gente gritaba: Maruchenga, treme el pañuelón de tripilla, que voy a visitar a la reina. Maruchenga, treme los frascos de perfume pa ruciar por aquí que está jediendo. Y si veía pasar alguna señora, decía: No pueden ver a uno de peinetón ni con usos nuevos, porque al momento la imitan estas ñapanga asomadas. Cuando salía a la calle, era un puro gesto y un puro melindre; y aunque era tan pánfila y tan feróstica, caminaba muy repechada y muy menudito, como sintiéndose muy muchachita y muy preciosa. Maruchenga, saca la sombrilla, que hace sol; Maruchenga, sacame la crisneja; Maruchenga, componeme el esponje que se me tuerce; y no dejaba en paz a la pobre Maruchenga con tanto orgullo y tanta jullería.

La caridá de Peralta fue creciendo tanto, que tuvo que conseguir casas pa recoger los enfermos y los lisiaos; y él mismo pagaba las medecinas, y él mismo con su mesma mano se las daba a sus enfermos.

Esto llegó a oídos de su sacra rial, y lo mandó llamar. Los amigos de Peralta y la Peraltona le decían que se mudara y se engalanara hartísimo pa ir a casa del rey; pero Peralto no hizo caso, sino que tuvo cara de presentársele con su mismito vestido y a pata limpia, lo mismo que un montañero. El rey y la reina estaban tomando chocolate con bizcochuelos y quesito fresco, y pusieron a Peralta en medio de los dos; y le sirvieron vino en la copa del rey, qu'era de oro; y le echaron un brindé con palabras tan bonitas, que aquello parecía lo mismo que si fuera con el obispo Gómez Plata.

Peralta recorrió muchos pueblos, y en todas partes ganaba, y en todas socorría a los pobres; pero como en este mundo hay tanta gente tan mala y tan causilla, echaron a levantarle testimonios. Unos decían que era ayudao; otros, que ofendía a mi Dios en secreto, con pecaos muy horribles; otros, que era duende y que volaba de noche por los tejaos, y que escupía la imagen de mi Amíto y Señor. Toíto esto fue corruto en el pueblo, y los mismos que él protegía, los mismitos que mataron el hambre con su comida, prencipiaron a mormurar. Tan solamente el curita del pueblo lo defendía; pero nadie le creyó, como si fuera algún embustero. Toditico lo sabía Peralta, y nadita que se le daba, sino que seguía el mismito: siempre tan humilde la criatura de mi Dios. El cura le decía que compusiera la casa, que se le estaba cayendo con las goteras y con los ratones y animales que se habían apoderado de ella, y Peralta decía: ¿Pa qué, señor? La plata que he de gastar en eso, la gasto en mis pobres; y no soy el rey pa tener palacio.

Estaba un día Peralta solo en grima en dichosa la casa, haciendo los montoncitos de plata pa repartir, cuando itun, tun! En la puerta. Fue a abrir, y i mi amo de mi vida, qué escarramán tan horrible! Era la muerte que venía por él. Traía la güesamente muy lavada, y en la mano derecha la desjarretadera encabada en un palo negro muy largo, y tan brillante y cortadora que se enfriaba uno hasta el cuajo de ver aquello. Traía en la otra mano un manojito de pelos que parecían hebritas de bayeta, pa probar el filo de la herramienta. Cada rato sacaba un pelo y lo cortaba en el aire. Vengo por vos. Le dijo a Peralta. Bueno, le contestó este, pero me tenés que dar un platito pa confesarme y hacer el testamento. Con tal que no sea mucho, contestó la muerte de mal humor, porque ando de afán. Date por ai una güeltecita, le dijo Peralta, mientras yo me arreglo; o, si te parece, entretinete aquí viendo el pueblo, que tiene muy bonita divisa. Mirá aquel aguacatillo tan alto; trepate a él pa que divisés a tu gusto.

La muerte, que es muy ágil, dio un brinco y se montó en una horqueta del aguacatillo; se echó la desjarretadera al hombro y se puso a divisar. Date descanso, viejita, hasta que a yo me dé la gana, le dijo Peralta, que ni Cristo con toda su pionada te baja de esa horqueta.

Peralta cerró su puerta y tomó el tole de siempre. Pasaban las semanas, y pasaban los meses, y pasó un año. Vinieron las virgüelas castellanas; sino el sarampión y la tos ferina; sino la culebrilla, el dolor de costao, y el descenso, y el tabardillo, y nadie se moría. Vinieron las pestes en toítos los animales; pues tampoco se murieron.

Al comienzo de la cosa echaron mucha bambolla los dotores con todo lo que sabían; pero luego la gente fue colando en malicia que eso no pendía de los dotores sino de algootra cosa. El cura, el sacristán y el sepulturero pasaron hambres a lo perro, porque ni un entierrito ni la abierta de una sola sepultura güelieron en esos días. Los hijos de taitas viejos y ricos se los comía la incomodidá de ver a los viejorros comiendo arepa y que no les entraba la muerte por ningún lao. Lo mismito les sucedía a los sobrinos con los tíos solterones y acaudalaos; y los maridos casaos con mujer vieja y fea, se revestían de una injuria, viendo la viejorra tan morocha, habiendo por ai mozas tan bonitas con qué reponerla. De todas partes venían correos a preguntar si en el pueblo se morían los cristianos. Aquello se volvió una batahola y una conjundición tan horrible, como si al mundo le hubiera entrao algún trastorno. Al fin determinaron todos que era que la muerte se había muerto, y ninguno volvió a misa ni a encomendarse a mi Dios.

Mientras tanto, en el cielo y en el infierno estaban ofuscaos y confundidos, sin saber qué sería aquello tan particular. Ni un alma asomaba las narices por esos laos; aquello era la desocupez más triste. El diablo determinó ponerse en cura de la rasquiña que padece, pa ver si mataba el tiempo en algo. San Pedro se moría de la pura aburrición en la puerta del cielo; se lo pasaba por ai sentaíto en un banco, dormido, bostesiando y rezando a raticos en un rosario bendecido en Jerusalén.

Pero viendo que la molienda seguía, cerró la puerta, se coló al cielo y le dijo al Señor: Maestro: toa la vida le he servido con mucho gusto; pero ai le entrego el destino; esto sí no lo aguanto yo. Póngame algo otro oficio que hacer o saque algún recurso. Cristico y san Pedro se fueron por allá a un rincón a palabriarse. Después de mucho secreteo, le dijo el Señor: Pues eso tiene que ser; no hay otra causa. Volvé vos al mundo y tratá a ese

hombre con hasta mañita, pa ver si nos presta la muerte, porque si no nos embromamos.

Se puso san Pedro la muda de pelegrino, se chantó las albarcas y el sombrero y cogió el bordón. Había caminao muy poquito cuando se encontró con un atisba que mandaba el diablo pa que vigilara por los laos del cielo, a ver si era que todas las almas se estaban salvando. ¡Qué salvación ni qué demontres, le dijo san Pedro, si esto se está acabando!

Esa misma noche, casi al amanecer, llovía agua Dios misericordia, y Peralta dormía quieto y sosegado en su cama. De presto se recordó, y oyó que le gritaban desde afuera: Abrime, Peralta, por la Virgen, que es de mucha necesidad. Se levantó Peralta, y al abrir la puerta se topó mano a mano con el viejito, que le dijo: Hombre, no vengo a que me des posada tan solamente; vengo mandao por el Maestro a que nos largués la muerte unos días, porque vos la tenés de pata y mano en algún encierro. Lo que menos, su mercé, dijo Peralta, la tengo muy bien asegurada, pero no encerrada; y se la presto con mucho gusto, con la condición que a yo no me haga nada. Contá conmigo, le dijo san Pedro.

Apenitas aclaró salieron los dos a descolgar a la muerte. Estaba lastimosa la pobrecita: flacuchenta, flacuchenta; los güesos los tenía toítos mogosos y verdes de tantos soles y aguaceros como había padecido; el telarañero se le enredaba por todas partes, que aquello parecía vestido de andrajos; la pelona la tenía llena de hojas y de porquería de animal que daba asco; la herramienta parecía desenterrada de puro lo tomaína que estaba. Pero lo que más injuria le daba a san Pedro era que parecía tuerta, porque un demontre de avispa había terminao hacer la casa en la cuencia del lao zurdo. Estaba la pobrecita balda, casi tullida de estar horquetiada tantísimo tiempo. De Dios y su santa ayuda necesitaron Peralta y san Pedro para descolgarla del palo. Agarraron después una escoba y unos trapos, le sacaron el avispero, y ello más quedó medio decente. Apenas se vio andando recobró fuerzas, y en un istantico volvió a amolar la desjarretadera (...) y tomó el mundo. [Cómo estaría de hambrienta con el ayuno! En un tris acaba con los cristianos en una semana. Los difuntos parecían gusanos de cosecha, y ni an los enterraban, sino que los hacían una montonera, y ai medio los tapaban con tierra. En las mangas rumbaba la mortecina, porque ni toda la gallinazada del mundo alcanzaba a comérsela, Peralta sí era verdá que parecía ahora un duende de aquí pa acá, en una y en otra casa, amortajando los difuntos y consolando y socorriendo a los vivos.

La muerte se aplacó un poquito; los contaítos cristianos que quedaron volvieron a su oficio; y como los vivos heredaron tanto caudal, y el vicio del juego volvió a agarrarlos a todos, consiguió Peralta más plata en esos días que la que había conseguido en tanto tiempo. ¡Hijuepucha si estaba ricachón! Ya no tenía onde acomodarla.

Pero cátatelo ai que un día amanece con una pata hinchada, y le coló una disipela de la mala. Al momentito pidió al cura y arregló los corotos, porque se puso a pensar que harto había vivido y disfrutao, y que lo mismo era morirse hoy que mañana o el otro día. Mandó en su testamento que su mortaja fuera de limosna, que le hicieran bolsico, y que precisadamente le metieran en él la baraja y los daos; y como era tan humilde, quiso que lo enterraran sin ataúd, en la propia puerta del cementerio, onde todos lo pisaran harto. Asina fue que apenitas se le presentó la pelona, cerró el ojo, estiró la pata y le dijo: Matame pues. [Poquito sería lo duro que le asestó el golpe con el rincor que le tenía!

Peralta se encontró en un paraje muy feito, parecido a una plaza. Voltió a ver por todas partes, y por allá, muy allá, descubrió un caminito muy angosto y muy lóbrego, casi cerraop por las zarzas y los carrascales. Ya sé a onde se va por ese camino, pensó Peralta. El mismito que mentaba el cura en las prédicas. Cojo puel otro lao. Y cogió. Y se fue topando con mucha gente blanca y de agarre que parecían fejes o mandones, y con señoras muy bonitas y muy ricas que parecían principesas. Como nunca fue amigo de meterse entre la gente grande, se medió por un laíto del camino, que se iba anchando y poniéndose plano como las palmas de la mano. [María madre si había que ver en aquel camino! Parecía mismamente una jardinera, con tanta rosa y tanta clavellina y con aquel pasto tan bonito. Pero eso sí: ni un afrecherito, ni una chapola de col, ni un abejorro se veía por ninguna parte ni pa remedio. Aquellas flores tan preciosas no güelían, sino que parecían flores muertas.

Peralta seguía a la resolana, con el desentendimiento de toda su vida. Por allá, en la mitad de un llano, alcanzó a divisar una cosa muy grande, muy grandísima, mucho más que la piedra del Peñol. Aquello blanqueaba como un avispero; y como toda la gente se iba colando a la cosa, Peralta se coló también. Comprendió que era el infierno, por el jumero que salía de pa arriba y el candelón que salía de pa abajo. Por allí andaba mucha gente del mundo en conversas y tratos con los agregaos y iliones del infierno.

El se dentró por una gulunera muy oscura y muy medrosa que parecía un socavón, y fue a repuntar por allá a unas californias onde había muchas escaleras que ganar y unos zanjones muy horrendos por onde corrían unas aguas muy mugrientas y asquerosas. A tiempo que pasaba por una puertecita, oyó un chillido como de cochinito cuando lo están degollando, y se asomó por una rendija. ¡Virgen! ¡Qué cosa tan horrenda! No era cochino: era una señora de mantellina y saya de merinito algo mono, que la tenían con la lengua tendida en el yunque, con la punta cogida con unas tenazotas muy grandes, y un par de diablos herreros muy macuencos y cachipando le alzaban macho a toda gana. ¡Hijue la cosa tan dura es la carne de condenao! Aquella lengua ni se machucaba, ni se partía, ni saltaba en pedazos: ai se quedaba incauta. Y a cada golpe le gritaban los diablos a la señora: Esto es pa que levantés testimonios, vieja maldita; esto es pa que metás tus mentiras, vieja lambona; esto es pa que enredés a las personas, vieja culebrota. Y a Peralta le dio tanta lástima, que salió de güida.

De presto se zampó por una puerta muy anchona; y cuando menos acató, se topó en un salón muy grandote y muy altísimo que tenía hornos en todas las paredes, muy pegaos y muy juntitos, como los roticos de las colmenas onde se meten las abejas. No había nadie en el salón, pero por allá en la mitá se veía un trapo colgao a moda de tolda de arriero. Peralta se asomó con mucha mañita, y ai estaba el enemigo malo acostao en un colchón, dormido y como enfermoso y aburridón él. De presto se recordó, se enderezó, y a lo que vio a Peralta le dijo muy fanfarrón y arrogante: ¿Qué venía hacer aquí, culichupao? Vos no sos de aquí; rumbate al momento. Pues como nadie me atajó, yo me fui colando, sin saber que me iba a topar con su mercé, contesto Peralta con mucha moderación. ¿Quién sos vos?, le dijo el diablo. Yo soy un pobrecito del mundo que ando puaquí envolatao. Me dijeron que taba en carrera de salvación, pero a yo no me han recibido indagatoria, ni nadie se ha metido con yo.

Al momento le comprendió el diablo que era alma del purgatorio o del cielo. ¡Figúrense, no entenderlo él contada la marrulla del monte, y la humildá agrada hasta al mismo diablo, con ser tan soberbio, resultó que Peralta más bien le cayó en gracia, más bien le pareció sabrosito y querido! ¿Su mercé está como enfermoso?, le pregunto Peralta. Si, hombre, contestó Lucifer como muy aplacao. Se me han alborotao en estos días los achaques, y lo pior es que nadie viene a hacerme compañía, porque el mayordomo, los agregaos y toda la pionada no tienen tiempo ni

de comer, con todo el trabajo que nos ha caído en estos días. Pues si yo le puedo servir en algo a su mercé, dijo Peralta haciéndose el lambón, mándeme lo que quiera, que el gusto mío es servirle a las personas.

Y al se fueron enredando en una conversa muy rasgada, hasta que el diablo dijo que quería entretenerse en algo. Pues si su mercé quiere que juguemos alguna cosita, dijo Peralta muy disimulao, yo sé jugar toda laya de juegos, y en prueba de ello es que mantengo mis útiles en el bolsico, y sacó la baraja y los daos. Hombre, Peralta, dijo el diablo, lo malo es que vos no tenés que ganarte, y yo no juego vicio. ¿Cómo no he de tener, dijo Peralta, si yo tengo un alma como la de todos? Yo la juego con su mercé, pues también soy muy vicioso. La juego contra cualquier otra alma de la gente de su mercé. El enemigo malo, que ya le tenía ganas a esa almita de Peralta, tan linda y tan buenita, le aparó la caña al momentito. Determinaron jugar tute, y le tocó dar al diablo. Barajó muy ligero y con modos muy bonitos; alzó Peralta y comenzaron a jugar. Iba el diablo haciendo bazas muy satisfecho, cuando Peralta tiende sus cartas y dice: Cuarenta, as y tres, no la perderés por mal que la jugués. Así será, dijo el diablo bastante picao, pero sigamos a ver qué resulta. Pues ¿qué había de resultar? Que Peralta se fue de sobra. Se puso el diablo como la ira mala, y le dijo a Peralta con un tonito muy maluco: ¿Vos sos culebra echada o qué demonios? Tanto culebra, lo que menos, su mercé le contesto Peralta con su humildá tan grande. Antes en el mundo decían que yo dizque era un gusano de puro arrastrao y miserable. Pero sigamos, su mercé, que se desquita.

Siguieron; a la otra mano salió Peralta con tute de reyes. ¡Doblo!, grito Lucifer con un vozachón que retumbó por todo el infierno. La cola se le paró; los cachos se le abrían y se le cerraban como los de un alacrán; los ojos le bailaban que ni un trompo zangarria, de lo más bicornetos y horrendos; y por la boca echaba toda aquella babaza y aquel chispero (...). Dobleemos, dijo Peralta muy convenido. Ganó Peralta. ¡Doblo!, grito el diablo. Y doblando, doblando, jugaron diez y siete tutes, hasta que el patas dijo: ¡Ya no más! Estaba tan sumamente medroso, daba unos bramidos tan espantosos, que toítica la gente del infierno acudió a ver. ¡Cómo se quedarían de suspensos cuando vieron a su amo y señor llorando a moco tendido! Y aquellas lagrimonas se iban cuajando, cuajando, cachete abajo, que ni granizo. En el suelo iba blanqueando la montonera, y toda la cama del diablo quedo tapadita. Un diablito muy metido y muy chocante, que parecía recién adotarao, dijo con tonito

llorón: ¡Nunca me figuré que a mi señor le diera pataleta! ¿Pero por qué no seguimos, su mercé?, dijo Peralta como suplicando. Es cierto que le he ganao más de treinta y tres mil millones de almas, pero yo veo que el infierno está sin tocar. Cierto, dijo el enemigo malo haciendo pucheros, pero esas almas no las arriesgo yo: son mis almas queridas, son mi familia, porque son las que más se parecen a yo. Siguió moqueando, y a un ratico le dijo a uno de sus edecanes: Andá, hombre, sacale a este calzón sin gente su ganancia, y que se largue de aquí.

Como lo mandó el Patas, asina mismo se cumplió. Mientras que una vieja ñata se persina, fueron echando toditas las puertas del infierno la churreta de almas. Aquello era churretiar y churretiar, y no se acababa. Lo que a Peralta le parecía más particular era que, a conforme iban saliendo, se iban poniendo más negras, más hediondas y más enjuncidas. Parecía como si a todos los cristianos del mundo les estuvieran sacando las muelas a la vez, según los bramidos y la chillería. Sin nadie mandárselo, aquellas almas endemoniadas fueron haciendo en el aire un caracol que ni un remolino. Los aires se fueron oscureciendo, oscureciendo, con aquella gallinazada, hasta que todo quedó en la pura tiniebla.

Peralta, tan desentendido como si no hubiera hecho nada, se fue yendo muy despacio, hasta que se encontró con los tuneros del caminito del cielo. Aquello era caminar y caminar, y no llegaba. Él tuvo que pasar por puentes de un pelo, que tenían muchas leguas; él tuvo que pasar la hilacha de la eternidad, que tan solamente Nuestro Señor, por ser quien es, la ha podido medir. Pero a Peralta no le dio váguido, sino que siguió serenito, serenito y muy resuelto, hasta que se topó con las puertas del cielo. Estaba eso bastante solo, y por allá divisó a san Pedro recostao en su banco. Apenitas lo vio san Pedro, se le vino a la carrera, se le encaró y le dijo, midiéndole puño: Quitá de aquí, so vagamundo. ¿Te parece que te has portao muy bien y que nos tenés muy contentos? Si allá en la tierra no te amasé, fue porque no pude, pero aquí sí chupás. No se fije en yo, viejito, fíjese en lo que viene por aquel lao. Vaya a ver cómo acomoda esa gentecita, y déjese de notarse.

Volvió a ver san Pedro, estiró bien la gaita y se puso la manito sobre las cejas, como pa vigiar mejor, y apenas entendió el enredo, pegó patas, abrió la puerta, la volvió a cerrar a la carrera y la trancó por dentro. Ni por esas se agallinó Peralta, ni le coló cobardía, ni cavilosió que en el cielo le fueran a meter macho rucio.

No bien se sintió san Pedro de puertas pa dentro. Corrió muy trabucao y le hizo una señita al Señor. Bajó el Señor de su trono, y se toparon como en la mitá del cielo, y agarraron a conversar en un secreto tan largísimo, que a toda la gente de la corte celestial le pañó la curiosidá. Bien comprendían toditos, por lo que manotiaba san Pedro y por lo desencajao que estaba, que la conversa era sobre cosa gorda, ipero muy gorda! Las santas, que aunque sea en el cielo siempre son mujeres, pusieron los anteojos de larga vista para ver qué sacaban en limpio. Pero ni lo negro de la uña. El Señor, que había estao muy sereno oyéndole las cosas a san Pedro, le dijo muy pasito a lo último: En bueno nos ha metido este Peralta. Pero eso no se puede de ninguna manera. Los condenaos, condenaos se tienen que quedar por toda la eternidá. Andate a tu puesto, que yo iré a ver cómo arreglamos esto. No abrás la puerta; los que vayan viniendo los entrás por el postigo chiquito.

Se volvió el señor pa su trono, y a un ratico le hizo señas a un santo, apersonao él, vestido de curita, y con un bonetón muy lindo. El santo se le vino muy respetuoso, y hablaron dos palabras en secreto. Y bastante susto que le dio; se le veía, porque de presto se puso descolorido y principió a meniarse el bonete. A esas le hizo el señor otra seña a una santita que estaba por allá muy lejos, ojo con él, y la santita se vino muy modosa y muy contenta al llamado, y entró en conversa con Cristico y el otro santo. Estaba vestida de carmelitana; también tenía bonete, que le lucía mucho, y en la una mano una pluma de ganso muy grandota.

¡Esto sí que fue lo que más embelecó a las otras santas! Por todos los balcones empezó a oírse una bullita y unos murmullos, que la Virgen tuvo que tocar la campanita pa que se callaran. Pero nada que les valió. Figúresen que en ese momento salió un ángel muy grande con un atril muy lindo, y más detrás un angelito de los guitarristas, con la guitarrita colgada a un lao como carriel, y que llevaba en las dos manitos un tinterón de oro y piedras preciosas; y después salieron dos santicos negros con dos tabretes de plata; y los cuatro arreglaron por allá en un compito de lo más bueno, un puesto como de escribano. El curo y la monjita se fueron derecho a los tabretes, y cada cual se sentó. El angelito se quedó muy formal teniendo el tintero.

¡Valientes criaturas las de mi Dios! En este angelito sí se esmeró él: tenía la cabecita como una piña de oro; era de lo más gordito y achapao; con los ojos azulitos, azulitos, que ni dos flores de linaza; y sus alitas de garza eran más blancas que una breña. Casi estaba en cueritos; tan solamente

llevaba de la cinta pa bajo un faldellín coposo de un gеме de ancho, de un trapo que unas veces era de oro y otras veces era de plata, flequiado de por abajo y con unos caracoles y unas figuras de la pura perlería. Pero lo más lindo de todo, lo que más le lucía al demontres del angelito era la cargadera de la vigüelita, que era todita de topacios y esmeraldas; la guitarrita también era muy linda, toda laboriada y con clavijitas y cuerdas de oro. Dizque era el ángel de la guarda de la monjita, y por eso estaba tan confianzado con ella.

La santita entró como en un alegato con el cura, pero a lo último él se puso a relatar y ella a jalar pluma. Esa sí era escribana: se le veía todo lo baquiana que era en esas cosas de escribanía. Acomodada en su tabrete iba escribiendo, escribiendo sobre el atril; y a conforme escribía, iba colgando por detrás de los trimotiles esos, un papelón muy tieso, ya escrito, que se iba enrollando, enrollando. Solo mi Dios sabe el tiempo que gastó escribiendo, porque en el cielo no hay reló. Por allá al mucho rato, la monja echó una plumada muy larga, y le hizo seña al Señor de que ya había acabao. No bien entendió el Señor, se paró en su trono y dijo: Toquen bando y que entre Peralta.

Y principiaron a redoblar todas las tamboras del cielo, y a desgajarse a los trompicones toda la gente de su puesto, para oír aquello nunca oído en ese paraje; porque ni san Joaquín, el agüelito del Señor, había oído nunca leyendas de gaceta en la plaza de la corte celestial. Cuando todos estuvieron sosegaos en sus puestos y Peralta por allá en un rinconcito, mandó Cristo que se asilenciaran los tamboreos, y dijo: Pongan hasto cuidao, pa que vean que la gloria celestial no es cualquier cosa. Y después se voltió paonde la monjita, y muy cariñoso le dijo: Leé vos el escrito, hijita, que tenés tan linda pronuncia.

¡Caramba si la tenía! Eso era como cuando los mozos montañeros agarran a tocar el capador; como cuando en las faldas echan a gotear los resumideros en los charquitos insolvaos. La leyenda comenzaba de esta laya: nos, Tomás de Aquino y Teresa de Jesús, mayores de edad y del vecindario del cielo, por mandato de Nuestro Señor, hemos venido a resolver un punto muy trabajoso (...), tan trabajoso, tan sumamente trabajoso, que ni an siquiera se pueden contar bien patentes las retajilas tan lindas y tan bien empatadas escritas en la dichosa gaceta, ¡Hasta ai mecha la que tenían esos escribanos!

Últimamente el documento quería decir que era muy cierto que Peralta le había ganao al enemigo malo esa traquilada de almas con mucha legalidá y en juego muy limpio y muy decente; pero que más sin embargo, esas almas no podían colar al cielo ni de chiripa, y que por eso tenían que quedarse afuera. Pero que, al mismo tiempo, como todas las cosas de Dios tenían remedio, esta cosa se podía arreglar sin que Peralta ni el Patas se llamaran a engaño. Y el arreglo era asina: que todas las glorias que debían haber ganao esas almas redimidas por Peralta, se ajuntaran en una floriona grande, y se la metieran enterita a Peralta, que era el que la había ganao con su puño. Y que la cosa del infierno se arreglaba de esa laya: que esos condenaos no volvían a las penas de las llamas, sino a otro infierno de nuevo uso que valía lo mismo que el de candela. Y era este infierno una indormia muy particular que sacaron de su cabeza el cura y la monjita. Esta indormia dizque era de esa moda: que mi Dios echaba al mundo treinta y tres mil millones de cuerpos, y que a esos cuerpos les metían adentro las almas que sacó Peralta de los profundos infiernos; y que estas almas, aunque los taitas de los cuerpos creyeran que eran pa el cielo, ya estaban condenadas desde en vida; y que por eso no les alcanzaba el santo bautismo, porque ya la gracia de mi Dios no les valía, aunque el bautismo fuera de verdá; y que se morían los cuerpos, y volvían las almas a otros, y después a otros, y seguía la misma fiesta hasta el día del juicio; que de ai pendelante las ponían a voltear en rueda en redondo del infierno por sécala seculórum amén.

Que por todo esto dizque es que hay en este mundo una gente tan canónica y tan mala, que goza tanto con el mal de los cristianos: porque ya son gente del Patas; y por eso es que se mantienen tan enjuncidos y padeciendo tantísimos tormentos sin candela. Estos quizque son los envidiosos. Y por eso quizque fue que el enemigo malo no quiso arriesgar las almas aquellas del infierno, porque esas también eran de envidiosos.

Peralta entendió muy bien entendido el relate. Y muy contento que se puso, y muy verdá y muy buena que le pareció la inguandía. Pero era este Peralta tan sumamente parejo, que ni con todo el alegrón que tenía por dentro se le vio mover las pestañas de ternero: ai se quedó en su puesto como si no fuera con él. Pero de golpe se vio solo en la plaza del cielo. i Hasta ai placitas!

Aquello era una cosa redonda, enladrillada con diamantes y piedras preciosas de todo color, que hacían unas labores como los dechados de las maestras. En redondo había una ringlera de pilas de oro que

chorriaban agua florida y pachulí de la gloria; y cada una de estas pilitas tenía su jardinera de cuantas flores Dios ha criado, pero toditas de oro y de plata. También era de oro y de plata el balconerío de la plaza; y al mismo frente de la entrada, estaba el trono de la Santísima Trinidad. Era a moda de una custodia muy grandota, encaramada en unos escalones muy altos. En el redondel de la custodia estaban el Padre y el Hijo, y allá en la punta de arriba esta prendido el Espíritu Santo, aliabierto y con el piquito de pa bajo. De la punta del piquito le salía un vaho de una luz mucho más alumbradora que la del sol, y esa luz se regaba y se desparpajaba por arriba y por abajo, de frente y por todos los costaos del cielo, y todo relumbraba, y todo se ponía brillante con aquella luminaria.

El Padre Eterno, que en todas las bullas de Peralta no había hablao palabra, se paró y dijo de esta moda: Peralta, escogé el puesto que querás. Ninguno loha gano tan alto como vos, porque vos sos la humilde, porque vos sos la caridá. Allá abajo fuite un gusano arrastrao por el suelo; aquí sos e/ alma gloriosa que más ha ganao. Escogé el puesto. No te humillés más, que ya estás ensalzan.

Y entonaron todos los coros celestiales el trisagio de Isaías, y Peralta, que todavía no había usao la virtud de achiquitarse, se fue achiquitando, achiquitando, hasta volverse un Peraltica de tres pulgadas, y derecho, con la agilidad que tienen los bienaventuraos, se brincó al mundo que tiene el Padre en su diestra, se acomodó muy bien y se abrazó con la cruz. Allí está por toda la eternidá.

Botín colorao; perdone lo malo que hubiere estao.

ALMA DEL HOGAR TRADICIONAL DE ANTIOQUIA²⁹

Soul of the traditional home in Antioquia

Jaime Sanín Echeverri³⁰

Sería imposible concebir siquiera la vida del hombre en la paulatina ocupación y desenvolvimiento de estos nuestros valles nativos sin la presencia continua de la Virgen María, venerada en las imágenes de sus diversas advocaciones. Rionegro empieza a ser ciudad de señorío cuando todos sus vecinos notables traen desde la derruida ciudad de Santiago de Arma el famoso presente del rey Felipe II, aureolado de milagro y de leyenda, que es la estatua de la Virgen del Rosario. El retablo de Nuestra Señora de los Dolores, conducido por una piadosa señora que le construirá el primer templo, determina la fundación de la sociedad de La Ceja del Tambo, y una imagen de la misma denominación hace posible la existencia del Guarzo, hoy El Retiro, ante la cual han de venir año tras año los libertos de doña Javiera a pagar con preces el precio de su libertad. Y de estos mismos valles habían de salir para plantar otros tantos santuarios marianos, los fundadores de Sonsón y de Abejorral, los de Salamina y el Sargento, los que llevaron a los nuevos territorios los nombres cejeños de Aranzazu y Marulanda y aquellos González y Aranzazu, nobles familias que tenían títulos reales sobre todas las tierras del actual departamento de Caldas, en cuya colonización no hay una mujer más notable que la viuda de don Juan de Dios, primera dama que fue de la Nueva Granada, donante de terrenos en que habían de construirse templos marianos como células de las nuevas ciudades. Del otro lado del río Negro nunca fue menor el favor. La sociedad toda del Carmen de Viboral sufrió su mayor conmoción entrañable cuando

²⁹ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 34 Núm. 238 (1981). [Gramática y estilo tomada del texto original].

³⁰ Escritor, periodista, historiador, humanista y político colombiano. Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Miembro Honorario de la Academia Antioqueña de Historia.

desapareció y acaso fue incinerada por arbitrio eclesiástico la imagen añosa de la Virgen que había dado nombre al pueblo. Y todos esos hombres inteligentes y andariegos que tienen la sangre marinilla, coautores de la colonización del occidente colombiano, la hicieron bajo la égida de Nuestra Señora. Esta colosal aventura, la más grande que se ha emprendido en nuestra vida republicana, tiene el sentido de una peregrinación en los labios de los intrépidos arrieros que se detenían a orar en cada capilla de la travesía interminable, pero sobre todo en la oración constante de la matrona antioqueña, el ejemplar humano de más acabada perfección que ha producido nuestra patria, ante cuya abnegación, elegancia y generosidad deberán descubrirse los estudiosos de todas las latitudes y tendencias.

El hogar antioqueño tradicional del cual subsisten por fortuna muchos millares de copias, puede ser ridiculizado ligeramente por quienes están enajenados a modelos espurios, renegados de su cuna nobilísima, pero es algo de que nos seguiremos ufando cuantos analicemos objetivamente sus auténticos valores: el denuedo de esos varones duros que plantaban su casa blanca llena de flores en el filo fresco de la montaña y se aventuraban solos a merced de los peligros de la selva, dejando la acrisolada virtud de la señora y el cuidado de los hijos bajo la custodia de la imagen de María. Se habla de que la ausencia reiterada del marido en la familia debida a las empresas transportadoras, agrarias y mineras, donde luchaba cuerpo a cuerpo con el áspid ponzoñoso y con el tigre, pero más con los invisibles gérmenes de las lagunas y con toda la insalubridad ambiental, decidieron en la organización hogareña de Antioquia una nueva suerte de matriarcado. En efecto, la madre antioqueña, más que otra alguna, tuvo que tomar decisiones cotidianas en ausencia de su marido, alternó las labores del bordado y de las artes manuales con el manejo de la hacienda, acompañó a las mujeres de sus trabajadores en el trance del parto lejos de todo recurso científico, afrontó los accidentes de las caballerías en aquellos empinados caminos sembrados de cruces y de peligros, tuvo voz de mando, guarda de dineros, disposición de enseres y decisión última en materias de entidad. Pero no hubo matriarcado, pues la llegada del marido era la luz y la plenitud de la casona campesina. Ese hombre que era la rudeza tenía la compensación del mimo y cuidado extremo y su voz bronca gobernaba sobre los maizales, los hijos y los agregados mientras se reponía de la quartana. Ahí la garantía del hogar era testimoniada porque noche tras noche, desgranando con uñas desgarradas la mazorca de maíz amarillo montaña, como la señora con

gesto igual recorría las cuentas de la camándula, los hijos y los peones, sus mujeres y sus vástagos respondían en coro las interminables avemarías del rosario por el padre ausente.

Recuerdo. Éramos cinco. Después, una mañana un médico muy serio vino de la ciudad.

Hizo cerrar la alcoba de Tonia y la ventana. Nosotros indagábamos con insistencia vana y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde cargados de racimos de piñuelas maduras y gajos de arrayán.

La granja estaba llena de arrullos y de mimos; ¡y éramos seis, había nacido Jaime ya!

El más dulce y el más desgraciado de nuestros vates muertos, don Epifanio, padre de varias hijas que sirvieron eficazmente los intereses educativos en La Ceja, no se contenta con admirar las maravillas del amanecer unido al amor de su cónyuge, sino que hace eco de ese regocijo del nacimiento de una sobrina, convocando sin alardea la naturaleza para que participe en su celebración: "Vuela lorito, a visitar la cuna — de mi Natalia". Doña Natalia Mejía de Trujillo, ese hermoso ejemplar humano que, manteniendo incólume el antiguo prestigio familiar de los descendientes de don Fortis, hizo célebre una artesanía y con ella venció la adversa fortuna, como supieron hacerlo tantas otras matronas antioqueñas.

Por qué insisto ahora en hablar de natalidad cuando he sido llamado a hacer la alabanza de María del Monte Carmelo en La Ceja, cercanos a la coronación canónica de la secular estatua traída aquí por mi insigne coterráneo el párroco Isaza, hermano que fue de la insigne Juliana cantada por Antíoco, y ¿Que tanto ilustró la historia eclesiástica de nuestra provincia?

¿Qué sería de nuestra Antioquia, provincia aislada y remota, sin la valerosa confianza que nuestros antiguos depositaron en la Providencia Divina cuando llamaron a la vida largas legiones sin planificación y sin inventario minucioso de recursos disponibles? No se hubiera logrado la aventura afortunada de salir los pobladores hoy llamados sobrantes de sus propios lares y dar origen a esas patrias nuevas, más grandes y fecundas que las prístinas. Hay una página de Tomás Carrasquilla, "El

Ánima Sola", la cual penetra en ese privilegio divino que es el reino de los futuribles, y llega a medir el alcance para la humanidad del hijo que no se engendró. Así toda nuestra literatura, como toda nuestra alma popular, es un cántico a la fecundidad. ¿Quién no oyó en su infancia el popular Trecenario de San Francisco de Paula, cuando en los Gozos ponía énfasis la madre antioqueña?

***"A la perfecta casada
que con devota oración
su fruto de bendición
pide a la Virgen Sagrada..."***

Sí. Los antioqueños fuimos hijos deseados, bien recibidos, bien habidos.

¿Qué logran estos predicadores del control de la natalidad sino llenar de pesimismo a la población, convencerla cada día más de su incapacidad para esfuerzos superiores aun en favor de la más bella y noble de las causas, como es la de fundar y prosperar una nueva familia?

Escritores agotados, copian de cualquier almanaque simples proyecciones de población y desbarran con base tan deleznable, llevándose de calle los más íntimos sentimientos humanos, al albedrío de multiplicarse que se ha respetado desde la prehistoria aún a los esclavos, el problema sobrenatural que entraña el crecimiento de la patria y de la Iglesia, el logro y la riqueza afectiva de que muchos hemos menester. La madre, hasta ahora venerada por toda la humanidad como lo mejor que había en ella, está siendo despreciada y vilipendiada. Los nuevos valores que vienen a suplantar los madurados en largos siglos por el cristianismo, son el erotismo como fin, realizado por el mero placer y sus consecuencias naturales, el aborto provocado, el amor libre, el divorcio vincular.

¿Qué felicidad podemos ofrecer a nuestros pueblos con estos programas exhibidos a mañana y tarde en la publicidad comercial, llevados por presuntas dirigentes femeninas a congresos de tamaño continental, repetidos con rutina torpe y ensordecedora por ciertos políticos en decadencia y por escritoruelos sin asomo de pensadores que muelen a diario los mismos temas con iguales escasas palabras para fatiga de las prensas y de los lectores?

Nuestra única esperanza de desarrollo, aún en lo económico, está en la multiplicación de la familia cristiana, de aquella que mira como espejo la Sagrada Familia de Nazaret. Nunca olvido la sagaz respuesta del Padre "Camilo Torres, interrogado sobre el lugar común de la explosión demográfica y las responsabilidades del catolicismo en este proceso. Dijo que en cuanto a Colombia, el número de hijos naturales era tal que sin ellos no habría explosión demográfica. Por tanto si los colombianos cumplieran las leyes de la Iglesia en materia de natalidad, el fenómeno no se hubiera producido. Y mal podría achacarse responsabilidad a la Iglesia de hijos nacidos fuera de matrimonio cuando eran la evidente violación de sus normas.

Démonos cuenta hoy más que nunca de que cuando nos apartemos del cristianismo estamos dando tumbos en el abismo de nuestra perdición como sociedad y como individuos. Las leyes de libertad para el aborto voluntario y las campañas masivas de control de la maternidad constituyen una vergüenza para la sagrada profesión médica, que juró desde los días paganos de Hipócrates no usar su ciencia en actos que fueran contra la vida del feto, pues el objeto mismo de la medicina es la protección de la vida humana, y nada que vaya contra la vida humana deja de ir contra la medicina. Los antioqueños tenemos que recordar esas cumbres de ética que no dudaron en ofrendar sus vidas a sabiendas, a trueque de salvar otras no menos preciosas, las de una madre y un niño aún no nacido. En el ya clásico cuadro "Horizontes" del maestro Cano, el padre, la madre y prematuramente el niño miran y señalan el espacio lejano, las tierras por ocupar, por poseer, por dominar como en el mandato del Génesis, como único objeto de esperanza. Y en los grandes murales de Pedro Nel Gómez toda la fuerza de Antioquia nace de la fecundidad, como en los mitos aborígenes de la Sinifaná y la Ayurá.

Unas en forma más artística que otras, las imágenes de Nuestra Señora del Monte Carmelo representan siempre a esta señora con su divino hijo en los brazos, inspirados siempre los artistas en la historia o la leyenda - no nos interesa ahora si lo uno o lo otro- de la aparición de la Virgen a San Simón Stock y la entrega que le hizo del hábito de la orden oriental del Carmen como prenda salvífica para quienes lo vistan: el santo escapulario.

Hoy se estila poco creer en apariciones, en revelaciones privadas, en imágenes y en sotanas. Menos aún en las llamadas devociones salvíficas. Se habla poquísimo del purgatorio y aún se dice en mensajes públicos que

la Iglesia tiene archivadas las llamas eternas del infierno, tan vivas e indudables en la palabra de Jesús. En los mismos documentos conciliares la teología mariana, como la presencia real de Cristo en la Eucaristía, apenas se tocan de soslayo, con timidez, no porque se pretenda negarlas sino porque se consideran ya definidas por concilios y Papas antañones, y porque cierta cortesía con los hermanos separados, con ánimo de atraerlos a la casa paterna, parece que aconseja no hacer alarde de nuestros más caros dogmas y tradiciones.

Los habitantes de estos valles de maravilla, donde en cada vuelta del camino hay una imagen de Nuestra Señora, somos cristianos por la gracia de Dios desde mucho antes del Concilio Vaticano II, y nuestros padres lo fueron en su inmensa mayoría desde antes de la herejía protestante de nuestros amadísimos hermanos separados.

Creemos en María Santísima, Madre de Dios y de los hombres, concebida sin pecado original, mediadora universal, conducto de la gracia, dispensadora del favor divino, corredentora, que está en el cielo en cuerpo y alma, que oye nuestras oraciones e interviene ante su Divino Hijo por nosotros. Creemos que Él se solaza y se goza en su intervención.

Veneramos sus imágenes, como se venera el retrato de la madre en nuestros hogares. No tenemos el menor influjo idolátrico ni fetichista en esta veneración, aunque así lo proclamen los pedantes de aquí y los presuntuosos teólogos del viejo continente, donde también la veneración a las imágenes marianas ha sido el sello del catolicismo. Consideramos mal orientados a los nuevos iconoclastas, como antaño lo fueron los orientales y en los albores de la edad moderna los seguidores del hermano fray Martín Lutero y sus compañeros de herejía. Creemos que las imágenes han representado en nuestra cristiandad un medio visual como los que ahora tanto se aconsejan, y que en la mente de todos los hombres se mantienen vivos los hechos evangélicos y apostólicos en parte gracias a las imágenes, mayormente en poblaciones como las de la Europa medieval y renacentista y las nuestras de hoy en las cuales una gran parte del pueblo no tiene acceso a la lectura de los libros santos, por no saber leer. Consideramos útiles las tradicionales procesiones con imágenes sagradas y con cánticos y música religiosa, aunque sea por el mismo aspecto pedagógico ya relacionado de los medios audiovisuales. Ojalá los versos latinos de antigüedad venerable no fueran artificialmente dados al olvido ni entregados en pésimas traducciones a la profanación del pueblo de Dios, máxime cuando a ellos están unidos nombres como los

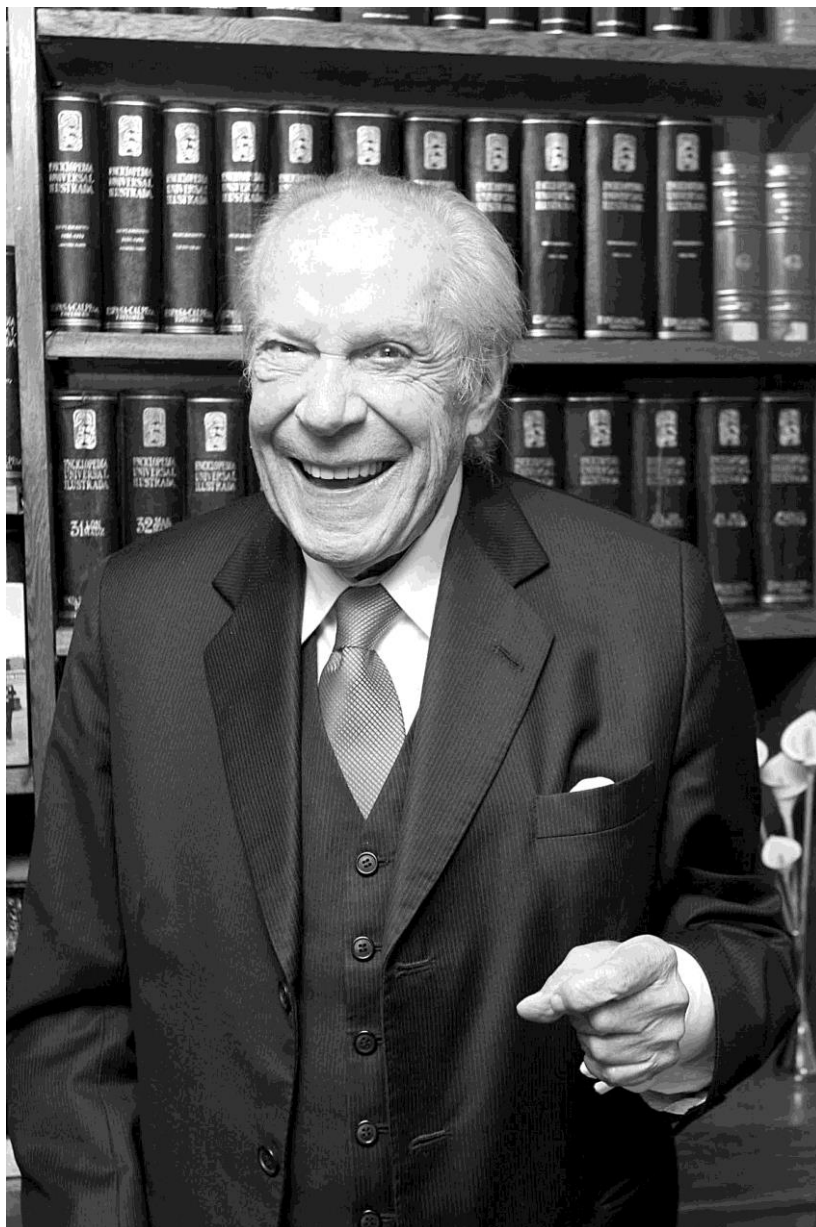
de Santo Tomás de Aquino, que merecen respeto de sus derechos de autor en su versificación y lengua originales.

No aceptamos que se nos siga tratando como a menores de edad ni como a países coloniales en materia de pertenencia a la Iglesia. Mediante el bautismo somos tan hijos de Dios como los de pueblos de más antigua conversión. Hemos conocido cerca, en nuestros propios hogares, ejemplares adultos de santidad en su amor a Dios y al prójimo que pueden servir de modelos a toda la cristiandad. En nuestros viejos párrocos y obispos, aunque no llegue su fama a la veneración pública de los altares, hemos conocido pares de los más grandes santos de otras latitudes.

Amamos a Dios y a nuestra Señora a despecho del mundo apóstata que nos circunda. Queremos diálogo con él, pero no sobre la base de avergonzarnos de nuestra causa, ni de simular que nuestra casa está corrompida para que cómodamente vuelvan a ella los hermanos corrompidos que la abandonaron.

Todavía somos romeros. Venimos años tras año al pie de la imagen de Nuestra Señora, como desde antaño se iba ante la del Pilar o la de Loreto, y como se va hoy a Lourdes o a Fátima, a decirle nuestras quejas, o renovarle nuestro amor, a encenderle el cirio de nuestros corazones, a jurarle amor filial, fidelidad perenne, y que La Ceja y estos valles, y Antioquia, y Colombia, y la América Española seguirán siempre suyos, péseles o no a los clérigos modernistas, a los estadistas que pretenden reformar a la Iglesia, a los periodistas que desean cambiar el paradigma de la pureza inmaculada de María por la lascivia pan sexualista de Freud, los valores de la familia cristiana por el onanismo, el aborto y el divorcio; y la imagen admirada de la madre cristiana por el maniquí maquillado de la mujer artificialmente infecunda, poseída de miedo del amor y dominada por el instinto animal del mero placer.

Hemos llegado, Señora del Carmen, a esta romería pero sabemos que dentro de un año y dentro de un siglo y de aquí a muchos siglos, hasta el fin, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos volverán a tus plantas a orar, a recordar, a ensoñar, porque no prevalecerán las puertas del infierno.



Jaime Sanín Echeverri

La vida de Uribe Uribe tiene un acento nacional. No es un primario impulso el que nos congrega en torno a sus enseñanzas. El dejó de ser un paladín sectario, para convertirse en una flama encendida de amor patrio. El tiene ribetes de apóstol. Su carácter, su reciedumbre en la lucha, su devoción por su partido, su hondo fervor por Colombia, su amorosa inclinación por el hogar, su continua dedicación a los problemas públicos, le dan un marco de grandeza que tiene destellos de mística adhesión popular. Su nombre es símbolo y éste se confunde con la misma patria.

Estuvo vinculado a publicaciones, desde muy joven. El oficio nobilísimo de transmitir su pensamiento, lo cumplió con religiosa entrega a los colombianos. Con alcance de apostolado. Cada página suya tiene una connotación pedagógica. Las pensó y las publicó con la patria como espejo. Para poder mirarse en ella sin sonrojo. Así fue de limpia su obra intelectual y su actitud humana.

Comenzó como redactor de "La Consigna", en 1882, al lado de don Fidel Cano. En 1884, dirige "El Trabajo". En 1886, "La Disciplina" y "El Autonomista". En 1911, fundó "El Liberal". Colaboró en "El Republicano", "El Relator", "El Tiempo" y en otra multitud de publicaciones que iban modelando la conciencia pública del país. Su vocación se inclinaba para descubrir los premios sociales que agobiaban a los menesterosos. Su

³¹ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 90 Núm. 255 (1995). [Gramática y estilo tomada del texto original].

³² Jurista, político, abogado. Fue Representante a la Cámara y al Senador de la República de Colombia. Ex ministro de trabajo y agricultura de Colombia. Formó parte de la comisión investigadora de las causas de la violencia en Colombia. a Miembro de Academia Colombiana de la Lengua y de la Real Academia Española. Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia. Miembro Honorario de la Academia Antioqueña de Historia

prédica, invariablemente, fue de carácter social. Poco, por cierto, se han utilizado los materiales periodísticos de Uribe Uribe. Aún nos debatimos en contradicciones, pues no conocemos bien nuestro desarrollo cultural. José Luis Romero enunciaba una consideración que tiene validez para Colombia: "Sin duda es cierto casi todo lo que sabemos de la historia política de Latinoamérica; pero no es nada más que una parte de la verdad, y acaso la más superficial".

Aprovecho esta oportunidad para contar parte de mi cercanía con Uribe Uribe. La primera, mi identidad política. Por esta solidaridad, tuve necesidad de conocer su pensamiento. No me tranquilicé con repetir la frase de que el liberalismo debía abreviar en las fuentes del socialismo. Desde el año 60, me dediqué a reunir sus páginas. Ha sido una labor lenta, difícil. Pero creo tener casi la totalidad de lo esencial de su pensamiento. Considero que es bueno que se sepa en qué consiste este archivo: se ha publicado un libro: "El Pensamiento Social de Uribe Uribe". Una edición en mimeógrafo cuando dirigí el Ministerio del Trabajo y, después, la segunda, que la publicó la Gobernación de Antioquia a través del "Centro Cultural Rafael Uribe Uribe". En ese texto, demuestro que él fue el precursor del derecho del trabajo. El más fecundo tratadista Guillermo Cabanellas, y fundador de la Asociación Iberoamericana que reúne a los más altos especialistas en lo laboral, me dice en carta muy importante:

"¿Cómo existe un precursor de tantas ideas, ignorándolo nosotros; cómo se esconde, se oculta, -valga la palabra- un verdadero creador del Derecho del Trabajo, un pensador, ¿un hombre que ha abierto un camino que otros recorreremos ignorando quien fuera el artífice de la obra? Creo que sería una labor de justicia que ese texto, que me envía en fotocopia, aparezca en una cuidada edición y se divulgue conforme corresponde".

Su contenido, es el siguiente:

Discurso sobre los salarios

Socialismo de estado

Una invitación al trabajo

Los problemas nacionales

Exposición sobre el presente y el porvenir del partido liberal, en Colombia
La fuerza del Estado — El amor al pueblo

Enseñanza primaria ante todo

Una Universidad Nacional, moderna, autónoma y científica

Panorama de gobierno

Su última iniciativa parlamentaria: sobre "Procedimientos en caso de expropiaciones para causa de utilidad pública"

La Antología No 2, "*Nuevos aportes de Uribe Uribe al pensamiento social*", está en la imprenta y la editará la Gobernación de Antioquia, otra vez a través del "*Centro Cultural Rafael Uribe Uribe*". La lista de sus capítulos es la siguiente:

Reducción de salvajes

Civilización de indígenas

1°. Creación del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio

2°. Funciones del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio

3°. Reforma de la Ley 19 de 1911, que creó el Ministerio de Agricultura

Gusano de seda: la sericultura Exposición en Londres

La laguna de Fúquene

1°. Fomento de las llanuras orientales

2°. Salinas de Cumaral y Upía y la industria pecuaria llanera

Defensa del pan del pueblo

Extinción de la langosta

Concesiones hidráulicas

1°. Proyecto sobre ferrocarriles

2°. Importancia política y social de los ferrocarriles

Sin telégrafos estamos aislados del mundo

1°. Las empresas del Chocó

2°. Los caminos del Atrato

1°. Escuela de funcionarios

2°. El funcionarismo

3°. El nepotismo

1°. Se reorganiza la Universidad Nacional

2°. Explicación del proyecto

3°. Formación de un patrimonio para la Universidad Nacional

4°. Se crea la Facultad de Agronomía

1°. Lucha contra los monopolios

2°. Apoyo inexplicable a los monopolios

3°. Frente a los opresores y los explotadores

4°. Satisfactoriamente (Polémica en el periódico "La Crónica") Remate de las rentas de Licores en el Tolima

Sobre colonización o inmigración de extranjeros

Los perjuicios de un Cultivo: Nueva utilización del maíz

Lucha contra el paludismo, la fiebre amarilla y la anemia tropical

Alza progresiva de los derechos de aduana

Reforma económica es lo principal

Trabajo nacional contra dependencia extranjera

En la tercera Antología "*Ensayos Históricos y Literarios*", de la cual ya corregí las pruebas, y que propicia la Universidad de Antioquía, aparecen los ensayos:

La Patria y la Historia -Elogio de la Patria

-Antecedentes del Cabildo Abierto de 1810

Santander

El Héroe y Mártir Liborio Mejía

Repaso de Historia

Dictadura de Melo

Independencia del Ecuador

Balboa y el Océano Pacífico

El Doctor José Rizal

Los Héroes del Polo Sur.

II

El Alma Nacional

Oración por la Tolerancia

Oración por la Paz

Fuentes Históricas y Sociales del Espíritu de Indisciplina en Colombia

Los Fracasados

Los Derechos del Hombre -Volvamos a Empezar-

III

Lengua y Literatura

Diccionario Abreviado de Galicismos, Provincialismos y Correcciones del Lenguaje Camilo Antonio Echeverri

"Aires Antioqueños" y "Prosa y Verso"

Crítica Menuda

"*De Bogotá al Atlántico*": un Libro de Viajes

IV

Política y Viajes

Los Peces de Amatlán

Volcán de Agua

Noticias de un Viaje a Centro América

Anaime

V

Traducciones

El Renacimiento

Camoës

El Gran Juez

Las otras siete Antologías, aún no tienen editor. A pesar de mi insistencia, no he logrado respuestas positivas. Ellas son:

1º.) "Iniciativas parlamentarias", que comprende setenta y cinco propuestas sobre problemas fundamentales del país.

2º.) "Política liberal": estudios doctrinarios; examen de principios; enunciación de tácticas y administración del partido. Referencias al pensamiento universal de otras colectividades internacionales que tienen concomitancias con el liberalismo y cuatro extensos cuadernillos.

3º.) Sus escritos en tomo a la "política internacional y los problemas de fronteras", comprenden cuarenta estudios esenciales: en donde se exponen tesis jurídicas, se hace examen histórico de los diferentes tratados, desde el *utis possidetis* de 1810, hasta el momento en que se escribieron; confrontación con los estudios que han presentado los países vecinos en cuanto a límites.

4°.) "Uribe Uribe y la agricultura". Comprende tres ensayos acerca del café, el caucho y el banano. Son páginas extensas: se examinan las diferentes formas de cultivo; las plagas y fórmulas para combatirlas y los mercados internacionales.

5°.) "Alegatos a favor de los derechos de Jorge Isaac en las carboneras del Atlántico", que le desconoció la Regeneración Conservadora de Nuñez y de Caro por su adhesión al liberalismo y su participación en la guerra de 1876.

6°.) El "poder público", Sus textos lo señalan como uno de los juristas que inicia la codificación en Colombia de los principios de derecho administrativo.

III

LA REGENERACION CONSERVADORA

7°.) "La Regeneración Conservadora de Núñez y de Caro". Muchos liberales de hoy, complacientes en sus juicios con ese tiempo histórico, encontrarán en sus artículos y discursos extensos, nuevas reflexiones que no coinciden en su deformada visión de una etapa que no se ha examinado objetivamente. Uribe Uribe tiene juicios muy severos. Reseñemos algunos pocos. Demasiados pocos: varios de los textos de Uribe Uribe, establecen las dicotomías entre lo que predicó Nuñez en épocas anteriores y lo que aplicaba desde el gobierno. Luego viene el análisis de lo que él llamaba las "elecciones regenerativas"; señala los métodos que se empleaban para desconocer la votación liberal, con la arbitraria división territorial, que aseguraba sólo podría llegar al parlamento un solo representante de nuestro partido. Luego puntualiza cómo se clausuraron y se incautaron sus imprentas por el gobierno de los periódicos "El Relator", "El Contemporáneo" y "El 13". La expulsión de muchos luchadores liberales, -demasiados- principiando por el Ex-presidente Santiago Pérez.

Hace estudios en cuanto a los defectos de la Constitución de 1886, que produjo guerras; la primacía de la ley irregular sobre la Carta Magna; los desfases entre la ley y la forma de aplicarla; la trashumancia de los jueces; critica el reclutamiento para el ejército que se hacía discriminado en el país. Formula cargos concretos sobre la empleomanía y el contratismo. Se preocupa de que no se haya logrado la paz en esta etapa por el desconocimiento de los derechos que reclamó, en forma de colaboración,

el liberalismo, en la Convención de 1897. No se estudiaron y, desde luego, no hubo solución. Vino la guerra.

En el interés de desacreditar el período de las administraciones radicales, alegando que en esa época se desintegró la república por los mecanismos de que gozaban los estados soberanos, se ha repetido hasta el cansancio, que sólo en la Regeneración se logró la unidad nacional. Uribe Uribe pregunta: "Cuál unidad nacional?". Porque antes las gentes no estuvieron tan separadas, más antagónicamente encaradas; más dramáticamente escindidas, Las divisiones conservadoras mantenían en zozobra al país. No hubo elementos que aglutinaran. Se llegó a las guerras. Pero al sostener que se impuso la unidad nacional, se ignora la separación de Panamá. ¿O será una alabanza del centralismo? Parece que existiera la intención de crear un criterio de benevolencia que arrojara a ese régimen y lleva a remarcar juicios inconsecuentes con la realidad.

Hay un capítulo acerca de la dureza implacable de Caro. Como a éste el país lo juzga por su obra intelectual, se han olvidado de ver su acción perturbadora. Ella conduce a la represión y, desde luego, a ser expresión de una conducta gubernativa que no tenía otra salida para el enemigo que la guerra. Ello unido al papel moneda, los contratos y el manejo, con soberbia, del poder.

Hay páginas sobre por qué se llegó a la guerra de los mil días y explicaciones en carta a José Manuel Marroquín como cada paso del gobierno, garantizaba la pérdida de Panamá.

Sobre esta época, escribió y publicó un libro que hay urgencia histórica de localizar. El dice en "El Autonomista", del 5 de septiembre de 1889: "De varios colores"

LOS LADRONES EN COLOMBIA

Con frecuencia me preguntan, verbalmente o por cartas, por esta obra, anunciada hace algún tiempo. El libro está impreso y la edición depositada en poder de un amigo en una capital de Centro-América. Consta de 475 nombres dispuestos en orden alfabético, "para la mayor facilidad de la consulta", y el total de lo que aparece robado asciende a 138 millones de pesos.

"No es una obra de difamación, sino un elemento histórico. Sin tener carácter definitivo, es un interesante ensayo de clasificación y

discriminación, en que se confirman con datos y pruebas muchas sentencias ya dictadas por la opinión, se levantan algunas censuras inmerecidas y se establece la culpabilidad de muchos que hoy pasan por inocentes. Todo lo cual ayudará mucho a los escritores futuros para poner a cada uno en su lugar, puesto que la historia de esta baratería de la Regeneración no va a consistir en estudios políticos profundos ni en disquisiciones sociológicas, sino en la simple enumeración de los que se olvidaron de la moral y de la tradición, y de los que permanecieron fieles a ellas.

"El libro tiene al frente un prólogo de Juan de Dios Uribe, acaso lo mejor que haya salido de la pluma de este insigne prosador."

"Me he decidido a posponer la venida del libro por dos razones: la. La de darme tiempo para agregarle un suplemento sobre los últimos saqueos y sobre los pasados que apenas ahora se van descubriendo, aunque por lo que se ve, el material es tan abundante que arriesgo a tener que escribir un segundo tomo; y 2a. Por que no habiendo tenido como pagarme un seguro de vida, he pensado que mientras la Regeneración no acabe de caer, ese seguro puede ventajosamente reemplazarlo, contra los peligros de la política, el anuncio de que mi amigo el depositario tiene orden de introducir de cualquier modo el libro en Colombia en cuanto sepa que los regeneradores me han matado. Con lo cual creo que éstos cuidaran de la conservación de mi vida más que de la suya, aun encenderán más de una vela a los santos de su devoción a fin de que yo llegue a ser siquiera octogenario".

IV

El liberalismo colombiano no es pecado

Uribe Uribe publica su libro "El liberalismo colombiano no es pecado", en 1912. Apoya sus tesis en el libro "La fórmula de la unión de los católicos", del R. P. Fray Conrado Muños Sáenz, religioso agustino, maestro de Teología y director de la Revista "La Ciudad de Dios". Explica como Pío IX en el Syllabus, utilizó la condena del liberalismo, comprendiendo dentro de esta palabra un conjunto de errores políticos y religiosos. La afirmación de que el liberalismo es pecado, la puso de moda el sacerdote carlista D. Félix Sardá y Salvany. A éste le escribió el Papa León XIII: que le preocupaba que los periodistas católicos -Sardá dirigía "La Revista Popular"- "se desvíen y lleguen hasta abusar de nuestras

palabras y letras...atizando sensibles discordias. No hay, ciertamente, cosa más indigna, pues quien tal hace sólo atiende, bajo pretexto de defender la religión, al desahogo de particulares rencillas, con gran daño de la misma y de la caridad, que ahincadamente y de continuo estamos recomendando".

El libro de Uribe Uribe corresponde entre algunos de sus capítulos, los siguiente:

"De cómo el liberalismo no es pecado".

"Alcance político, religioso y filantrópico de este escrito".

Origen y deformaciones de la controversia

La repugnancia a distinguir

Apasionamiento de la cuestión

El opúsculo del P. Sardá

Catolicismo y carlismo en España

El opúsculo del P. Sardá ante la Santa Sede

Evolución política del P. Sardá

Modo de plantear la cuestión

Historia del Syllabus

Errores condenados en el Syllabus

Errores condenados en la Encíclica "Quanta Cura"

El liberalismo y el Syllabus

Liberalismo, progreso y civilización Dónde comienzan las discrepancias

El nombre liberal no está condenado

Acepciones del nombre liberal declaradas admisibles por la Iglesia
Variaciones

históricas de las palabras liberal y liberalismo

Diferencias entre liberales y conservadores

Inconveniencia de mezclar en Colombia la religión con la política conservadora

Hay católicos en todos los partidos

La insistencia del Papa en separar la religión y la política.

Siguen otros más. En su capítulo de resumen, manifiesta, lo que inquieta, perturba y daña la vida nacional: "80. El liberalismo de Colombia no es una escuela filosófico-religiosa sino un partido político, organizado para fines prácticos de gobierno y de administración.

90. "Entre los liberales y los conservadores colombianos las diferencias no son de carácter religioso, sino sobre el concepto del Estado y de la autoridad, sobre extensión de las libertades públicas y sobre métodos de gobierno."

100. "La alianza de la Iglesia con los conservadores colombianos es lo que ha producido la confusión de que, al combatir el Partido Liberal a los segundos, se le haya hecho aparecer como enemigo de la primera".

El 28 de septiembre de 1912, Bernardo, Arzobispo de Bogotá, decretó la condena del opúsculo intitulado de "Cómo el liberalismo colombiano no es pecado".

Uribe Uribe, en octubre 2, apela el fallo eclesiástico ante la Santa Sede. Desde luego, se produjo una polémica intensa, con ribetes de disímiles tonos: iba la reflexión a la diatriba.

Lo esencial para destacar es la seriedad del autor en la expresión de sus tesis; la pulcritud idiomática y el estudio sistemático de las Encíclicas, de los teólogos, de encumbrados tratadistas de la época. Está escrito este libro, como todos los suyos, con gran dignidad conceptual, donde no prevalece un solo juicio precipitado. Reafirma su condición de hombre investigador, con severa pasión por los intrincados problemas doctrinarios.

V

“Por la América del Sur”

Uribe Uribe publicó otros libros: dos gruesos volúmenes con el título "Por la América del Sur", en el cual hay una serie de monografías, en las cuales los problemas Colombianos -su conformación geográfica, su pasado, presente y futuro; o la separación de Panamá- inquietan su inteligencia.

Los textos sobre las instituciones militares de Chile, nos comprueban que, gracias a las orientaciones que dio al gobierno nuestro, se pudo organizar un verdadero ejército nacional.

Luego se desvela por presentar ensayos sobre la Constitución de Panamá y los asuntos referentes al Canal. Sus páginas sobre la intervención de Estados Unidos, -jurídicas, históricas y políticas-, resplandecen por la versación en tratados internacionalistas y en el sentido de dignidad nacional de cada uno de sus razonamientos, con rigor conceptual. Es uno de los enfoques más severamente concebidos e históricamente de más densidad.

Se incluyen sus observaciones en torno a varios países de Indoamérica: Ecuador, Perú, Chile, Argentina. En estos análisis, se detiene en los achaques más diversos, que sólo un hombre de amplia cultura puede aprisionar y señalar con sus características propias: las estadísticas, los ferrocarriles, los cultivos, las industrias.

En el examen histórico, se refiere, además de los ya enunciados, a la reconstitución de la Gran Colombia; a los derechos de nuestro país en el Caquetá; a los Tratados de Montevideo; a las conferencias panamericanas y los diferentes asuntos jurídicos que de ellas se desprenden con consecuencia para nuestro continente. Los límites del país, le enfadan como materia primordial en sus investigaciones.

Hay escritos acerca del cultivo del eucalipto, algodón, cacao, tagua, café, caña, remolacha, siringa, caucho manizoba, aramiña y el pasto yaraguá. La administración de la llama y la langosta, le conducen sus palabras. En las industrias, menciona las de hilados y tejidos, en relación con la aduana. En el comercio, puntualiza cómo pueden ser las relaciones de los países del sur con Colombia. En cuanto al transporte, hace examen de los ferrocarriles, de los tranvías, de las posibilidades de establecer uniones entre los ríos Amazonas y el Plata.

La agricultura lo apasiona permanentemente. Por ello explica con erudición cómo puede ser la perforación de pozos artesianos; la calidad de los estudios agropecuarios y apela a las cátedras del Japón, Bélgica e

Italia, Puntualiza las diferencias esenciales en aquellos países en cuanto se relacionan con la tierra y el clima, que delimita parte sustancial de las enseñanzas. Habla de cómo establecer los regadíos y la protección de los gobiernos a la agricultura. Es, pues, una exploración razonada de cada aspecto económico y social.

En la ganadería, denuncia las enfermedades de los animales y sus tratamientos, prevención y erradicación. Cómo apela a las contribuciones que pueden prestar los servicios meteorológicos, la geología y otras prácticas científicas para tener un más adecuado aprovechamiento de las posibilidades económicas del suelo.

Este libro, "Por la América del Sur", denuncia la existencia de un Embajador comprometido en el examen de nuevas experiencias de los países que visita; de explorar los estudios de su historia y sus concomitancias con la nuestra; para indicar como será la evolución jurídica de los diferentes asuntos que aún incomodan las relaciones entre nuestros países.

En prosa de densidad conceptual, el idioma cumple un mandato esencial de claridad. No hay desperdicio en sus juicios. Son ordenados, doctos, de serena penetración para hacer el emplazamiento de los diferentes asuntos que rozan su frente de pensador.

Y una advertencia capital: los temas se exploran ambicionando que puedan contribuir a poner orden sobre el pasado, el presente y el porvenir de Colombia. Es un pedagogo que va enseñando que se puede intentar, aprovechar, difundir y expandir para mejorar el destino económico de los colombianos. No hay palabra que no esté dirigida al engrandecimiento nacional. Por ello es más admirable la conducta de hombre de pensamiento de Uribe Uribe.

Temas y Soluciones en su Labor Parlamentaria

Su libro "Discursos Parlamentarios - Congreso Nacional de 1896" reúne debates capitales para entender parte de la historia colombiana. Para comprender la manera dura e intransigente de cómo se administraban muchos de los aspectos de las relaciones de los partidos; de su representación; del control sobre sus actividades y la represión que ejercía la Regeneración conservadora de Núñez y de Caro. Los debates en el Congreso de 1886, lo señalan como un orador elocuente, sin

estridencias; con conocimiento de los debates en que enjuiciaba; con precisión jurídica y abundancia de datos sobre la realidad nacional.

El, adelantó varios debates: el capítulo relacionado con los "representantes espurios", es un reclamo por haber anulado las elecciones de varios hombres de la alta inteligencia nacional y de la más encumbrada garantía de pulcra dirección en los estudios sobre la vida colombiana. El, pide se repongan las disposiciones que negaron las credenciales a Santiago Pérez, Aquileo Parra, Luis A, Robles, Salvador Camacho Roldán y Ezequiel Abadía. Manifiesta que ha sido un atropello a la verdad electoral. Durante varios días presenta argumentos muy sólidos. Finalmente, su proposición es negada con el voto solitario suyo. Le toca, entonces, a él sólo representar a la totalidad del liberalismo colombiano.

En lo referente a las "facultades omnímodas" es otro afán suyo porque se derogue la ley 61 de 1888, conocida históricamente como la "ley de los caballos", firmada por Rafael Núñez. Ella autoriza, sin límites, al ejecutivo para prevenir y reprimir los delitos contra el Estado, sin definirlos; para atajar las conspiraciones con métodos expeditos; para borrar del escalafón a cualquier militar; para inspeccionar y vigilar las asociaciones científicas y los institutos docentes. Con un agravante: además de las penas que imponía el gobierno, las personas quedaban responsables ante las autoridades judiciales. Como es elemental, no fue escuchado.

Sus intervenciones en favor de la independencia de Cuba, buscaban una solidaridad nacional. Son textos con menciones certeras a los principios de autonomía y derecho de los pueblos a determinar el gobierno que se desea. Al finalizar sus exposiciones, un grupo de parlamentarios, presenta una proposición que, inmediatamente, produce la reacción de Uribe Uribe, la cual se manifiesta en el texto que él redacta, somete a discusión y dice: "En consecuencia de lo que acaba de aprobarse, la Cámara es de opinión que fue un positivo error el que cometieron los próceres de nuestra emancipación al romper los lazos que ataban al país a la metrópoli española; y se permite excitar al Poder Ejecutivo para que entable negociaciones a fin de volver la patria al estado de Colonia, y arregle la indemnización de perjuicios causados a España por nuestra injustificable conducta".

En el libro, se lee el siguiente comentario: la proposición es "rechazada por el Presidente, pero aplaudida estrepitosamente por la barra".

Se incluyen los debates en los cuales formuló reparos a los nuevos gravámenes de la Regeneración, que eran excesivos y amenazantes en el caso del café". Es otro momento culminante de sus luchas por el grano. El, previó sus posibilidades como elemento esencial dentro de la economía nacional.

Son muchos otros proyectos que recoge el volumen que deja comprender las múltiples muestras de interés por las más primordiales cuestiones del estado. Allí incluye el discurso en el cual enuncia la necesidad de la creación del Gran Caldas, señalando los límites. Esta convicción, la expresó después en varios proyectos que tendían a ese objetivo. Fue el precursor de ese admirable departamento. No se le ha hecho el reconocimiento que merece.

Se detiene, también, en las reformas civiles y judiciales; en la libertad de pensamiento, garantizando la de la prensa; en el examen de las dificultades que crea la deuda exterior y en los tratados de límites con Venezuela.

Leyendo estos discursos, queda la impresión de que era un parlamentario que cumplía, a pesar de no tener apoyo, con sus deberes democráticos. Es un orador que prepara sus disquisiciones con apoyos sapientes; habla un lenguaje descarnado y preciso, pero de elevada elegancia de conformidad con el espíritu de lo que analiza; revela precisión intelectual en su afán de contribuir al esclarecimiento del destino colombiano.

En el libro "Labor Parlamentaria del General Rafael Uribe Uribe en el Congreso de 1909", (3) como en el anterior, se hace explícita su consagración al estudio de los problemas nacionales. Es ejemplar su afán de comprensión y el examen pormenorizado de cada materia que compromete su inteligencia. Este volumen lleva un prólogo de Libardo López y páginas, entre otras intelectuales, de Abel Marín, Juan de Dios Uribe, C. de la Cuesta, Abel Farina y Alejandro López, haciéndose evidente la admiración que despertaba su apasionada devoción por Colombia, por el destino del Liberalismo y por su identificación con el pueblo.

Haciendo una síntesis de su contenido, podemos señalar las materias más cardinales que examinó: en lo internacional, los tratados con Estados

Unidos y Panamá; los que era necesario volver a estudiar, como los de Ecuador y del Perú. En lo nacional, su preocupación por la exaltación de varones nobilísimos de la inteligencia nacional: la rehabilitación de Diego Mendoza Pérez; la erección a Jorge Isaacs de una estatua en homenaje al autor de la "María", cuando ha podido invocar otras razones públicas. Lo inquietaba su aspecto cultural. Proponía que se repatriaran los restos del ex-Presidente Santiago Pérez y del gobernador y escritor César Conto.

Su tarea parlamentaria en lo que se refiere a lo económico, abarca disímiles, intrincadas y extensas materias. Veamos algunas: cómo debía funcionar el Banco Central en el contrato con el gobierno; la manera de expedirse el presupuesto y su función distribuidora de la vida fiscal. Las tarifas de aduanas, la conversión del papel moneda, la estabilidad del cambio, lo mismo que los precios de la sal y de los telégrafos, las agencias fiscales y de información en el extranjero dentro de una nueva concepción de las funciones internacionales y los resultados de la explotación de las minas de esmeraldas de Muzo, lo conducían a reflexiones, proposiciones y exámenes rigurosos, buscando el bienestar colombiano.

Cuando se detenía en principios y funciones de gobierno, aparecían sus iniciativas creando medios razonables para reformar la constitución; o evitar que el Presidente se eligiera por el Congreso, en lugar del pueblo. A éste le correspondía escoger su destino, pero, además, contra la opinión de sectores reaccionarios, pensaba que el común gozaba de inteligencia y discernimiento para acertar en sus designios. El tema de la división territorial lo inquietaba, pues un mal manejo de la materia podía conducir a estropear la unidad nacional. Como lo desazonaban las leyes de orden público y de alta policía, que podrían conducir a formas de represión, que él y su partido, rechazaban sin ninguna duda. Su capacidad de análisis lo llevaba al examen de los contratos de obras o al examen de la rebaja de penas.

El mundo cultural y su desvelo por la nación, le hacía insistir en el rechazo, con frases de claro ademán en la defensa de la libertad, cualquier proposición contra la prensa. Esta requiere de un ámbito de independencia en el cual no cabe la imposición de cortapisas por los funcionarios. Como defendía la circulación libre de impresos, que demandaba como propósito del estado para favorecer el conocimiento científico, técnico, intelectual. Y peleó -y ésta fue una guerra intensa y reiterativa- por la autonomía de la universidad, para evitar que su

capacidad de irradiación del pensamiento mundial pudiera sufrir mermas o controles.

Propuso que al clausurar el Congreso sus sesiones, se creara una Comisión Legislativa, para preparar proyectos, sugerir reformas a la legislación vigente, prever los cambios que eran necesarios para el estado. Consideraba que no se podía trabajar más, improvisando. La tarea del parlamentario debía obedecer a rigurosos planteamientos de tesis.

Esta es una síntesis de luchas políticas, ceñidas a un concepto doctrinal, por las cuales se empujó la inteligencia y el liderazgo de Uribe Uribe en las discusiones parlamentarias de 1909. Era un varón con un concepto muy riguroso de sus deberes.

“Documentos Militares y Políticos”

El libro "Documentos Militares y Políticos", ordena unos papeles extraordinariamente ricos para comprender y escribir la historia de la guerra de los mil días. Además, aparecen piezas fundamentales como las del entendimiento con Carlos Martínez Silva, en Estados Unidos, que rechazó Marroquín y que prolongó la guerra con consecuencias que terminaron con la pérdida de Panamá. Hay precisiones sobre diversos acontecimientos, concatenados y que son parte del pasado colombiano. En la entrada del libro, dicen los editores que "parece innecesario llamar la atención sobre la impecable forma literaria de las proclamas, manifiestos y discursos contenidos en este folleto, sobre su elocuencia sobria y vigorosa, y sobre el don de oportunidad que los distingue". Más adelante agrega para indicar cómo Uribe Uribe no requería el título de general para mantener vigencia en la conciencia nacional y, en particular, en la liberal: "Cuando muchos, durante los períodos de paz, vivían ignorados e inertes, el General Uribe luchaba por su causa con brillo y tesón incomparables. Por eso no necesitó acudir a los campamentos en solicitud de una reputación, sino que la trajo ya hecha".

Su “Diccionario”

Queremos hacer dos referencias en cuanto a su "Diccionario": "Por el manejo del idioma tenía debilidad de experto. Su libro, "Diccionario Abreviado de Galicismos, Provincialismos y Correcciones del Lenguaje con Trescientas Notas Explicativas/15), ya lo destacaba como un estudioso serio.

De allí que don Miguel de Unamuno, el 18 de abril de 1910, le escribiera con acento de amistad:

"Nos une la lengua, sangre del espíritu. Mientras hablemos lo mismo, pensaremos y hasta sentiremos lo mismo, pues con palabras no sólo se piensa, sino que se siente también".

Y agrega el ilustre español:

"La patria hay que hacerla con la libertad, es decir, con la conciencia de la Ley, y con la cultura, día a día. ¿Y no cree usted, mi querido general patriota, que pueda ocurrir que uno llegue a encontrarse extranjero, desterrado, en su propia patria -ícosa terrible!- si no se puede decir en ella todo lo que siente, si no goza de sinceridad en ella?".

"Lo primero, pues, para tener patria es la libertad de decir lo que se siente, es decir, libertad. Y porque usted hace patria, le tiendo con mi mano, mi palabra de confort: ¡adelante!".

Preocupó a Uribe Uribe lo que él llamó la formación de un lenguaje mestizo. Es algo básico en ese texto: la evolución del español en Indoamérica y sus proyecciones. Hay juicios de la mayor alcurnia y que penetran hacia el futuro de lo que sucederá en el continente.

Hay otras publicaciones que se deben destacar: la profusión de folletos que editó con textos suyos, referentes a disímiles materias, siempre en relación con los grandes intereses del país o del liberalismo. Ellos, que fueron una modalidad de la época, hacen parte cardinal de su bibliografía.

VI

Uribe Uribe fue clásicamente un pensador

Ya es tiempo de que desmontemos a Rafael Uribe Uribe del calificativo de simple "general". El país se ha acostumbrado a distinguirlo así, por su participación en varias guerras. Él fue, clásicamente un pensador. Un hombre que sobresale por el orden de las ideas básicas. En la rigurosidad de cómo deben ser. No se desperdicia en aproximaciones. Tienen principios claros acerca de cada una de las fases matrices. En esta lectura, nos hemos arrimado apenas a unos pocos estudios de los muchos que él escribió. Lo que se comprueba, es el rigor para expresar su visión del estado, de la manera cómo debe gobernarse; del orden en que debe organizarse, sin imposición autoritaria; de la justicia como expresión

sublime del verdadero orden racional que debe primar en una comunidad; de la autoridad que debe ejercerse, sin que se desdeña la participación popular; del criterio de los principios que deben gobernar a una constitución para que tenga sentido nacional. Denuncia que en la vida política o en la del gobierno, no debe primar el provecho personal que debe estar ausente de toda manifestación política; el autoritarismo rechazado como intento o proyecto de dirigir a la sociedad; y cómo el capricho personal no puede ser estimulado, cuando el verdadero derrotero está en el interés colectivo, social, entrañablemente popular.

La fortaleza de sus ensayos y su dramatismo, no dependen ni del tono, ni de la agresividad, ni del idioma. Viene de la descripción razonada de lo que desea para el país y las aberraciones que predominan. Hay ponderación en sus palabras. Como escritor tiene particularidades para relieves. La primera es la claridad. Limpia prosa, despojada de lo inútil. Con criterio profundo de lo que es la virtud de la escritura, aprovecha para con ella meditar hondamente sobre los temas que aprisionan su inteligencia. Lo hace sin desperdicio en divagaciones. Hay una tendencia a explicar, que es prominente en sus tesis que, por cierto, se extienden por las más disímiles ambientes intelectuales, políticos, sociales, históricos, culturales. Es un político que acepta que su compromiso y su deber, es contribuir, pedagógicamente, para que el país se detenga, ordenadamente sobre cada una de las materias que somete a su consideración. Lo cultural lo sitúa en múltiples perspectivas. No tiene un criterio parcial de sus implicaciones. Avanza sobre lo sociológico, lo científico, o lo humanístico en su doble acepción: lo profundo del universo y el escrutinio de la circunstancia nacional. Esta, nunca se le desvía de su mira. Nombra, sin exclusiones, aquello que tiene interés para que haya mayor comprensión de posibilidades ofrecidas al ser: al culto, al de la medianía, al que se trata de reivindicar en el futuro. Al hacerlo, le pone un acento de dinámica mental. Su mensaje no lo proyecta para el reposo. Su vida es de acción y de reflexión. Quiere que ambas impulsen sus principios para avivar y desatar reacciones colectivas. No entiende ni acepta la misión contemplativa de la inteligencia. Quiere que esa actitud personal, se transmita a quienes lo leen. Es un suscitador de gestos comunitarios. No entiende el egoísmo individualista, frente a las necesidades colectivas.

A Rafael Uribe Uribe se le conoce, ampliamente, como militar y como político. Su presencia en la guerra de los mil días, le dio una imagen

mítica. La defensa del liberalismo en el parlamento -la realizaba él sólo, pues era la representación que admitía para toda la nación la Regeneración conservadora de Núñez y de Caro- tuvo el brillo del valor moral, de la entereza del carácter, la idoneidad intelectual, ya que nadie pudo desconocer. Desde fines del siglo pasado, estuvo vinculado a la prensa. También para divulgar los postulados de la colectividad. Con unas características, sus escritos tendían a disciplinar a sus copartidarios y al país, en tomo de principios básicos de la nacionalidad. No había alinderamientos sectarios. Colaboró en muchos diarios y semanarios. Otros, los fundó, dirigió y les dio el rumbo conceptual que determinaba su vida de escritor. Muchos lo juzgan, apenas como un combatiente. No se ha detenido el país a valorar al pensador. Al hombre de tesis cardinales sobre cada una de las materias de la patria. Era un empeño de alcanzar vislumbres el que mantuvo en vilo su inteligencia.

Siempre sus tesis fueron avanzadas. Sin inclinaciones ni concesiones a los extremos inútiles. Su enfoque liberal de la vida, se confundía con unos deberes sociales que le correspondían, tanto al estado como al individuo. Su razonar, en estas materias, invariablemente fue explícito(6). Para que irradiará sobre la mayoría de las personas, mantuvo un azogue mental que impresiona por la diversidad de vertientes. El repaso lo extiende sobre demasiados temas. Se le halla, primeramente, investigando y observando. Su escritura va recogiendo sus disímiles conclusiones. Con una característica que hay que subrayar: la probidad en los juicios en el estudio de cualquier materia. Los fenómenos políticos, los humanos, los históricos, los sociales, los relacionados con lo literario, lo preocupan de igual manera. Como su tendencia es la de un orientador, sus páginas las trabaja para transmitir sin confundir. Lo ético preside cada escrito y sus razonamientos. Porque en él hay una rectitud de criterio, que orienta y dictamina. Le da vigor a sus expresiones. Por ello aparece tan eficaz en los enunciados y con tanta precisión doctrinaria.

VII

Razones y Fortalezas del Ensayo

Al leerlo, nos vemos obligados a meditar en qué es el ensayo. Este, como será comprensible para el lector, sirve para penetrar en los temas más diferentes. Los diversos motivos de preocupación, pueden aparecer declarativos. Su condición de medio del razonamiento, le da una densidad a cada materia; facilita que haya un margen expansivo para las

ideas y que consienta la belleza literaria. Está escrito para irradiar claridad sobre las ideas y la vida.

En Uribe Uribe su prosa es austera, pero sin durezas que impidan el goce en su lectura. La ordenada limpieza de sus proposiciones, le da precisión a las tesis. El idioma, además, lo aprovecha con el afán de quien conoce y puede desbordar la variedad del léxico. Impresiona la utilización de otros apoyos con fidelidad crítica, cuando no abundan sus propios juicios. Es donde se reconoce su amplia y variada cultura. Universalidad de ésta, con una condición: estar al servicio de Colombia. Las referencias generales, le sirven para la interpretación de nuestro acontecer, del camino social que nos corresponde. Su interés implícito y explícito, es determinar los caracteres de nuestra cultura y la del continente indoamericano. Su versión de éste, le permite expresar con mayor profundidad nuestra circunstancia.

Como periodista y escritor, se impuso explorar el criterio objetivo y el subjetivo. Pero prefirió aquél. Porque su intención última era la comprensión. No se perdía en divagaciones. Experto en lingüística, escribía una prosa donde el razonar es la fuente guiadora. Su índole antioqueña le garantizaba que aquélla sería castiza, reiterativa y sin desvíos demagógicos.

VIII

Prosas del Pensador y del Político

En su caso, se comprueba lo que se ha denominado el intelectual político. Aquél como hombre de acción, que facilita a éste tener orden crítico sobre el avance de las naciones. Es una atadura necesaria para la buena conducción de una democracia. Ello fue así en Colombia durante muchos años.

En su obra se haya la fuente de una formación humanística, opacada por las prédicas de su nombre como combatiente ideológico y personaje mítico en la guerra. Realmente, su carácter era reflejo de lo que irradiaba su inteligencia; de lo que su cultura comunicaba. De lo que su ideología, unida a los principios de un carácter, entregaba en el diario combate periodístico y parlamentario. Entre estas dos actividades, fue desapareciendo el escritor, el historiador, el cronista de tan aguda visión espiritual, el traductor de piezas básicas para entender -épocas y poetas- de trascendencia en la formación de la cultura universal. Uribe Uribe da

respuestas, las suyas, amplias y luminosas para el continente de la inteligencia.

En las prosas del pensador, lo más evidente es que permanece Colombia en sus más diversas formas de irradiación. Desde la historia que él interpreta con sabia hondura, capaz de arrebatarse, a quienes la leen, convicciones y pasiones. Es ella parte de su vehemente anhelo de conocer la tierra colombiana: aldeas, ciudades, valles y montañas. No quiere que nada se le escape. Naturalmente, desea penetrar en el alma nacional. Anhela comprender al colombiano, con virtudes y defectos; con serenas aspiraciones y con arrebatados impulsos, En su plenitud vital. Para aprisionar aquélla -el alma nacional- requiere conocer cómo fue su formación y la vena psicológica que dirige su existencia. Para ello se acerca a la lengua, que es una forma reveladora de conocer una comunidad, sus expresiones.

Este caso, es bien sugerente. Es un estudioso que anda pretendiendo que lo asista la universidad. Que ella le permita caminar por la multiplicidad de sus vertientes.

No hay tema. por difícil que sea, que no se comprometa a entenderlo y reducirlo a fórmulas mentales. Es el humanista-político y por ello su influencia se prolonga y sus ideas tienen, cada día, más audiencia. Porque sus verdades no son emocionales. Vienen de las fuerzas ideológicas que lo movieron. Los problemas no eran hechos escuetos. Ellos tenían una raíz de humanidad y de evidencias intelectuales, que perduran. Un manipulador de situaciones en la política, no despierta ni adhesiones, ni su obra trasciende, ni influye sobre el porvenir nacional. Carmen Boullosa advertía que hay autores -por sus condiciones de doctrinarios- que "el impacto de sus obras crea fervor hacia sus personalidades, y la gente busca en estas últimas guías, estrellas para seguir en la noche del fin del siglo". Creemos que esto acontece con Rafael Uribe Uribe.

IX

Apenas hemos dado noticias breves y voluntarias acerca de la obra de Uribe Uribe. Para dar una idea de cómo lo juzgaban sus contemporáneos, recordemos que fue miembro de sus Academias: la de la Lengua, la de Historia, la de Jurisprudencia, que presidió. El maestro Ricardo Hinestrosa Daza al ocupar el sillón de Uribe Uribe dice que entre sus dotes sobresalía la de parlamentario: peleó con "tesón aragonés y con

exposición clara y pulcro decir, formado en la compañía de los clásicos castellanos de mejor cepa".

Vicente Olarte Camacho, en nombre de la Academia de Jurisprudencia manifestó:

"Así, sus estudios tomaron una fisonomía más bien clásica, que dominaba por completo el más profundo conocimiento del Derecho Civil, del Canónico, del Penal, del Mercantil y del arduo Código que regula las relaciones jurídicas entre las naciones. Fue, pues, un genuino jurisconsulto en el concepto más alto del vocablo. Y precisamente en sus estudios constitucionales, sus exposiciones y proyectos de leyes presentadas a las Cámara Legislativas, sus varios escritos y los informes en las múltiples veces en que le correspondió actuar en el Cuerpo Legislativo, revelaban un desarrollo de criterio jurídico y un vastísimo caudal de conocimientos de pasmosa erudición. Y cabe aquí un símil de gráfica comparación".

Apelamos a una cita de Don Marco Fidel Suárez que lo sitúa en su función intelectual: "Uribe Uribe gozaba de una ilustración vasta y sólida que hizo de él un hombre verdaderamente superior: fue versado publicista, señalado jurisconsulto, polemista brillante, orador vehemente y persuasivo, diplomático distinguido por la discreción y el saber, poderosos en las lides parlamentarias, periodista cada día más atinado y correcto, erudito académico, polígrafo fecundo e incomparable como Jefe de partido por su destreza y actividad. Su corazón fue privilegiado recinto en que crecieron y prosperaron muchas acendradas virtudes, entre las cuales descollaban la austeridad de sus inmaculadas costumbres, la probidad de su conducta pública y privada, el método de sus ocupaciones, la energía, constancia y firmeza de su carácter, la frugalidad de sus hábitos, su tierno y acendrado amor a la familia, su patriotismo aquilatado, singular, que llevó a servir perennemente a la causa pública, la afabilidad cariñosa de su trato, la benevolencia que lo conducía siempre a acompañar el infortunio. Entre las dotes físicas de este sujeto privilegiado, son de contar el vigor de su temperamento, su salud robusta y capaz de soportar el más continuo trabajo, así como su gallardo continente y los rasgos varoniles de su enérgica fisonomía".

El Maestro Guillermo Valencia manifestó en sus palabras, a nombre del Senado de la República: "Mientras viva Colombia, mientras viva América,

mientras perdure la gloria y subsista el prestigio habrás de vivir tú, oh mi noble amigo, oh inolvidable Uribe Uribe".

Otro prócer de la inteligencia colombiana, Alberto Lleras, escribió de él: "Moldeó su vida Uribe Uribe con la soberbia de quien estuviera esculpiendo su propia estatua. Todo en ella es continencia, rigor consigo mismo, castigo de sus defectos, exaltación de sus cualidades, censura interior...Porque Uribe Uribe se muestra en la historia de la república como el más intelectual de los caudillos y el más caudillo de los intelectuales..."

Rafael Uribe Uribe³⁴

En la Plaza de Bolívar y Calle de Florián se oyó, a propósito del desgraciado acontecimiento ocurrido el 19 de los corrientes, el grito de Abajo los antioqueños proferido, no tanto por gente del pueblo, que podía proceder por ignorancia, sino por personas de cierta ilustración y notoriedad.

Perfectamente. Vamos a gritar "abajo los antioqueños" pero no así en globo sino descomponiendo el grito en sus partes naturales. Tomando las cosas cronológicamente, desde el principio empezamos por clamar:

Abajo Córdoba, el héroe de Ayacucho; abajo Girardot, cayendo herido en la frente en la cumbre del Bárbula, con la bandera de la República en la mano; abajo Liborio Mejía, el mártir compañero de García Rovira; abajo Zea, Presidente del Congreso de Angostura, Vicepresidente de la Gran Colombia y nuestro primer diplomático; abajo los demás jefes y legiones de antioqueños, que contribuyeron a dar libertad e independencia a estos mismos que hoy emplean para darle mueras; abajo el Dictador del Corral, primer redentor de los esclavos; abajo su Secretario, doctor José Félix de Restrepo, que en el Congreso de Cúcuta hizo consagrar la medida y luego fue hombre de nuestra magistratura junto con Duque Gómez y Uribe Restrepo; abajo don José Manuel Restrepo, el historiador y ministro de Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander; abajo Juan de Dios Aranzazu, el único antioqueño que durante un siglo de República haya ejercido la Presidencia, y eso sólo por algunos días; abajo Alejandro Vélez, el estadista patriota; abajo Henao el vencedor del Puente Bosa contra la

³³ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Vol. 38 Núm. 251 (1988). [Gramática y estilo tomada del texto original].

³⁴ Abogado, periodista, empresario, diplomático, catedrático, pensador y militar colombiano

dictadura de Melo; abajo Salvador Córdoba y Manuel Antonio Jaramillo, las víctimas de Cartago; abajo José María Salazar, autor de nuestro primer Himno Nacional; abajo el General Juan María Gómez nuestro primer ministro en el Brasil; abajo Giraldo, el Gobernador íntegro y austero; abajo Pedro Justo Berrío, el administrador republicano y probo; abajo Manuel Uribe Angel, el geógrafo, el sabio, el filántropo; abajo José María Pardo, Juan Crisóstomo, José Vicente y José María Uribe, grandes médicos y republicanos; abajo Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía, dulcísimos poetas; abajo Emiro Kastos, Camilo Antonio Echeverri, autores de cuadros de costumbres; abajo el doctor Carrasquilla, uno de los pocos sabios que en Colombia han sido; abajo otros tantos hijos de la Montaña que se han distinguido en las letras, en las ciencias, en la política, en la milicia, en el foro, en el sacerdocio y en el arte!

Veamos el mejor modo de apearse de su silla al ilustrísimo doctor Bernardo Herrera Restrepo, Primado de Colombia y abominemos de la memoria de su venerable padre; arranquemos y dispersemos al viento las cenizas del Ilustrísimo doctor Vicente Arbeláez, Prelado virtuoso y manso; solicitemos del Presidente de la República que despida a dos de sus Ministros: al doctor Emiliano Isaza, de Instrucción Pública y al doctor Baldomero Sanín Cano, de Hacienda, y a todos los demás empleados antioqueños; hagamos en la Plaza de Bolívar un auto de fe con los libros y escritos de Andrés Posada Arango, el gran botánico; de Fidel Cano, el periodista inmaculado; de Víctor M. Londoño, el altísimo poeta; de Fernando y Bonifacio Vélez, Luis Eduardo Villegas, insignes juriconsultos; de Tomás Carrasquilla, el célebre cuentista; de Eduardo Zuleta, el novelista de Tierra Virgen; de Samuel Velásquez, el autor de Madre; de Efe Gómez, Francisco de Paula Rendón, Gabriel Latorre, Max Grillo, y cien más romancistas, dramaturgos, críticos, prosadores, periodistas, y agreguemos a la hoguera el Cristo de Montoya y los cuadros de Francisco A. Cano, el pintor genial.

Exigimos al general Rafael Reyes que retire una de sus célebres y justicieras frases, la aplicada a Antioquia, cuando la llamó, "Pueblo del hogar cristiano y del trabajo honrado". Pidamos al Legislador medidas urgentes para impedir la alarmante fecundidad de esta raza y limitar su fuerza de expansión, porque esos hombres, hacha y azada en mano, van extendiéndose demasiado hacia todos los puntos cardinales, amenazando no dejar en pie por parte alguna, selvas bravías, que debiéramos conservar con cuidado para morada de las fieras o para la inmigración

extranjera. Pero sobre todo vámonos, lanceta en ristre, averiguando quiénes, hombres o mujeres, niños o ancianos, tienen sangre antioqueña en las venas, ya pura, ya mezclada con la de otras familias, y obliguémoslas a que se la deban sacar, porque es mucha deshonra uno llamarse José Ignacio Escobar, Rafael Tamayo, Diego Uribe, Marco Fidel Suárez, Francisco A. Uribe Mejía, Eduardo Posada, Antonio Gómez Restrepo, Antonio José Cadavid, Santiago Espinosa, o descender del patriarca Vespasiano Jaramillo o de don Vicente Palacio, o llevar cualquiera de esos odiosos apellidos de Sánchez, Arbeláez, Montoya, Gutiérrez, Botero, Lorenzana, Santamaría, Posada, Pizano, Arteaga, Gaviria, Hernández, Martínez, Restrepo, Bravo, Correal, Uribe, Mejía, Alvarez, Toro, Vélez, Salazar, Tamayo, etc., que para nada han contribuido a la cultura nacional, ni a realzar las virtudes colombianas.

Ni por qué limitarnos a gritar: ¡"Abajo los antioqueños"!

No deis a los partidos nombres geográficos, aconseja Washington a sus compatriotas con profunda sabiduría, y el día que lo olvidaron llamándose Sudistas y Nordistas, corrieron ríos de sangre.

Apresiasi o condenad a los hombres por su valor intrínseco, no por el lugar de su nacimiento, circunstancia fortuita, de que no son responsables y que no envuelve culpa ni mérito, dice un precepto filosófico.

Si desdeñamos aquel consejo y este precepto, preparémonos a ir gritando por turno riguroso: abajo los boyacenses, abajo los caucanos, abajo los costeños, etc., etc.

Si son algunas las tribulaciones que disgustan, propéndase por modificaciones o cambios, pero no se equivoque el camino ni se incurra en confusiones llenas de injusticia.



Rafel Uribe Uribe

Socorro Inés Restrepo Restrepo³⁶

Sólo en la evocación de los grandes hechos y en el homenaje a sus muertos ilustres se temple y fortifica el espíritu nacional.

Alberto Lleras Camargo

La historia se registra en tres dimensiones: los hechos, la palabra, y el arte. Los hechos, el devenir del hombre en el tiempo, su qué hacer; la palabra, fuego divino, que comunica, que le ha permitido al hombre (hombre en su amplísima acepción filosófica y antropológica) la transmisión, primero de viva voz, y luego también por escrito, de su diario acontecer; y finalmente el arte, que con su propio lenguaje eterniza hechos y palabras.

Poco a poco el inmediatismo en que se suele vivir hoy, el revisionismo de la historia, el segundo plano en que ésta ha pasado a ocupar en la escuela, han ido desinteresando a la gente en el estudio de la historia, van borrando las huellas del pasado. Los programas escolares no facilitan a los niños y a los jóvenes el acercarse a nuestra Historia Patria, así, con mayúscula; y a veces esta expresión es empleada por ellos, y por mucha

³⁵ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Año. 102 Núm. 15 Nueva Etapa (2007). [Gramática y estilo tomada del texto original].

³⁶ Licenciada en Filosofía y Letras y especialista en Pedagogía y Literatura, de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá; magíster en Educación, Orientación y Consejería de la Universidad de Antioquia profesora universitaria. Presidenta de la Sociedad Bolivariana de Antioquia, integrante de varias asociaciones culturales. Condecorada con la Estrella de oro de la cultura de Antioquia (2019), por el Gobierno Departamental. Primera mujer Presidente de la Academia Antioqueña de Historia.

gente de manera peyorativa o de manera despectiva para referirse a cosa pasada que consideran de poco interés. La memoria de los grandes hombres va cubriéndose de una cierta neblina y los hechos entran en esa difusa frontera entre la tradición, la leyenda y la realidad.

Estudiar la Historia, conocer la Historia es conocer las raíces familiares, regionales y nacionales. Afirmar la propia identidad ante el mundo y ante otras culturas. En un mundo globalizado, utilizando siempre técnicas foráneas, y sin formación humanística, los países en desarrollo corren el riesgo de perder las características que los constituyen como nación. La Historia apuntala el sentido de pertenencia.

En un mundo cada vez más vacío y superficial, que tiene como modelos hombres y mujeres de paja, en el que la escala de valores está siendo más y más trastornada, los hombres que ayudaron a conformar la Patria, en la política, en la industria, en la economía, en la cultura, mirados y medidos en su dimensión humana, sin despojarlos de su grandeza y sin mitificarlos, son verdaderos paradigmas de vida. El acercamiento a los movimientos populares del pasado permite comprender que los grandes cambios sociales no pueden darse sin el apoyo del pueblo. Sin un movimiento comunero, aunque de origen fiscal, los líderes de la independencia, años más tarde quizá no hubieran contado con el apoyo del pueblo. Sin Nariño, sin Bolívar, sin Santander no podríamos decir hoy que tenemos Patria. Líderes y pueblo han hecho la Patria. En la Historia no pueden desconocerse ni los unos ni los otros.

La transversalidad de la Historia abre mundos desconocidos en el campo de la cultura. La Historia toca con las ciencias, con la literatura, con las matemáticas, con el arte. Con la política, con la sociología. La Historia no empieza con cada individuo que hace un descubrimiento o un invento: la historia está ahí, el inventor y el descubridor no hacen sino seguir sus huellas. Cervantes no hubiera escrito su gran obra sin las novelas de caballería, y éstas a su vez no se hubieran dado sin la juglaría, sin los cantares de gesta. El hombre en la luna está emparentado con el hombre que descubrió o inventó la rueda, y milenios más tarde con el que ingenió volar.

Dice Ortega y Gasset: El hombre vaciado de su propia historia, sin entrañas del pasado y, por lo mismo dócil a todas las disciplinas llamadas "internacionales" cree que sólo tiene derechos y no cree que tiene obligaciones"

Pareciera que nuestro país se ha venido vaciando, si cabe el término, de su memoria histórica. Los programas escolares avalados por el Ministerio de Educación Nacional, apenas si le abren espacio a la historia; ésta queda inmersa entre todas las demás ciencias sociales y al término de la secundaria nuestros jóvenes saben muy poco o nada de nuestra prehistoria, y a partir del descubrimiento unos cuantos datos fragmentados hasta llegar a la actualidad. Se ha perdido el significado de las fechas patrias: el 20 de julio, el 7 de agosto, el 11 de agosto, el 12 de octubre, el 11 de noviembre, generalmente se asocian con otro tipo de celebraciones. Muy pocos edificios de la administración pública, al menos en Medellín, izan el pabellón nacional: ni en escuelas ni en liceos oficiales ondea tales días nuestra bandera. En muchos establecimientos educativos el 19 de julio celebran el 20, porque en esta fecha los alumnos van a estar desescolarizados. Igualmente pasa con el 7 de agosto. El 11 de agosto, o en los días inmediatos se celebra la "fiesta de la antioqueñidad" pero pocas, pocas alusiones a don Juan del Corral y a nuestra proclamación de independencia. El 12 de octubre ino ha pasado nada! solamente que el lunes siguiente es festivo; y el recuerdo de Colón va sumiéndose en la leyenda. En Cartagena cambiaron la memoria de la gesta heroica contra la corona española el 11 de noviembre, por la coronación de reinas y reinitas de efímera belleza lograda en un quirófano.

De los símbolos patrios, la bandera es el más reconocido; los días de fútbol los hinchas de cualquier equipo se envuelven en ella, la lucen en camisetas, gorros y mochilas, pero se olvidan de izarla en las fechas previstas, como demostración de amor a la Patria.

El testimonio que la ciudad ha levantado a los héroes durante año y años también desaparece: a la única escuela oficial que en Medellín llevaba el nombre de Simón Bolívar le fue cambiado por el de un destacado personaje del siglo XX, con el que también se conoce otra institución educativa: de nada valieron las gestiones que en su momento hicieron la Sociedad Bolivariana de Antioquia y el Consulado de Venezuela para que se conservara el nombre del Libertador. Las calles cambian su denominación al arbitrio del funcionario de turno: por años y años la calle Céspedes en el barrio Belén honró la memoria del padre Juan María Céspedes, primer párroco de Nuestra señora de Belén entre 1813 y 1814; nombre ratificado por el Concejo Municipal en 1934, cuando se estableció la nomenclatura de Medellín, vigente hoy, pero el nombre de Céspedes

fue cambiado por la actual administración por el de Cacica Dabeiba. A la avenida 33, se le denominó desde su apertura, Tomás Carrasquilla; ahora se llama María Cano, pero igual, la gente seguirá identificándola como "la 33". La avenida Bolivariana, fue primero un carretero llamado "la recta de Belén"; que llegaba hasta Cisneros, pasando frente a los predios de la universidad Bolivariana; cuando fue abierta la avenida la gente empezó a llamarla avenida Bolivariana, pero oficialmente se le bautizó como avenida Santander.

Placas conmemorativas y estatuas cambian de lugar sin que las autoridades den cuenta de su destino final. La placa que honraba los inicios de la Universidad de Antioquia, en el edificio Olano, desaparecido el edificio desapareció también la placa. La placa conmemorativa de la casa donde nació Mariano Ospina Pérez, casa situada en lo que es hoy la esquina noroccidental de la avenida Oriental (avenida Jorge Eliécer Gaitán) con La Playa; al ser demolida la edificación, la placa fue trasladada al separador central de la avenida. Hoy ya no existe. La estatua del padre Miguel Giraldo Salazar, que por años y años estuvo en el atrio de la iglesia de San José, en el centro, pasó luego frente al Seminario Mayor en lo que hoy es el Centro Comercial Villanueva, y de ahí fue trasladada ¿adónde? En el Jardín Botánico, cuando aún era Bosque de la Independencia hubo un busto de Bolívar; tampoco se conoce su destino. El Monumento al Arriero del escultor Oscar Rojas que se encontraba en la glorieta de la 33 al lado del Palacio de Exposiciones, fue robada a pedazos sin que nadie se manifestara.

El busto de Oreste Sindici, al frente del Palacio de Bellas Artes, fue cambiado por el de Carlos E. Restrepo. De muchos despachos judiciales y oficinas privadas de abogados, han descolgado las imágenes de Santander y de Bolívar, y en su lugar han colocado obras de arte.

Todos los países del mundo preservan sus emisiones postales, como fuente de ingresos y como embajadoras de la belleza y de la historia del país. En Colombia tienden a desaparecer, cuando sus emisiones eran de las más cotizadas. En ellas se rindió culto a los grandes hombres: los próceres, Nariño, Bolívar, Santander, José María Córdova, Girardot fueron honrados en nuestros sellos postales, como también todos los Presidentes de la República. La flora, la fauna, y nuestras riquezas precolombinas conocidas en el mundo entero, gracias a las estampillas. Los acontecimientos más sobresalientes de Colombia dieron la vuelta al mundo en sellos postales. Bueno es recordar en el cincuentenario del

reconocimiento de los derechos políticos a la mujer en Colombia, (1957 - 2007) que en la segunda administración del Presidente Alberto Lleras Camargo hubo una emisión de sellos dedicada a estos derechos.

La arquitectura de la ciudad, ese testigo mudo del paso del tiempo, no ha corrido mejor suerte: esa historia no escrita de piedra y cemento, que según Víctor Hugo es la gran escritura del género humano. Y esto es tan cierto que no sólo todo símbolo religioso sino también todo pensamiento humano tiene su página y su monumento en aquel libro inmenso ha sufrido también el vaciamiento de nuestra historia. Casi todas las construcciones de la primera mitad del siglo XX cayeron bajo la fermentada pala del progreso. No me refiero a las edificaciones de tapia y bahareque, sino a las muchas casas y edificios de estilo republicano unos, eclécticos otros, imitando lo europeo al final de cuentas, bellamente ornamentadas con volutas y flores, con górgolas y con todo aquello que recrea el arquitecto -artista, para ser reemplazadas por grandes cubos de cemento, funcionales, sí, pero bellos, no. En este momento el barrio Laureles está en la mira de los urbanizadores por las grandes casonas, símbolos de un Medellín de mediados del siglo XX en el que se aunaban el dinero y el buen gusto, pues no ven en ellas sino lotes.

¡Qué orgulloso me siento de ser colombiano! Este verso de una canción popular, casi se ha convertido en un canto patriótico, muchas veces vacío de contenido. Las páginas de lo que será la historia de esta época, escritas en la prensa, la radio, la televisión, la novela y el cine, no parecen manifestar nada de ese orgullo: el orgullo de ser colombiano se queda en casa: para afuera se exportan las películas de los barrios bajos, del bandidaje juvenil, del narcotráfico y la guerrilla; la novela truculenta en la que la ficción supera la realidad en crueldades y abandonos. Las noticias desalentadoras como si en el país nunca ocurriera nada bueno. Y así se va despojando el país de su historia. El alcalde de una ciudad vilipendiada a nivel nacional e internacional, cruza el tapete rojo para ver la "premier" de una de esas películas que precisamente tiene como escenario su ciudad. El ganador del premio Nobel Alternativo por sus gestiones en la cultura, especialmente en la poesía, lee en su informe según denuncia un columnista del diario *El Colombiano*: un río de sangre no cesa de cruzar bajo los puentes, una gigantesca operación de encubrimiento periodístico falsea noticias para imponer el olvido.

Presidentes, industriales, todo prohombre que a través del tiempo ha hablado a nombre de Colombia, utiliza el plural ficticio asumiendo las

culpas de unos, pocos o muchos, como colectivas: somos violentos, somos depravados, somos asesinos, Colombia es un país de cafres... Ese es el mensaje que se manda al exterior. Hay violentos, pero hay gente buena; la depravación moral no es patrimonio nuestro, ni todos los colombianos somos viles asesinos. Muchos colombianos identifican a Colombia, aun en el exterior con el poncho, la ruana, el sombrero vueltiao, las alpargatas y "el aguardientico de mi Dios"; pero no piensan en identificaciones que trasciendan lo meramente folclórico, que vayan a lo cultural, tales como García Márquez, Carrasquilla, Rivera, Botero, Carmiña Gallo, Marta Senn. Tal vez Colombia se parezca más a "La Vorágine" y a "Cien años de soledad".

Termino con una cita de San Agustín: el pueblo es un conjunto de seres racionales asociados por la concorde unidad de objetos amados; para saber qué es cada pueblo, es preciso examinar los objetos de su amor.

**EL LENGUAJE COMO EXPRESIÓN DE LA HISTORIA DE
ANTIOQUÍA**³⁷

Language as an expression of the history of Antioquia

Belisario Betancur³⁸

El antioqueño es romántico por naturaleza, pero su romanticismo no está hecho de sueños y melancolía; es el sentimental que se aferra a sus tradiciones, elevando un exaltado canto a su tierra.

Belisario Betancur

El lenguaje es la casa del ser; en ella ha establecido su morada

Heidegger

—Adiós, compadre

—Adiós, compadre —fue la respuesta con la melancolía del alabao.

- ***Compadre — preguntó nuestro boga al otro, ipa'ónde va con esa gente?***

- ***La respuesta fue:***

- ***i No compadre, si ésta no es gente,***

- ***Estos son unos paisas (...)!***

³⁷ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Año. 102 Núm. 15 Nueva Etapa (2007). [Gramática y estilo tomada del texto original].

³⁸ Abogado, escritor, poeta y político colombiano, militante del Partido Conservador y presidente de la República de Colombia durante el período de 1982 a 1986. Miembro honorario de la Academia Antioqueña de Historia.

(Diálogo entre bogas en el río San Juan, Chocó)

1. Introducción. – La docta Academia

El saber desinteresado de la Academia y de la Universidad hizo siempre amigos pero ganó también enemigos: es explicable que el campo se partiera y que se despertaran sentimientos encontrados sobre un saber que, al buscar el conocimiento y deleitarse en él sin censura, reemplaza el dogmatismo cerrado por la duda abierta y convierte la enseñanza magistral en debate libre. Seguidores y contradictores se medían así en la misma contienda del pensamiento, los unos a veces en la fortaleza apodíctica del magíster dixit; los otros en ocasiones en la irreverencia a priori, surgida más de jactancia que de discernimiento, que tal era mi situación.

Fue grande, por eso, mi perplejidad en la mañana del 12 de febrero de 1991: el padre Manuel Briceño Jáuregui, presidente de la Academia Colombiana de la Lengua; el académico Ignacio Chaves Cuevas, director del Instituto Caro y Cuervo; y el académico Horacio Bejarano Díaz, secretario, me informaron que la víspera, en la primera junta ordinaria de 1991, la corporación había tenido a bien elegirme unánimemente como Académico Honorario, habida cuenta de sus méritos como periodista y ensayista de pluma ágil y estilo correcto, lo mismo que del mecenazgo que para las letras ejerció durante su período presidencial. En forma solemne, el padre Briceño leyó una breve recordación de Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, quien, en el Madrid de comienzos del siglo XVIII, tuvo la primera idea de fundar la Real Academia Española; cómo se discurrió en convocar personas que compusiesen este cuerpo y cómo la grandeza, autoridad y respeto del Marqués, halló quien se ofreciese al trabajo, por honra propia y lustre de la patria. Como si fueran pocos los motivos para mi estupor, leyó el artículo 9º de los Estatutos acerca de los miembros honorarios, los cuales en este supremo grado de la institución gozarán de todos los derechos de los académicos de número y no estarán obligados a aceptar comisiones o encargos onerosos. No habían sido óbice mis irreverencias adolescentes, ni mis jactancias sin discernimiento, ni el desaliño de mis escritos, para otorgarme honor tan señalado; de donde las perplejidades y los asombros, aliviados por lo que dice don Alfonso Reyes en un ensayo sobre Elio Antonio de Lebrija,

considerado el verdadero artífice de la lengua castellana, y quien publicó en 1492 la primera Gramática Española, dedicada a Isabel la Católica. Indica don Alfonso:

(...) y como a cada edad toca su verdad, Gracián propone la repartición de la vida de modo que a una época corresponda hablar con los muertos: los libros y el estudio, los años de aprendizaje; a otra toque hablar con los vivos: la experiencia de las cosas del mundo, el trato, los años de viaje; a otra, finalmente, el hablar a solas consigo mismo, los años de meditación y recuerdo, la época de escribir de los griegos (...)

En un añejo volumen de discursos académicos dí con los orígenes de la Academia Colombiana, en 1872, por iniciativa de don José María Vergara y Vergara, narrados de mano maestra por don Antonio Gómez Restrepo y don José Caicedo Rojas, quien recuerda que se declaró como fecha clásica de la institución el 6 de agosto, aniversario de la fundación de Santa Fe por el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada en la tercera década del siglo XVI; y que se fijó en doce el número de sus miembros (ahora son 29 de número y 80 correspondientes), en memoria de las doce edificaciones pajizas levantadas en la ciudad primigenia, de Casas de paredes sólidas, templos y edificios públicos, con los cuales se formaban calles bastantemente rectas aunque no muy anchas.

Heme ahora recogiendo las expresiones de mi reluctantante juvenil frente a las academias y a los académicos. Y heme, asimismo, expresando a la docta institución y a sus miembros mi reconocimiento por haber querido exaltar en la persona de quien solo ha usado el lenguaje escrito para expresarse con defectos en la actividad pública, a los libros que ha amado y al periodismo que ha ejercido desde los días estudiantiles. En aquel entonces la tolerancia de los maestros del oficio autorizaba márgenes que más de una vez me llevaron sin fortuna a la lírica y al relato costumbrista. Cada tarde habían de ser llenados espacios en un periódico ortodoxo que vivía en la inopia, e improvisarse en temas y estilos al conjuro de la necesidad, lo que condujo a que hiciera de cronista de policía, editorialista, armador de titulares y aún señorita redactora de la información social. Confío en que de aquellas enseñanzas y de las hablas de mi tierra que recogieron tantos como don Tomás Carrasquilla, don Efe

Gómez y Manuel Mejía Vallejo; que enalteciera Suárez, y estudiaran el padre Félix Restrepo, Emilio Robledo, Ñito Restrepo, Julio César García y Luis Flórez, entre otros, algo haya quedado para discurrir en torno al lenguaje y modos de ser del antioqueño. Sobre el cual, me cuenta Kart Levy, especialista —si los hay en Carrasquilla, que le oyó decir al maestro Baldomero Sanín Cano: En Bogotá hay casi más antioqueños que gente.

2. La duda sobre el origen judío de los antioqueños

Nada he encontrado en mis andanzas tan semejante como el castellano levantino y el castellano hablado por los campesinos de Antioquia, los de Caldas, Risaralda, el Quindío, el norte del Valle del Cauca, el norte del Tolima y el oriente del Chocó. En pláticas con ancianos humildes de Jerusalén, en Israel, entre ellos un vendedor ambulante de empaques de papel que contenían tierra, Tierra Santa para que los peregrinos la trajéramos como recuerdo, no sabía si mi interlocutor era un montañero de Sonsón o un mendigo de la corte de los milagros. Son los descendientes de los judíos desterrados de España en el siglo XVI por Fernando e Isabel. Pregunté al fachendoso traficante con objetos tan sagrados como la tierra que Cristo pisara, dónde había aprendido castellano, y me respondió que no conocía tal lengua. De nuevo interrogué sobre el idioma español y me contestó que tampoco lo conocía. Solamente hablo el ladino, que es la lengua de mis mayores: lo aprendí en Salónica. Era el mismo hablar terso de Jacobo García, el conductor de taxi en Estambul, que para él seguía siendo Constantinopla. Cuando en el muelle nos avisaron que el barco tardaría cuatro horas, me dijo: Esta demora va por cuenta mía. Quiero convidarlo a merendar en mi casa, para que sepan mis nietos que también en América hablan ladino. En su hogar me leyó noticias y chascarrillos escritos en el lenguaje vulgar del cierre de la Edad Media, no ya el del vulgo sino el de Mingo Repulgo: Jacobo y yo sabíamos de memoria aquello de non vale el altor menos / porque en vil nido siga / nin los ensiempos buenos / porque judío los diga. Al zarpar el barco, alborozado por este tope y agradecido con mis anfitriones, alguno de los cuales vistió por la cabeza una prenda no tan ancha como la ruana ni tan angosta como la mulera, percibí que no hacían falta más probanzas sobre el origen hebraico del pueblo antioqueño.

La antioqueñóloga —*tremendo neologismo, llama a este término el gran historiador Jaime Jaramillo Uribe, nacido en Abejorral*- Ann Twinam trae la siguiente anécdota del médico Eduardo Zuleta:

Un día al llegar a Bayona entró al tren en que iba yo hacia Madrid una señora de un parecido extraordinario a una amiga mía de Medellín. Como la señora notó mi sorpresa, me miró con atención y al cabo de algunos minutos me dijo: Creo que nosotros somos hermanos en religión, pues me parece que usted es israelita. Díjele que había nacido en un pueblo de Colombia cuyos habitantes se creía que eran de origen judío, pero que nada había podido demostrarse de cierto a este respecto.

Cuando usted regrese de Madrid, entre a Bayona y visite el barrio judío que quizá puede interesarle. Así lo hice y cuál sería mi sorpresa cuando noté la increíble semejanza de estos judíos con los antioqueños y cuando supe que muchos de ellos tenían los mismos apellidos que hay en Antioquia. 4

Más tarde he ponderado tales pruebas indiciarias y no las hallo concluyentes por sí solas. Ni las hallaron concluyentes don Marco Fidel Suárez en los Sueños de Luciano Pulgar, aunque el señor Suárez no fuera un científico en estas materias; ni don Emilio Robledo, ni otros estudiosos de profundo calado intelectual. En todo caso y con lo que se ha visto y se está viendo por estas calendas en Europa, Asia, África y Norteamérica, que sugiere amagos de retorno al tribalismo, nos hallamos ante un tema cuyos ingredientes pueden desencadenar dañinos condicionantes; tema que no tendría sentido en países que apenas se forman, como Colombia.

Pero quiero reconocer que no había fenecido la generación de los Reyes Católicos cuando ya, en nombre de su nieto Carlos 1 de Castilla y V del Imperio, en mi tierra se habían fundado y prosperaban Santa Fe de Antioquia, Santiago de Arma, Santana de los Caballeros, Zaragoza y Cáceres, sin contar con los reales de minas y los hatos de vaquerías que con celeridad fueron asentándose por los extremos de aquellas montañas grandes y esos valles pequeños, cañones que llamamos en el habla de cada momento. Los vocablos y giros que trujeron —como se dice en Antioquia, en Jerusalén y en las coplas de pie quebrado de don Jorge Manrique—, eran los mismos que la judería desterrada llevó hasta los confines de la diáspora. No encontraron aquellos fundadores, poblaciones indígenas abundantes que hicieran el mestizaje de sus dialectos con la lengua

imperial. Quedaron alejados de la corte virreinal, del mar de Cartagena de Indias y de la gobernación de Popayán; y así, encerrados en sus cordilleras y en sus quehaceres mineros, conservaron como en una alacena bien cerrada, las voces y su trama sintáctica, tal como las habían recibido de Castilla y Andalucía, un poco agrías por los vascuences que las habían aprendido, pero también dulcificadas en sus formas y tonalidades por los gallegos.

3. La lengua es el Tesoro

Si se aplica el rigor de la metodología a nuestro lenguaje, se halla doctrina bastante en los estudios de dialectología de Luis Flórez y en el Atlas Lingüístico de Colombia, publicado en buena hora por el Instituto Caro y Cuervo: en 1952, 1953 y 1954, de pueblo en pueblo por veredas de Antioquia, fueron elaborando papeletas lexicográficas los expedicionarios pacienzudos como benedictinos de estas investigaciones. Y se valieron ya de nuevos instrumentos como la grabación magnética para la fonología, el cinematógrafo y la fotografía para los elementos folclóricos del contorno, y la cinta fonóptica para el tono y el gesto, que pertenecen también al idioma.

Ocurre, con todo, que los mapas y los diccionarios, la televisión y el cine, los millares de apuntes y la memoria de las computadoras aportan acopios gigantescos de datos, pero no recogen la armonía estética del panorama. Los horizontes son fotografiables con dificultad. No hay cámaras fotográficas que abarquen como la retina, aunque sean enfocadas al infinito. Los pintores capaces de sugerencias llegan adonde las técnicas no alcanzan, como en el óleo memorable del maestro Cano. Pero el paisaje, lo mismo el físico que el lingüístico, es para ser vivido, contemplado e interiorizado, hasta convertirlo en sangre, más que para ser retratado, filmado o descrito.

Lo anterior da pie para reflexionar sobre lengua y habla, conceptos dicotómicos que tienen como base —según Saussure, la naturaleza multiforme y heteróclita del lenguaje, la cual a primera vista se revela como realidad inclasificable, al mismo tiempo física, fisiológica, psíquica, individual y social. El habla representa, entonces, la parte puramente

individual del lenguaje (fonación, realización de reglas y combinaciones contingentes de signos). La lengua es el lenguaje menos el habla: una institución social y un sistema de valores. La lengua es la parte social del lenguaje. El habla es esencialmente un acto individual de selección y de actualización. Pero no hay lengua sin habla y no hay habla que esté fuera de la lengua; en este intercambio estriba la auténtica praxis lingüística, como ha indicado Merleau-Ponty. La lengua es un conjunto de tipos esenciales que el habla realiza en modos infinitamente variables. La lengua es el tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad; y puesto que es suma colectiva de huellas individuales, a nivel del individuo aislado, o puede por menos que estar incompleta: la lengua no existe perfectamente sino en la masa hablante; y es posible tan solo a partir del habla, pues históricamente, los hechos del habla preceden siempre a los hechos de la lengua (el habla es lo que hace evolucionar la lengua). En definitiva: la lengua es a la vez el producto y el instrumento del habla.

Detengámonos primero en el modo de ser, para llegar después al modo de hablar.

4. El modo de ser del antioqueño

Porque hay un modo de ser del antioqueño: con él tuvo que ver en gran manera la minería para darle paciencia en la concepción, persistencia en la acción, constancia en la asociación, certeza en la acumulación. Fueron primero la pereza y la desgana: así 10 advirtió en las últimas décadas del siglo XVIII el gobernador Francisco Silvestre en su Relación sobre Antioquia y métodos para mejorarla'. Y lo convirtió en pedagogía el moralizante oidor Mon y Velarde, quien informaba a la corona sobre el concierto de mujeres libertinas en el Medellín de entonces; sobre la vida de las mujeres

estragadas, de las mujeres mal entretenidas, de las mujeres que hayan dado mala nota, o mujeres perdidas, a todas las cuales se deberá instruir en la doctrina cristiana, enseñándoles todos aquellos ministerios propios del sexo mujeril, manteniéndolas con honestidad y recato. Era grande la obstinación del oidor en la misa dominical, ya que no querían salir del

monte para nada; su preocupación por la compostura durante los oficios religiosos, al punto de establecer penas de dos meses de cárcel a los de color humilde, libres o esclavos, y de diez pesos de oro a los nobles que concurren al atrio de la iglesia a las horas en que se celebran los oficios divinos y están abiertas las puertas del templo, formando corrillos, haciendo tertulia, manteniéndose con el sombrero puesto en escandalosa irreverencia en la casa del señor. Lo que Silvestre y Mon encontraron fueron pobreza, pereza, falta de educación, desocupación, vagancia, desgreño administrativo. En 1729, don Antonio Manso y Maldonado informaba a la corona que la provincia de Antioquia estaba en los últimos términos de aniquilarse. En 1783 decía Silvestre que estaba en las últimas agonías de su vida; y Mon: de aquí resulta que ni para el rey son útiles estos vasallos y muy perniciosos a la sociedad común, pues siendo ellos unos vagabundos, sin destino ni ocupación, no cuidan darle a sus hijos y dentro de poco tiempo será un enjambre de gente sin Dios, sin rey ni religión. Silvestre empezó el cambio de rumbo. Mon, destinado el 2 de agosto de 1782 por el arzobispo virrey Antonio Caballero y Góngora, a hacer una visita que se prolongó por más de dos años, enderezó más aún las costumbres con medidas para dar la tierra a quienes sí la explotaran: No parece irregular que habiendo muchos pobres que quieren cultivar estas tierras, escribía, haciéndoseles oposición por alguno que hace años las tiene abandonadas y acaso jamás se acordó de que las tenía, se le obligue a éste a que a lo menos manifieste el título en que funda su intención, para saber lo que comprende y remediar al miserable en lo restante. Estanislao Zuleta observa que en la posición anterior está la clave de la tarea regeneradora de Mon y de los ataques de que se le hizo víctima.

Y se regeneró la provincia: las costumbres se tornaron austeras alrededor del hogar que mantenía su unidad mediante la dirección de la madre, quien con astucia discreta hacía que pareciera como que todo se movía bajo la férula del patriarca, entre sobriedad y conflictos, virtudes y rigor. Ha sido esta del hogar, constante de aquella historia, de su dinamismo; y no es para sorprenderse de que ahora, con tantas reconstrucciones como se emprenden, por ejemplo en Europa, los censos para medir las posibilidades de éxito sean formulados no sobre individuos sino sobre familias.

La conformación geográfica de Antioquia, su lento desarrollo y su aislamiento de las demás regiones de Colombia, fueron determinando un particular crecimiento y una singular forma de vida. Su visión del mundo se fue estructurando a partir de la lucha de gentes que, obligadas por el medio, se abrieron paso a través de la maraña de una región inhóspita. Tales condiciones se convirtieron en el terreno apropiado para que se configuraran los rasgos característicos del pueblo antioqueño: el amor a la libertad e independencia, el sentido práctico y positivo, los hábitos de ahorro y previsión, que han estimulado el sentimiento de altivez propio de las gentes de la montaña, resueltas a vivir solo de sí mismas.

5. El pragmatismo naturalista

La muralla que la naturaleza impuso entre el pueblo antioqueño y las demás regiones de Colombia, le atenuó los efectos devastadores de las guerras civiles y los levantamientos de nuestro siglo XIX; dio perfiles menos duros a la lucha política y suministró base a una visión afanosa del desarrollo económico, sin que ello permita hablar de un nuevo paraíso terrenal: no por nada se produjeron las grandes migraciones originadas en la pobreza y en la presión demográfica; y por algo, más que todo como referencia a la epopeya de la colonización; habló don Alejandro López de la batalla entre el hacha y el papel sellado.

El padre en la aventura de climas cálidos malsanos, pero la prole en las alturas a cargo de mujeres virtuosas, emprendedoras, fecundas y sanas, así se hizo, hace 200 años, la colonización. Roger Brew pone los movimientos demográficos como catalizadores de la riqueza mineral. Octavio Arizmendi Posada advierte que el crecimiento de la población y la insuficiencia de la economía minera para brindar subsistencia a las familias numerosas, estuvieron en las raíces de las motivaciones migratorias", porque la familia era siempre un reto a la creatividad a fin de sacarla adelante, como se decía. Para Álvaro López Toro, en cambio, la familia numerosa fue más que causa, efecto, consecuencia de la colonización". Y sobre esta última fórmula la novedosa hipótesis, según Jaramillo Uribe, del desarrollo desequilibrado entre sector agrícola y sector minero, fenómeno que crea un verdadero cuello de botella en el

desarrollo económico de la región y que el grupo resuelve con la expansión colonizadora del occidente colombiano (...)" *A tiempo que Eugene Havens, en un riguroso trabajo sobre la estructura de la sociedad en Támesis, sostiene que las corrientes inmigratorias tuvieron como causaciones los excedentes poblacionales*".

En Antioquia se desarrolló un pragmatismo naturalista que asumió un carácter pseudo-étnico, manifiesto no solo en las características del industrial, sino también en sus manifestaciones culturales, entre ellas, el comportamiento rutinario. La razón de ser de esta gente es palpable en su historia y su folclor, en el alma de los campesinos, en las leyendas que estructuran sus mitos y en la cultura ancestral que cuentan sus trovadores.

El antioqueño es romántico por naturaleza, pero su romanticismo no está hecho de sueños y melancolía; es el sentimental que se aferra a sus tradiciones, elevando un exaltado canto a su tierra.

En este momento del discurso, permítaseme. precisar que esta ojeada sobre Antioquia no constituye alarde provinciano. inclusive con manifestaciones aterradoras como en los Balcanes, las regiones se han vuelto a expresar en el mundo entero. Y no me refiero a los caminos que abrió la reforma constitucional de 1991. Y dondequiera se oye la pregunta sobre el futuro del Estado Nación, ya sea a la luz de bloques como el de la Comunidad Económica Europea y los esfuerzos que se hacen en las tres Américas, o por consideraciones culturales y económicas más localizadas, que buscan rectificar caprichosas fronteras políticas de tiempos lejanos o recientes. Lo que quiero destacar es la gran sorpresa que se experimenta al ver cómo, a propósito de un tema que en 1991 es de actualidad prioritaria, ya en 1979, es decir, hace doce años, el universal historiador Jaramillo Uribe escribía:

"...Uno de los rasgos sorprendentes del momento histórico contemporáneo parece ser el renacimiento de la idea de región. De región como concepto histórico, político y cultural. Tras el siglo del nacionalismo y de la nación como objetivo de la historia, parece resurgir en numerosos países la idea de identificar el patriotismo con la defensa de las regiones y con la lealtad hacia ellas: escoceses y galeses en Gran Bretaña;

bretones y occitanos en Francia; vascos, catalanes y andaluces en España. Para la historia y para el historiador el fenómeno no puede pasar desapercibido. Parece como si, aparte de la constelación de intereses políticos y económicos que pueden estar operando para producirlo, el hombre contemporáneo, fatigado de abstracciones sociales como la nación, el estado, la clase, el partido, buscará su identificación con algo existencialmente más inmediato y este algo parece ser la región. Ahora bien, sin que podamos decir que la historiografía moderna ha sido indiferente ante las realidades regionales, sin embargo, es evidente que según las alternancias del interés real o de la moda, el foco de su atención ha estado en las naciones, los estados, las épocas, las generaciones, las clases, los partidos y las culturas en un sentido muy amplio y relativamente abstracto (...)"

Tal es el centro alrededor del cual se estructuran estas páginas, que pretenden esclarecer la relación existente entre el pueblo antioqueño y su creación cultural: así como el medio agreste de las montañas forjó un tipo humano diferente del que habita en el resto del país, de igual modo dicho pueblo fue moldeando una literatura, una música, una danza, unas costumbres, unas leyendas con vida propia, con matices singulares y con una identidad que no le impide integrarse en el gran óleo de la cultura colombiana.

6. La lectura unidimensional

Siempre que se ha hablado o escrito del modo de ser del antioqueño —a favor o en contra-, el énfasis se pone con sesgo en el horno economicus, que trataba de no depender de nadie distinto de sí mismo. En aquellas descripciones parecería que el antioqueño no pudiera caracterizarse más que en función del dinero. En unas ocasiones, las más pretenciosas —puesto que se figuran en sí mismas como conclusiones objetivas y científicas-, la observación se presume neutral: ahí está este pueblo, que por su aislamiento durante siglos se convierte en conejo de laboratorio perfecto. Otras veces, las descripciones se insuflan de pasión, ya el

entusiasmo por la raza emprendedora y arriesgada, ya el recelo de los propios pobladores frente a lo que ven como envidia o como instinto de defensa, y que llevó a decir al ingenio popular que la vida es la lucha del hombre contra el antioqueño.

Naturales o sesgadas por un sentimiento, hemos visto cómo desde los informes coloniales son abundantes estas coreografías, diseñadas con los lenguajes de cada época. Acaso demasiado abundantes porque, en definitiva, ciertos modos de vida, ciertas migraciones hacia fuera y hacia adentro, y ese aislamiento inicial—privilegiado para el investigador—, confirieron a este pueblo características marcadas y diferenciadas. Condiciones de laboratorio, se diría, que eliminan variables y se enuncian para explicar el misterio aparente de por qué una provincia atrasada en el siglo XVIII, se convierte desde comienzos del siglo XIX en poder financiero, y desde los inicios del siglo XX en epicentro de la industria colombiana.

El libreto del tema está compuesto por el encadenamiento entre la minería del oro, el comercio, el café y la industria manufacturera; y el protagonista resulta creando aquella riqueza gracias a su espíritu de competencia para superar su marginamiento, a su laboriosidad, a su hábil manejo de las transacciones, a la persistencia ante condiciones hostiles, a su perfeccionismo; y a unos valores éticos que conferían a la religión, mientras fue una sociedad campesina, el poder de controlar las conductas. Y también gracias a su amor al dinero como compensación calvinista y puritana para el esfuerzo —si se le quiere ver como virtud- o gracias a su codicia, si se lee el fenómeno con la óptica desde la cual lo vieron Carrasquilla y Fernando González, León de Greif y Gonzalo Arango. Esta lectura corresponde al peso específico del determinismo económico inherente a la teoría marxista que no se aplicó a la evolución histórica del pueblo antioqueño y se aplica a su naturaleza, como si el país, por el hecho de participar de un conjunto de características y valores, tan solo poseyera dimensión crematística del mundo.

Una de las peculiaridades de Antioquia ha sido la comunicación positiva y descomplicada entre las clases altas y la gente llana. La verdad es que al formarse la idiosincrasia de este pueblo, el dueño de la hacienda o de la mina era campesino como el peón, con quien compartía madrugadas y fatigas sin contemplaciones ni privilegios como un jornalero más con

responsabilidades diferentes. Sus inflexiones dialectales eran las mismas. El labrador de aparcería logró hacerse dueño de la hacienda, como el cañero o metalagómez o fanfarrón en Que pase el aserrador, el cuento de Jesús del Corral. Y el mazamorrero o barequero, en un golpe de suerte había sacado tal oral que compró varias veinticuatravas de la mina. La ruptura que está padeciendo Antioquia vino más tarde, cuando se estableció el ausentismo y los señores empezaron a vivir en la ciudad: se crearon entonces dos subculturas, la citadina y la campesina, que en tanto que no se hermanen, producen violencia. Pero durante muchos años la gente de la llamada buena sociedad se ufanaba de ser descendiente de los arrieros y tenía a honor su raigambre campesina, la casa siempre abierta y el bien pueda proseguir que oían los caminantes al entrar y el bueno, que mi Dios la tenga aliviadita, pues, ¿oye? que también se lee en Calderón de la Barca'. Un arriero en su juventud, don Alejandro Ángel, llegó a ser el primer magnate del café. El carpintero de la mina de El Zancudo en Titiribí, don Alejandro Echavarría, fue el fundador y primer propietario de Coltejer; y su sobrino don Ramón fundó a Fabricato en Hatoviejo, más tarde llamada Bello en memoria de don Andrés, estudiado con profundidad por don Marco Fidel Suárez, nacido allí en el hogar de una lavandera. A don Pepe Sierra /e convenía —en el sentido ambivalente de fatalidad y de ventura-, comprar haciendas en la carrera séptima de Bogotá que, según él, empezaba en la Plaza de Bolívar y terminaba en la del mismo nombre en Tunja.

El origen agrario, artesano, arrieril y minero de los modernos empresarios industriales de Antioquia, es indudable. Y el telón de fondo de su creatividad es el modo de ser del antioqueño, estudiado por sus propios y ajenos.

Sin embargo, si se examina el repertorio de artistas que han nacido en esa región —pintores, novelistas, poetas, escultores, humanistas-, los hombres refutan la lectura unidimensional. Se diría, en beneficio de aquella tesis, que este grupo ateniense fue siempre la disidencia en su medio fenicio, a la cabeza su filósofo Fernando González y su poeta Gonzalo Arango. La interpretación que propongo es bien distinta: consiste en que, en el fondo, polos positivo y negativo, blanco y negro, tanto ese espíritu perfeccionista y emprendedor como aquella disposición para emigrar o asimilar novedades, esa persistencia y sobre todo el

sentido de identidad con su origen, han servido para estimular una creación de valor estético significativo.

7. La aspérrima antioqueña.

Acaso Porfirio Barba-Jacob con su imagen de bohemio, perdido y marihuana, con su auto-fomentada máscara de amoral, observado por la superficie pueda mirarse como antítesis de la austeridad y la religiosidad de sus mayores. La antítesis comienza a disolverse cuando Barba se identifica con el espíritu antioqueño, que llevó a los paisas a colonizar más al sur de las selvas del Quindío; a las llanuras vírgenes circundantes de sus montañas hacia el Magdalena, el Cauca y Urabá; y aún más al norte, desde los cincuenta, a colonizar el Queens, en Nueva York. Con la diferencia de que el paisa coloniza y se instala, y Barba-Jacob trashumaba con el sino del prófugo más que con la esperanza del peregrino. Esa antítesis que la superficie señalaba, se disuelve cuando se examina la manera como Barba-Jacob asumió su vocación poética, su oficio con las palabras, más allá de la fachada escandalizante. Entonces, cuando, cual fantasma que viaja a través del tiempo, alguien penetra en el cuarto solitario del poeta, en La Habana o en Barranquilla, en México o en Lima, en ese momento en que Barba trabaja sus poemas, se podrá reunir una obra breve, pulida por el paso de los años y los insomnios. Se cuenta que el poeta fijaba en la pared sus poemas para vigilarlos durante sus encierros y, en iluminaciones sucesivas cambiar una palabra hoy, otra cuando pasen los años, siempre con persistencia vigilante, fuera del escenario, en el taller artesanal de un obsesivo perfeccionista.

Existe otro ángulo por donde se concretan las cualidades del comerciante, del vendedor y el perfil del poeta, más allá de la habilidad con las palabras que a los primeros les sirve como medio de persuasión, y al poeta, como instrumento para el éxtasis. Es el modo de vida vagabundo; el vivir del cuento a costa de viejos o nuevos conocidos, protagonizando, más que al poeta maldito que pretendía, al pícaro—el vivo que llaman-, arquetipo de una sociedad semi-rural, subproducto del ingenio y del arte laborioso de vivir sin trabajar, en disfrute de los dividendos o de la quimera. En el fondo, recogiendo con su huída un repertorio de antivalores que tienen la

utilidad de producir escándalo —es decir, resonancia- y de exhibirse lejos del escenario donde el poeta creció, la aspérrima Antioquia; y guardando en su corazón el temor que sintió cuando —casi adolescente, maestro en Angostura- el padre Mariano le quemó rugosos manuscritos; y cuando, a la hora de la muerte en México, el sacerdote académico Méndez Plancarte lo invitó a confesión.

8. Los disidentes

En algún trayecto de su vida, Barba-Jacob se encontró en La Habana con un paisano suyo, el escultor Marco Tobón Mejía. Es el momento de abandonar al poeta de Acuarimántima, para saludar al escultor que aprendió en Francia el oficio de fundir bronce y medallas, y perfeccionó la maestría en el tallado de la piedra. Al contrario del poeta que no puede vivir de sus versos, el escultor era un artesano que derivaba la subsistencia de su quehacer. Tobón Mejía es el primer ejemplo, el fundador de una tradición entre los artistas antioqueños que salen a asimilar las sutiles perfecciones del oficio en el lugar donde más saben de él. Y en esto no existe distancia con los que, al principio por el comercio del oro, salieron a asimilar técnicas que fueron aplicando de manera gradual y sabia con la colaboración inteligente de técnicos ingleses, suecos y alemanes, afincados en sus montañas. Así viajaron a estudiar ingeniería de minas en California los primeros empresarios paisas de la minería moderna, los mismos que al regreso fundarían la brillante Escuela de Minas de Medellín, como continuación de la obra visionaria del gobernador Berrío. Y así fueron a estudiar la metodología del beneficio del café en Centroamérica, bajo los auspicios de don Mariano Ospina, lo que les ayudó a inventos ingeniosos, como la despulpadora, que impulsaron aún más dicha industria.

Como Tobón Mejía, más tarde Fernando Botero saldría del escenario local en persecución de las formas de Uccello: entre los artistas antioqueños, es el arquetipo de valores como persistencia y perfeccionismo. Después de la emoción pictórica, primera percepción ante un cuadro de Botero, lo que sigue es el estupor ante la ejecución técnica de sus obras: son cuadros realizados por un maestro que domina,

a fuerza de investigación y de trabajo, los secretos del quehacer. Desde otro ángulo, el reconocimiento universal del arte de Botero, cuya apoteosis está constituida por sus esculturas en Florencia y Montecarlo, ha contado de parte del artista —más de la maestría, la laboriosidad y perfeccionismo—, con la sensatez del antioqueño para gobernar el éxito. Es lo que ha hecho también Rodrigo Arenas Betancourt, desde cuándo, solo con el fuego de su talento, partió hacia México en 1945, a estudiar con los muralistas.

Es aconsejable volver a los disidentes para observar en sus comportamientos, como en un espejo, la proyección de valores que tienen ellos la virtud de hacer evolucionar.

Imbuido en el universo verbal del antioqueño, inmerso y a la vez distanciado de los valores paisas, Carrasquilla es el escritor arquetípico de la montaña y el que repudia la codicia de su gente. El más excelso cronista y, por ello, el mejor testigo de esa cultura material que ya para su tiempo alcanzaba refinamientos en la culinaria, en la jardinería, en la arquitectura autóctona, signos materiales de una instancia establecida y próspera. Crítico acerbo de la gente local, chata y roma, descendiente librepensador de un inmigrante sueco. También León de Greiff pertenece a ese territorio de disidentes que participan, a la vez, de las más perfiladas características del modo de ser antioqueño. Pocas obras poéticas más laboriosas, eruditas y vastas en el contexto colombiano, y con esa verbalidad del que juega con las palabras o que se deleita en la ironía; y que, arriesgado, aventurero, pone a Stepansky a jugarse todo —hasta la vida— y a Beremundo el Lelo a surcar los mares.

Hay una especie de dinastía de herejes que reflejan los mismos valores e idénticas tradiciones que el universo por ellos criticado, como en Los Teólogos de Borges, que se pasan la vida disputando y resultan ser uno solo en la mente de Dios: herejes que forman parte de una tradición siempre vibrante, receptiva a los aires nuevos con la renovación que traen estos críticos. A dicha estirpe pertenecen los nadaístas, quienes comienzan también escandalizando, poniéndole el dedo en la llaga a una Antioquia que quedaba en los físicos cueros en textos como Medellín, a solas contigo, de Gonzalo Arango, en los cuales rescataba la religiosidad más entrañable y más cristiana que pueda imaginarse en la puritana montaña. Igual puede decirse de la vida ascética de un creador como

Jaime Jaramillo Escobar, X-504 para la poesía, autor de uno de los libros más memorables del decenio de los sesenta y el texto capital de la poesía dadaísta: Los poemas de la ofensa.

9. Los extremos de la axiología

Hasta ahora, mirando al trasluz de lo paradójico, hemos indagado por la trama que une los extremos de la axiología y del carácter antioqueños, con el modo de ser de su disidencia estética, laboriosa, perfeccionista, tan arriesgada e innovadora y con tanto sentido de la identidad como existe al frente del espejo, en la sociedad antioqueña.

Cuánto más claras se ven estas correspondencias en ese otro arquetipo que alimenta la acción con la contemplación, aquel abogado y senador campesino que dedicó sus insomnios a crear los poemas —entre ellos la Memoria Científica del Cultivo del Maíz en Antioquia-18, que lo convirtieron en el más popular de los poetas colombianos del siglo pasado: Gregorio Gutiérrez González; quien, en mitad del federalismo consagrado por la Constitución de Rionegro en 1863, dice —con ingenua petulancia, según el R Félix Restrepo-19 que como solo para Antioquia escribo, yo no escribo español sino antioqueño.

Al poeta Epifanio Mejía le ganó la locura que lo sumergió en melancolía después de haberles cantado a los amores, las tórtolas y las montañas, en particular en el poema adoptado como Himno Antioqueño, en cuyas cadencias el paisa se pone de pie con unción, lo canta y llora: ¡oh libertad que perfumas / las montañas de mi tierra, / deja que aspiren mis hijos / tus olorosas esencias! Cadencias del maestro Gonzalo Vidal que hicieron decir a Luis López de mesa:

Este Himno que Antioquia ha adoptado como insignia feliz de su índole, merece una nueva interpretación musical, que lo deje en la augusta sencillez de las dos estrofas fundamentales y tome para el coro dos versos apenas, asordínadamente acompañados contra todo lo usual en tal materia por un leve murmullo de tambores, porque así estallen como en actitud de decisión y no cual un altisonante reto vanidoso.

Colocar en una misma lista a Berrío, Rafael Uribe Uribe, Carlos E. Restrepo, Suárez, el general Pedro Nel Ospina, Luis López de Mesa, Antonio José Restrepo, Alejandro López, don Fidel Cano, Gonzalo Restrepo Jaramillo y Fernando González —el disidente por antonomasia—, significa hallar en estos espíritus disímiles el rasero común de que, a la vez, fueron hombres de acción y contemplativos, individuos esforzados que dedicaron sus vigiliias a la administración pública o privada, al periodismo, a la política o al foro; y que —persistentes— robaron horas a la oscuridad del sueño para dejar el testimonio escrito de las luces que encontraron. Orientadores por excelencia de su sociedad, encarnación de sus valores más íntimos, estos próceres aúnan las posibilidades de la laboriosidad, de la constancia, del riesgo, de la austeridad y su mezcla fructífera con la imaginación y el espíritu.

10. Los príncipes del espíritu

He hablado de los disidentes, pero sin desfigurar su propio contexto, ni menos presentar al pensador, a quien se mueve en el medio de las ideas, como un cuerpo extraño en la vida de Antioquia. Ya me he referido a esa supuesta contradicción entre el ideal de lo práctico y la contemplación intelectual, como algo que no resiste el menor análisis. A los nombres ya mencionados, habría que agregar, en visión somera, otros no menos ilustres: el padre Félix Restrepo, Sanín Cano, Gerardo Molina, Carlos Mazo, Alberto Gil Sánchez, Emiro Kastos, el Indio Uribe, Rendón, Fernando Gómez Martínez, Castro Saavedra, Alberto Jaramillo Sánchez, Pedro Nel Gómez, Francisco Cano, Tartarín Moreira, Carlos Vieco, Mario Ribero, Jorge Robledo Ortiz, Graciliano Arcila, en fin, me haría interminable.

La conjunción con los valores antioqueños y la virtual distancia crítica, se hacen verbo y carne en los más connotados poetas del presente. Acreedor del premio reconocimiento otorgado por la Universidad de Antioquia, admirado por los poetas jóvenes, el discreto José Manuel Arango ha producido en los últimos 20 años una de las obras iluminantes de la poesía colombiana. Igual austeridad y constancia, idéntica lucidez, pueden predicarse de otro hombre que, atendiendo más de cinco lustros

la cátedra, ha escrito entretanto una obra poética rigurosa: Elkin Restrepo. Ambos laboriosos y anónimos profesores, habitantes de la clase media, han dejado el cálido testimonio poético de una nueva sociedad sacudida por bruscas olas de violencia, sociedad ya urbana que encuentra, en palabras de José Manuel Arango, que la ciudad es un texto: una ciudad donde la sombra del soldado se refleja sobre los adoquines. Y mientras Arango ha creado con sus poemas breves una obra lúcida, Elkin Restrepo ha edificado la mitología de la infancia feliz del niño ciudadano, rescatando héroes entrañables del cine y realizando algo que expresa hermosamente en uno de sus versos: esta vida reclama lo que el sueño hace silencio.

Otro tanto puede decirse de Darío Jaramillo Agudelo, testimonio de lealtad a la poesía, esa batalla de palabras cansadas; nombre de cosas que el ruido escamotea, según describe el oficio de poeta al cual da pruebas constantes de fidelidad. Para el escogimiento de ese oficio, sucumbieron en él compromisos y tentaciones familiares de carácter mercantil, a las voces que lo llamaban desde las esferas de la creatividad, tal como De Greiff prefiriera en su momento la belleza de ver fugarse los crepúsculos, al frenesí febril de las chimeneas manufactureras. Y de Juan Manuel Roca, cuyo esotérico lirismo pinta con pincel impresionista las situaciones amorosas de cada instancia: tal vez el misterio de la poesía consista en convertir flores en fuego, fundar el mito, atrapar el imposible.

Por consiguiente, también hay en Antioquia sitio acogedor para los peregrinos del intelecto, príncipes dei espíritu, sin sede permanente. Lo pondera, además, el hecho hermoso de que quizá el poeta de más prestigio y popularidad en el torbellino industrial, sea Raúl Gómez Jattin, llegado de la costa atlántica, y quien canta así: Va catalina / viene Catalina / llegó Catalina / junto a mi pecho como un gorrión / como una hermana, una abuela o una amiga / su melena caliente mi corazón / no quiero que se vaya / si es tan tierna / si parece que tuviera en vez de huesos / plumas / en vez de voz puro aliento / en vez de amistad un pleno amor. / Catalina vale un millón de besos en poemas / Catalina es un corazón al viento / y el viento quisiera serlo yo.

11. El romancero

En el prólogo a la primera edición de las obras completas de don Tomás Carrasquilla, advierte el español don Federico de Onís" que la lengua de Antioquia, la lengua y el estilo de Carrasquilla (el gran Carrasco, como coloquialmente se le decía), es sin duda el castellano, como lo es de toda la América española, y aun podríamos añadir que es uno de los sitios (incluyendo a España) donde mejor se habla; agrega que esto no quiere decir, como ha pensado Cejador, que dicha mejoría se deba a que en esa región se haya conservado el español más puro a causa del aislamiento y el apego a la tradición. Y que si es verdad que el español de Carrasquilla y de Antioquia sorprende y maravilla por su riqueza en palabras y giros que fueron clásicos y ahora sobreviven, también entre los campesinos de Castilla y Andalucía se destaca por su capacidad de innovación, de lo cual nace su encanto. Años antes lo observaron así Caro y Cuervo, y lo hizo más de una vez el señor Suárez en varios de los Sueños. Todos con Bello a la cabeza, trabajaron aquende el mar por la unidad de la lengua, como allende el mar los Reyes Católicos lo hicieron por la unidad de la Península, donde ni entonces ni ahora se alcanza la mismidad del idioma de que gozamos en nuestra América. En contraste con Alberdi en la Argentina, quien había querido varios españoles individualizados, en el resto de América la constante ha sido la lucha esforzada por el mantenimiento de la unidad de la lengua, con las innovaciones refrescantes y las modulaciones de cada región. Así en Antioquia, donde afirma Flórez que por el apego a formas y significados antiguos las hablas antioqueñas tienen un sello muy español, y por la tendencia renovadora son al mismo tiempo muy americanas.

El puente de transferencia del romancero del Siglo de Oro a América, fue el romancero de las Islas Canarias, recurso esencial para explicar la más antigua tradición al mundo recién descubierto, según don Ramón Menéndez Pidal, citado por la hispanista alemana Gisela Beutler, quien durante tres años de estudios en Colombia recogió textos religiosos y novelescos en la costa atlántica, en el interior, en Nariño, en el Chocó, en la Catedral Primada de Bogotá, y en Antioquia, con similitudes con el romancero español. Del gongorista Hernando Domínguez es éste:

En dos cruzados maderos, nudosos monstruos del bosque, que aún para leños son rudos, si para troncos disformes; con más heridas que miembros, vinculado miro a un hombre víctima que si pénsil muere porque vivan Absalones.

De Cáceres, población del norte de Antioquia, transcribe éste:

- ***Barquero, ¿quieres cruzarme a las otra orilla de la mar?***
- ***Si te paso, niña hermosa, si te paso, ¿Qué me das?***
-Te doy mil alhajas de oro, mi pulsera y mi collar.
- ***Eso no, niñita hermosa, lo que pido, vale más.***
La niña le dio el besito
y el barquero la cruzó.
 - ***¡Adiós, niña pasajera!***
 - ***¡Adiós, barquerito, adiós!***

Y de Cocorná, al oriente de Antioquia, viene este romance:

**La Virgen se está peinando debajo de una palmera,
sus peines eran de plata, su cinta de primavera.**

**Por aquí pasó José
me dijo de esta manera:**

- **¿Por qué no canta la Virgen, por qué no canta la reina?**

12. Los lenguajes

Queda claro que la coyuntura tradicional de clases, que bien pudiera entenderse como clase única campesina, palpable hasta bien avanzado el siglo XX, desde mediados del siglo pasado tuvo su repercusión literaria. En pocas partes dentro de los amplios dominios de la lengua puede advertirse tanta cercanía entre la lengua escrita por sus mejores cultores

y la lengua hablada por el común en los hogares y mercados, en los cafetales y en los socavones.

Si algo identifica al antioqueño en cualquier lugar, es su expresión lingüística. Luis Flórez destaca como características suyas una entonación de giros altos, de ese sibilantes, voseo corriente, con un uso frecuente de pues, popa, querida, ave maría, conversación rápida, empleo de muchos y frecuentes diminutivos signo de afectividad, exageraciones gráficas, ingeniosas y expresivas junto al uso del misiá y el don²⁴. Al lado de esto, se debe destacar el ingenio del paisa que brota en todas las situaciones y espacios, a través de refranes trabados y juegos verbales: Emilio Robledo recogió en mil papeletas lexicográficas²⁵ otras tantas expresiones que iremos dejando a la vera del camino de este trabajo. En seguimiento de una lógica del lenguaje que no siempre prevalece, en la Antioquia del golfo de Urabá, transida de costañismos, se oyen adverbios de modo terminados en mente, como la respuesta que se da a quien pregunta por la circunstancia del interlocutor: gracias adiós mente bien, dotor: sindudamente, dotor. O testimonio de lógica inusitada, en una fonda campesina: Ni se fía, ni se presta plata, ni se me suba al mostrador.

Hay estudios bien acabados sobre el voseo familiar de los antioqueños, similar al de los argentinos. Muy distinto del vos mayestático, este trato a la segunda persona del singular, reemplazando el tú por el respetuoso usted, y ustedes (se usa aún el vusté, vustedes), tiene su conjugación propia en todos los verbos con prescindencia de la i del plural vosotros y del solemne vos en la última sílaba²⁶. Vos sos, vos amás, vos sabés, vos fuiste, vos influís. En la confianza del amor entre antioqueño y antioqueña, resulta artificial y postizo el tú, lejano y frío el usted, y profundamente tierno el vos. Y es frecuente que el lustrabotas o el vecino ocasional en el estadio lo trate de vos con la espontaneidad surgida del hecho de sentirse igual.

Se usa todavía el mi amo y el ño y ña, como en esta copla:

***Buenas noches, ña María,
celebro que esté alentada,
y después de haberla visto,***

vengo a que me dé posada.

(Restrepo, Cancionero, CCXXXVIII)

13. Música y folclor

El folclor antioqueño es producto de un largo proceso de transculturación, en el que tuvieron parte activa y creativa tanto las comunidades indígenas que habitaron la región antes del Descubrimiento, como los españoles y los esclavos negros, cada uno de estos grupos con una visión del mundo y con una cultura diferente. Esta mezcla originó una música, una coreografía, unos usos y costumbres determinados y un habla popular que incluye mitos y narraciones.

Sobre la evolución de la música y el baile popular en Antioquia, poco se sabe. A través de La marquesa de Yolombó, don Tomás Carrasquilla ofrece datos expresivos sobre este rasgo esencial en la vida de los pueblos. Merece mencionarse la guabina, nacida en Antioquia hacia el siglo XVIII como una danza popular que se realizaba en parejas. El bambuco llega a la región por el año de 1852, y a pesar de no ser parte de la tradición se convirtió en uno de los aires más populares, al igual que el pasillo, en general melancólico: este hecho implica el predominio de la música de cuerda sobre los instrumentos de viento y percusión.

El contacto con el mundo que había más allá de las montañas suscitó cambios: los bailes populares, como el mapalé y el currulao, propios de las zonas de influencia negra, en el golfo de Urabá, empiezan a perder fuerza y el bambuco deja de ser una danza para convertirse en la canción de serenata, siempre con doloridas declaraciones de amor y con añoranzas. A pesar de los cambios impuestos con el paso del tiempo, subsisten pueblos y veredas que conservan estas danzas con las cuales se mantienen unidos a un pasado de esfuerzo y lucha. Entre las más expresivas están Tierra labrantía que exalta la parcela y la esperanza, pero al tiempo la nostalgia de la ausencia; y Las acacias, en la cual se establece el gobierno de la ausencia y la tristeza por la soledad en la vieja casa familiar. La que se conoce como música guasca o de carrilera (por su predominio en las estaciones del ferrocarril), tiene igual acopio de nostalgia o despecho para el reclamo del paisa, que los tangos y milongas que se oyen en Medellín quizá más que en Buenos Aires.

La riqueza lingüística y el ingenio se manifiestan en la poesía popular, unida a la música y la danza, cuya más pura materialización es la copla que se convierte en la voz del pueblo, en el espacio por donde rezuman sus anhelos, esperanzas y dolores. La copla toma la forma de seguidillas, o de corridos. En cuanto a la temática, toca desde las guerras civiles, la politiquería, los enfrentamientos entre clases sociales, hasta los amores fáciles, el amor hondo, el amor a la madre, a la casa paterna y al pueblo natal. En las coplas es palpable la herencia española: en ellas están presentes el tono satírico y el jocoso de la picaresca, al lado del tema anticlerical.

En el Cancionero Antioqueño de Antonio (Ñito) José Restrepo²⁷, el autor recoge esta Copla que le trae el recuerdo de un epígrafe en El doncel de don Enrique, de Larra:

¡Cúyo es aquel caballo que allá abajo relinchó?
¡Cúyas son aquellas armas que están en el corredor?

Y ésta, considerada por Restrepo como de estirpe calderoniana, y que él oyó a un negro zahorí en los socavones de las minas de El Zancudo en Titiribí:

***Precipitado me siento
a aborrecer lo que adoro,
pero al mismo instante lloro mi
propio aborrecimiento.***

En La puerta de Mantible de Calderón de la barca, se inspira ésta:

***Soy la puerta de mantible
y los brazos de monroy,
los Siete Infantes de Lara
y lo que te digo soy.***

Dice Ñito que la copla que sigue debió escribirla algún seductor jactancioso, escapado por milagro al puñal y al revólver de las seguras vendetas:

Una niña me dijo

en Salamina:

¿Cuándo va por el niño

que ya camina?

Y ésta inequívocamente antioqueña:

De las peñas sale el agua,

de la leche los quesitos,

de los caratejos grandes

salen los caratejitos.

Dos más del Cancionero:

Del limón cogí la flor, del

naranjo los azahares; de

tu corazón y el mío lo

que cojo son pesares.

Decís que te vas mañana,

yo también me voy, Ileváme;

si no me querés llevar,

sacá cuchillo y matáme.

Y sobre la extensión de la copla:

Ningún autor la escribió,

más cuando alguien lo está oyendo

el corazón va diciendo:

Eso lo compuse yo.

En el sur de Antioquia era legendario el patriarca colonizador don Lorenzo Jaramillo. De él se decía:

Por do pasa don Lorenzo

todo es regocijo y canto

Ángeles y Jaramillos

dicen Santo, Santo, Santo.

Y ésta, de la cosecha de Manuel Mejía Vallejo, quizá advertida por el novelista en el Cancionero de Restrepo:

Ya se murieron mis perros,

ya mi rancho quedó solo.

Ahora me muero yo

para que se acabe todo.

Pertenece a la realidad o a la leyenda el que Ñito Restrepo salía los viernes del senado de enfrentarse con el maestro Guillermo Valencia en debates sobre la pena de muerte, viajaba a Antioquía y, sin detenerse en Medellín, seguía a Titiribí a cumplirles la cita semanal al aguardiente, a la tertulia de los funcionarios de las minas de oro de El Zancudo, y al legendario trovero campesino Salvo Ruiz. Un día, Ñito le espetó ésta:

Óigame ustedé, Salvo Ruiz,

yo le vengo a preguntar:

***¿cómo pariendo la Virgen,
doncella pudo quedar?***

Dicen que Salvo apuró un inmenso aguardiente de contrabando, tapetusa como se le llama, rasgó el tiple de doce cuerdas y respondió:

***Oiga ustedé, doctor Restrepo,
yo le vengo a contestar:
tire ustedé una piedra al agua,
abre aquí, vuelve a cerrar.
Así, pariendo la Virgen,
doncella pudo quedar.***

Otra manifestación del alma colectiva la constituyen las narraciones a través de mitos y leyendas, producto del enfrentamiento y fusión parcial de las tradiciones españolas con las creencias indígenas y africanas.

Parte de la tradición narrativa antioqueña se encuentra en los cuentos de Pedro Riales, Sebastián de las Gracias y Tío Conejo, junto a los cuales crecieron también la Patasola, el Patetarro, la Madremonte, el Gritón, el Mohán, el Hojarasquín, el Ánima Sola, el Diablo, todos provocadores de males y tragedias, contra los cuales el pueblo ha creado sus conjuros, contras y ensoñaciones, como la certeza, cuando rumba la candela en el fogón de tres piedras, de que viene visita que trae regalos: Agustín Jaramillo Londoño ha recogido en El testamento paisa, un tesoro de instancias populares, como rezos, exorcismos, cuentos, exageraciones.

14. El refranero

Si la música, la danza y la expresión lingüística constituyen la manifestación del pueblo, el refranero se erige como la materialización

más elemental y franca de la posición que el hombre asume frente a la vida.

Los refraneros representan rasgos locales típicos, ya que la experiencia que los sustenta cambia, de acuerdo con las circunstancias geográficas, raciales y psicológicas peculiares de cada época y región. Antioquía es un territorio particularmente rico en dichos y refranes que manifiestan las experiencias y sufrimientos de sus gentes, al igual que su siempre optimista sentido de la vida. En conjunto, esta cultura popular muestra la historia del colonizador y sus peones, del arriero que abrió los caminos por el fragoso y vasto territorio, del minero y las personas que hoy —como antes— se muestran capaces de darle a su historia un rumbo marcado por el coraje, que don Benito Restrepo, hermano de Nito, ponía en boca de los colonizadores, así: A un lado serpientes, alacranes y avispas, tarántulas, cientopíes y hormigas rondadoras, trasgos y fantasmas, diablos y demonios, que aquí va un hombre con hambre.

Hay una teoría del refrán como simbiosis de vivencias y síntesis de modo de ser. Se dice que sus orígenes se remontan a los del ser humano. Sus huellas aparecen en los clásicos griegos, en filósofos como Platón, Aristóteles y Sócrates, en cuyo diálogo sobre Protágoras se explica que contienen la más antigua filosofía. Emilio Robledo:

"recuerda que fue tal la autoridad que dieron los griegos al refrán, que para dirimir un litigio entre Atenas y Megara sobre la isla de Salamina, se alegó a favor de los atenienses un refrán extraído de los poemas de Homero. Es rico manantial el Libro de Buen Amor del Arcipreste de Hita con 221 refranes o retráeres de fines del siglo XIV; lo son el Marqués de Santillana, Juan de Mena, y el Diálogo de la lengua de Juan de Valdés. Pero sobre todo, Don Quijote, con 3.500 refranes y una filosofía paremiológica inagotable. Gonzalo Correas" fue el primero en acometer, en 1627, la tarea de un Vocabulario de refranes y frases proverbiales; y Sbardí, a fines del siglo XIX, compiló diez volúmenes de refranes españoles de referencia obligada. Para el señor Suárez, Las frases hechas, modismos, refranes, cantares y cuentos, todo lo que forma lo que ahora se dice folk-lore, o vida nacional reflejada en el lenguaje, es en Antioquia caudal cristalino de amalgamiento español."

De ese caudal de amalgamiento español hay numerosos ejemplos, algunos desaparecidos, como la Autobiografía de un antioqueño rico

sobre un paisa de apellido Córdoba, que empezó a publicarse en Medellín en 1898; pero su familia entró en pánico por las confidencias audaces, y la suspendió. El profesor Jaime Sierra García trae, en las setecientas páginas de *El refrán antioqueño en los clásicos 32, refranes y expresiones de Don Quijote que se oyen en Antioquia*. Por ejemplo, cada uno es como Dios lo hizo y a veces peor; cuando una puerta se cierra, cientos se abren; el buey solo bien se lame; el muerto al hoyo y el vivo a la olla. Y las expresiones ultimadamente (*Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad y, ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo: Don Quijote, Parte primera, capítulo XLIII, página 258*), que aparece de continuo en Carrasquilla; suplicar con lágrimas en los ojos; no llega a la suela de mi zapato; llorar lágrimas de sangre el corazón; hacer pucheros; estar enamorado hasta los hígados; comprar el bastimento; acosar más que mula bastimentera; madurarse biche; así se estrega pa' que blanquié; paga más un retrato en el fondo de un baúl; no te puchés; no me dejo marraniar; calláte esos ojos, querida.

Y estos refranes de circulación cotidiana, recogidos también en el *Diccionario filosófico del paisa por Luis Lalinde Botero*".

Según el marrano es la horqueta; en cojera de perro y en llanto de mujer no hay que creer; meter chucha por guagua; las cosas valen lo que den por ellas; gozar más que un boquineto chupando caña; el día de la quema se ve el humo; el primer maíz es de los pájaros; en la peluquería, como gagás quedás; cada hijo al nacer trae su arepa debajo del brazo; antioqueño no se vara; tiene más costuras que un carriel envigadeño; la cáscara guarda al palo y el mico come chumbimba en caso de necesidad: perro viejo late sentado; a un bagazo poco caso, a un cagajón poca atención.

Y éste, de obvio parentesco:

Más vale ponerse colorado de una vez,

que descolorido toda la vida.

El arcipreste de Hita dice:

Más vale vergüenza en faz,

Que en corazón mancilla

15. Reflexiones últimas.

Ya al final de esta grato recorrido por los escenarios espirituales básicos de lo que sigue siendo Antioquia, la grande aun para los miembros de la joven generación actual dispersos por el mundo, y con un lejano antepasado paisa en la historia familiar, ya al final quiero rendir homenaje a quienes, propios y extraños, con sus investigaciones nos enseñaron a definir los rasgos de nuestra identidad cultural. Gracias a ellos podemos concluir que el pueblo antioqueño forjó sus características en un proceso lento, con esfuerzos, sudores y lágrimas. La población inmigrante andaluza se asentó en los núcleos urbanos de Santa Fe, Rionegro, Marinilla, La Ceja del Tambo, Sonsón, Abejorral y las poblaciones del Valle de Aburra, así como en los campos circunvecinos. Los forjadores se consagraron al cultivo de una tierra empobrecida y casi inhóspita, para hacer de ella el hábitat familiar, hermosado por el culto comunitario y el trajín colectivo. El laboreo de las minas introdujo, asimismo, el trabajo del indio y la inmigración de origen africano, concentrada en las zonas bajas del río Nechí, Remedios, Segovia y Zaragoza. El aislamiento durante más de trescientos años, confinado entre sus riscos y hondonadas, contribuyó a acendrar las singularidades étnicas que distinguen al antioqueño de los habitantes de las otras provincias, y a vincularlo emocionalmente al terruño. De ahí que la cultura tenga allí tan arraigado sabor telúrico, y que las costumbres patriarcales hayan trascendido de generación en generación, como nota específica del montañés.

Por esas circunstancias y por el continuado hacerse a lo largo del tiempo, el pueblo antioqueño se distingue en la historia de Colombia como conglomerado diferente de los demás pobladores del territorio, aislado y desconocido en los primeros siglos del itinerario nacional, para ser luego admirado por sus valores específicos. Sus costumbres, su desarrollo progresivo y su quehacer histórico le fueron tejiendo los rasgos de esa fisonomía propia, fundida en buena parte en la forja en la cual se mezclaron etnias diferentes y aportes culturales varios; y en el confinamiento geográfico que registró durante tres siglos. Lo han registrado así los analistas que se han asomado a ese modo de ser y a su lenguaje: el lingüista general Rafael Uribe Uribe recogió en 1887, en el prólogo de su fascinante Diccionario abreviado de galicismos,

provincialismos y correcciones del lenguaje, el pensamiento de Bello, Cuervo y Caro sobre el significado dinámico de estas hablas regionales.

Su religiosidad y la vivencia de la familia han permanecido en la base de la población, a pesar del influjo cambiante del tiempo, del imperio distorsionador de muchas violencias y del apremio exigente de la modernidad. Tanto es así, que aún en el mundo del delito los protagonistas tratan con afecto esos valores, acomodándolos desde luego a sus propias nociones de la vida y de la muerte. Su amor por las costumbres particulares y por el folclor se conserva y enriquece con los aportes que brotan de continuo del alma popular; y cada vez se hace mayor el número de sus poetas, pintores, músicos y narradores. El pueblo antioqueño tiene hondo sentimiento romántico, por lo cual sigue siendo gente de trovas y canciones, de himnos y esperanzas, enraizadas en la tierra y en la tradición.

Después de cuatrocientos años de actividad rural, de g.uaquería y laboreo de minas y de arriería, la industrialización le abrió nuevos horizontes para la evolución y el desarrollo. La industria antioqueña compite en los mercados internacionales sin perder su identidad.

La realidad sociocultural de Antioquia tiene caracteres propios. La axiología de la gente, entendida por tal la que le da fisonomía al pueblo antioqueño, exalta a quienes fueron forjadores de esa sociedad, cuyos valores humanos sobreviven como nervio de las generaciones actuales. Entre esas características acaso sobresalga una, como la de mayor fuerza cohesiva: la del amor entrañable a la tierra, que lleva a la desmesura en su ponderación. Así, la catedral más grande del mundo es la de Villanueva en Medellín; el túnel más largo del plantea, el de La Quiebra en el ferrocarril de Medellín-Puerto Berrío, que construyera el cubano Cisneros; el puente colgante más largo, el de Occidente sobre el río Cauca construido por don José María Villa. Sobre ese rasgo tan representativo del modo de ser del antioqueño, versa el hermoso discurso de ingreso a la Academia Colombiana de la Lengua, de la antioqueña Rocío Vélez de Piedrahíta". Y versan los relatos de los culebreros en los mercados pueblerinos". Las exageraciones frecuentes, gráficas, ingeniosas y expresivas —dice Flórez, referentes a la inteligencia, la malicia, la audacia, la fuerza, el valor, el poder, el amor, la riqueza, etc. (para los antioqueños las cosas mejores y las más grandes están en Antioquia, real

o imaginariamente). El adjetivo enorme es sinónimo de grande en Carrasquilla: (...) ***esa era un laberinto de casa lo más grande, lo más asiao, lo más precioso y más enorme. Y el superlativo en ísimo se usa así, también en Carrasquilla: (...) una arboleda muy grandísima; y los comparativos mejor, peor, superior, inferior, se toman como positivos: allá se trabaja más mejor, mientras más pior, mejor, mi don.***

Entre los campesinos, el diminutivo constante es testimonio de afecto y de ternura, como en esa despedida que trae Flórez": Adiosito, pues, y que la Virgen me los lleve con bien. Hago mío este adiosito, agradeciéndoles, una vez más, el que me hayan dispensado uno de los honores más gratos de mi vida, honor que recibo con la modestia de quien sabe que sus reales destinatarios son los libros que ha amado y amará hasta el fin de sus días.

11 de octubre de 1991

Elvira Berrio de Jaramillo⁴⁰

Para iniciar, me permito recordar una sentenciosa frase del caudillo Gilberto Alzate: La política se hace o se padece.

Y a su contenido me remito para compartir con ustedes en este importante recinto académico algunas reflexiones sobre la participación política de la mujer en Colombia durante la pasada centuria.

Esta mujer, que permaneció ciega, sorda y muda de puertas para afuera, se cansó de que decidieran por ella, de que actuaran por ella; se cansó de ser presencia ausente cuando se tomaban las más trascendentales decisiones políticas y sociales. Y despertó al mundo, al que a todos por igual nos pertenece y nos afecta.

Y abrió las puertas de su casa, de esa casa que siempre gobernó a su manera con bondad y sabiduría, pero sin más poder que el que le daba un manojo de llaves colgado a la cintura, que la hacía sentir dueña y señora de su pequeño espacio interior.

Y, afortunadamente hasta su sordera fueron llegando voces recordándole que la política no es más que el gobierno de una casa grande. Era la voz del pensador español Armando Palacio. Y otra voz, la de Simone de Beauvoir ordenaba: La mujer debe asumirse.

Y fueron llegando más voces. Esta mujer que pisaba el siglo veinte comenzó a ver, a oír y a hablar. Despertaron las mujeres. Se convocó a la

³⁹ Artículo publicado en el Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia, Año. 99 Núm. 5 Nueva Etapa (2004). [Gramática y estilo tomada del texto original].

⁴⁰Líder social y defensora de los derechos de los mujeres, niños e indígenas, poeta y escritora.

solidaridad de género. Tocaron las puertas de la universidad para capacitarse. Se organizaron para dar paso a la revolución más exitosa en veinte siglos sin un solo muerto.

Hace cien años, una extraordinaria mujer, historiadora, escritora, periodista y líder cívica se destacaba en los altos círculos culturales y sociales de la capital: Soledad Acosta de Samper, creó conciencia de lucha y abogó por la igualdad de género.

Abrió las puertas para que a las mujeres se les reconociera su labor y se les permitiera sobresalir en el campo de la política y les insistía sobre la importancia que para ellas era obtener independencia económica.

A pesar de su posición ambivalente en sus primeros escritos, fue Soledad Acosta clave fundamental para que la mujer encontrará respaldo y para que fuera escuchada en sus pretensiones de participación en la vida pública del país.

Otro nombre que merece el reconocimiento de la mujer colombiana es el de la primera oradora, María Rojas Tejada, quien en un acto celebrado en el Teatro Bolívar de Medellín en 1905 dictó una conferencia sobre la educación del niño. El connotado hombre público Carlos E. Restrepo, uno de los asistentes, la calificó como el primer capítulo de nuestro feminismo militante. Destacó el doctor Restrepo su valor por haberse atrevido a ocupar por primera vez el sillón de la mujer conferencista, por esbozar ideas propias y por ser capaz de exponerlas en público y pidió aplausos.

Capítulo aparte merece mención de la más destacada líder política en el pasado siglo: María de los Ángeles Cano Márquez. Nacida el 12 de agosto de 1887 en Medellín, es conocida como escritora a principios de la década del veinte. Su obra literaria la comparte en reuniones con los obreros de la ciudad. Encuentra eco para la publicación de sus poemas en la revista *Cyrano*, en el periódico *El Correo* y en el suplemento literario de *El Espectador*. La clase obrera la elige *Flor del Trabajo* en 1925, año en el cual María inicia su actividad política.

La invitan los obreros en sus empresas. Efectúa giras nacionales. En 1926, encontrándose en Barranca, convoca a los trabajadores de la Troco: En vuestras manos está hacer de Colombia una patria libre o una patria extranjera. A las mujeres de éstos les dice: Vale más ser viuda de un héroe que la esposa de un cobarde. Su enardecedora oratoria cautiva masas y

atemoriza a las autoridades. A sus compañeros políticos los llena de celos con sus éxitos.

María fue detenida y encarcelada en diferentes oportunidades. Sus antiguos compañeros del movimiento socialista la abandonaron cuando empezó la rebatiña entre ellos mismos para ocupar los cargos de comando en el partido comunista que se fundaba en Colombia, rebatiña en la cual María no quiso participar. Marginada políticamente, trabajando en la Imprenta Departamental como simple obrera, el 8 de marzo de 1960 María envió un mensaje a la Organización Democrática de Mujeres de Antioquia: Lo esencial sigue siendo movilizar a la gente, despertarla del marasmo, alinearla y poner en sus manos las banderas de sus tareas concretas, ¡y que las mujeres ocupen su lugar! Es el último llamado de María de los Ángeles Cano Márquez.

Esta mujer, pequeña de estatura pero inmensamente grande de corazón y de sensibilidad social, osada como ninguna otra y de un desbordante valor, despertó a las mujeres y las entusiasmó con su ejemplo a luchar por la igualdad.

Es innegable que fue ella la más destacada figura política femenina del siglo veinte en Colombia.

Posteriormente otras mujeres, entre las cuales figuraban Georgina Fletcher, Elvira Lleras, Claudina Múnera, Etelvina López, Emilia Lopera, María Eastman, Ofelia Uribe de Acosta y Clotilde García de Ucrós, organizaban con otras feministas importantes de la época el Congreso Nacional Femenino realizado en Bogotá en 1930 con motivo del centenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar.

Este congreso jugó un papel decisivo en la lucha por los derechos de la mujer.

Ya Ofelia Uribe de Acosta y Clotilde García de Ucrós difundían y abogaban por los derechos civiles y políticos nuestros desde el espacio radial La hora feminista y la revista Agitación femenina.

En uno de sus editoriales, Ofelia Uribe manifestaba:

“El día en que esta fuerza latente se cohesioné y movilice para expresar su propio mensaje, cristalizando en generosos programas de reestructuración política, económica y social, se podrá afirmar que las

colombianas realizaron lo que no han logrado las mujeres de ningún país del mundo: hacer historia patria.”

¡Y la universidad abrió sus puertas a la mujer!

En toda la geografía nacional surgían otras mujeres, algunas desconocidas pero comprometidas con la causa, como la que, realizando una callada labor en un pueblo del suroeste de Antioquia, con amor patrio y decidido espíritu cívico, sembraba conocimientos sobre la democracia y el amor por Colombia en su pequeño hijo. Pequeño como un granito de café pero de corazón grande como la gente de su raza. Así formó al hombre más importante de la política nacional en este momento. Esa mujer se llamó Laura Vélez de Uribe.

Contemporáneas suyas intervenían en las principales ciudades. Se constituyeron organizaciones femeninas conformadas por líderes muy destacadas. Iban llegando las más intrépidas y decididas. Y fueron saliendo también, a la luz pública, saliendo del encierro que más que físico era mental. Saliendo de la opresión, de la ignorancia, del maltrato, y, sobre todo, del maltrato o maltratamiento.

Con su participación, se asomaron a la fama los nombres de Esmeralda Arboleda, Josefina Valencia, Bertha Hernández, María Currea de Aya, Teresita Santamaría de González, Sonny Jiménez, María Eugenia Rojas, Migdonia Barón, Rosita Turizo, Margarita Córdoba, Emma Echavarría, Alicia Ángel, Cecilia Piñeros, Yolanda Cock, Luxy Jaramillo, Nelly de Vásquez, Blanca Ochoa, Elena Ortiz, Fanny y Luz Posada de Greiff.

Y muchas, muchísimas más, seguidas por Aída Abella, Hilda Martínez, María Izquierdo, Barbarita Zuleta, Cecilia López, Sonia Olaya, Olga Duque, Socorro Ramírez, Sofía Medina, etc. etc.

Y más recientemente aparecieron figuras brillantes como Piedad Córdoba, Noemí Sanín, María Emma Mejía, Marta Lucía Ramírez, Ingrid Betancur, Gloria Cuartas, Eulalia Yagarí, Claudia Blum, Viviane Morales (autora ésta de la redentora Ley de Cuotas).

Gracias a las pioneras, a las que se dirigió alguna vez la pluma de Virginia Wolf cuando escribió *Se debe a la lucha de las mujeres del pasado, de las que yo desearía que supiéramos más, estos males están en vía de mejorar.*

Es importante destacar también a las que, desde sus columnas o medios de opinión debatían y reclamaban nuestros derechos, como la francesa

Florence Thomas, la española Micaela Navarro, la italiana Oriana Falacci, Isabel Allende la chilena, las colombianas Laura Restrepo, Rocío Vélez, Argelia Londoño, María Jimena Duzán, Ana Mercedes Gómez, Alicia Giraldo, Marta Gómez, Margarita Vidal, Aura López...

Es de Aurita López esta alentadora frase que repetimos con frecuencia: Las mujeres hemos cambiado la lamentación por la denuncia, la resignación por la lucha y el silencio por la palabra.

Estas mujeres escritoras han sido decisivas en la lucha no armada, librando batallas redentoras de liberación y de igualdad, emancipadoras del oprobioso silencio y de la humillante subordinación.

Y cómo no reconocer y resaltar los nombres de algunos varones feministas que, rompiendo moldes del tradicional y olímpico machismo, apoyaron sin temor nuestras aspiraciones de emancipación y de libertad.

Impulsor de la instrucción pública, el doctor Carlos E. Restrepo abogó por la educación de las mujeres para evitar que así las vendan al primer vicioso que se les ofrezca por marido y para impedir que las solteras tengan que someterse al medio humillante de vivir del dinero de otros, decía.

Fue el mismo doctor Restrepo quién presidió la Legión Femenina de Instrucción Popular en 1930, para erradicar el analfabetismo femenino, proyecto al cual se vincularon educadoras como María Rojas Tejada, Jenny Campo de Jaramillo y Luisa Mejía de Arbeláez.

El también antioqueño Ricardo Uribe Escobar en 1914, presentó su tesis de grado en Derecho y Ciencias Políticas titulado Notas Feministas, sustentado en obras de Engels, Fourier, Augusto Bebel y Adolfo Posada Valdés. En su tesis, Uribe señala:

“...La mujer colombiana, la antioqueña principalmente, ha estado siempre secuestrada en el hogar. Y no se diga que por eso reina la tranquilidad en nuestras familias. Esta tranquilidad es como la paz de los cementerios. Ella no tiene derecho a la vida, su actividad se reduce al manejo de la casa y a rendir humilde homenaje a su marido. El hombre manda, dirige, representa su hogar: la mujer sufre y se resigna, ni siquiera se queja, y, naturalmente, la casa tan llena de paz...”

Igualmente, entre las voces masculinas que se levantaron por los derechos de las mujeres, se destacaban tres importantes escritores: Luis López de Mesa, Tomás Carrasquilla y Baldomero Sanín Cano. El doctor López de Mesa fue el ponente del artículo que consagraba la ciudadanía plena para nosotras en la Asamblea Nacional Constituyente de 1954.

Otros abanderados fueron los doctores Absalón Fernández, Ricardo Hinojosa, Fernando Gómez Martínez, Eleuterio Serna, Joaquín Vallejo Arbeláez.

En 1933 los doctores Antonio Álvarez Restrepo, Juan de Dios Arellano, Augusto Ramírez Moreno con otros compañeros del Congreso, presentaron un proyecto que concedía la ciudadanía a la mujer.

Apartes de la exposición de motivos, rezaba:

Queremos que la mujer participe lo mismo que el hombre, porque ella, por medio de su moderación, de su instinto siempre acertado y certero, podrá suavizar nuestras luchas democráticas imponiendo moralidad, orden, cordura y decencia en los deberes electorales.

Siendo Ministro de Gobierno en 1944, el doctor Alberto Lleras Camargo presentó un proyecto por medio del cual se le otorgaba la ciudadanía a la mujer.

Otros políticos feministas como Luis Ignacio Andrade, Alfredo Araújo, Belisario Betancur, Guillermo Amaya y José Mejía y Mejía, apoyaron las aspiraciones nuestras para obtener la ciudadanía plena.

Como fue de pródigo el siglo veinte con las mujeres, gracias al despertar arrollador, contundente y sin descanso de las que se aglutinaron con valor y decisión hasta **alcanzar muchos de los objetivos trazados. Algunos logros fueron los siguientes:**

1922 Ley 8a. Se le otorga a la mujer casada la facultad de administrar sus bienes de uso personal.

1928 Ley 128. La autoriza para disponer de los dineros depositados en las Cajas de Ahorros.

1931 Ley 83. Le permite a la mujer trabajadora recibir directamente su salario.

1932 Ley 28. Eliminó la potestad marital en cuanto a administración de sus bienes y la facultó para representarse a sí misma.

1932 La Universidad de Antioquia, como algo excepcional, permitió el ingreso de las mujeres a la Facultad de Odontología.

1933 Se autorizó legalmente a la mujer para que obtuviera el título de bachiller.

1933 Por medio del Decreto 1972 se le permite a la mujer el ingreso a la Universidad.

1936 La reforma Constitucional de este año, le otorga derecho a ocupar cargos públicos.

1936 La primera mujer bachiller es admitida en la Universidad Nacional.

1937 En la Universidad de Antioquia es graduada la primera profesional en el país.

1954 La Constituyente de ese año le reconoce a la mujer los derechos políticos.

1956 Se crea en Bogotá la Organización Femenina Nacional, de acuerdo con bases presentadas por Esmeralda Arboleda y Josefina Valencia. Este mismo organismo fue presidido por Bertha Hernández y María Currea, quienes presentaron, en nombre de la organización, el proyecto para que se concediera el sufragio al sexo femenino.

1957 El 1° de diciembre en el plebiscito, la mujer colombiana votó por primera vez y se ratificó el reconocimiento de los derechos políticos plenos.

1968 La Ley 75 eleva a la categoría de delito, el incumplimiento de las obligaciones alimentarias.

1970 Se pone fin a todas las desigualdades que regularon las relaciones de pareja y familia dentro del matrimonio.

1974 El decreto 2820 regula el Estatuto de igualdad jurídica de los sexos. Este estatuto eliminó la diferencia que había para conceder la separación de cuerpos en el matrimonio, o sea el adulterio para la mujer y el amancebamiento para el hombre. Suprimió la figura de la potestad marital, estableciendo que el marido y la mujer, tienen conjuntamente la dirección del hogar y de los hijos. Así el sometimiento y la obediencia de la mujer casada desaparecen y se consagra la obligación conjunta de los cónyuges de socorrerse y ayudarse mutuamente.

1981 Ley 51. Como consecuencia del mandato de la Convención de las Naciones Unidas sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer, el Congreso Colombiano expide la Ley 51 que consagra la igualdad de derechos y posibilidades.

1984 Se fijan políticas para proteger a la mujer campesina.

1988 Ley 11. Se le otorga a las trabajadoras domésticas el derecho a la seguridad social.

1988 Se le otorga a la mujer soltera jefa de familia, por medio de la Ley 30, el derecho a ser adjudicataria de tierras baldías, de unidades agrícolas familiares y de ser admitida como socia en empresas comunitarias.

1991 La Constitución de ese año, expresa: ...Artículo 13. Todas las personas nacen libres e iguales ante la Ley: Recibirán la misma protección y trato de las autoridades y gozarán de los mismos derechos, libertades y oportunidades sin ninguna discriminación por razón de sexo, raza, origen nacional o familiar, lengua, religión, opinión política o filosófica... Artículo 40. Las autoridades garantizarán la adecuada y efectiva participación de la mujer en los niveles decisorios de la Administración Pública... Artículo 43. La mujer y el hombre tienen iguales derechos y oportunidades. La mujer no podrá ser sometida a ninguna clase de discriminación...

2000 Ley 581 de mayo 31, llamada Ley de Cuotas. Se crean los mecanismos para que las autoridades, en cumplimiento del mandato constitucional, otorguen a la mujer una efectiva

participación en todos los niveles de las ramas y demás órganos del poder público. Ordena que un mínimo del 30% de los cargos de máximo poder decisorio serán desempeñados por mujeres. También un mínimo del 30% en los cargos de otros niveles decisorios, como los de libre nombramiento y remoción, personal administrativo de la rama legislativa y los demás órganos del poder público, serán para las mujeres. Esta ley fue recomendada por la ONU para terminar la discriminación que durante siglos hemos padecido.

Concluyo estas reflexiones con la esperanza de que esta vertiginosa avanzada lograda en el pasado siglo XX seguirá incontenible en el XXI, recordándole a las mujeres que no olviden el mandato de Bolívar: La mejor política es la honradez. Su obligación primordial es la de vigilar y denunciar a los corruptos, a quienes se olvidaron que la política es el servicio a los demás, y jamás, jamás, deberá ejercerse en beneficio propio.

Y que la reivindicación total la lograremos con las armas que siempre hemos escogido: Entusiasmo y ganas.

Sólo falta entonces agregar una buena dosis de capacitación, solidaridad sincera de género y organización efectiva, y así, estamos seguras, a Colombia la transformarán las mujeres.

Convoquemos a las que aún permanecen en la otra orilla mirando pasar indiferentemente la caudalosa corriente feminista para decirles como en el poema de Beatriz Rivera:

***i Rompe ya tus espejos,
renuncia a ser fetiche y al metro con que miden tu figura...
antes de que se muera la esperanza,
antes de que ya todo esté perdido.***

Mi gratitud a la Academia por haberme invitado y a ustedes por escucharme.



SEGUNDA PARTE

Vida de la Academia

Orlando Montoya Moreno⁴¹

EL REPERTORIO HISTÓRICO Y SU NÚMERO 200

Uno de los patrimonios más valiosos de la Academia Antioqueña de Historia lo representa su órgano oficial, el *Repertorio Histórico*. Sus páginas compendian la producción intelectual de sus socios y amigos, sirven de motor de difusión de esas investigaciones para el mejor conocimiento de nuestra sociedad al describir en retrospectiva los principales hechos de la vida cotidiana, poblamiento, costumbres, cultura, vidas meritorias y gestas patrióticas, entre otros muchos temas de interés. Su publicación inició en 1905, y aunque interrumpida en diferentes ocasiones por las penurias económicas, se mantiene con regularidad, al punto de convertirse en la más antigua del departamento. Sus ediciones se encuentran en prestigiosas bibliotecas nacionales y extranjeras como la biblioteca de la Universidad de Antioquia, madre nutricia que por casi medio siglo le dio albergue a nuestra Academia en sus instalaciones; en la Universidad Eafit, que posee uno de los fondos bibliográficos más selectos de la ciudad de Medellín; en el Instituto de Cultura de Antioquia, con quien comparte el devenir de la Historia, la memoria, el patrimonio y la cultura; en la Academia Colombiana de Historia, su filial fraterna, y en la Biblioteca de Cultura y Patrimonio del Gobierno de Ecuador, entre muchas otras, así como en prestigiosos depósitos de información digital: la revista electrónica *Scielo* y *Books google*, por mostrar solo la punta del iceberg.

⁴¹ Odontólogo, epidemiólogo y abogado. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia. Autor de varios libros, entre los que se destacan *Genealogía de los sillones de número de la Academia Antioqueña de Historia* y *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia*.

ORIGEN

Un mes después de instalada la Academia en casa de Uribe Ángel, procedió el gobernador de Antioquia, Clodomiro Ramírez, a expedir con fecha 2 de enero de 1904, el decreto 360 por medio del cual dio creación oficial a la actual Academia Antioqueña de Historia, denominada en ese acto administrativo como *Academia de Historia, Geografía y Arqueología de Antioquia*, hecho que era prerequisite para el reconocimiento del Gobierno Nacional. En su artículo séptimo comprometió recursos para que la corporación editara una publicación mensual para difusión de sus investigaciones y divulgación de la historia “*que le sirva de órgano y que será costeadada por el Departamento*”,⁴² y en el artículo octavo facultó a la Secretaría de Hacienda expedir otro decreto que fijara un auxilio pecuniario para atender otros gastos del funcionamiento “*más indispensables, mientras la Asamblea del Departamento ordena lo conveniente a este respecto*”. Este noble gesto del gobernador puso la piedra fundamental para la creación del *Repertorio Histórico*.

El primero de julio de la misma anualidad, el gobernador expidió un decreto adicional cuyo artículo único ordenaba imprimir por cuenta del Departamento, en la Imprenta Oficial, “*Tan luego como desaparezcan las actuales dificultades en la Imprenta*” el “*boletín mensual que servirá de órgano a la Academia Departamental de Historia*” motivado en que “*la Academia Departamental de Historia necesita de un órgano de publicidad para sus trabajos y en el cual puedan salvarse muchos documentos existentes en los archivos públicos, cuyo desaparecimiento, por la acción del tiempo, de los insectos y de otros elementos destructores sería una pérdida irreparable para la sociedad.*”⁴³ En justo reconocimiento a su memoria y a estos dos particulares hechos trascendentes, la plenaria de la Academia, en el marco de la conmemoración de su primer centenario de fundación, acogió por unanimidad, el 1.º de junio de 1994, la propuesta presentada por don José María Bravo Betancur, quien por entonces nos presidía -iniciativa

⁴² Decreto 360 del 2 de enero de 1904, artículo 7.

⁴³ Montoya Moreno, Orlando: *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia*. Ed. Extrategia Ecoprint S.A.S., Medellín,

⁴⁴, p.59

original de don Juan Guillermo Restrepo-, que la biblioteca institucional llevara el nombre del insigne Clodomiro Ramírez Botero, personaje que desde los inicios de la corporación ocupó sillón como miembro numerario y fue, además, el primer presidente *ad hoc* y el primer presidente interino de esta sociedad histórica, ya por enfermedad de Uribe Ángel, ya por la muerte del mismo.

Retomando la historia, el 7 de agosto de 1903 tuvo lugar la primera sesión solemne. Don Tulio Ospina, en calidad de presidente de la Academia, pronunció el discurso de ocasión con el cual enfatizó el compromiso de los investigadores de la Historia, la importancia de las fuentes y criticó la falta de rigurosidad de algunas obras, en directa alusión a la *Historia de Antioquia* publicada en Medellín, el año anterior, por don Álvaro Restrepo Euse, en la imprenta de Lino R. Ospina. Este hecho generó un candente debate intelectual que motivó muchas publicaciones de parte y parte, cada cual defendiendo sus posturas.

Don Álvaro Restrepo Euse y sus seguidores encontraron espacio suficiente en las páginas del periódico *La Organización*, especialmente en las ediciones que circularon entre septiembre y diciembre de 1904, para llevar ante el público su enojo y poner en entredicho la nascente institución. Cuando apareció la antepenúltima columna, la Academia solicitó el derecho de réplica, y concedido, inició respuesta a los señalamientos y a enderezar los nuevos errores cometidos por el autor de marras, que coparon nueve artículos que vieron la luz pública entre noviembre de 1904 y febrero de 1905. Pero además, adelantó todas las diligencias para que el órgano de difusión prometido en el decreto departamental, el *Repertorio Histórico*, se hiciera realidad. Allí también quedarían contenidos los artículos aparecidos en la prensa local. De suerte que el polémico discurso de Tulio Ospina y los nuevos escritos de Restrepo Euse se convirtieron en acicate para la primera aparición del *Repertorio Histórico*.⁴⁵

El 9 de noviembre de 1904 la Academia decidió nombrar una comisión integrada por Sebastián Hoyos y Eusebio Robledo para tratar con el

⁴⁵ Montoya Moreno, Orlando: *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia*. Ed. Extrategia Ecoprint S.A.S., Medellín, 2019, p.58.

nuevo gobernador, Benito Uribe Gómez, la manera de dar expedito cumplimiento a las normas vigentes y concretar así la realización de tan anhelado proyecto editorial, sin el cual consideraron “*imposible que esta corporación funcione de un modo provechoso para el país y para la ciencia*”.⁴⁶ Este mismo día, muy confiada de una respuesta positiva, resolvió designar, al tenor del artículo 13 del reglamento príncipe de la Academia, la conformación de un Consejo de redacción y censura para dicha publicación periódica, el cual quedó conformado por los académicos José María Mesa Jaramillo, secretario perpetuo, y los socios Juanuario Henao y Sebastián Hoyos.

La comisión resultó exitosa. Se aseguró la publicación para enero de 1905. El Consejo de Redacción se valió de documentados trabajos de Mesa Jaramillo, sobre temas de la Historia de Antioquia, para corregir los yerros aparecidos en la obra de Restrepo Eusse. Así sacaron avante las cuatro primeras ediciones entre enero y julio de 1905. El académico Benjamín Tejada Córdoba propuso que los textos de Mesa Jaramillo se recopilaran en un solo volumen, para conformar un libro, pero la Academia, honrando el compromiso de una publicación seriada, prefirió optar por incluirlos en el *Repertorio*.

Aunque tanto la decisión gubernamental como el querer de la Academia era hacer una entrega mensual, las dificultades financieras del momento lo imposibilitaron. Recién había terminado la Guerra de los Mil Días y sus efectos se hicieron sentir más allá del campo militar y de la pérdida geográfica de territorio, pues resultaron afectados otros procesos como los sociales, industriales y económicos, que desfavorecieron las arcas del Tesoro público. Por esta razón, durante el año inicial de publicación del *Repertorio* salieron cuatro números: en enero, febrero, abril y julio. Como por variadas razones las dificultades persistieron en el tiempo, nunca pudo hacerse realidad las doce entregas anuales.

⁴⁶ Academia Antioqueña de Historia, Acta de la reunión del 9 de agosto de 1904. ⁵ *Repertorio Histórico*, n.º 1, enero de 1905, p.1.

El primer número del *Repertorio* presentó un editorial titulado “Pro patria” que puso en contexto el enrarecido ambiente en que la revista hacía su aparición:

“Muy apartados estamos hoy en Colombia de aquellos tiempos en que el producto reposado del espíritu en los centros de cultura intelectual, era mirado con respeto y estudiado con atención; tiempos en que las obras del ingenio y las luchas del talento en artes y ciencias, conquistaban generales aplausos. ¡Cuánto hemos retrocedido en pocos años, barbarizados por las pasiones fratricidas desencadenadas al calor sulfúreo de nuestras contiendas civiles!”⁵

Entre las páginas 4 y 16 apareció el discurso de don Tulio Ospina en la sesión inaugural de la Academia Antioqueña de Historia. Le siguió el artículo “*Retoques*

Históricos”, que discurrió entre las páginas 17 a 19, autoría del secretario perpetuo, preámbulo a las correcciones del texto de Álvaro Restrepo Euse, expresamente citado, donde refería que tras la lectura de aquella obra habían encontrado errores “*cuya rectificación no acometimos inmediatamente por temor a las desazones que algunas veces acarrean trabajos semejantes; pero hoy cuando el autor, al defender algunos de aquéllos en los artículos que ha venido publicando contra el Presidente de la Academia Antioqueña de Historia, incurre en otros nuevos, empezamos la tarea*”.⁴⁷ ¡Y empezaron! La dosis inicial fue sobre “El Dabaibe”, que corrió en 26 páginas en que el autor, previo estudio lingüístico, acentúa cómo los historiadores han transcrito este término aborigen de manera incorrecta. Al artículo ya citado le siguieron otros temas variados, notas oficiales y transcripción de las primeras actas. Los números siguientes retomaron la discusión con Restrepo Euse y, tras la cuarta entrega, la publicación entró en receso, igual que la Academia.

En 1913, durante el segundo gobierno de Clodomiro Ramírez, con motivo de la conmemoración del primer centenario de la Independencia de Antioquia, José María Mesa Jaramillo, ante la cruda dispersión de los socios, se propuso no dejar ignorada la efeméride, asumió la entera

⁴⁷ *Repertorio Histórico*, n.º 1, enero de 1905, p.17.

dirección del *Repertorio* y con el apoyo financiero de la Gobernación elaboró cuatro ediciones más, con contenidos referentes al magno acontecimiento. Para suplir los vacíos decidió continuar la numeración que se traía desde 1905, asumiendo que el ejemplar de agosto de 1913 correspondía a los números 5 a 8, y la edición de diciembre, a los números 9 a 12. De esta manera, se

‘alcanzaba’ la meta de publicaciones correspondientes al primer año, año que -como se observa- trascendió el calendario pues comprometió desde enero de 1905 hasta diciembre de 1913. Las otras dos ediciones fueron en 1914, bajo la gobernación de Carlos Cock. La de abril suplió los números 1 a 4 del segundo año; la de junio, los números 5 al 8.

Durante los cuatro años del mandato del gobernador Pedro José Berrío (13 de agosto de 1914 a 18 de septiembre de 1918) no se editó ningún *Repertorio*, pero en el gobierno siguiente, en cabeza de Pedro Nel Ospina (18 de septiembre de 1918 al 12 de abril de 1920) se restableció el esfuerzo administrativo para garantizar la divulgación de la producción histórica. De este modo, en 1918 salieron de la imprenta dos números, uno en septiembre, bajo la dirección de Tulio Ospina, hermano del gobernador, quien asumió las riendas de la revista por la reciente muerte de don José María Mesa Jaramillo, en cuyas páginas se le rindió homenaje. El segundo número de ese año se publicó en noviembre, bajo la dirección de Eduardo Zuleta, nuevo presidente de la corporación.

RESPONSABLES DEL REPERTORIO HISTÓRICO

Tres figuras importantes han rodeado la vida del máximo órgano cultural de la Academia Antioqueña de Historia: el director, el agente general, y el consejo de redacción.

Directores del Repertorio Histórico

Para el mundo bibliográfico el editor de todas las publicaciones (*Repertorio*, plegables, manuales, folletos, revistas, catálogos y libros, entre otras), es la persona jurídica Academia Antioqueña de Historia. Por larga tradición, que data de la reforma estatutaria de 1920, el director

general de la revista es, por derecho propio, el presidente, quien debe intervenir en la preparación y acopio de materiales, esforzarse por la regularidad periódica de la edición y la corrección de pruebas,⁴⁸ funciones que en ocasiones delegó en algún otro miembro; por ejemplo: don Graciliano Arcila Vélez delegó en Julián Pérez Medina, por su condición de periodista; el padre Francisco Arango Montoya delegó en Raúl Aguilar Rodas, por su experiencia editorial. Otras veces se nombró para su apoyo un coordinador general, tal fue el caso de Aquiles Echeverri y de Jaime Serna Gómez en la administración de Carlos Betancur Arias; o de Ernesto Barrientos Díez, durante la presidencia de Donato Duque Patiño, por mencionar casos aislados. En otras oportunidades la dirección fue compartida entre el presidente y el vicepresidente, como se hizo palpable entre 1927 y 1946, o por la mesa directiva en pleno, como aconteció entre 1965 y 1968, como podrá revisarse en el cuadro que acompaña este apartado.

Agentes generales

Eran las personas naturales o jurídicas, integrantes o no de la corporación, encargadas de administrar la distribución y canje del *Repertorio* con academias y corporaciones similares “*en ambos mundos*”. El primero de ellos fue la Agencia Pérez, a quien se encomendó esta tarea desde 1905.

Según informe de don Alfonso Jaramillo Guzmán, secretario de la Academia, al presidente de la misma, fechado el 1.º de abril de 1932, no quedaba ni un solo ejemplar de las ediciones realizadas entre 1905 y 1918 por lo cual era de lamentar no poder hacer con ellos la difusión de “*esta importante publicación, a personas interesadas, a los cuerpos similares y a establecimientos de educación*”.⁴⁹ La razón del absoluto agotamiento de estos números radicó en que, según informes, los repertorios se entregaron, por autorización de la Academia, en consignación a la agencia

⁴⁸ Montoya Moreno, Orlando: *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia*, p. 72.

⁴⁹ *Repertorio Histórico*, n.º 131, Vol. 12, año 29 de la Academia, noviembre de 1932, p. 231.

de negocios ya señalada, “la cual quebró, sin que pudiera adquirirse la existencia”.

Esta pérdida de las 10 primeras revistas del *Repertorio Histórico*, equivalentes a 25 números (doce del año primero y trece del año segundo), las convirtió en valiosos ejemplares de alto costo monetario por su escasez. Al mismo tiempo, la lamentable pérdida hizo cambiar de política institucional. En adelante se abandonó toda posibilidad de que la administración del *Repertorio* la hicieran particulares o agencias comerciales. Por ello, la reforma estatutaria que inició debates a finales de

1919 y terminó aprobada en septiembre de 1920 delegó esta representación en el secretario de la entidad.⁵⁰ Así las cosas, desde octubre de 1920 hasta agosto de 1929 fungió en tal calidad, de manera oficial y reglamentaria, don Carlos A. Molina quien era propietario de una gran agencia y librería, distribuidora de papelería, revistas, periódicos españoles y franceses, artículos para misa, estampas y elementos religiosos, ubicada en la calle 9 (actual calle 51, Boyacá), locales 97 al 101 y en el 367 de la calle 7 (actual calle 49, Ayacucho). En octubre de 1930 desempeñó esta función Alfonso Jaramillo Guzmán, luego, en 1932, Bernardo Puerta González y, en adelante, dejó de figurar como tal, para quedar como simple función de la secretaría académica o, en los tiempos contemporáneos, de la auxiliar de secretaría.

En el decenio de los años 40 del siglo XX, el *Repertorio Histórico* estaba tan bien posicionado entre los intelectuales que, con frecuencia, llegaba correspondencia solicitándolo de Venezuela, Panamá, México, Ecuador Cuba, Estados Unidos España, y Alemania, entre muchos otros, sin anotar la amplia circulación dentro del país.

Redactores

⁵⁰ Montoya Moreno, Orlando: *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia*, p.71. ¹⁰ *Ibidem*, p. 75.

A lo largo del tiempo ha tenido diferentes denominaciones. En los inicios se conoció como Consejo de redacción y censura; en 1919 se le denominó Junta de redacción o editora; entre 1936 y 1964, como redacción (a secas); en 1996, coordinación; en 1997, Consejo consultivo, y en el resto de los años hasta el momento actual, Comisión o Comité de publicaciones, cuya presidencia recayó en el secretario general desde 1905, y en el vicepresidente de la Junta Directiva desde la reforma estatutaria de 2003. En la actualidad, como en los primeros tiempos, su conformación es discrecional de la Junta Directiva y puede integrarse con académicos no directivos, pero en la reforma estatutaria de 1945, aprobada durante la presidencia de Emilio Robledo, el Comité de redacción quedaba estrictamente limitado a que sus miembros fueran integrantes de la Junta.¹⁰

Desde los estatutos de 1920, quizá recogiendo el gran debate suscitado entre Ospina Vásquez y Restrepo Euse, así como por el llamado del primero a observar rigor científico en las publicaciones, este comité exige a los autores de ensayos históricos citar con precisión los documentos en que funda la narración, como debe ser propio de investigadores laboriosos y leales.

La siguiente tabla muestra los directores, agentes generales y redactores, en cada una de las presidencias de la Academia, así como la variación de su denominación en el tiempo. Las personas y denominaciones se mantienen hasta la subsecuente edición que registre un cambio en los responsables o en la presidencia institucional.

**DIRECTORES, AGENTES GENERALES Y REDACTORES
DEL REPERTORIO HISTÓRICO DE LA ACADEMIA
ANTIOQUEÑA DE HISTORIA**

Presidencia de	Desde la edición	Responsables
Tulio Ospina	Año 1, N.º 1, enero de 1905	Directores: José María Mesa Jaramillo, Juanuario Henao y Sebastián Hoyos. Agente general: Agencia Pérez.
	Año 1, N.º 5-8, agosto de 1913	Director: José María Mesa Jaramillo.
	Año 2, N.º 9-11, sep-1918	Director: el presidente.
Eduardo Zuleta	Año 2, N.º 12-13, nov-1918	Director: el presidente. Junta de redacción o editora: Julio César García, Julio Restrepo Laverde y el secretario Carlos A. Molina.
Julio César García (interino por renuncia de Eduardo Zuleta)	Año 3, N.º 6-7, oct-1920	Director: El presidente interino (Único presidente interino que edita un Repertorio). Agente general: Carlos A. Molina,

		secretario de la corporación.
Juan Bautista Montoya	Año 3, N.º 8-10, oct-1921 Primer Repertorio con tabla de contenido.	Agente general: Carlos A. Molina,
	Año 4, N.º 5-8, ago-1922	Director: el presidente.
	Año 5, N.º 1-5, may-1923	Agente general: Carlos A. Molina.
Julio César García	Año 9, N.º 1-5, may-1927	Directores: el presidente, y los vicepresidentes Julio Restrepo Laverde y Estanislao Gómez Barrientos. Agente general: el secretario Carlos A. Molina.
	Año 9, N.º 10-12, may1928	Directores: el presidente, y el vicepresidente Estanislao Gómez Barrientos. Agente general: el secretario Carlos A. Molina.

<p>Estanislao Barrientos</p>	<p>Gómez</p>	<p>Año 9, N.º 1-6, ago-1929</p>	<p>Directores: el presidente, y el vicepresidente Francisco Antonio Uribe Mejía. Gómez Barrientos.</p>
			<p>Agente general: el secretario Carlos A. Molina.</p>
		<p>Año 11, N.º 7-12, oct-1930</p>	<p>Directores: el presidente y el vicepresidente. Agente general: el secretario Alfonso Jaramillo Guzmán.</p>
<p>Emilio Robledo</p>		<p>Vol. 12, N.º 129, jun-1932</p>	<p>Dirección: el presidente, y el vicepresidente Francisco Antonio Uribe Mejía. Redacción: Bernardo Puerta G., secretario.</p>
<p>Guillermo Barrientos.</p>	<p>Jaramillo</p>	<p>Vol. 13, N.º 136, ago-1936</p>	<p>Dirección: el presidente, y el vicepresidente Juan Bautista Londoño. Redacción: Bernardo Puerta G, secretario.</p>

	Vol. 13, N.º 137, dic-1936	Dirección: el presidente, y el vicepresidente Joaquín G. Ramírez. Redacción: José Solís Moncada, secretario.
Antonio Gómez Campillo	Vol. 13, N.º 141, jun-1938	Dirección: el presidente, y el vicepresidente Joaquín G. Ramírez. Redacción: José Solís Moncada, secretario.
Emilio Robledo	Vol.14 N.º 144, ene-1939	Dirección: el presidente, y el vicepresidente Joaquín G. Ramírez. Redacción: José Solís Moncada, secretario.
	Vol. 17. N.º 157-159, 1946	Dirección: el presidente, y el vicepresidente Luis Mesa Villa. Redacción: Luis Sierra Hurtado, secretario.
Luis Mesa Villa	Vol. 17, N.º 160-162, Jul1948	Redacción: el presidente, el presidente honorario Emilio Robledo, el vicepresidente Joaquín Emilio

		Jaramillo y el secretario Luis Sierra.
	Vol. 18. N.º 166-168, Jul1950	Redacción: el presidente honorario Emilio Robledo, el presidente, el vicepresidente Pbro. Jesús
		Mejía Escobar y el secretario Luis Sierra H.
Emilio Robledo (Dejó de ser presidente honorario y se reincorporó como presidente titular).	Vol. 19, N.º 172-174, feb1953	Redacción: el presidente, el vicepresidente Pedro Rodríguez Mira y el secretario Luis Sierra H.
	Vol. 20 N.º 184-186, jun1957	Redacción: el presidente, el vicepresidente Carlos Arturo Jaramillo y el secretario Luis Sierra H.
Luis Mesa Villa	Vol. 20, N.º 187-189, nov1961	Redacción: el presidente, el vicepresidente Pbro. Antonio J. Gómez y el secretario Luis Sierra H.

	Vol. 20, N.º 190-192, mar1963	Redacción: Luis Mesa Villa, presidente; Pbro. Jaime Serna Gómez, vicepresidente; Luis Sierra H., secretario.
Pbro. Jaime Serna Gómez	Vol. 20, sin fecha [1964], N.º 193, 194 y 195	Redacción: el presidente, el vicepresidente Pedro Rodríguez Mira y el secretario Luis Sierra H.
	Año 60, Vol. 21, N.º 196, oct-1965 Aparece tabla de contenido o sumario, que permanecerá en adelante.	Mesa Directiva: el presidente, el vicepresidente Pedro Rodríguez Mira y el secretario Luis Sierra H.
	Año 61, Vol. 22, N.º 197, may-1966	Mesa Directiva: el presidente, el vicepresidente Abraham González Zea y el secretario Luis Sierra H.
	Año 63, Vol. 23, N.º 204, nov-dic-1968	Mesa Directiva: el presidente honorario Pbro. Jesús Mejía Escobar, el presidente, el

		vicepresidente Abraham González Zea y el secretario Luis Sierra H.
Guillermo Barrientos	Jaramillo Año 63, Vol. 22, N.º 201, nov-dic-1968	Desaparece la expresión “Mesa Directiva”. El presidente honorario Pbro. Jesús Mejía Escobar, el presidente, el vicepresidente Abraham

		González Zea y el secretario Luis Sierra H. Director del “Repertorio”: Carlos E. Mesa.
Pbro. Juan Botero Restrepo	Año 64, Vol. 24, N.º 207, oct-dic-1969	Sigue sin la expresión “Mesa Directiva”. El presidente honorario Pbro. Jesús Mejía Escobar, el presidente, el vicepresidente Francisco Duque Betancur, el secretario Luis Sierra H. Director del “Repertorio”: Carlos E. Mesa.

	Año 65, Vol. 25, N.º 211, oct-dic,1970	Sigue sin la expresión “Mesa Directiva”. El presidente honorario Pbro. Jesús Mejía Escobar, el presidente, el vicepresidente Guillermo Jaramillo Barrientos y el secretario Luis Sierra H. Director del “Repertorio”: Carlos E. Mesa.
Pbro. Jaime Serna Gómez	Año 67, Vol. 26, N.º 215, oct-dic-1971	Sigue sin la expresión “Mesa Directiva”. El presidente honorario Pbro. Jesús Mejía Escobar, el presidente, la vicepresidente Elvia Gutiérrez Isaza y el secretario Luis Sierra H. Director del “Repertorio”: Carlos E. Mesa.
Jaime Serna Gómez, Pbro.	Vol. 26, N.º 216, ene-mar1972	Comisión de publicaciones: Junta Directiva + Luis Eduardo Acosta, y Aquiles Echeverri Muñetones.

	Año 68, Vol. 27, N.º 219, oct-dic-1972	Comisión de publicaciones: El presidente, Aquiles Echeverri Muñetones y Luis Eduardo Acosta.
	Año 69, Vol. 28, N.º 220, ene-mar-1973	Comisión de publicaciones: El presidente, Aquiles Echeverri Muñetones,
		Francisco Duque Betancur y José Solís Moncada.
	Año 71, Vol. 30, N.º 225, ene-abr-1975	Comisión de publicaciones: Néstor Botero G., Alfonso García Isaza, Aquiles Echeverri Muñetones, José María Rodríguez Rojas y Edgar Escobar Vélez.
Fernando Gómez Martínez	Año 71, Vol. 30, N.º 226, jul-dic-1975	Comisión de publicaciones: Fernando Gómez Martínez, Francisco Duque Betancur, E. Libardo Ospina y Pbro. Javier Piedrahita Echeverri.

Carlos Betancur Arias	Vol. 31, año 72, N.º 227, ene-mar-1977	Comisión de publicaciones: Aquiles Echeverri, Pbro. Javier Piedrahita, Javier Gutiérrez y Néstor Botero G.
	Vol. 31, año 72, N.º 228, ene-mar-1977	Comisión de publicaciones: Sale don Néstor Botero G.
	Vol. 32, año 72, N.º 229, jul-oct- 1977	Comisión de publicaciones: Javier Gutiérrez, Pbro. Javier Piedrahita y Aquiles Echeverri M.
	Vol. 32, año 73, N.º 230, jul-ago-1978	Coordinador General: Aquiles Echeverri Comisión de publicaciones: La anterior más Libardo Bedoya Céspedes.
	Vol. 32, año 73, N.º 231, sep-dic- 1978	Dirección: el presidente. Coordinador General: Javier Gutiérrez Villegas. Comisión de publicaciones: Pbro. Javier Piedrahita E., Libardo Bedoya Céspedes y Raúl Gutiérrez Vélez.

	Vol. 32, año 74, N.º 232, ene-dic-1979	Desaparece la Comisión de Publicaciones y queda como Coordinador General: el Pbro. Jaime Serna Gómez.
Pbro. Damián Ramírez Gómez	Vol. 33, N.º 233, 1980	Director: Pbro. Carlos E. Mesa G., con apoyo de Pbro. Javier Piedrahita E. y Néstor Botero G.
Graciliano Arcila Vélez	Vol. 36, [B], N.º 244, eneabr-1984	Comisión de Publicaciones:

	* La B aparece manuscrita en la carátula	Javier Gutiérrez Villegas, Julián Pérez Medina, Libardo Bedoya Céspedes y Néstor Botero Goldsworthy.
	Vol. 36, [B], N.º 245, mayo-1984. * La B aparece manuscrita en la carátula	Director periodista: Julián Pérez Medina. Comisión de Publicaciones: Javier Gutiérrez Villegas, Julián Pérez Medina, Libardo Bedoya Céspedes y Néstor Botero Goldsworthy.

Jaime Sierra García	Vol. 37, N.º 247, jul-dic1985.	Director periodista: el presidente. Comisión de Publicaciones: el presidente, Javier Gutiérrez Villegas, Néstor Botero Goldsworthy, Carlos E. Mesa Gómez.
	Vol. 38, N.º 251, 1988	No aparece director ni comisión de publicaciones, pero está vigente la anterior.
	Vol. 39, N.º 253, 1990	Director periodista: el presidente. Comisión de Publicaciones: el presidente y Javier Gutiérrez Villegas.
Donato Duque Patiño	Año 88, N.º 254, dic-1993	Directores: el presidente y Alicia Giraldo Gómez. Comisión de Publicaciones: Conrado González Mejía, Javier Gutiérrez Villegas y Alicia Girado Gómez.

	Año 90, N.º 255, 1995	Directores: el presidente y Alicia Giraldo Gómez. Coordinador: Ernesto Barrientos Díez. Desparece la Comisión.
Pbro. Francisco Arango Montoya	Año 91, N.º 256, 1996	Directores: El Presidente, Alicia Giraldo Gómez y Ernesto Barrientos Díez. Coordinación: Samuel de J. Cano, Demetrio Quintero Quintero, Ernesto Barrientos Díez y Alicia Giraldo Gómez.
	Año 91, N.º 257, 1997	Director: Raúl Aguilar Rodas. Consejo consultivo: El presidente, Demetrio Quintero Quintero y Alicia Giraldo Gómez.
José María Bravo Betancur	Año 97, N.º 259, dic-2001	Director: el presidente
Raúl Aguilar Rodas	Año 103, N.º 16 (nueva etapa), ene-mar-2008	Director: el presidente

Luis Javier Villegas Botero	Año 104, N.º 20 (nueva etapa), jul-dic 2009	Dirección: Junta Directiva: El presidente, el vicepresidente Rafael Iván Toro Gutiérrez, la secretaria general Socorro Inés Restrepo, el tesorero Darío Franco Acosta y el secretario de Actas Demetrio Quintero Quintero.
	Año 104, N.º 21 (nueva etapa), ene-jun 2010	Director: el presidente
Héctor Quintero Arredondo	Año 104, N.º 22 (nueva etapa), ene-jun 2012	Director: el presidente
	Año 104, N.º 24 (nueva etapa), ene-jun 2013	Director: el presidente. Comité de publicaciones: Demetrio Quintero Quintero, Luis Javier Villegas Botero y Juan Carlos Jurado Jurado.
Rodrigo de J. García Estrada	Año 108, N.º 24, ene-jun 2013 (Este boletín explica por qué el salto en la secuencia del año. Contiene el editorial más corto (2 párrafos = 7 líneas = 62 palabras)	Director: el presidente.
Socorro Inés Restrepo Restrepo	Año 108, N.º 27 (nueva etapa), jul-dic 2014	Directora: la presidente. Comité de publicaciones:

		José Nevardo García Giraldo
	Año 109, N.º 186, oct-dic 2015	Comité de publicaciones: Orestes Zuluaga Salazar, Alonso Palacios Botero, Rafael Iván Toro Gutiérrez y Ricardo Zuluaga Gil
Orestes Zuluaga Salazar	Año 112, N.º 191, 2018	Comité de publicaciones: <i>Ibidem.</i>
	Año 112, N.º 193, 2018	Comité de publicaciones: <i>Ibidem.</i> Editor del Repertorio: Ricardo Zuluaga Gil.
	Año 113, N.º 194, 2019	Comité de publicaciones: <i>Ibidem.</i>
	Año 113, N.º 196, 2019 (Hasta el presente número 201)	Comité de publicaciones: Alonso Palacios Botero, Nayive Henao Zuleta, José Alvear Sanín, Gustavo Bustamante Morato.

EL Repertorio en la Web

Para estar a tono con la cuarta revolución industrial, la de la innovación digital, cibernética y la internet aplicadas a las distintas esferas del mundo social, doméstico y educativo, durante la presidencia de Socorro Inés Restrepo Restrepo se inició la digitalización de todas las ediciones

del *Repertorio Histórico*, no solo como alternativa de conservación sino también de divulgación sin fronteras, al poner toda la producción académica a disposición de los investigadores en cualquier lugar del planeta. En efecto, el 27 de agosto de 2019 la corporación hizo presentación oficial de la versión digital del *Repertorio Histórico*, desde el primer número editado en 1905 hasta el de más reciente publicación.

Durante la pandemia de covid-19, que nos afectó por las restricciones para desplazamiento y para reuniones presenciales en los años 2020 y 2021, los números 195 y 196 del *Repertorio* circularon primero en la versión digital que en texto físico, gracias a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, impensables en otros tiempos.

DISRUPCIONES EDITORIALES

La encomiable tarea cultural de producir y divulgar información sobre la historia del Departamento y de la nación siempre fue la gran riqueza de la Academia. En contraste, la pobreza económica limitó muchas de sus actividades a pesar de ser una institución de creación oficial.

La buena voluntad de muchos gobernadores y de la Asamblea Departamental de Antioquia en diferentes épocas, primero bajo la figura de auxilios, y ahora como convenios administrativos, han permitido la buena marcha de la institución y el desarrollo eficaz de su objetivo misional. Los recursos así obtenidos se destinan en buena parte a sufragar los gastos de la edición del *Repertorio Histórico* y los propios del desenvolvimiento institucional, que se entregan a la comunidad sin ánimo comercial. Muchas veces el costo de las necesidades superó las sumas provenientes de los dineros oficiales y, por ello, en ocasiones debió acudir a solicitar aportes a los integrantes para mantener la pervivencia institucional. Tan temprano como el 13 de julio de 1905 se pidió a los corporados una contribución por una “única vez”, (en realidad, se repitió con el paso del tiempo), de cincuenta pesos “*para algunos pequeños e indispensables gastos en la corporación*”.

Si bien distintas normas expedidas por las autoridades departamentales garantizaron el consecuente giro de recursos y en 1928 el presidente de la República, Miguel Abadía Méndez, y su ministro de Educación Nacional, J. Vicente Huertas, sancionaron la Ley 86 del 15 de noviembre, mediante la cual reconocieron como entidades oficiales varias academias y sociedades científicas existentes en los departamentos, entre ellas la Academia Antioqueña de Historia (artículo 16), y se obligó a destinar en el presupuesto 15.000 pesos anuales (artículo 17), para distribuir entre las referidas entidades, muchas veces, los recursos no se giraron.

Como el *Repertorio Histórico* era considerado publicación oficial de una entidad de naturaleza pública (la Academia), el gobernador Camilo C. Restrepo sancionó el 23 de diciembre de 1929 la Ordenanza n.º 54, expedida el día 21 por la Asamblea de Antioquia, que en su artículo 6º establecía:

En lo sucesivo no se publicarán en la imprenta del Departamento, sino trabajos de carácter oficial a saber: Gaceta Departamental, Boletín de Estadística, Boletín Agrícola, Revista de Instrucción Pública, Repertorio Histórico y las demás que expresamente ordene la Gobernación.

Esta ordenanza publicada en la *Gaceta* n.º 3.342 del 31 de diciembre del mismo año, llevaba las firmas del presidente de la Asamblea Departamental, Jesús María Quijano; del secretario, Nicanor Restrepo Giraldo; la del gobernador y la de sus secretarios: de Gobierno, Miguel Moreno Jaramillo; de Hacienda, Jorge Rodríguez; de Agricultura y Fomento, Vicente Duque; y la del director general de Educación Pública, Martín Duque.

Pero la asfixia presupuestal u otras razones coyunturales como la escasez de papel, el déficit de empleados en la Imprenta Oficial, así como el exceso de trabajos que esta debía adelantar para las dependencias del gobierno - nunca la mala voluntad-, entorpecieron con frecuencia la aparición oportuna del boletín institucional. Un caso concreto de tardanza fue el *Repertorio* n.º 129, de junio de 1932, que aunque ordenado por la Gobernación como homenaje póstumo a Estanislao Gómez Barrientos, se informó por el secretario Carlos A. Molina que “*por recargo en los*

*trabajos de la Imprenta Oficial, ha sido imposible terminar la impresión del número”.*⁵¹

En los 117 años que han transcurrido desde el tiraje del primer *Repertorio* (1905) al presente número 201 (año calendario 2021), se contabilizan 30 años de no circulación del medio impreso. Estos fueron: 1906 a 1912, 1915 a 1917, 1931, 1935,

1943 a 1945, 1947, 1952, 1954, 1958-1960, 1962, 1976, 1986, 1991-1992, 1994, 1999, 2000 y 2011. Como se observa, solo el decenio transcurrido entre 1920 y 1929 se caracteriza por la ininterrupción de la publicación y, si consideramos que esta dependía del gobierno de turno, podemos asumir como críticos los mandatos de Benito Uribe, Dionisio Arango, Eduardo Vásquez, Pedro José Berrío, Pedro Claver Aguirre, Alberto Jaramillo Sánchez, Darío Mejía Medina y José Roberto Vásquez, por ser estos los de mayor interrupción en cuanto a la circulación del prestigioso órgano.

También puede resaltarse que de las tres décadas de interrupción, 22 de esos años se concentran antes de 1964. Como el *Repertorio Histórico* era una publicación oficial costeadada con recursos del Departamento, la edición se hizo en la Imprenta Oficial desde su primer número, en enero de 1905, hasta la edición correspondiente al año 1964, con solo una excepción: la edición especial del *Repertorio Histórico* que recogió las memorias del Congreso Nacional de Historia de 1944, celebrado en Medellín para conmemorar el cuadragésimo aniversario de fundación de nuestra Academia. Estas memorias se publicaron en la Editorial Bedout, en 1946, con tres años de retraso. Ello, debido a que en la Imprenta Oficial concurrían dificultades de tipo económico para la oportuna impresión. Muchas veces se requirió implorar la colaboración de diferentes personalidades para que mediaran ante esa dependencia. Se obtenía la promesa de “ahora sí”, pero pronto recaía en la mora insalvable que traducía “ahora tampoco”. En este *Repertorio* se prefirió no dejar evidencia alguna de los tropiezos, pero en el discurso inaugural del Congreso Nacional, el doctor Emilio Robledo alinderó el terreno con el siguiente mojón:

⁵¹, n.º 131, Vol. 12, año 29 de la Academia, noviembre de 1932, p. 231.

Los académicos actuales, deseosos de rendir tributo de alabanza a los fundadores, han querido reunir en esta ciudad a los representantes de los Centros similares de la República a fin de estrechar los vínculos culturales y patrióticos tan necesarios siempre. Bien se nos alcanza que nuestra conmemoración, por lo que a nosotros toca habrá de ser muy modesta, pues aparte de que el tiempo de que hemos dispuesto ha sido muy escaso, carecemos de otros elementos para dar a estos torneos el brillo que ellos requieren. Pero la benevolencia de nuestros distinguidos visitantes sabrá disimular las fallas que adviertan, a la vez que su ilustración y prestancia suplirán con creces nuestras deficiencias.

52

Las dificultades con la Imprenta Oficial fue responsable de largos periodos de tiempo en que el órgano divulgativo no apareció, a pesar de que la Academia estaba en capacidad de producir con oportunidad el material para una revista mensual, y así lo solicitó muchas veces, petición nunca atendida en cuanto a la periodicidad establecida en la normativa del ente territorial e incluso se le llegó a limitar el contenido a un reducido número de páginas, circunstancia penosa en grado sumo para los directivos de la Academia, porque *El Repertorio* era prueba fehaciente de su nutrida actividad, medio de contacto con otras instituciones similares en el nuevo y el viejo mundo e instrumento de canje para enriquecer su propia biblioteca.

En este periodo (1905-1964) existen referencias que dan cuenta de las penalidades descritas, algunas de ellas, insertas en las actas, otras, en los informes del secretario o en las propias páginas del *Repertorio* cuando vuelve a reaparecer; por ejemplo:

- a) En 1913 se lee: *“Por la generosa y eficaz cooperación del Dr. Clodomiro Ramírez, actual Gobernador de Antioquia, hemos podido vencer las dificultades que impedían la marcha de esta publicación periódica y los trabajos de la Academia de Historia (...)”*.⁵³

⁵² , n.º 5 a 8, noviembre de 1946 (Corresponde al vol. 17 nos 157 a 159), pp.37-38.

⁵³ *Repertorio Histórico*, n.º 5 a 8, 11 de agosto de 1913, Advertencia (página editorial).

- b) En 1920 el secretario Carlos A Molina, en su informe a la Academia en la sesión del 12 de octubre indicó: *“La crisis del papel ha retardado últimamente la publicación del Repertorio; pero la Academia tiene esperanza de poder reanudar esa labor que es la verdadera cristalización de sus trabajos y de su misión”*.⁵⁴
- c) En 1921 la redacción agradeció el *“interés que han tomado los Sres. Gobernador, Dr. Manuel Ma. Toro, y Secretario de Gobierno, Dr. Francisco de P. Pérez, por la publicación de esta Revista en la Imprenta del Departamento (...), se procurará que aparezca mensualmente, como en sus mejores días (...)”*.⁵⁵
- d) En 1931, el secretario dio cuenta en la reunión ordinaria, que el atraso en la publicación del *Repertorio Histórico* se debía a la falta de trabajadores en la Imprenta Oficial.⁵⁶
- e) En 1932 el presidente Emilio Robledo fue comisionado para gestionar con el gobernador Julián Uribe Gaviria la publicación del *Repertorio* con continuidad y con un número suficiente de páginas. Ello porque el secretario Bernardo Puerta González había recibido de parte del director de la Imprenta la promesa formal de publicarlo *“de una manera regular pero con un muy reducido número de páginas”*.¹⁷
- f) En 1936: *“El atraso en la aparición de este número del “Repertorio” no indica descuido en la publicación, ni vacaciones en las labores de la Academia. Se debe solamente a dificultades que no ha sido posible vencer (...). La aparición de este órgano de publicidad (...) será regularizada con la buena voluntad de la Gobernación del Departamento y de la Dirección de la Imprenta”*.⁵⁷
- g) En 1948 el presidente honorario Emilio Robledo insertó como página editorial una nota intitulada “Para continuar”. En ella dijo:

⁵⁴ *Repertorio Histórico*, año 3.º, n.º 6 y 7, octubre de 1920, pág. 259.

⁵⁵ *Repertorio Histórico*, año 3.º, n.º 8, 9 y 10, octubre de 1921, pág. 268.

⁵⁶ Academia Antioqueña de Historia.

Acta del 9 de octubre de 1931. ¹⁷

Academia Antioqueña de Historia.

Acta del 6 de junio de 1932.

⁵⁷ , vol. XIII, n.º 136, agosto de 1936, “Anotación” (página editorial).

“Tras un lapso de dos años, aparece de nuevo el Repertorio Histórico, órgano de la Academia Antioqueña de Historia, quien completa con los presentes números el volumen XVII.

Entre las causas que han retardado la salida ordinaria de esta publicación, la principal ha sido la falta de medios para atender a su costo, pues aunque existe una Ordenanza en que se manda la edición del Repertorio Histórico en forma preferencial en la Imprenta del Departamento, dicho mandato no ha sido cumplido por el mucho recargo de trabajo en los obradores oficiales, según se nos ha informado cuantas veces hemos ocurrido en solicitud de la publicación. Por otra parte, el auxilio a que tiene derecho la Academia, se le retardó durante un año, y sólo en el presente se ha reanudado su pago. Esperamos que para bien de nuestra institución continúe la Academia beneficiándose de esta ayuda, y con ella el público que se interesa por este género de ilustración.⁵⁸

- h) En 1953 el Editorial recogió la expresión “Continuamos” para informar: *“Tras no pocos días de receso y venciendo los obstáculos que entre nosotros se presentan a menudo para las publicaciones de la índole de REPERTORIO HISTÓRICO, reanudamos hoy la tarea, dando al público las piezas que se produjeron en 1950, en el seno de nuestra Academia, con ocasión del 2º. Centenario del nacimiento de Miranda, y, además, el discurso del Sr. Presidente en la inauguración del busto a don Juan del Corral”.*⁵⁹
- i) En junio de 1955, tras dos años de no circular, tras leer la presentación, se entienden las dificultades para celebrar el cincuentenario de Fundación de la Academia:

Tras una larga espera debida a circunstancias ajenas a nuestra voluntad, vuelve a la luz pública el REPERTORIO HISTÓRICO, órgano de nuestra ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA, y lo hace publicando los documentos relativos a la conmemoración del Cincuentenario de su fundación.

Dicha conmemoración también hubo de aplazarse en espera de actos oficiales que fueron solicitados con la antelación debida, pero que no se obtuvieron sino con la lentitud que suele ser habitual en nuestra vida administrativa.

(...)

⁵⁸ *Repertorio Histórico*, vol. XVII, n.º 160 a 162, julio de 1948, p.5.

⁵⁹ *Repertorio Histórico*, vol. XIX, n.º 172 a 174, febrero de 1953, p.439.

*Sea esta la ocasión de renovar a Su Señoría el señor Gobernador de Antioquia, Brigadier General Pioquinto Rengifo, la manifestación de nuestro reconocimiento por la manera tan espontánea y generosa como se asoció a nuestra conmemoración, y coadyuvó ante el Gobierno Nacional las justas solicitudes que se le hicieron (...).*⁶⁰

- j) En 1961 el Repertorio hizo la última alusión a las dificultades de este periodo, al anotar:

El Repertorio Histórico, órgano de publicidad de la Academia Antioqueña de Historia por cerca de cincuenta años, ha estado en receso desde 1958 por causas ajenas a los Académicos. Debiendo ser publicado en la Imprenta Departamental en virtud de lo mandado por dos Ordenanzas, sólo tras múltiples solicitudes se ha logrado el cumplimiento de ellas.

*Hoy volvemos a aparecer ante los lectores merced a la comprensión y buena voluntad del señor Gobernador, Vélez Escobar y su Secretario de Educación, doctor B. Mejía Cálad.*⁶¹

En 1964 la Gobernación de Antioquia decidió apoyar de manera más frontal el trabajo de la Academia y optó por entregar los recursos a la institución para que esta contratara directamente los servicios litográficos de la ciudad y de este modo se despejara del cúmulo de trabajo que hacía lenta la reproducción en la Imprenta Departamental, pues el escollo más constante consistía en que si la imprenta tenía disponibilidad no había presupuesto; y si había recursos financieros no había espacio por el gran volumen de trabajo. Por eso, con voz jubilosa, las directivas lanzaron al público este mensaje: “Anunciamos, con grata satisfacción, que debido a un auxilio que está dando el Departamento a la entidad, seguiremos en forma ya permanente y periódica publicando nuestro “REPERTORIO HISTÓRICO”.⁶² Con ello se propuso, “Después de casi dos años de interrupción”⁶³ normalizar al año siguiente la periodicidad de la publicación. Comenzó entonces otra etapa: la contratación directa con editoriales privadas: con Granamérica desde 1965 hasta 1979, salvo dos ediciones efectuadas por la Editorial Salesiana en 1973 y 1974; desde 1980 hasta 2013 se imprimió en L. Vieco e hijas, Lealón, Litoflex, Saludos S.A.,

⁶⁰ *Repertorio Histórico*, vol. XIX, n.º 178 a180, junio de 1955, “Preámbulo” (Página editorial).

⁶¹ , vol. XX, n.º 187-189, noviembre de 1961, p. 295. “Nota” (Página editorial).

⁶² *Repertorio Histórico*, Vol. XX, n.º. 193-195 (sin fecha, pero corresponde al año 1964), página Editorial.

⁶³ *Ibidem*.

Litoglacial, Divegráficas y Begón; desde 2015 hasta 2019, en Extrategia Ecoprint; en 2020, en Editorial Manuel Arroyave; y en 2021, en Buena Semilla, donde se editó el número 200.

No significa lo anterior que antes de 1964 no se hubiera intentado la publicación en talleres editoriales diferentes a la Imprenta Oficial para ganar tiempo y presentar con mejor oportunidad la obra a la comunidad. Lo que no hubo fue buenas experiencias, pues, en 1946 se contrató la impresión de un número con la Tipografía Industrial. Varios meses después de frustrada espera su administrador comunicó a don Luis Hurtado, quien fungía como secretario, que si bien debía iniciar el proceso de armada e impresión en junio, *“desafortunadamente hubo un grave trastorno debido al daño en una pieza de uno de los linotipos”* y aun cuando de inmediato se pidió el repuesto a Estados Unidos, por error inexplicable, dadas las consecuencias de la guerra (la recién terminada Segunda Guerra Mundial y el nuevo conflicto de la primera Guerra de Indochina) , *“el pedido vino equivocado y hasta el momento solo se ha normalizado el trabajo para tratar de cumplir los compromisos adquiridos anteriormente, especialmente los de varias revistas que se editan en estos talleres mensualmente”*.

Acto seguido transmitía la peor noticia: *“Como, a pesar de mis deseos de servirle, el contratiempo anotado subsiste, fuera de que ya produjo un atraso considerable, debo manifestarle que no es posible hacer el trabajo del “Repertorio” por las razones anteriormente expuestas y más que todo porque no sabía precisarle la fecha en que pudiera entregarlo”*.⁶⁴ Entonces, para salir de apuros, se imprimió en la Tipografía Bedout por cuenta de la Academia. Por la época, la Imprenta Departamental cotizaba 600 números en impresión offset en 700 pesos; en 1949 la misma cantidad costaba 1.050 pesos. Para sufragar los gastos de la tradicional edición se destinaron los recursos económicos entregados por la Gobernación de Antioquia, la Asamblea Departamental o la Alcaldía de Medellín.

En 1965, gracias a una ordenanza que logró sacar avante el diputado y miembro correspondiente Nicolás Gaviria Echavarría, se destinó un

⁶⁴ Acta de sesión ordinaria del 17 de mayo de 1946.

auxilio mensual de 3.000 pesos a la institución. Con estos dineros se financió la publicación trimestral del *Repertorio* y se creó la serie bibliográfica denominada "Colección Academia Antioqueña de Historia". El presbítero Jaime Serna Gómez, presidente de entonces, elevó el tiraje del órgano oficial a mil ejemplares por cada entrega, para envío gratuito a los colegios oficiales y privados, a las bibliotecas públicas del departamento y del país, a los centros y academias de Historia, a ávidos intelectuales y, en canje, a revistas históricas de Colombia y del exterior, con lo cual se acrecía la biblioteca de la Academia.

Por falta de recursos, desde 1985 se acudió a pautas publicitarias de dependencias e institutos descentralizados, idea que surgió del gobernador Antonio Roldán Betancur en su visita oficial a las instalaciones de la Academia el 22 de mayo de 1989, cuando comprometió toda su voluntad de apoyo para engrandecer la institución y darle fuerza y permanencia al *Repertorio Histórico*.⁶⁵ Infortunadamente el gobernador cayó asesinado 12 días después, el 4 de julio, y los buenos augurios se desvanecieron, pero se logró concretar el de la vinculación del sector público descentralizado y algunas organizaciones del sector privado, las que encontraron loable apoyar la investigación y divulgación de nuestro pasado y contribuir así a la pervivencia del *Repertorio*, por su reconocido prestigio, solvencia académica, antigüedad de su trayectoria, que siempre, como todas las publicaciones de la Academia, carecen de ánimo comercial. Entre las empresas públicas y privadas que se unieron a esta iniciativa figuran la Fábrica de Licores de Antioquia, la Administración Postal Nacional, el IDEA, la Beneficencia de Antioquia, la Lotería de Medellín, la Contraloría de Medellín, la Contraloría General de Antioquia, la Empresa Antioqueña de Energía (EADE), el Concejo de Medellín, la Asamblea Departamental, Empresas Varias de Medellín, el Instituto Mi Río, el Banco Industrial Colombiano y el Comité Departamental de Cafeteros de Antioquia.

Tampoco puede asegurarse que el cambio de estrategia en cuanto a la contratación de litografías independientes o el manejo directo de los recursos hubiera conjurado las interrupciones de la publicación. Aún así,

⁶⁵ Montoya Moreno, Orlando: *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia*, p 185

por problemas financieros o dificultades de gestión, la continuidad se vio afectada en diferentes momentos, pero no se volvió a anunciar tales dificultades en las páginas del *Repertorio* cuando este reanudaba a circulación. Este silencio se evidencia en las siguientes repariciones:

Reaparición	Secuencia	Número	Año de no edición
<i>1977, ene-mar.</i>	<i>Vol. 31</i>	<i>227</i>	<i>1976</i>
<i>1987, ene-feb.</i>	<i>Vol. 37</i>	<i>248</i>	<i>1986</i>
<i>1993, dic.</i>	<i>Año 88</i>	<i>254</i>	<i>1991, 1992</i>
<i>1995 (sin mes)</i>	<i>Año 90</i>	<i>255</i>	<i>1994</i>
<i>2001, dic.</i>	<i>Año 97</i>	<i>259</i>	<i>1999, 2000</i>
<i>2012, ene-jul.</i>	<i>Año 104*</i>	<i>22 (Nueva etapa)</i>	<i>2011</i>

**Tal como se aclara en el acápite siguiente, el año correcto debió corresponder al 107.*

LA SECUENCIACIÓN DEL REPERTORIO

Las primeras cuatro ediciones del *Repertorio Histórico* se presentaron numeradas como 1, 2, 3, 4, y cada una de ellas correspondía a una revista distinta e individual que circularon en los meses de enero, febrero, abril y julio de 1905; pero la publicación de agosto de 1913 se hizo rubricar como equivalente a los números 5, 6, 7 y 8; y la edición de diciembre de 1913, como números 9, 10, 11 y 12. Es decir, en las dos últimas, una misma publicación representaba cuatro números diferentes. Más claro: en las bibliotecas existían seis revistas, pero en la secuencia de la Academia ya se contaban por publicados 12 números. Ello fue así, para compensar los vacíos de los tiempos de no circulación por las dificultades económicas anotadas en el acápite anterior, por el receso experimentado en la Academia en sus primeros años y para ajustarse al ideal de lograr una edición mensual y doce tirajes anuales. A su vez, doce números constituirían un año de publicaciones o un volumen. Así nos queda claro que el primer año de publicación del *Repertorio Histórico* no correspondió al año calendario de 1905, sino a un periodo de nueve años que corrieron desde enero de 1905 a diciembre de 1913.

De enero de 1905, fecha de la edición príncipe del *Repertorio Histórico*, a diciembre de 1930, habían salido a circulación 51 revistas, pero como muchas de ellas presentaban numeración múltiple que se reiniciaba cada cierto tiempo en 1, los números publicados sumaban 128. Por eso el ejemplar entregado en junio de 1932 saltó al número 129. De ahí en adelante, cada Junta Directiva o cada Comité de publicaciones aplicó una secuencia a su libre antojo, sin criterio unificado en cuanto a la forma de contar los años y de secuenciar las ediciones, los números, entregas y hasta las páginas, de lo que heredamos un mar de confusiones que llega hasta nuestros días.

El *Repertorio* de junio de 1932, al presentar el nuevo criterio adoptado, introdujo como editorial un aviso titulado "*UNA NOTA IMPORTANTE para quienes gustan de coleccionar "El Repertorio Histórico"*", escrito por el redactor Bernardo Puerta González, que da cuenta de lo aquí expuesto:⁶⁶

"Lástima que un contenido tan selecto como el que trae siempre "El Repertorio Histórico", adolezca de una confusión tan grande en cuanto se refiere a la numeración de los años, al orden en que salen las entregas y al incierto número de éstas y su paginación para formar cada volumen, que desorienta por completo a quienes gustan de coleccionarlo.

El año 1°. apareció correctamente: numeradas de 1 a 12 las entregas, las cuales formaron un volumen muy proporcionado y cómodo de 744 páginas y con su índice correspondiente.

Pero ya el año 2°. se compuso de 18 entregas, formando éstas un volumen casi igual al anterior, pues lo compusieron 790 páginas. Ya a este volumen no se le hizo índice, lo que publicaciones de esta clase es absolutamente indispensable.

El año 3°. volvieron a componerlo 12 entregas (de 1 a 12), pero es curioso que se hubiera empezado el año 4°. y la nueva numeración de las entregas, continuándose la paginación donde concluyó el 3°.

⁶⁶ *Repertorio Histórico*, Vol. XII, junio de 1932, n.º 129, p. 2-5.

Más claro: El año 3°. consta de 12 entregas (de 1 a 12), cuya paginación es de 1 a 458. Inmediatamente comenzó el año 4°, entrega 1ª, página 459. Siguieron las entregas hasta la doceava y la paginación llegó hasta 804.

En el año 3°. se prescindió de nuevo del indispensable índice para sí hacérselo al año 4°.

El redactor siguió el recuento pormenorizado hasta el año 11, que según sus cuentas terminaba en diciembre de 1930. Acto seguido justificó el cambio:

Por lo expuesto, es necesario rectificar las anomalías apuntadas y pensamos, ya que la publicación del Repertorio Histórico tiende a normalizarse y a salir con regularidad mensualmente, que sea de la siguiente manera:

Año tal, será sustituido por: VOLUMEN tal. (Corresponde, en orden cronológico comenzar al Volumen 12). Fecha (en que aparezca la entrega). Año 29 de la Academia. (No hay fundamento para que, teniendo, como tiene la Academia, 29 años largos de fundada, pues se instaló el 3 de diciembre de 1903, su órgano de publicidad numere las ediciones con años muchísimos más bajos que no se sabe qué designan y desconciertan por completo). Numeración: Los once años que van publicados del Repertorio Histórico contienen 128 números o entregas que han aparecido en una cantidad menor de cuadernos, puesto que cada uno dice en su encabezamiento casi invariablemente por ejemplo: números 1 a 4, 4 a 7, 7 a 12. Por consiguiente, el número que corresponde al Volumen XII que comienza, es el 129.

En ese momento introdujeron el concepto de que un volumen equivalía a 800 páginas, aunque podía “excederse en algunas páginas más” o faltar algunas pocas para completar esa cifra. En realidad se le daba mayor importancia al hecho de que al encuadernar las entregas los tomos quedaran de un tamaño similar. Así se reiteró en el *Repertorio* de noviembre de ese año.⁶⁷

⁶⁷ *Repertorio Histórico*, Vol. 13, n.º 131, noviembre de 1932, p.146.

Al respecto, se observa una confusión de términos organizativos de la publicación seriada pues tomaron como términos equivalentes volumen y tomo; número, entrega y cuaderno (o revista). Por eso, al proponer la reunión de ejemplares publicados hasta el momento, resultaron 6 tomos que llamaron volúmenes; una revista no podía ser equivalente a número o entrega porque fue usual que con un mismo *Repertorio* se estuviera haciendo entrega de dos a seis números, simplemente para recuperar la secuencia de los tiempos de circulación interrumpida. De las instrucciones para “*rectificar las anomalías apuntadas*” por don Bernardo Puerta, se comprende la agrupación de las revistas en los siguientes tomos (que no volúmenes, como los llamó):

Año	Cantidad de Revistas	Números comprendidos	Total págs.	Encuadernar como tomo
1	6	12	744	1
2	7	18	790	2
3	6	12	1-458	3
4	3	12	459--804	
5	3	12	350	4
6	9	12	508	
7	4	12	334	5
8	5	12	504	
9	4	12	194	6
10	1	1	148	
11	3	13	294	
Total	51	128		

Cambios como estos sucedieron también con posterioridad, lo que hizo para muchos incomprensible la secuencia y permitió incurrir en nuevos errores de numeración cuando pretendían corregirse. Ejemplifica lo anterior el cambio de numeración aplicado luego del primer centenario de fundación institucional. Con el objeto de dar mayor claridad, Juan Guillermo Restrepo Restrepo quien actuaba con mística y voluntariedad como curador de la biblioteca, la pinacoteca, el archivo y las piezas museográficas de la Academia, propuso formar una nueva numeración, denominada “Nueva etapa”, que iniciaba en 1, y dejar así, para los tiempos

modernos, “*mayor claridad sobre el número exacto de repertorios publicados*”. La Junta Directiva, en su reunión del 19 de marzo de 2004, aprobó el cambio y en la contraportada interior de los nuevos ejemplares apareció la respectiva nota aclaratoria.

La edición correspondiente a enero-marzo de 2004 fue el origen de la nueva secuencia y como parte de la aclaración se dijo: “*Hasta el momento se han publicado 155 repertorios y su numeración se extiende hasta el número 266, pues algunos de ellos comprenden más de dos numeraciones, tratando de llenar los vacíos que se presentaron cuando hubo receso en la publicación*”. Por tal motivo, el nuevo *Repertorio* se presentó como correspondiente al año 99 y según las cuentas del académico Restrepo, correspondía a la revista 156. En verdad, esa edición era la revista 158 entregada a la comunidad científica porque incidentalmente omitió en su relación dos números: el 8 del año 6.º (de agosto de 1924) y el 201 del año 63, (de abril de 1968), que lo consideró no asignado, estándolo.⁶⁸

Diez años después, el 2 de junio de 2014, la secretaria Socorro Inés Restrepo Restrepo, hermana de don Juan Guillermo, solicitó mediante oficio dirigido al presidente Rodrigo García Estrada y sus compañeros de Junta Directiva, adoptar otra corrección. Manifestaba “*haber encontrado un error en la numeración de los años de edición*” y consideraba un deber subsanarlo en el próximo número.³⁰ Afirmaba en dicho oficio que el año 104 correspondía correctamente al año 2009 pero que, por error, dicho año 104 de edición se siguió citando sistemáticamente para los *Repertorios* de los años 2010, 2012 y 2013, por lo que la secuencia correcta del año era conforme al siguiente cuadro:

⁶⁸ Juan Guillermo Restrepo, en la página 290 del libro *Artífices y Testigos*, publicado en 2011, afirma que el número 201 no existió porque no se le asignó a ninguna revista. Acto seguido, al referenciar el n.º 202, de mayo-junio de 1968, pretendió introducir la corrección con la siguiente aclaración: “*A este Repertorio [el 202] le corresponde el número 201*”. Aquí radica una de las omisiones, porque el n.º 201 sí fue asignado a la revista de abril de 1968. El mismo error lo había cometido en la página 21 del índice del *Repertorio*, publicado como número 3 de la Nueva etapa (agosto de 2004).

Repertorio n.º	Fecha:	Dice:	Corresponde a:
21	2010 enero- junio	Año 104	Año 105
	2011	No hubo	Año 106
22	2012 enero-junio	Año 104	Año 107
23	2012 julio-diciembre	Año 104	Año 107
24	2013 enero-julio	Año 104	Año 108
25	2013 julio-diciembre	Año 104	Año 108

Según la secretaria, a los Repertorios de 2014 les correspondía como año de edición el 109, para indicar que desde ese número de años se venía publicando el órgano oficial de la Academia, dada su primera aparición en 1905. La Junta aprobó tomar la corrección propuesta y en el número 26 de la nueva etapa, perteneciente al periodo enero-junio de 2014 se insertó la aclaración, pero transcribieron mal las palabras de la académica: pusieron que para el 2014 correspondía el año 108 de edición y así se imprimió en la portada interna.

Tampoco era correcta esa apreciación de doña Socorro Inés. El año calendario 2010 no correspondía al año 104 sino al 105, porque a tal contabilización no puede llegarse restando de 2014 (año final), el año 1905 (año de la primera circulación), dado que todo el primer año del *Repertorio* cuenta. Los cálculos no se hacen como cuando se estima la edad de los seres humanos, porque al nacer una persona ese año es cero, y solo un año después es año 1; en cambio, el *Repertorio* no tuvo año cero. El año de su creación (1905) fue el año 1, máxime si consideramos que la publicación arrancó en el mes de enero, por consiguiente, en diciembre de 1905, terminó el primer calendario.

Así las cosas, se perdieron dos años en las cuentas de la revista institucional. Uno, al hacer una simple resta sin compensar el primer año de circulación; y otro más, al

La otra omisión (el n.º 8, de agosto de 1924) también ocurrió tanto para el libro *Artífices y Testigos* (pág. 287) como para el índice del *Repertorio* (pág. 19) porque el ejemplar sí existe en la biblioteca de la Academia y, además, está en la relación de 1932, ya comentada, hecha por don Bernardo Puerta cuando pretendió introducir correcciones a la

secuenciación del *Repertorio*. De modo que ambos números (el 8, de agosto de 1924, y el 201, de abril de 1968) sí vieron la luz pública y se encuentran en la biblioteca institucional. Esta es la causa de los dos números que faltan contabilizar en la secuencia correcta del *Repertorio Histórico*. Ambas omisiones responden al porqué ninguno de los 14 artículos del n.º 201 de 1968 ni los tres artículos del n.º 8, de agosto de 1924 aparecen indexados en el *Repertorio* n.º 3 Nueva etapa, pero en cambio, los artículos del omitido *Repertorio* de 1924, sí se encuentran en el índice publicado en el *Repertorio* volumen XX, n.º 193-195 de 1964.³⁰ Academia Antioqueña de Historia, libro de correspondencia, 2014. perpetuar el error de secuenciación en el año 2014. Podemos concluir entonces que el año de edición del *Repertorio* en que aparece publicado este artículo es 117 y no 115.

Variaciones en la secuenciación de año

Desde enero de 1905 hasta diciembre de 1930, las 51 revistas editadas secuenciaron 11 años, porque no contabilizaban los años de edición, sino aproximaciones a series que abarcaran 12 números.

Desde junio de 1932 hasta el *Repertorio* publicado sin fecha en 1964, se cambió la secuencia de año por la de volumen, pero siguió el conteo ascendente hasta comprender del volumen 12 al 20.

Desde octubre de 1965 hasta el número de enero-diciembre de 1979 se empleó una secuenciación mixta de año y volumen. El año correspondía al de edición, y con la incorrección del cálculo ya anotada atrás, se estimó empezar en el año 60 y terminar en el año 74, en tanto el volumen se hizo equivalente al número de revistas de un mismo año calendario, aunque hubo irregularidades en su consecutivo, por ejemplo: el número 196 de 1965 correspondió al volumen 21; los seis números editados entre mayo del 1966 y mayo-junio de 1968, conformaron el volumen 22; y los dos números del periodo julio a diciembre de 1968, el volumen 23. En esta fase los volúmenes se etiquetaron entre el 21 y el 32.

Entre 1980 y 1990 se abandonó la secuencia mixta, se omitió la numeración de año y continuó solo la del volumen como equivalencias de

años cronológicos, con algunos errores de secuencia, como el volumen 36 que se mantuvo tanto para el año 1983 como para 1984. La serie avanzó del volumen 33 al 39.

Desde 1993 hasta el momento en que aparece este número 200, se retomó la secuencia de años de edición, con los errores de cálculo ya anotados y se abandonó la de volumen. La serie comprende desde el año 88 hasta el “año 115”, porque se incurrió en doble error, como se expresó al tratar la propuesta de Socorro Inés Restrepo. Vemos, pues, que la secuencia del *Repertorio* en cuanto al año, adoptó tres métodos diferentes: la de los años calendarios transcurridos desde la fundación de la Academia, la de los años contados por volúmenes, y la de los años calendarios contados a partir de la primera publicación.

Variaciones en la secuenciación de número

Desde agosto de 1913 hasta diciembre de 1930 la entrega de una sola revista podía equivaler a la entrega de varios números (y esto fue lo usual en este periodo), cuyo conteo reiniciaba en 1 cada “año”, y a su vez, el término “año” no correspondía ni a los años de vida de la Academia ni a los años de existencia del boletín, sino al número de grupos de 12 entregas u 800 páginas aproximadamente.

En 1932 la numeración comenzó en 129 por la razón expuesta por el redactor Bernardo Puerta y mantuvo hasta 1941 la equivalencia de un número por revista hasta llegar al 148. Entre 1942 y 1964 cada ejemplar volvió a representar varios números, los que avanzaron desde el 149 hasta el 195.

Desde 1965 hasta nuestros días, se retomó el sistema de un número por revista. Avanzaron del 196 (octubre de 1965) al 266 (diciembre de 2003). En 2004 la nueva etapa empezó la numeración en 1 (enero-marzo de 2004) y corrió hasta el 30 (edición de julio-septiembre de 2015). A partir de esta última fecha se regresó a la numeración secuencial continua para identificar con este el número de revistas impresas y continuó la

costumbre de asignar solo un número por revista. Fue así como en la edición de octubre-diciembre de 2015, la secuencia saltó del número 30 (Nueva etapa) al número 186, por considerar que se habían publicado ya 185 revistas: 30 en la nueva etapa y 155 en los tiempos previos, aunque en su conteo, como se explicó al hablar de la propuesta de Juan Guillermo Restrepo, se omitieron dos ediciones.

Este número 186 (edición de octubre - diciembre de 2015) incorporó innovaciones en cuanto a diseño de portada, ilustración de esta con policromía, aparición de resumen y palabras claves en español e inglés en cada artículo, revisión de estilo y empezó a desarrollarse -cada vez con mayor frecuencia- un tema especial por edición, con tendencia a hacerla monográfica. Estos cambios se dieron bajo la presidencia de Socorro Inés Restrepo, cuyo Comité de Publicaciones, estaba integrado por don Orestes Zuluaga en calidad de vicepresidente, don Alonso Palacio Botero, don Rafael Iván Toro Gutiérrez y don Ricardo Zuluaga Gil.

Todo lo anterior nos permite asegurar que la secuencia correcta para las publicaciones correspondientes al año 2021 es año 117 (no año 115) y que el número 201 es realmente el número 203.

La siguiente tabla compendia las variaciones de secuenciación y numeración del *Repertorio Histórico* a lo largo del tiempo. Debe notarse que si bien durante alguna época la publicación identificó el volumen con números romanos, aquí se relacionan todos con numeración arábica.

Desde	hasta	Repertorios Publicados	Secuencia y numeración empleada
Ene-1905	Dic-1930	51 revistas	<p>Secuencia empleada: año 1 al año 11 Numeración: como se usaba el criterio de año editorial (no de año cronológico) un año regularmente equivalía a 12 números. Así, por ejemplo, el primer año comprendió los doce números que se agruparon entre 1905 y 1913, pero solo fueron 6 revistas, dos de ellas con numeración múltiple (5 a 8 y 9 a 12) para llenar el vacío de los periodos en que no pudo hacerse la edición.</p>
			<p>Al comenzar un nuevo año editorial la numeración reiniciaba en 1. La intención era poder encuadernar la obra por tomos de similar número de páginas (800 aprox.).</p>

Jun-1932	[1964] Sin fecha	35 revistas	<p>Secuencia: se cambió año por volumen. Transcurrió del volumen 12 al 20.</p> <p>Numeración: Se abandonó la que cada año editorial reiniciaba en 1 hasta 12 y empezó en el número 129 porque la sumatoria de todos los números editados con anterioridad, era de 128. La numeración avanzó consecutivamente hasta el 195. Desde el volumen 12 (junio de 1932) hasta el volumen 15 de agosto de 1941 cada <i>Repertorio</i> correspondió a un número, pero desde el volumen 15 de enero de 1942 al volumen 20, sin fecha, que corresponde en realidad al año 1964, cada <i>Repertorio</i> comprendió numeración múltiple (149 al 152, 153 al 156, etc.)</p>
Oct-1965	Ene-dic 1979	37 revistas	<p>Secuenciación: se combinó la expresión de año y volumen, pero el año hacía referencia a la antigüedad de la publicación desde su origen en 1905, no al año editorial de 12 números. El volumen siguió el consecutivo que se traía. Se avanzó del año 60 al 74 y del volumen 21 al 32.</p> <p>Nota: la edición ene-mar-1972 no trae secuencia de año. Le corresponde el año 68.</p> <p>Numeración: sigue el consecutivo anterior. Cada revista corresponde a un número único. En adelante se prescinde de numeración múltiple por entrega. Se avanza del número 196 al 232.</p>

1980	1990	21 revistas	<p>Secuenciación: Se abandonó la secuencia de año y se dejó solo la de volumen que transitó desde el volumen 33 hasta el volumen 39.</p> <p>Numeración: Sigue el consecutivo anterior. Avanzó del número 233 al 253.</p>
Dic -1993	Dic-2003	13 revistas	<p>Secuenciación: Se abandonó la secuencia de volumen y se retomó la de año, con el significado de tiempo de la publicación desde su origen en 1905, sistema que persiste aún en nuestros días. Avanzó desde el año 88 al 99.</p>
			<p>Numeración: El <i>Repertorio</i> continuó el criterio ya expuesto: un número por ejemplar y se extendió entre los números 254 al 266.</p>
Ene-mar 2004	Jul-sep 2015	30 revistas (Nueva etapa)	<p>Secuenciación: continúa la de año, con el mismo año 99 en que terminó la serie anterior y avanzó hasta el año 109.</p> <p>Numeración: con la pretensión de salvar las inconsistencias históricas en la identificación del <i>Repertorio</i> la Junta Directiva acogió la propuesta del académico Juan Guillermo Restrepo y reinició la numeración en 1, marcando con ello una nueva serie que coincidía con el cierre del primer centenario de la Academia. Se registraron como números 1 al 30 seguidos de la expresión “Nueva etapa”.</p> <p>Nota: la edición extra del n.º 5 (diciembre de 2004) es un suplemento del <i>Repertorio de octubre - diciembre de 2004</i>,</p>

			<p><i>identificado con el mismo número. Por consiguiente no se contabiliza como revista independiente sino como separata.</i></p>
Oct-dic 2015	Hoy (al n.º 201 de 2021)	16 revistas	<p>Secuenciación: continuó con el concepto de año respecto la creación del <i>Repertorio</i>. Retomó el año 109 de la serie anterior y se extiende hasta el presente ejemplar como año 115 (correspondiendo realmente al año 117)</p> <p>Numeración: abandonó la serie de la Nueva etapa y recomenzó en el número 186, con el interés de indicar el número de revistas entregadas. El presente ejemplar se marca como número 201 pero corresponde en realidad al número 203.</p>
		Total: 203 revistas	

EL NÚMERO 200 DEL REPERTORIO HISTÓRICO

Esta revista permanece en el escenario de la cultura colombiana, contribuyendo modestamente, pero siempre con entusiasmo, a la educación e instrucción del pueblo, a la investigación y revisión histórica, al balance de los antiguos legados, al afincamiento en lo más noble, sano y dinámico de la tradición en ésta época del historicismo.

En sus doscientos números ha presentado estudios famosos, investigaciones admirables, trabajos científicos y documentos de valor, escritos por autoridades mayores de toda excepción, pues ha contado siempre entre sus miembros la Academia, con inteligencias que son honra de Antioquia y de Colombia.

Nombres como los siguientes bastan por sí mismos, para comprender cuánto bien ha hecho esta institución: Manuel Uribe Ángel, Tulio Ospina, Estanislao Gómez Barrientos, Álvaro Restrepo Euse, José María Mesa Jaramillo, Eduardo Zuleta, Juan Bautista Montoya y Flórez, Tomás Cadavid Restrepo, Ramón Correa, Fidel Cano, Andrés Posada Arango, Clodomiro Ramírez, Gabriel Latorre, Camilo Botero Guerra, Roberto Botero Saldarriaga, Carlos E. Restrepo, Ulpiano Ramírez, Gonzalo Restrepo Jaramillo, Emilio Robledo, Julio César García, Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina y tantos otros para no hacer memoria sino de los muertos.

El texto que acaba de leer no fue un escrito para la edición anterior. Es el artículo intitulado “Pro Patria, sesenta y dos años después”, suscrito en el *Repertorio* de octubre de 1967 por la Junta Directiva, integrada por el presbítero Jaime Serna Gómez, presidente; Abraham González Zea, vicepresidente; Luis Sierra Hurtado, secretario; y Marceliano Posada Puerta, tesorero, como ellos mismos lo anunciaron: “Con motivo del número 200 del *Repertorio Histórico*” al que “se llegaba” en esa fecha.

Y en la edición anterior a esta, el *Repertorio Histórico* también se identificó con el número 200. Esta barahúnda surgió por aplicar criterios no unificados de secuenciación. Veamos cómo se llegó a dos publicaciones identificadas con el número 200:

1. La correspondiente a la edición de septiembre de 1967, alcanzó el número 200 como resultado de sumar la numeración múltiple que trajeron muchos de los Repertorios en una misma revista. Por ejemplo, la edición de junio de 1928 salió como número 1 del año 10, y la edición siguiente, de agosto de 1929, se reportó como números 1 al 6 del año 11. Al echar cuentas, van siete números, en tan solo dos revistas. De modo que en el ejemplar 200 del año 1967 la unidad de medida es la numeración de cada boletín y corresponde a la suma de los números que cada revista refiere en su portada. Los 200 números corresponden a tan solo 91 revistas.
2. La edición que antecede a este ejemplar que el lector tiene en sus manos alcanzó el número 200 porque considera como unidad de medida la revista, independiente de si ella corresponde a un número único o múltiple en su secuencia. Pero como en todas las aproximaciones a las ediciones del *Repertorio* se omitió involuntariamente tener en cuenta las entregas de agosto de 1924 y abril de 1968, el número 200 fue en realidad el 202, o dicho de otro modo, el que se presentó como número 198 (septiembre – diciembre de 2019) era el verdadero número 200.

Por lo expuesto, los cambios de criterio en la secuenciación del órgano oficial de la Academia introdujeron numeración repetida en las revistas. Así, detectamos que en los Repertorios publicados entre enero de 1905 y diciembre de 1930, existe una serie de ejemplares identificados con los números 1 a 18 que se repiten, muy especialmente los del 1 al 12, porque reiniciaban el conteo con cada año de publicación; pero de igual modo, en la “Nueva etapa” (enero- marzo de 2004 a juliodiciembre de 2008) vuelve a surgir una numeración de revistas que va de la 1 a la 18.

En otros dos periodos también se repite la numeración de las revistas del *Repertorio*. Los números que corren entre el 186 y el 200 aparecen tanto entre junio de 1957 a octubre de 1967, como entre octubre-diciembre de 2015 y el año 2021. Por este motivo la Academia ha llegado a rotular dos ediciones como número 200: la anterior y la de octubre de 1967.

La génesis de las confusiones de año de circulación y de identificación y conteo de los ejemplares o números radica en los diferentes criterios empleados para secuenciar el *Repertorio Histórico* a lo largo de su existencia. Luego de exhaustiva investigación que permitió inventariar y registrar cada una de las diferentes ediciones del órgano oficial de la Academia, puedo asegurar que nuestra corporación puede acometer para

el próximo número la corrección definitiva de las inconsistencias en secuenciación. De este modo, al incorporar los dos números faltantes y los dos años perdidos, la revista siguiente no deberá ser la número 202 sino 204, y deberá corregirse el año de circulación como se anotó anteriormente.

ÍNDICES DEL REPERTORIO

En los inicios del *Repertorio* se previó elaborar un índice al concluir cada volumen, integrado a su vez por varias revistas. No fue muy regular la práctica. Como lo criticó en junio de 1932 el redactor Bernardo Puerta González, de los ocho primeros volúmenes solo el 1, 4, 5, 6, y 7 lo tuvieron. El *Repertorio* de junio de 1932 quiso subsanar el vacío y presentó el índice de los volúmenes 9, 10 y 11. Con posterioridad solo se incluyó la tabla de contenido de cada edición.

Para facilitar la consulta de los artículos publicados ya no por ejemplar ni por volumen sino a lo largo de la existencia del órgano oficial de la Academia, se han publicado tres índices generales que sistematizan y facilitan la consulta de los artículos publicados:

- a) En 1963, en el sexagésimo año de fundación de nuestra corporación, la señorita Gloria Rodríguez Moreno como trabajo parcial de grado para su licenciatura en la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia, levantó el primer índice general, comprensivo desde la primera entrega del año 1905 hasta la última de 1963. Este apareció publicado en el *Repertorio* N.º 193195, del año 1964, que sirvió para avivar los ánimos tras casi dos años de no aparición entre el público. El análisis detenido de cada artículo, noticia, decreto o apunte acumuló un aproximado de 1.200 referencias que se ordenaron alfabéticamente por autor y materia, más un complemento indexado de necrologías. El trabajo contó con la asesoría, como director de tesis, del Dr. Eugene W. Moushey (1922-2001), reconocido consultor estadounidense para bibliotecas de América Latina, y con las orientaciones del filósofo, archivero, arqueólogo y bibliotecólogo español Luis Florén Lozano (1913-1973).

- b) En 1987, cuando se aproximaba el aniversario 85 de fundación, el académico Javier Gutiérrez Villegas actualizó el índice del *Repertorio* elaborado por la señorita Gloria Rodríguez, observando idéntica metodología. Con su paciente labor las referencias bibliográficas cubrieron hasta la última entrega del año 1985 y apareció publicado en el *Repertorio* de enero - febrero de 1987, correspondiente al volumen 37, número 248. También representó la reaparición de la revista tras un año de receso.
- c) En 2003, durante la conmemoración del centenario de fundación, el académico Juan Guillermo Restrepo Restrepo acometió una nueva revisión bibliográfica de todas las publicaciones allí contenidas: desde el primer ejemplar de 1905 hasta las cinco entregas del año 2003. El trabajo referenció los artículos por triple entrada: i) por orden cronológico, ii) por orden alfabético de título y iii) por orden alfabético de apellido de autor. Ocupó la densa edición del *Repertorio* de agosto de 2004, año 99, número 3.

EDICIONES ESPECIALES DEL REPERTORIO

Como edición especial consideramos el *Repertorio* cuyo contenido tuvo dedicación completa o privilegiada a un tema o efeméride en particular. Destacamos las siguientes ediciones como monográficas:

Edición especial	Tema
Año 1 N.º 5-8, ago- 1913	Primer centenario Independencia de Antioquia
Año 1 N.º 9-12, dic-1913	Próceres de la Independencia
Año 2 N.º 1-4, abr-1914	Crónica del Centenario de la Independencia de Antioquia
Año 2 N.º 5-8, jun-1914	Francisco Javier Cisneros y el Ferrocarril de Antioquia
Año 2 N.º 9-11, sep-1918	A la memoria de José María Mesa Jaramillo
Año 2 N.º 12-13, nov-1918	Centenario del natalicio de Mariano Ospina Rodríguez
Año 4 N.º 5-8, ago-1922	Titiribíes y sinufanáes
Año 6 N.º 2, ene-1924	La Medicina en los departamentos Antioqueños (Emilio Robledo)

Año 11 N.º 13, dic-1930	Centenario de la muerte del Libertador
Vol. 12 N.º 129, jun-1932	A la memoria de Estanislao Gómez Barrientos
Vol. 12 N.º 134, may-1934	Historia biográfica de la poesía en Antioquia (José J. Zapata A)
Vol. 17, 1946 (No. 157-159]	Memorias Congreso Nacional de Historia, Medellín, 1944. (40 años de fundación de la Academia)
Vol.17. jul-1948 (No. 160-162)	Cuarto centenario de la muerte de Jorge Robledo.
Vol. 19, Nos. 178-180, jun-1955	Cincuentenario de la fundación de la AAH
Vol. 20, Nos. 181-183, jun-1956	Calendario histórico – Efemérides grancolombianas (por Pedro Rodríguez Mira)
Vol. 20, Nos. 190-192, mar-1963	A la memoria de Emilio Robledo
Vol. 20 N.º 193-195 Sin fecha [1964]	Índice del <i>Repertorio Histórico 1905-1963</i> (Gloria Rodríguez Moreno)
Vol. 37, N.º 248, ene-feb-1987	Índice general del <i>Repertorio 1905-1985</i> (Javier Gutiérrez Villegas)
Vol. 37, No. 249, jul-ago-1987	Centenario de la Constitución de 1886
Vol. 38 N.º 251, 1988	500 años del pueblo antioqueño (Aniversario 85 de la Academia Antioqueña de Historia)
Año 99 N.º 3 (extra), ago-2004	Índice General del <i>Repertorio 1905-2003</i> (Juan Guillermo Restrepo R.)
Año 99 N.º 5 (extra), dic-2004	Ecos del centenario (100 años de la Academia)
Año 102 N.º 14 (extra), mar-2007	Discursos de presentación de los Académicos antioqueños en la Academia Colombiana de la Lengua (José María Bravo Betancur)
Año 104 N.º 23, jul-dic 2012	Veintiún temas relativos a la Independencia
Año 104 N.º 24, ene-jul 2013	Bicentenario de la Independencia de Antioquia
Año 104 N.º 25, jul-dic 2013	Sesquicentenario de la Constitución de 1863

Año 109 N.º 28, ene-mar 2015	Foros históricos 200 años de la Independencia de Antioquia
Año 109 N.º 30, jul-sep 2015	Memorias del congreso “La colonización antioqueña”
Año 110 N.º 187, ene-mar-2016	Liborio Mejía
Año 110 N.º 188, 2016	Francisco José de Caldas
Año 112 N.º 193, 2018	Centenario de la presidencia de Marco Fidel Suárez
Año 113 N.º 195, 2019	Bicentenario de la Campaña Libertadora
Año 114 N.º 197, 2019	Bicentenario de Chorros Blancos
Año 115, N.º 200	Bicentenario de la Constitución de Cúcuta
Año 115, N.º 201	Antioquia en el Repertorio Histórico

FOLLETOS Y LIBROS

La producción investigativa de los académicos dio vida al *Repertorio Histórico*, muchas veces con nutrida paginación. En los primeros días de la naciente institución llegó a proponerse la edición de un libro que contuviera aquellas glosas y contestaciones a Álvaro Restrepo Euse y su obra sobre la Historia de Antioquia. La idea no prosperó para cumplir la misión institucional de editar el órgano institucional, sobre todo, porque los recursos oficiales estaban destinados a sufragar esta publicación en particular y no otra, con especificaciones diferentes. Por eso desde los primeros tiempos, como se observa en el cuadro anterior, muchos *Repertorios* salieron con criterio monográfico.

Aunque la publicación de obras con características de libro o folleto fue de interés permanente, las dificultades económicas escasamente permitían cumplir el compromiso de la revista. La primera incursión en sacar a la luz pública un libro data de 1939 cuando José Solís Moncada produjo el primer texto con aproximaciones a la historia institucional: las biografías de los integrantes de la Academia. En 1978, para conmemorar las bodas de diamante de fundación institucional, se editó otra obra que actualizaba la historia institucional en cuanto a biografías de académicos: *Varones Ilustres de Antioquia*, de creación colectiva. Le seguirían dos ediciones de Genealogías de los sillones de número, Artífices y Testigos y

Momentos como trabajos que profundizan la investigación de la historia institucional

En 1965 el presbítero Jaime Serna Gómez, durante su primer periodo como presidente, creó la *Colección Academia Antioqueña de Historia*, que publicó 49 títulos, en su mayoría en pequeño formato, conocidos popularmente como *bolsilibros*, en gran parte de autoría o compilaciones de los académicos pues aceptó incluir textos de algunas personas externas. Se incluyen en la cantidad referida, obras que salieron por fuera de la *Colección* con el crédito *Ediciones Academia Antioqueña de Historia*, tal fue el caso de la segunda edición del segundo número sobre la vida del arzobispo Juan Manuel González Arbeláez, o de otras de mayor formato que vieron la luz pública durante la colección sin pertenecer a ella o al de las *Ediciones* como lo fue el libro *Varones Ilustres de Antioquia*.

La célebre *Colección* le generó muchas críticas al presbítero Serna Gómez por cuanto entre los primeros cuarenta títulos, quince (el 37.5%) eran de su cosecha intelectual, pero si se contabiliza la segunda edición de la biografía del arzobispo Arbeláez, la proporción asciende al 39%, por lo que algunos llegaron a censurarle haber creado el fondo editorial en provecho propio. En 2010, durante la presidencia de Héctor Quintero Arredondo, surgió la *Colección Bicentenario de Antioquia*, y, entre 2019-2020, durante la administración de Orestes Zuluaga Salazar, la *Colección Bicentenario Batalla de Boyacá*.

Aunque el inventario bibliográfico apenas comienza, entregamos como adelanto la siguiente relación parcial de libros y folletos publicados por la Academia Antioqueña de Historia:

LISTADO DE PUBLICACIONES

(Los números entre corchetes indican la secuencia en la *Colección Academia Antioqueña de Historia*)

Año	Título	Autor y otras referencias
1939	La Academia Antioqueña de Historia y sus hombres :	José Solís Moncada, 449

	apuntes biográficos	pp. Imprenta Oficial.
1965	Fray Ignacio Mariño: capellán general del ejército libertador [1]*	Roberto María Tisnés Jiménez, 56 pp.
1965	Bolívar y Córdoba: El ocaso del héroe de Ayacucho [2]	Humberto Bronx, 128 pp.
1966	El gran arzobispo Juan Manuel González Arbeláez [3]	Humberto Bronx, 229 pp. Ed. Granamérica
1966	El arzobispo Juan Manuel González Arbeláez	Humberto Bronx, 347 pp.

	(Segunda edición, aumentada)	Ed. Granamérica
S.F	Veinte años de novela colombiana [4]	Humberto Bronx, 113 pp. Ed. Granamérica
1967	Resumen Histórico de la Arquidiócesis de Medellín [5]	Pbro. Jesús Mejía Escobar, 993 pp.
1967	Francisco A. Zea y selección de sus escritos [6]	Humberto Bronx, 155 pp. Imprenta Municipal.
1967	Cuatro escritores antioqueños [7]	Carlos E. Mesa, 192 pp. Ed. Granamérica
S.F.	Almanaque Histórico de Antioquia [8]	José Solís Moncada, 207 pp. Ed. Granamérica
1968	Un antioqueño héroe del Bárbula [9]	Roberto María Tisnés Jiménez, 283 pp. Ed. Granamérica
S.F.	Antonio Gómez Restrepo y otros ensayos [10]	Jaime Serna Gómez (Dr. Humberto Bronx, 155 pp.

		Ed. Granamérica.
S.F.	Discursos y páginas históricas Valencia [11] (Precedida de una biografía, por Dr. Humberto Bronx)	Guillermo Valencia, 194 pp. Ed. Granamérica
1969	Anotaciones históricas [12]	Diego María Gómez T., 146 pp. Ed. Granamérica.
1970	Perfiles de la patria [13]	Javier Gutiérrez Villegas, 173 pp. Ed. Granamérica.
1970	Discursos académicos [14]	Juan Botero Restrepo, 166 pp.
S.F.	Obispos antioqueños [15]	Jesús Mejía Escobar, 165 pp. Ed. Granamérica
?	Las casas de Bolívar [16]	Humberto Bronx
1972	Sangre irlandesa en Antioquia: biografía del doctor Hugo Blair Brown, miembro de la Legión Británica y médico-coronel de los ejércitos patriotas [17]	Aquiles Echeverri Muñetones, 141 pp. Ed. Salesiana
1972	Gregorio Gutiérrez González: su obra ante la crítica literaria Colombiana [18]	Antonio Gómez Restrepo, 198 pp.
?	El Pueblo Antioqueño [19]	Humberto Bronx
?	Religión y religiosidad en Antioquia [20]	Humberto Bronx
?	Epifanio Mejía y algo de literatura antioqueña [21]	Humberto Bronx
1973	Luis López de Mesa [22]	Carlos Mejía Gutiérrez y otros, 116 pp. Ed. Granamérica
1973	Baldomero Sanín Cano [23]	Humberto Bronx, 133 pp.

		Ed. Granamérica
1973	Porfirio Barba Jacob [24]	Humberto Bronx
1973	León de Greiff y selección de sus poesías [25]	León de Greiff, 151 pp. Ed. Salesiana
S.F.	Discursos y páginas históricas [26]	Manuel Uribe Ángel, 140 pp.
1974	Bolívar el libertador y Córdoba el héroe de Ayacucho [27]	Humberto Bronx, 282 pp. Ed. Granamérica
S.F. [1974]	Simón Bolívar en la Villa de Soledad, 1830 [28]	Esteban Páez Polo, 206 pp
1974	Antioqueños ilustres [29]	Conrado González Mejía, 77 pp. Ed. Salesiana
1974	El Ferrocarril de Antioquia o el despertar de un pueblo: estudio histórico, socio- económico y cultural	Aquiles Echeverri Muñetones, 195 pp. Edit. Salesiana

	que presentaba el Estado Soberano de Antioquia en 1874 [30]	
1974	Vida del padre Jesús Antonio Gómez [31]	Luis Gómez, 190 pp.
1975	Un gran trabajo obrero en Antioquia: el ferrocarril de Antioquia [32]	Edgar Guillermo Escobar Vélez, 118 pp. Ed. Salesiana
S.F.	La novela y el cuento en Antioquia [33]	Humberto Bronx, 108 pp.
1977	La villa de San José de la Marinilla: sus armas y divisas y su real privilegio de villazgo	Francisco Acebedo Moreno, 41 pp.
1978	Trescientos sesenta y dos años de Medellín y crónicas de la ciudad 1616-marzo 2-1978 [34]	Humberto Bronx, 138 pp.

1977	Las ideas pedagógicas de Simón Bolívar [35]	José María Rodríguez Rojas, 93 pp. Ed. Universo.
1978	Varones ilustres de Antioquia	Alfonso Mejía Montoya, Javier Piedrahita Echeverri y Jaime Serna Gómez, directores. 376 pp. Ed. Universo.
1979	Julián Santa María: único antioqueño edecán de Bolívar [36]	Aquiles Echeverri Muñetones. 161pp. Ed. Universo.
1980	José Manuel Lobo y Rivera: Biografía de un excanónigo [37]	Pablo Mejía Gutiérrez, 224 pp. Ed. Universo.
1980	El combate de El Santuario y asesinato de Córdova [38]	Humberto Bronx, 384 pp.
S.F.	Emociones de guerra: apuntes tomados durante la campaña del Norte en la guerra civil de tres años	Max Grillo, 303 pp. Reimpresión de su obra de 1903.
1991	De algunos cronistas, relatores e historiadores de Indias de dos siglos: 1493 – 1701 [40]	Conrado González Mejía, 322 pp.
1983	Hechos y gentes	Alfonso García Isaza, 181 pp.
1988	Quinientos años del pueblo Antioqueño	Conrado González Mejía, Jaime Sierra García, Javier Gutiérrez Villegas y Alicia Giraldo Gómez (Directores), 336 pp. Ed. Lealón.
1996	Cien médicos antioqueños	Juan Botero Restrepo, 134 pp. Ed. Copiyepes.
1999	Antioqueños del Siglo XX	Francisco Arango Montoya, 220 pp.
2001	Fundación de la Ciudad de Antioquia, 1541	Raúl Aguilar Rodas. 144 pp. + XXIV pp. Biblioteca Jurídica Diké.
2002	La prensa y el periodismo en Colombia hasta 1888:	Luis Ociel Castaño Zuluaga, 279 pp.

	una visión liberal y romántica de la comunicación	
2002	Cayetano Betancur Campuzano: primer filósofo colombiano	José María Bravo Betancur Ed. Buena Semilla, 271 pp.
2003	Cincuenta personajes de Antioquia (Auspiciada por la Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia)	Colectiva, 228 pp. Ed. L. Vieco
2003	Registro del patrimonio artístico y cultural de la Academia Antioqueña de Historia	Juan Guillermo Restrepo Restrepo. Edición digital.
2005	Fundación Ferrocarril de Antioquia y Academia Antioqueña de Historia	María Luisa Gaviria, 24 pp. Univ. Eafit
2007	Gobernantes de Antioquia (Auspiciada por la Gobernación de Antioquia y Asexda)	Colectiva, 671 pp. Librería Jurídica Sánchez R. Ltda.
2008	Presbítero J. Martín Múnera Tobón	Alberto Gallo González, 454 pp.
2008	Visita del Presidente de la República Doctor Álvaro Uribe Vélez a la Academia. 26 de marzo de 2008	Institucional, 39 pp. Gargraphics.
2010	Ecos de un grito	Colectiva, 338 pp. Edit. L. Vieco
2010	Efemérides en el proceso de la Independencia de Antioquia (Auspiciada por la Gobernación de Antioquia)	Colectiva, 340 pp. Imprenta Departamental.
2010	Biografías de algunos protagonistas en el proceso de la Independencia de Antioquia (Auspiciada por la Gobernación de Antioquia)	Colectiva, 172 pp. Imprenta Departamental.
2010	Efemérides en el proceso de la Independencia de Antioquia.	Institucional, 340 pp. Imprenta Departamental.
2011	Independencia de Antioquia 1808-1820	José Nevardo García Giraldo, Juan Guillermo Restrepo Restrepo, Rafael Iván Toro Gutiérrez. Edit. L. Vieco.

2011	Artífices y testigos	Rafael Iván Toro G., Socorro Inés Restrepo R., Orlando Montoya Moreno, Juan Guillermo Restrepo R. 307 pp. Publ. Congregación Mariana.
2013	Política, guerra y cultura en la Independencia de Antioquia	Colectiva, 495 pp. Edit. L. Vieco.
2013	Guía de la Pinacoteca	Institucional, 62 pp. Gráficas Jabes.
2014	Reconquista e indulto. Una aproximación a las políticas de perdón entre realistas y patriotas en la provincia de Antioquia 1816-1819	Elisabeth Chaurra Gómez, Sor Catalina Gutiérrez López. 160 pp. Edit. L. Vieco.
2014	Representación y defensa en la primera República antioqueña, 1808-1816	Frankly Alberto Suárez Tangarife, 84 pp. Edit. L. Vieco.
2016	Vida y obra del doctor Antonio Mauro Giraldo Montoya	Alicia Giraldo Gómez, 241 pp. Extrategia.
2017	Don Tomás Márquez, el humanista, el científico	José María Bravo Betancur, 441 pp. Ed. La Buena Semilla.
2017	Academia Colombiana de Historia Eclesiástica	Nicolás Gaviria Pérez, 121 pp. Extrategia.
2017	Genealogía de los Sillones de Número de la Academia Antioqueña de Historia	Orlando Montoya Moreno, 337 pp. Extrategia.
2017	De la expectativa al desconcierto. El proceso constituyente de 1991 visto por sus protagonistas	Ricardo Zuluaga Gil Extrategia, 227 pp.
2018	Apuntes genealógicos del obispo Valerio Antonio Jiménez	Ricardo Zuluaga Gil, Centro Digital Oriente, 243 pp.
		Coedición con Municipio San Vicente Ferrer y su Centro de Historia.

2018	El pasado de un pueblo que se añora y el estudio de sus festividades,	Nury Gómez Yepes; Jesús Gonzalo Martínez Cardona; Celedonio Mazo Aguilar; Rodrigo Moreno Martínez.
2018 2019	Cuentos de la patria (2 ediciones)	Juan Guillermo Restrepo R. Socorro Inés Restrepo R. Extrategia, 119 pp.
2019	Bicentenario de la Campaña Libertadora (1819-2019)	Ricardo Zuluaga Gil, 67 pp. Ed. Manuel Arroyave.
2019	El nacimiento de Sonsón – un ejemplo de la colonización temprana antioqueña	Rodrigo Campuzano Cuartas, 131 pp. Extrategia.
2019	El otro diario de Colón	Germán Suárez Escudero, 160 pp. Extrategia.
2019	Betania: historia, crónicas y cuentos. Biografía de tiempos difíciles	Orlando Betancur Restrepo, 294 pp. Extrategia.
2019	Académicos numerarios de Antioquia en la Academia Colombiana de Historia – Discursos y ensayos históricos	Luis Horacio López Domínguez, Rafael Iván Toro Gutiérrez 500 pp. Xpress.
2019	Resumen histórico de la Magna Guerra, de 1810 a 1825 (Reconstrucción de la edición original de 1905)	Aureliano Jaramillo Fernández 125 pp. Ed. Buena Semilla.
2019	Asesinato de Córdoba y juicio contra Hand.-Visto a través de dos cartas inéditas de Hand-.	Mario Andrés Llano Restrepo Ed. Manuel Arroyave, 147 pp.
2019	MOMENTOS de la Academia Antioqueña de Historia	Orlando Montoya Moreno, 586 pp. Extrategia.
2020	Chorros Blancos y la Independencia de Colombia	Orlando Montoya y Mauricio Restrepo Gil. Ed. Manuel Arroyave, 324 pp.
2021	Apuntes para una biografía de Cayetano Betancur Campuzano, filósofo, maestro, académico	José María Bravo Betancur (Presentación virtual el 11 de febrero, por la pandemia Covid-

		19). Ed. Buena Semilla.
2021	Historia de Colombia con cuentagotas	Luis Fernando Múnera López Ed. Buena Semilla, 118 pp.
2021	Tres episodios de la cotidianidad y el sufrimiento en la época de la Independencia	Rodrigo Campuzano Cuartas, Daniel José Acevedo Arango Ed. Buena Semilla, 111 pp.
2021	Aportes de Medellín a la gesta de Emancipación	Orlando Montoya Moreno Ed. Buena Semilla, 139 pp.
2021	Pbro. Gabriel María Gómez, un ilustrado prócer marinillo	Mauricio Restrepo Gil. Ed. Buena Semilla, 305 pp.

Referencias bibliográficas

Academia Antioqueña de Historia, libro de correspondencia, 2014.

Academia Antioqueña de Historia, libros de Actas de 1904, 1931, 1932 y 1946.

Montoya Moreno, Orlando: *Momentos de la Academia Antioqueña de Historia*. Ed. Extrategia Ecoprint S.A.S., Medellín, 2019.

Repertorios Históricos, n.º 1 de 1905; 5 a 8 de 1913; 6 y 7 de 1920; 8 a 10 de 1921; 129 y 131 de 1932; 131 de 1932; 136 de 1936; 5 a 8 de 1946, 160 a 162 de 1948; 172 a 174 de 1953; 178 a 180 de 1955; 187 a 189 de 1961; 193 a 195 de 1964; República de Colombia, Decreto 360 de 1904.

Toro G., Rafael; Restrepo R, Socorro Inés; Montoya Moreno, Orlando; Restrepo R. Juan Guillermo: *Artífices y Testigos*. Publ. Congregación Mariana,



ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA
Fundada en 1903



Conferencia:
La del 91, una constitución en crisis.
Por el exmagistrado Jesús Vallejo Mejía

Martes 3 de agosto de 2021

You Tube Canal de Youtube
Academia Antioqueña de Historia
5:00 p.m.
WhatsApp 301 200 3182



ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA
Fundada en 1903



Conferencia:
HERÁLDICA ESPAÑOLA DE ANTIOQUIA
Por el académico Germán Suárez Escudero

Jueves 29 de julio de 2021

You Tube Canal de Youtube
Academia Antioqueña de Historia
4:00 p.m.
WhatsApp 301 200 3182




ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA
Fundada en 1908

Conferencia:
Congreso Constituyente de
Villa del Rosario de Cúcuta 1821-2021
Doscientos años de la creación de la República

Por el académico Ricardo Zuluaga Gil Ph.D.

Martes 6 de julio de 2021

You Tube Canal de Youtube
Academia Antioqueña de Historia
4:00 p.m.
WhatsApp 301 200 3182



ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA
Fundada en 1908

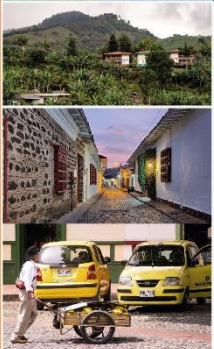
Participa con tu propuesta


Concurso de Investigación Histórica
Jaime Sierra García - 2021

Dirigido a todos los historiadores profesionales,
investigadores autodidactas y estudiantes de historia.

El concurso incluye apoyo económico para desarrollar
las 6 mejores propuestas de investigación que se presenten,
y premios en efectivo para los ganadores.

Más información en la descripción







ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA
Fundada en 1903


Conversatorio:
La Genealogía en Colombia
Invitado: Luis Álvaro Gallo Martínez.

Nota: El expositor enseñará cómo tramitar la visa de Portugal a quienes desciendan de judíos sefarditas.




Jueves 24 de junio de 2021

You Tube Canal de Youtube
Academia Antioqueña de Historia
4:00 p.m.
WhatsApp 301 200 3182




ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA
Fundada en 1903



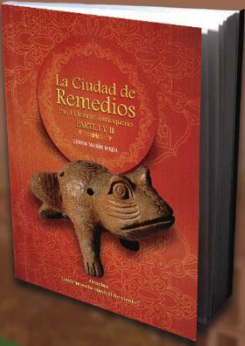
Conferencia:
El constitucionalismo antioqueño en la primera república (1810-1815)
Por el académico Orlando Montoya Moreno

Martes 1 de junio de 2021


You Tube Canal de Youtube
Academia Antioqueña de Historia
5:00 p.m.
WhatsApp 301 200 3182




ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA
Fundada en 1903



Conferencia
Jueves 27 de mayo 2021
“ La ciudad de Remedios en el oriente antioqueño ”
Por el historiador
Eduin Marín Mejía



Canal de Youtube
Academia Antioqueña de Historia
4:00 p.m.
WhatsApp 301 200 3182



ACADEMIA ANTIOQUEÑA
DE HISTORIA
Fundada en 1903



Conferencia
Martes 4 de mayo de 2021
“ El retorno de Dante ”
700 años de la muerte de Dante Alighieri
Por el académico
Juan José García Posada



Canal de Youtube
Academia Antioqueña de Historia
5:00 p.m.
WhatsApp 301 200 3182



MIEMBROS DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Honorarios

Antonio Cagua Prada
Marco Palacios Rozo
Luis Pérez Gutiérrez
Gabriel Poveda Ramos
Eugenio Prieto Soto
Luis Alfredo Ramos Botero
Álvaro Uribe Vélez
Darío Valencia Restrepo

Eméritos

Héctor Gómez Gallego
Luz Posada de Greiff
Luis Javier Villegas Botero

Numerarios

José Manuel Acevedo Acevedo, Pbro.
Edgar Antonio Aparicio Montoya
José María Bravo Betancur
Rodrigo Campuzano Cuartas
Alba Inés David Bravo
José Nevardo García Giraldo
José Roberto Giraldo Osorio
Daniela Marín Gil
Gustavo Montoya Marín
Orlando Montoya Moreno
Alejandro Álvaro Morales Vélez
Luis Efraín Mosquera Ruales
Luis Fernando Múnera López

Gloria Isabel Muñoz Castañeda
Alonso Palacios Botero
Ahmed Restrepo Enciso
Carlos Mauricio Restrepo Gil
Luis Carlos Rodríguez Álvarez
Álvaro Sierra Jones
Nabor Suárez Alzate, Pbro.
Germán Suárez Escudero
Rafael Iván Toro Gutiérrez
Juan Guillermo Toro Martínez
Ricardo Vera Pabón
Ricardo Zuluaga Gil
Orestes Zuluaga Salazar

Correspondientes

Jorge Álvarez Arango, Pbro.	Alonso Monsalve Gómez
Víctor Álvarez Morales	José Fernando Montoya Ortega
José Alvear Sanín	Víctor E. Ortiz García
Aníbal Arcila Estrada	María Amantina Osorio Ramírez
Orlando de Jesús Betancur Restrepo	Carlos Andrés Pérez Múnera
Gustavo Bustamante Morato	Ismael Porto Herrera
Jairo Héctor Casas Arango	Yohan Daniel Ramírez Mejía
Miguel Ángel Cuenca Quintero	Libia Josefa Restrepo Restrepo
Piedad del Valle Montoya	Nelson Augusto Restrepo Restrepo
Eduardo Domínguez Gómez	Ana Catalina Reyes Cárdenas
José Joaquín Duque Gómez	Carlos Iván Serna Ospina
Carlos Alirio Flórez López	Juan Guillermo Toro Martínez
Juan José García Posada	Diego Alberto Uribe Castrillón, Pbro.
Camilo Gómez Gómez, Pbro.	Alberto Velásquez Martínez
Iván de J. Guzmán López	Norberto Vélez Escobar
Nayive Henao Zuleta	Francisco Cristóbal Yepes Rodríguez
Jorge Iván Londoño Henao, Pbro.	José Guillermo Zuluaga Ceballos

Correspondientes de otras ciudades

Rafael Amaris Amaya
Leónidas Celis
Eduardo Durán Gómez
Mario León Echeverri
Libia Stella Melo
Luis Fernando Molina Londoño
Javier Ocampo López
Camilo Orbes Moreno
Nelson Osorio Lozano
José Manuel Rojas R.
Camilo Francisco Salas Ortiz
José Obdulio Gaviria Vélez
Ivonne Suárez Pinzón
Horacio Gómez Aristizábal
Javier Henao Hidrón
Fernando Martínez Solís
Alberto Mayor Mora